

CUENTOS COMPLETOS



Abraham
Valdelomar

Abraham Valdelomar

CUENTOS COMPLETOS

*El Perú es Lima, Lima es el Jirón de la Unión,
el Jirón de la Unión es el Palais Concert y el Palais Concert
soy yo.*

ABRAHAM VALDELOMAR

CUENTOS

CRIOLLOS

El Caballero Carmelo

I

UN día, después del desayuno, cuando el sol empezaba a calentar, vimos aparecer, desde la reja, en el fondo de la plazoleta, un jinete en bellissimo caballo de paso, pañuelo al cuello que agitaba el viento, *sanpedrano pellón* de sedosa cabellera negra, y henchida alforja, que picaba espuelas en dirección a la casa.

Reconocímosle. Era el hermano mayor, que años corridos, volvía. Salimos atropelladamente gritando:

—¡Roberto, Roberto!

Entró el viajero al empedrado patio donde el ñorbo y la campanilla enredábanse en las columnas como venas en un brazo y descendió en los de todos nosotros. ¡Cómo se regocijaba mi madre! Tocábalo, acariciaba su tostada piel, encontrábalo viejo, triste, delgado. Con su ropa empolvada aún, Roberto recorría las habitaciones rodeado de nosotros; fue a su cuarto, pasó al comedor, vio los objetos que se habían comprado durante su ausencia, y llegó al jardín.

—¿Y la higuerilla? —dijo.

Buscaba entristecido aquel árbol cuya semilla sembrara él

mismo antes de partir. Reímos todos:

—¡Bajo la higuera estás!...

El árbol había crecido y se mecía armoniosamente con la brisa marina. Tocolo mi hermano, limpió cariñosamente las hojas que le rebozaban la cara, y luego volvimos al comedor. Sobre la mesa estaba la alforja rebosante; sacaba él, uno a uno, los objetos que traía y los iba entregando a cada uno de nosotros. ¡Qué cosas tan ricas! ¡Por dónde había viajado! Quesos frescos y blancos envueltos por la cintura con paja de cebada, de la Quebrada de Humay; chancacas hechas con cocos, nueces, maní y almendras; frijoles colados, en sus redondas calabacitas, pintadas encima con un rectángulo de su propio dulce, que indicaba la tapa, de Chíncha Baja; bizcochuelos, en sus cajas de papel, de yema de huevo y harina de papas, leves, esponjosos, amarillos y dulces; santitos de piedra de Guamanga tallados en la feria serrana; cajas de manjar blanco, tejas rellenas y una traba de gallo con los colores blanco y rojo. Todos recibíamos el obsequio, y él iba diciendo, al entregárnoslo:

—Para mamá... para Rosa... para Jesús... para Héctor...

—¿Y para papá? —le interrogamos cuando terminó.

—Nada...

—¿Cómo? ¿Nada para papá?

Sonrió el amado, llamó al sirviente y le dijo:

—¡El Carmelo!

A poco volvió éste con una jaula y sacó de ella un gallo, que, ya libre, estiró sus cansados miembros, agitó las alas y cantó estentóreamente:

—¡Cocorocóooo!...

—¡Para papá! —dijo mi hermano.

Así entró en nuestra casa el amigo íntimo de nuestra infancia ya pasada, a quien acaeciera historia digna de relato; cuya memoria perdura aún en nuestro hogar como una sombra alada y triste: el Caballero Carmelo.

II

AMANECÍA, en Pisco, alegremente. A la agonía de las sombras nocturnas, en el frescor del alba, en el radiante despertar del día, sentíamos los pasos de mi madre en el comedor, preparando el café para papá. Marchábase éste a la oficina. Despertaba ella a la criada, chirriaba la puerta de la calle con sus mohosos goznes; oíase el canto del gallo que era contestado a intervalo por todos los de la vecindad; sentíase el ruido del mar, el frescor de la mañana, la alegría sana de la vida. Después mi madre venía a nosotros, nos hacía rezar, arrodillados en la cama, con nuestras blancas camisas de dormir; vestíanos luego, y, al concluir nuestro tocado, se anunciaba a lo lejos la voz del panadero. Llegaba éste a la puerta y saludaba. Era un viejo dulce y bueno, y hacía muchos años, al decir de mi madre, que llegaba todos los días, a la misma hora, con el pan calentito y apetitoso, montado en su burro, detrás de dos capachos de cuero, repletos de toda clase de pan: hogazas, pan francés, pan de mantecado, rosquillas...

Mi madre escogía el que habíamos de tomar y mi hermana Jesús lo recibía en el cesto. Marchábase el viejo, y nosotros, dejando la provisión sobre la mesa del comedor, cubierta de hule brillante, íbamos a dar de comer a los animales. Cogíamos las mazorcas de apretados dientes, las desgranábamos en un cesto y entrábamos al corral donde los

animales nos rodeaban. Volaban las palomas, picoteábanse las gallinas por el grano, y entre ellas, escabullíanse los conejos. Después de su frugal comida, hacían grupo alrededor nuestro. Venía hasta nosotros la cabra, refregando su cabeza en nuestras piernas; piaban los pollitos; tímidamente se acercaban los conejos blancos, con sus largas orejas, sus redondos ojos brillantes y su boca de niña presumida; los patitos, recién sacados, amarillos como yema de huevo, trepaban en un *panto* de agua; cantaba desde su rincón, entrabado, el Carmelo, y el pavo, siempre orgulloso, alharaquero y antipático, hacía por desdeñarnos, mientras los patos, balanceándose como dueñas gordas, hacían, por lo bajo, comentarios sobre la actitud poco gentil del petulante.

Aquel día, mientras contemplábamos a los discretos animales, escapose del corral el Pelado, un pollo sin plumas, que parecía uno de aquellos jóvenes de diecisiete años, flacos y golosos. Pero el Pelado, a más de eso, era pependenciero y escandaloso, y aquel día, mientras la paz era en el corral, y los otros comían el modesto grano, él, en pos de mejores viandas, habíase encaramado en la mesa del comedor y rotos varias piezas de nuestra limitada vajilla.

En el almuerzo tratose de suprimirlo, y cuando mi padre supo sus fechorías, dijo, pausadamente:

—Nos lo comeremos el domingo...

Defendiolo mi primer hermano, Anfiloquio, su poseedor, suplicante y lloroso. Dijo que era un gallo que haría crías espléndidas. Agregó que desde que había llegado el Carmelo todos miraban mal al Pelado, que antes era la esperanza del corral y el único que mantenía la aristocracia de la afición y de la sangre fina.

—¿Cómo no matan —decía en defensa del gallo— a los

patos que no hacen más que ensuciar el agua, ni al cabrito que el otro día aplasto a un pollo, ni al puerco que todo lo enloda y sólo sabe comer y gritar, ni a las palomas, que traen mala suerte?...

Se adujeron razones. El cabrito era un bello animal, de suave piel, alegre, simpático, inquieto, cuyos cuernos apenas apuntaban; además, no estaba comprobado que había matado al pollo. El puerco mofletudo había sido criado en casa desde pequeño. Y las palomas, con sus alas de abanico, eran la nota blanca, subíanse a la cornisa conversar en voz baja, hacían sus nidos con amoroso cuidado y se sacaban el maíz del buche para darlo a sus polluelos.

El pobre Pelado estaba condenado. Mis hermanos le pidieron que se le perdonase, pero las roturas eran valiosas y el infeliz sólo tenía un abogado, mi hermano y su señor, de poca influencia. Viendo ya pérdida su defensa y estando la audiencia al final, pues iban a partir la sandía, inclinó la cabeza. Dos gruesas lágrimas cayeron sobre el plato, como un sacrificio, y un sollozo se ahogó en su garganta. Callamos todos. Levantose mi madre, acercose al muchacho, lo besó en la frente y le dijo:

—No llores; no nos lo comeremos...

III

QUIEN sale de Pisco, de la plazuela sin nombre, salitrosa y tranquila, vecina a la Estación y toma por la calle del Castillo, que hacia el sur se alarga, encuentra, al terminar, una plazuela pequeña donde quemaban a Judas el Domingo de Pascua de Resurrección, desolado lugar en cuya arena verdeguean a

trechos las malvas silvestres. Al lado del poniente, en vez de casas, extiende el mar su manto verde, cuya espuma teje complicados encajes al besar la húmeda orilla.

Termina en ella el puerto, y, siguiendo hacia el sur, se va, por estrecho y arenoso camino, teniendo a diestra el mar y a izquierda mano angostísima faja, ora fértil, ora infecunda, pero escarpada siempre, detrás de la cual, a oriente, extiéndese el desierto cuya entrada vigilan de trecho en trecho, como centinelas, una que otra palmera desmedrada, alguna higuera nervuda y enana y los toñuces siempre coposos y frágiles. Ondeada en el terreno la «hierba del alacrán», verde y jugosa al nacer, quebradiza en sus mejores días, y en la vejez, bermeja como sangre de buey. En el fondo del desierto, como si temieran su silenciosa aridez, las palmeras únense en pequeños grupos, tal como lo hacen los peregrinos al cruzarlo y, ante el peligro, los hombres.

Siguiendo el camino, divísase en la costa, en la borrosa y vibrante vaguedad marina, San Andrés de los Pescadores, la aldea de sencillas gentes, que eleva sus casuchas entre la rumorosa orilla y el estéril desierto. Allí, las palmeras se multiplican y las higueras dan sombra a los hogares, tan plácida y fresca, que parece que no fueran malditas del buen Dios, o que su maldición hubiera caducado; que bastante castigo recibió la que sostuvo en sus ramas al traidor, y todas sus flores dan frutos que al madurar revientan.

En tan peregrina aldea, de caprichoso plano, levántanse las casuchas de frágil caña y estera leve, junto a las palmeras que a la puerta vigilan; limpio y brillante, reposando en la arena blanda sus caderas amplias, duerme, a la puerta, el bote pescador, con sus velas plegadas, sus remos tendidos como tranquilos brazos que descansan, entre los cuales yacen con su muda y simbólica majestad, el timón grácil, la calabaza que «achica» el agua mar afuera y las sogas retorcidas como

serpientes que duermen. Cubre, piadosamente, la pequeña nave, cual blanca mantilla, la pescadora red circundada de caireles de liviano corcho.

En las horas del mediodía, cuando el aire en la sombra invita al sueño, junto a la nave, teje la red el pescador abuelo; sus toscos dedos añudan el lino que ha de enredar al sorprendido pez; raspa la abuela el plateado lomo de los que la víspera trajo la nave; saltan al sol, como chispas, las escamas y el perro husmea en los despojos. Al lado, en el corral que cercan enormes huesos de ballenas, trepan los chiquillos desnudos sobre el asno pensativo, o se tuestan al sol en la orilla; mientras, bajo la ramada, el más fuerte pule un remo; la moza, fresca y ágil, saca agua del pozuelo y las gaviotas alborozadas recorren la mansión humilde dando gritos extraños.

Junto al bote duerme el hombre de mar, el fuerte mancebo, embriagado por la brisa caliente y por la tibia emanación de la arena, su dulce sueño de justo, con el pantalón corto, las musculosas pantorrillas cruzadas, y en cuyos duros pies de redondos dedos, piérdense, como escamas, las diminutas uñas. La cara tostada por el aire y el sol, la boca entreabierta que deja pasar la respiración tranquila, y el fuerte pecho desnudo que se levanta rítmicamente, con el ritmo de la Vida, el más armonioso que Dios ha puesto sobre el mundo.

Por las calles no transitan al mediodía las personas y nada turba la paz de aquella aldea, cuyos habitantes no son más numerosos que los dátiles de sus veinte palmeras. Iglesia ni cura habían, en mi tiempo. Las gentes de San Andrés, los domingos, al clarear el alba, iban al puerto, con los jumentos cargados de corvinas frescas y luego en la capilla, cumplían con Dios. Buenas gentes, de dulces rostros, tranquilo mirar, morigeradas y sencillas, indios de la más pura cepa, descendientes remotos y ciertos de los hijos del Sol, cruzaban

a pie todos los caminos, como en la Edad Feliz del Inca, atravesaban en caravana inmensa la costa para llegar al templo y oráculo del buen Pachacámac, con la ofrenda en la alforja, la pregunta en la memoria y la fe en el sencillo espíritu.

Jamás riña alguna manchó sus claros anales; morales y austeros, labios de marido besaron siempre labios de esposa; y el amor, fuente inagotable de odios y maldecires, era, entre ellos, tan normal y apacible como el agua de sus pozos. De fuertes padres, nacían, sin comadronas, rozagantes muchachos, en cuyos miembros la piel hacía gruesas arrugas; aires marinos henchían sus pulmones, y crecían sobre la arena caldeada, bajo el sol ubérrimo, hasta que aprendían a lanzarse al mar y a manejar los botes de piquete que, zozobrando en las olas, les enseñaban a domeñar la marina furia.

Maltones, musculosos, inocentes y buenos, pasaban su juventud hasta que el cura de Pisco unía a las parejas que formaban un nuevo nido, compraban un asno y se lanzaban a la felicidad, mientras las tortugas centenarias del hogar paterno veían desenvolverse, impasibles, las horas; filosóficas, cansadas y pesimistas, mirando con llorosos ojos desde la playa, el mar, al cual no intentaban volver nunca; y al crepúsculo de cada día, lloraban, lloraban, pero hundido el sol, metían la cabeza bajo la concha poliédrica y dejaban pasar la vida llenas de experiencia, sin fe, lamentándose siempre del perenne mal, pero inactivas, inmóviles, infecundas, y solas...

IV

ESBELTO, magro, musculoso y austero, su afilada cabeza roja era la de un hidalgo altísimo, caballeroso, justiciero y prudente. Agallas bermejas, delgada cresta de encendido color, ojos vivos y redondos, mirada fiera y perdonadora, acerado pico agudo. La cola hacía un arco de plumas tornasoles, su cuerpo de color caramelo avanzaba en el pecho audaz y duro. Las piernas fuertes que estacas musulmanas defendían, cubiertas de escamas, parecían las de un armado caballero medieval.

Una tarde, mi padre, después del almuerzo, nos dio la noticia. Había aceptado una apuesta para la jugada de gallos de San Andrés, el 28 de julio. No había podido evitarlo. Le habían dicho que el Carmelo, cuyo prestigio era mayor que el del alcalde, no era un gallo de raza. Molestose mi padre. Cambiáronse frases y apuestas; y aceptó. Dentro de un mes toparía al Carmelo, con el Ajiseco, de otro aficionado, famoso gallo vencedor, como el nuestro, en muchas lides singulares. Nosotros recibimos la noticia con profundo dolor. El Carmelo iría a un combate y a luchar a muerte, cuerpo a cuerpo, con un gallo más fuerte y más joven. Hacía ya tres años que estaba en casa, había él envejecido mientras crecíamos nosotros, ¿por qué aquella crueldad de hacerlo pelear?...

Llegó el día terrible. Todos en casa estábamos tristes. Un hombre había venido seis días seguidos a preparar al Carmelo. A nosotros ya no nos permitían ni verlo. El día 28 de julio, por la tarde, vino el preparador, y de una caja llena de algodones, sacó una media luna de acero con unas pequeñas correas: era la navaja, la espada del soldado. El hombre la limpiaba, probándola en la uña, delante de mi

padre. A los pocos minutos, en silencio, con una calma trágica, sacaron al gallo, que el hombre cargó en sus brazos como a un niño. Un criado llevaba la cuchilla y mis dos hermanos lo acompañaron.

—¡Qué crueldad! —dijo mi madre.

Lloraban mis hermanas, y la más pequeña, Jesús, me dijo en secreto, antes de salir:

—Oye, anda junto con él... Cuídalo... ¡pobrecito!...

Llevo la mano a los ojos, echose a llorar, y yo salí precipitadamente y hube de correr unas cuadras para poder alcanzarlos.

V

LLEGAMOS a San Andrés. El pueblo estaba de fiesta. Banderas peruanas agitaban sobre las casas por el día de la Patria, que allí sabían celebrar con una gran jugada de gallos a la que solían ir todos los hacendados y ricos hombres del valle. En ventorrillos, a cuya entrada había arcos de sauces envueltos en colgaduras, y de los cuales prendían alegres quitasueños de cristal, vendían chicha de bonito, butifarras, pescado fresco asado en brasas y anegado en cebollones y vinagre. El pueblo los invadía, parlanchín y endomingado con sus mejores trajes. Los hombres de mar lucían camisetas nuevas de horizontales franjas rojas y blancas, sombrero de junco, alpargatas y pañuelos añudados al cuello.

Nos encaminamos a la cancha. Una frondosa higuera daba acceso al circo, bajo sus ramas enarcadas. Mi padre, rodeado de algunos amigos, se instaló. Al frente estaba el juez y a la

derecha el dueño del paladín Ajiseco. Sonó una campanilla, acomodáronse las gentes y empezó la fiesta. Salieron por lugares opuestos dos hombres, llevando cada uno un gallo. Lanzáronlos al ruedo con singular ademán. Brillaron las cuchillas, miráronse los adversarios, dos gallos de débil contextura, y uno de ellos cantó. Colérico respondió el otro echándose al medio del circo; miráronse fijamente; alargaron los cuellos, erizadas las plumas, y se acometieron. Hubo ruido de alas, plumas que volaron, gritos de la muchedumbre, y a los pocos segundos de jadeante lucha cayó uno de ellos. Su cabecita afilada y roja besó el suelo, y la voz del juez:

—¡Ha enterrado el pico, señores!

Batió las alas el vencedor. Aplaudió la multitud enardecida, y ambos gallos, sangrando, fueron sacados del ruedo. La primera jornada había terminado. Ahora entraba el nuestro: el Caballero Carmelo. Un rumor de expectación vibró en el circo:

—¡El Ajiseco y el Carmelo!

—¡Cien soles de apuesta!...

Sonó la campanilla del juez y yo empecé a temblar.

En medio de la expectación general, salieron los dos hombres, cada uno con su gallo. Se hizo un profundo silencio y soltaron a los dos rivales. Nuestro Carmelo, al lado del otro, era un gallo viejo y achacoso; todos apostaban al enemigo, como augurio de que nuestro gallo iba a morir. No faltó aficionado que anunció el triunfo del Carmelo, pero la mayoría de las apuestas favorecía al adversario. Una vez frente al enemigo, el Carmelo empezó a picotear, agitó las alas y cantó estentóreamente. El otro, que en verdad parecía ser un gallo fino de distinguida sangre y alcurnia, hacía cosas tan petulantes cuan humanas: miraba con desprecio a nuestro

gallo y se paseaba como dueño de la cancha. Enardecieron los ánimos de los adversarios, llegaron al centro y alargaron sus erizados cuellos, tocándose los picos sin perder terreno. El Ajiseco dio la primera embestida; entablóse la lucha; las gentes presenciaban en silencio la singular batalla y yo rogaba a la Virgen que sacara con bien a nuestro viejo paladín.

Batíase él con todos los aires de un experto luchador, acostumbrando a las artes azarosas de la guerra. Cuidaba poner las patas armadas en el enemigo pecho; jamás picaba a su adversario —que tal cosa es cobardía—, mientras que éste, bravucón y necio, todo quería hacerlo a aletazos y golpes de fuerza. Jadeantes, se detuvieron un segundo. Un hilo de sangre corría por la pierna del Carmelo. Estaba herido, mas parecía no darse cuenta de su dolor. Cruzáronse nuevas apuestas en favor del Ajiseco, y las gentes felicitaban ya al poseedor del menguado. En un nuevo encuentro, el Carmelo cantó, acordose de sus tiempos y acometió con tal furia, que desbarató al otro de un solo impulso. Levantose éste y la lucha fue cruel e indecisa. Por fin, una herida grave hizo caer al Carmelo, jadeante...

—¡Bravo! ¡Bravo el Ajiseco! —gritaron sus partidarios, creyendo ganada la prueba.

Pero el juez, atento a todos los detalles de la lucha y con acuerdo de cánones, dijo:

—¡Todavía no ha enterrado el pico, señores!

En efecto, incorporose el Carmelo. Su enemigo, como para humillarlo, se acercó a él, sin hacerle daño. Nació entonces, en medio del dolor de la caída, todo el coraje de los gallos de Caucato. Incorporado el Carmelo, como un soldado herido, acometió de frente y definitivo sobre su rival, con una

estocada que lo dejó muerto en el sitio. Fue entonces cuando el Carmelo, que se desangraba, se dejó caer, después que el Ajiseco había enterrado el pico. La jugada estaba ganada y un clamoreo incesante se levantó en la cancha. Felicitaron a mi padre por el triunfo, y, como ésa era la jugada más interesante, se retiraron del circo, mientras resonaba un grito entusiasta:

—¡Viva el Carmelo!

Yo y mis hermanos lo recibimos y lo condujimos a casa, atravesando por la orilla del mar el pesado camino, y soplando aguardiente bajo las alas del triunfador, que desfallecía.

VI

DOS días estuvo el gallo sometido a toda clase de cuidados. Mi hermana Jesús y yo le dábamos maíz, se lo poníamos en el pico; pero el pobrecito no podía comerlo ni incorporarse. Una gran tristeza reinaba en la casa. Aquel segundo día, después del colegio, cuando fuimos yo y mi hermana a verlo, lo encontramos tan decaído que nos hizo llorar. Le dábamos agua con nuestras manos, le acariciábamos, le poníamos en el pico rojos granos de granada. De pronto el gallo se incorporó. Caía la tarde, y por la ventana del cuarto donde estaba entró la luz sangrienta del crepúsculo. Acercose a la ventana, miró la luz, agitó débilmente las alas y estuvo largo rato en la contemplación del cielo. Luego abrió nerviosamente las alas de oro, enseñoreose y cantó. Retrocedió unos pasos, inclinó el tornasolado cuello sobre el pecho, tembló, desplomose, estiró sus débiles patitas escamosas, y mirándonos, mirándonos amoroso, expiró apaciblemente.

Echamos a llorar. Fuimos en busca de mi madre, y ya no lo vimos más. Sombría fue la comida aquella noche. Mi madre no dijo una sola palabra, y bajo la luz amarillenta del lamparín, todos nos mirábamos en silencio. Al día siguiente, en el alba, en la agonía de las sombras nocturnas, no se oyó su canto alegre.

Así pasó por el mundo aquel héroe ignorado, aquel amigo tan querido de nuestra niñez: el Caballero Carmelo, flor y nata de paladines, y último vástago de aquellos gallos de sangre y de raza, cuyo prestigio unánime fue el orgullo, por muchos años, de todo el verde y fecundo valle de Caucato.

Los ojos de Judas

I

EL puerto de Pisco aparece en mis recuerdos como una mansísima aldea, cuya belleza serena y extraña acrecentaba el mar. Tenía tres plazas. Una, la principal, enarenada, con una suerte de pequeño malecón, barandado de madera, frente al cual se detenía el carro que hacía viajes «al pueblo»; otra, la desolada plazoleta donde estaba mi casa, que tenía por el lado de oriente una valla de toñuces; y la tercera, al sur de la población, en la que había de realizarse esta tragedia de mis primeros años.

En el puerto yo lo amaba todo y todo lo recuerdo porque allí

todo era bello y memorable. Tenía nueve años, empezaba el camino sinuoso de la vida, y estas primeras visiones de las cosas, que no se borran nunca, marcaron de manera tan dulcemente dolorosa y fantástica el recuerdo de mis primeros años que así formose el fondo de mi vida triste. A la orilla del mar se piensa siempre; el continuo ir y venir de olas; la perenne visión del horizonte; los barcos que cruzan el mar a lo lejos sin que nadie sepa su origen o rumbo; las neblinas matinales durante las cuales los buques perdidos pitean clamorosamente, como buscándose unos a otros en la bruma, cual ánimas desconsoladas en un mundo de sombras; las «paracas», aquellos vientos que arrojan a la orilla a los frágiles botes y levantan columnas de polvo monstruosas y livianas; el ruido cotidiano del mar, de tan extraños tonos, cambiantes como las horas; y a veces, en la apacible serenidad marina, el surgir de rugidores animales extraños, tritones pujantes, hinchados, de pequeños ojos y viscosa color, cuyos cuerpos chasquean las aguas al cubrirlos desordenadamente.

En las tardes, a la caída del sol, el viaje de los pájaros marinos que vuelven del norte, en largos cordones, en múltiples líneas, escribiendo en el cielo no sé qué extrañas palabras. Ejércitos inmensos de viajeros de ignotas regiones, de inciertos parajes que van hacia el sur agitando rítmicamente sus alas negras, hasta esfumarse, azules, en el oro crepuscular. En la noche, en la profunda obscuridad misteriosa, en el arrullo solemne de las aguas, vanas luces que surgen y se pierden a lo lejos como vidas estériles... En mi casa, mi dormitorio tenía una ventana que daba hacia el jardín, cuya única vid desmedrada y raquílica, de hojas carcomidas por el salitre, serpenteaba agarrándose en los barrotes oxidados. Al despertar abría yo los ojos y contemplaba, tras el jardín, el mar. Por allí cruzaban los vapores con su plomiza cabellera de humo que se diluía en el

cielo azul. Otros llegaban al puerto, creciendo poco a poco, rodeados de gaviotas que flotaban a su lado como copos de espuma y, ya fondeados, los rodeaban pequeños botecillos ágiles. Eran entonces los barcos como cadáveres de insectos, acosados por hormigas hambrientas.

Levantábame después del beso de mi madre, apuraba el café humeante en la taza familiar, tomaba mi cartilla e íbame a la escuela por la ribera. Ya en el puerto, todo era luz y movimiento. La pesada locomotora, crepitante, recorría el muelle. Chirriaban como desperezándose los rieles enmohecidos, alistaban los pescadores sus botes, los fleteros empujaban sus carros en los cuales los fardos de algodón hacían pirámide, sonaba la alegre campana del «cochecito»; cruzaban en sus asnos pacientes y lanudos, sobre los hatos de alfalfa, verde y florecida en azul, las mozas del pueblo; llevaban otras en cestos de caña brava la pesca de la víspera, y los empleados, con sus gorritas blancas de viseras negras, entraban al resguardo, a la capitanía, a la aduana y a la estación del ferrocarril. Volví yo antes del mediodía de la escuela por la orilla cogiendo conchas, huesos de aves marinas, piedras de rara color, plumas de gaviotas y yuyos que eran cintas multicolores y transparentes como vidrios ahumados, que arrojaba el mar.

II

MI padre, que era empleado en la aduana, tenía un hermoso tipo moreno. Faz tranquila, brillante mirada, bigote pródigo. Los días de llegada de algún vapor vestíase de blanco y en la falúa rápida, brillante y liviana, en cuya popa agitada por el viento ondeaba la bandera, iba mar afuera a recibirlo. Mi

madre era dulcemente triste. Acostumbraba llevarnos todas las tardes a mi hermanita y a mí a la orilla a ver morir el sol. Desde allí se veía el muelle, largo con sus aspas monótonas, sobre las que se elevaban las eses de sus columnas, que en los cuadernos, en la escuela, nosotros pintábamos así:

f f f f xxxxxxxx

Pues de los ganchitos de las *eses* pendían los faroles por las noches. Mi padre volvía por el muelle, al atardecer, nos buscaba desde lejos, hacíamos señales con los pañuelos y él perdía un momento tras de las oficinas al llegar a tierra para reaparecer a nuestro lado. Juntos veíamos entonces «la procesión de las luces» cuando el sol se había puesto y el mar sonaba ya con el canto nocturno muy distinto del canto del día. Después de la procesión regresábamos a casa y durante la comida papá nos contaba todo lo que había hecho en la tarde.

Aquel día, como de costumbre, habíamos ido a ver la caída del sol y a esperar a papá. Mientras mi madre sobre la orilla contemplaba silenciosa el horizonte, nosotros jugábamos a su lado, con los zapatos enarenados, fabricando fortalezas de arena y piedras, que destruían las olas al desmayarse junto a sus muros, dejando entre ellos su blanquísima espuma. Lentamente caía la tarde. De pronto mamá descubrió un punto en el lejano límite del mar.

—¿Ven ustedes? —nos dijo preocupada—, ¿no parece un barco?

—Sí, mamá —respondí—. Parece un barco...

—¿Vendrá papá? —interrogó mi hermana.

—Él no comerá hoy con nosotros, seguramente —agregó mi madre—. Tendrá que recibir ese barco. Vendrá de noche. El mar está muy bravo. —Y suspiró entristecida...

El sol se ahogó en sangre en el horizonte. El barco se divisó perfectamente recortado en el fondo ocre. Sobre el puerto cayó la noche. En silencio emprendimos la vuelta a casa, mientras encendían el faro del muelle y desfilaba «la procesión de las luces».

Así decíamos a un carro lleno de faroles que salía de la capitanía y era conducido sobre el muelle por un marinero, quien a cada cincuenta metros se detenía, colocando sobre cada poste un farol hasta llegar al extremo del muelle extendido y lineal; mas, como esta operación hacía entrada la noche, sólo se veían avanzando sobre el mar, las luces, sin que el hombre ni el carro ni el muelle se viesan, lo que daba a ese fanal un aspecto extraño y quimérico en la profunda oscuridad de esas horas.

Parecía aquel carro un buque fantasma que flotara sobre las aguas muertas. A cada cincuenta metros se detenía, y una luz suspendida por invisible mano iba a colgarse en lo alto de un poste, invisible también. Así, a medida que el carro avanzaba, las luces iban quedando inmóviles en el espacio como estrellas sangrientas; y el fanal iba disminuyendo su brillo y dejando sus luces a lo largo del muelle, como una familia cuyos miembros fueran muriendo sucesivamente de una misma enfermedad. Por fin la última luz se quedaba oscilando al viento, muy lejos, sobre el mar que rugía en las profundas tinieblas de la noche.

Cuando se colgó el último farol, nosotros, cogidos de la mano de mi madre, abandonamos la playa tornando al hogar. La criada nos puso los delantales blancos. La comida fue en silencio. Mamá no tomó nada. Y en el mutismo de esa noche triste, yo veía que mamá no quitaba la vista del lugar que debía ocupar mi padre, que estaba intacto con su servilleta doblada en el aro, su cubierto reluciente y su invertida copa. Todo inmóvil. Sólo se oía el chocar de los cubiertos con los

platos o los pasos apagados de la sirvienta, o el rumor que producía el viento al doblar los árboles del jardín. Mamá sólo dijo dos veces con su voz dulce y triste:

—Niño, no se toma así la cuchara...

—Niña, no se come tan de prisa...

III

PAPÁ debió volver muy tarde, porque cuando yo desperté en mi cama, sobresaltado al oír una exclamación, sonaron frías, lejanas, las dos de la madrugada. Yo no oí en detalle la conversación, de mis padres; pero no puedo olvidar algunas frases que se me han quedado grabadas profundamente.

—¡Quién lo hubiera creído! —decía papá—. Tú conoces a Luisa, sabes cuán honorable y correcto es su marido...

—¡No es posible, no es posible! —respondió mi madre, con voz medrosa.

—Ojalá no lo fuese. Lo cierto es que Fernando está preso; el juez cogió al niño y amenazó a Luisa con detenerlo si ella no decía la verdad, y ya ves, la pobre mujer lo ha declarado todo. Dijo que Fernando había venido a Pisco con el exclusivo objeto de perseguir a Kerr, pues había jurado matarlo por una vieja cuestión de honor...

—¿Y ella ha delatado a su marido? ¡Qué horrible traición, qué horrible! ¿Y qué cuestión ha sido ésa?...

—No ha querido decirlo. Pero, admírate. Esto ha ocurrido a las cuatro de la tarde; Kerr ha muerto a las cinco a

consecuencia de la herida, y cuando trasladaban su cadáver se promovió en la calle un gran tumulto, oímos gritos y exclamaciones terribles, fuimos hacia allí y hemos visto a Luisa gritar, mesarse los cabellos y, como loca, llamar a su hijo. ¡Se lo habían robado!

—¿Le han robado a su hijo?

Sentí los sollozos de mi madre. Asustado me cubrí la cabeza con la sábana y me puse a rezar, inconsciente y temeroso, por todos esos desdichados a quienes no conocía.

—*Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, Bendita eres...*

Al día siguiente, de mañana, trajeron una carta con un margen de luto muy grande y papá salió a la calle vestido de negro.

IV

RECUERDO que al salir de la población, pasé por la plazuela que está al fin del barrio «del Castillo» y empecé a alejarme en la curva de la costa hacia San Andrés, entretenido en coger caracoles, plumas y yerbas marinas. Anduve largo rato y pronto me encontré en la mitad del camino. Al norte, el puerto ya lejano de Pisco aparecía envuelto en un vapor vibrante, veíanse las casas muy pequeñas, y los pinos, casi borrados por la distancia, elevábanse apenas. Los barcos del puerto tenían un aspecto de abandono, cual si estuvieran varados por el viento del Sur. El muelle parecía entrar apenas en el mar. Recorrí con la mirada la curva de la costa que terminaba en San Andrés. Ante la soledad del paisaje, sentí cierto temor que me detuvo. El mar sonaba apenas. El sol era

tibio y acariciador. Un ave marina apareció a lo lejos, la vi venir muy alto, muy alto, bajo el cielo, sola y serena como un alma; volaba sin agitar las alas, deslizándose suavemente, arriba, arriba. La seguí con la mirada, alzando la cabeza, y el cielo me pareció abovedado, azul e inmenso, como si fuera más grande y más hondo y mis ojos lo miraran más profundamente.

El ave se acercaba, volví la cara y vi la campiña tierra adentro, pobre, alargándose en una faja angosta, detrás de la cual comenzaba el desierto vasto, amarillo, monótono, como otro mar de pena y desolación. Una ráfaga ardiente vino de él hacia el mar.

En medio de esa hora me sentí solo, aislado, y tuve la idea de haberme perdido en una de esas playas desconocidas y remotas, blancas y solitarias donde van las aves a morir. Entonces sentí el divino prodigio del silencio; poco a poco se fue callando el rumor de las olas, yo estaba inmóvil en la curva de la playa y al apagarse el último ruido del mar, el ave se perdió a lo lejos. Nada acusaba ya a la Humanidad ni a la vida. Todo era mudo y muerto. Sólo quedaba un zumbido en mi cerebro que fue extinguiéndose, hasta que sentí el silencio, claro, instantáneo, preciso. Pero sólo fue un segundo. Un extraño sopor me invadió luego, me acosté en la arena, llevé mi vista hacia el sur, vi una silueta de mujer que aparecía a lo lejos, y mansamente, dulcemente, como una sonrisa, se fue borrando todo, todo, y me quedé dormido.

V

DESPERTÉ con la idea de la mujer que había visto al dormirme, pero en vano la buscaron mis ojos, no estaba por ninguna parte. Seguramente había dormido mucho, y durante mi sueño, la desconocida, que tenía un vestido blanco, había podido recorrer toda la playa. Observé, sin embargo, los pasos que venían por la orilla. Menudos rastros de mujer que el mar había borrado en algunos sitios, circundaban el lugar donde yo me había dormido y seguían hacia el puerto.

Pensativo y medroso no quise avanzar a San Andrés. El sol iba a ponerse ya, y restregándome los ojos, siguiendo los rastros de la desconocida, emprendí la vuelta por la orilla. En algunos puntos el mar había borrado las huellas, buscábalas yo, adivinándolas casi, y por fin las veía aparecer sobre la arena húmeda. Recogí una conchita rara, la eché en mi bolsillo y mi mano tropezó con un extraño objeto. ¿Qué era? Una medalla de la Purísima, de plata, pendiendo de una cadena delgada, larga y fría. Examiné mucho el objeto y me convencí de que alguien lo había puesto en mi bolsillo. Tuve una sospecha, la mujer; quise arrojarle, pero me detuve.

Guardé la medalla y cavilando en el hallazgo, llegué a casa cuando el sol se ponía. Mi curiosidad hizo que callara y ocultara el objeto; y al día siguiente, martes de Semana Santa, a la misma hora, volví. El mar durante la noche había borrado las huellas donde me acostara la víspera, pero aproximadamente elegí un sitio y me recosté. No tardó en aparecer la silueta blanca. Sentí un violento golpe en el corazón y un indecible temor. Y sin embargo tenía una gran simpatía por la desconocida que vestida de blanco se acercaba.

El miedo me vencía, quería correr y luchaba por quedarme. La mujer se acercaba cada vez más. Me miró desde lejos, quise irme aún; pero ya era tarde. El miedo y luego la apacible mirada de aquella mujer me lo impedían. Acercose la señora. Yo, de pie, quitándome la gorra le dije:

—Buenas tardes, señora...

—¿Me conoces?...

—Mamá me ha dicho que se debe saludar a las personas mayores...

La señora me acarició sonriendo tristemente y me preguntó:

—¿Te gusta mucho el mar?

—Sí, señora. Vengo todas las tardes.

—¿Y te quedas dormido?...

—¿Usted vino ayer, señora?...

—No; pero cuando los niños se quedan dormidos a la orilla del mar, y son buenos, viene un ángel y les regala una medalla. ¿A ti te ha regalado el ángel?...

Yo sonreí incrédulo; la dama lo comprendió, y conversando, perdido el temor hacia la señora vestida de blanco, cogido de su mano, emprendí la vuelta a la población.

Al llegar a la plazuela del Castillo, vimos unos hombres que levantaban una especie de torre de cañas.

—¿Qué hacen esos hombres? —me preguntó la señora.

—Papá nos ha dicho que están preparando el castillo para quemar a Judas el Sábado de Gloria.

—¿A Judas? ¿Quién te ha dicho eso? —Y abrió

desmesuradamente los ojos.

—Papá dice que Judas tiene que venir el sábado por la noche y que todos los hombres del pueblo, los marineros, los trabajadores del muelle, los cargadores de la Estación, van a quemarlo, porque Judas es muy malo... Papá nos traerá para que lo veamos...

—¿Y tú sabes por qué lo queman?...

—Sí, señora. Mamá dice que lo queman porque traicionó al Señor...

—¿Y no te da pena que lo quemem?...

—No, señora. Que lo quemem. Por él los judíos mataron a nuestro Señor Jesucristo. Si él no lo hubiese vendido, ¿cómo habrían sabido quién era los judíos?...

La señora no contestó. Seguimos en silencio hasta la población. Los hombres se quedaron trabajando y al despedirse la señora blanca me dio un beso y me preguntó:

—Dime, ¿tú no perdonarías a Judas?...

—No, señora blanca; no lo perdonaría.

La dama se marchó por la orilla oscura y yo tomé el camino de mi casa. Después de la comida me acosté.

VI

ESTUVE varios días sin volver a la playa, pero el Sábado de Gloria en que debían quemar a Judas, salí a la playa para dar un paseo y ver en la plaza el cuerpo del criminal, pues según

papá, ya estaba allí esperando su castigo el traidor, rodeado de marineros, cargadores, hombres del pueblo y pescadores de San Andrés. Salí a las cuatro de la tarde y me fui caminando por la orilla. Llegué al sitio donde Judas, en medio del pueblo, se elevaba, pero le tenían cubierto con una tela y sólo se le veía la cabeza. Tenía dos ojos enormes, abiertos, iracundos, pero sin pupilas y la inexpresiva mirada se tendía sobre la inmensidad del mar. Seguí caminando y al llegar a la mitad de la curva, distinguí a la señora blanca que venía del lado de San Andrés. Pronto llegó hasta mí. Estaba pálida y me pareció enferma. Sobre su vestido blanco y bajo el sombrero alón, su rostro tenía una palidez de marfil. ¡Era tan blanca! Sus facciones afiladas parecían no tener sangre; su mirada era húmeda, amorosa y penetrante. Hablamos largo rato.

—¿Has visto a Judas?

—Lo he visto, señora blanca...

—¿Te da miedo?...

—Es horrible... A mí me da mucho miedo...

—¿Y ya le has perdonado?...

—No, señora, yo no lo perdono. Dios se resentiría conmigo si le perdonase... ¿Usted viene esta noche a verlo quemar?...

—Sí.

—¿A qué hora?...

—Un poco tarde. ¿Tú me reconocerías de noche?... ¿No te olvidarías de mi cara? Fíjate bien. —Y me miró extrañamente—. Fíjate bien en mi cara... Yo vendré un poco tarde... Dime, ¿le has visto tú los ojos a Judas?...

—Sí, señora. Son inmensos, blancos, muy blancos...

—¿Dónde miran?...

—Al mar...

—¿Estás seguro? ¿Miran al mar? ¿Te has fijado bien?...

—Sí, señora blanca, miran al mar...

Sobre la arena donde nos habíamos sentado, la señora miró largamente el océano. Un momento permaneció silenciosa y luego ocultó su cara entre las manos. Aún me pareció más pálida.

—Vamos —me dijo.

Yo la seguí. Caminamos en silencio a través de la playa, pero al acercarnos a la plazuela donde estaba el cuerpo de Judas, la señora se detuvo y mirando al suelo, me dijo:

—Fíjate bien en él... Me vas a contar adónde mira. Fíjate bien... Fíjate bien.

Y al pasar ante el cuerpo, ella volvió la cara hacia el mar, para no ver la cara de Judas. Parecía temblar su mano, que me tenía cogido por el brazo, y al alejarnos me decía:

—Fíjate adónde mira, de qué color son sus ojos, fíjate, fíjate...

Pasamos. Yo tenía miedo. Sentí temblar fuertemente a la señora, que me preguntó nuevamente:

—¿Dónde miran los ojos?

—Al mar, señora blanca... Bien lejos, bien lejos...

Ya era tarde. La noche empezó a caer y las luces de los barcos se anunciaron débilmente en la bahía. Al llegar a la

altura de mi casa, la señora me dio un beso en la frente, un beso muy largo, y me dijo:

—¡Adiós!

La noche tenía un color brumoso, pero no tan negro como otras veces. Avancé hasta mi casa pensativo, y encontré a mi madre llorando, porque debía salir un barco a esa hora y papá debía ir a despacharlo. Nos sentamos a la mesa. Allí se oía rugir el mar, poderoso y amenazador. Madre no tomó nada y me atreví a preguntarle:

—Mamá, ¿no vamos a ver quemar a Judas?...

—Si papá vuelve pronto. Ahora vamos a rezar...

Nos levantamos de la mesa. Atravesamos el patiecillo. Mi hermana se había dormido y la criada la llevaba en brazos. La luna se dibujaba opacamente en el cielo. Llegamos al dormitorio de mi madre y ante el altar, donde había una virgen del Carmen muy linda, nos arrodillamos. Iniciamos el rezo. Mamá decía en su oración:

—Por los caminantes, navegantes, cautivos cristianos y encarcelados...

Sentimos, inusualmente, ruidos, carreras, voces y lamentaciones. Las gentes corrían gritando y de pronto oímos un sonido estridente, característico, como el pitar de un buque perdido. Una voz gritó cerca de la puerta:

—¡Un naufragio!

Salimos despavoridos, en carrera loca, hacia la calle. El pueblo corría hacia la ribera. Mamá empezó a llorar. En ese momento apareció mi padre y nos dijo:

—Un naufragio. Hace una hora que he despachado el buque.

Seguramente ha encallado...

El buque llamaba con un silbido doloroso, como si se quejara de un agudo dolor, implorante, solemne, frío. La luna seguía opacada. Salimos todos a la playa y pudimos ver que el barco hacía girar un reflector y que del muelle salían unos botes en su ayuda.

El pueblo se preparaba. Estaba reunido alrededor de la orilla, alistaba febrilmente sus embarcaciones, algunos habían sacado linternas y farolillos y auscultaban el aire. Una voz ronca recorría la playa como una ola, pasaba de boca en boca y estallaba:

—¡Un naufragio!

Era el eterno enemigo de la gente del mar, de los pescadores, que se lanzaban en los frágiles botes, de las mujeres que los esperaban temerosas, a la caída de la tarde; el eterno enemigo de todos los que viven a la orilla... El terrible enemigo contra el que luchan todas las creencias y supersticiones de los pueblos costaneros; que surge de repente, que a veces es el molino desconocido y siniestro que lleva a los pescadores hacia un vórtice extraño y no los deja volver más a la costa; otras veces el peligro surge en forma de viento que aleja de la costa las embarcaciones para perderlas en la inmensidad azul y verde del mar. Y siempre que aparece este espíritu desconocido y sorprendente las gentes sencillas vibran y oran al apóstol pescador, su patrón y guía, porque seguramente alguna vida ha sido sacrificada.

Aún oímos el rumor de las gentes del mar. Cuando empezó a retirarse, se apagaron los reflectores y el piteo cesó. Nadie comprendía por qué el barco se alejaba; pero cuando éste se perdía hacia el sur, todo el pueblo, pensativo, silencioso e inmenso, regresó por las calles y se encaminó a la plaza en la

que Judas iba a ser sacrificado. Mamá no quiso ir, pero papá y yo fuimos a verle.

Caminamos todo el barrio del Castillo y al terminarlo y entrar a la plazoleta, la fiesta se anunció con una viva luz sangrienta. A los pies de Judas ardía una enorme y roja llamarada que hacía nubes de humo y que iluminaba por dentro el deforme cuerpo del condenado, a quien yo quería ver de frente.

Pero al verlo tuve miedo. Miedo de sus grandes ojos que se iluminaban de un tono casi rosado. Busqué entre los que nos rodeaban a la señora blanca, pero no la vi. La plaza estaba llena, el pueblo la ocupaba toda y de pronto, de la casa que estaba a la espalda de Judas y que daba frente al mar, salieron varios hombres con hachones encendidos y avanzaron entre la multitud hacia Judas.

—¡Ya lo van a quemar! —gritó el pueblo. Los hombres llegaron. Los hachones besaron los pies del traidor y una llama inmensa apareció violentamente. Acercaron un barril de alquitrán y la llamarada aumentó.

Entonces fue el prodigio. Al encenderse el cuerpo de Judas, los ojos con el reflejo de la luz tornáronse rojos, con un rojo iracundo y amenazador; y como si toda aquella gente semi-perdida en la obscuridad y en las llamas hubiera pensado en los ojos del ajusticiado, siguió la mirada sangrienta de éste que fue a detenerse en el mar. Un punto negro había al final de la mirada que casi todo el pueblo señaló. Un golpe de luz de la luna iluminó el punto lejano y el pueblo, que aquella noche estaba como poseído de una extraña preocupación, gritó abandonando la plaza y lanzándose a la orilla:

—¡Un ahogado, un ahogado!...

Se produjo un tumulto horrible. Un clamor general que tenía algo de plegaria y de oración, de maldición pavorosa y de

tragedia, se elevó hacia el mar, en esa noche sangrienta.

—¡Un ahogado!

El punto era traído mansamente por las olas hacia la playa. Al grito unánime siguió un silencio absoluto en el que podía percibirse el nudo manso del mar. Cada uno de los allí presentes esperaba la llegada del desconocido cadáver, con un presentimiento doloroso y silente. La luna empezó a clarear. Debía ser muy tarde y por fin se distinguió un cadáver ya muy cerca de la orilla, que parecía tener encima una blanca sábana. La luna tuvo una coloración violeta y alumbró aún el cadáver que poco a poco iba acercándose.

—¡Un marinero! —gritaron algunos.

—¡Un niño! —dijeron otros.

—¡Una mujer! —exclamaron todos.

Algunos se lanzaron al mar y sacaron el cadáver a la orilla. El pueblo se agrupó al alrededor. Le clavaban las luces de las linternas, se peleaban por verle, pero como allí en la orilla no hubiese luz bastante, lo cargaron y lo llevaron hacia los pies de Judas que aún ardía en el centro de la plaza. Todo el pueblo volvía a ella y con él yo —cogido siempre de la mano de papá—. Llegaron, colocaron en tierra el cadáver y ardió el último resto del cuerpo de Judas quedando sólo la cabeza, cuyos dos ojos ya no miraban a ningún lugar sino a todos. Yo tenía una extraña curiosidad por ver el cadáver. Mi padre seguramente no deseaba otra cosa, hizo abrir sitio y como las gentes de mar lo conocían y respetaban, le hicieron pasar y llegarnos hasta él.

Vi un grupo de hombres todos mojados, con la cabeza inclinada teniendo en la mano sus sombreros, silenciosos, rodeando el cadáver, vestido de blanco, que estaba en el

suelo. Vi las telas destrozadas y el cuerpo casi desnudo de una mujer. Fue una horrible visión que no olvido nunca. La cabeza echada hacia atrás, cubierto el rostro con el cabello desgreñado. Un hombre de éstos se inclinó, descubrió la cara y entonces tuve la más horrible sensación de mi vida. Di un grito extraño, inconsciente, y me abracé a las piernas de mi padre.

—¡Papá, papá, si es la *señora blanca*! ¡La *señora blanca*, papá!...

Creí que el cadáver me miraba, que me reconocía; que Judas ponía sus ojos sobre él y di un segundo grito más fuerte y terrible que el primero.

—¡Sí; perdono a Judas, *señora blanca*, sí, lo perdono!...

Padre me cogió como loco, me apretó contra su pecho, y yo, con los ojos muy abiertos, vi mientras que mi padre me llevaba, rojos y sangrientos, acusadores, siniestros y terribles, los ojos de Judas que miraban por última vez, mientras el pueblo se desgranaba silencioso y unos cuantos hombres se inclinaban sobre el cadáver blanco.

Ocultábase la luna...

El vuelo de los cóndores

I

AQUEL día demoré en la calle y no sabía qué decir al volver a casa. A las cuatro salí de la Escuela, deteniéndome en el muelle, donde un grupo de curiosos rodeaba a unas cuantas personas. Metido entre ellos supe que había desembarcado un circo.

—Ése es el barrista —decían unos, señalando a un hombre de mediana estatura, cara angulosa y grave, que discutía con los empleados de la aduana.

—Aquél es el domador. —Y señalaban a sujeto hosco, de cónica patilla, con gorrita, polainas, fute y cierto desenfado en el andar. Le acompañaba una bella mujer con flotante velo lila en el sombrero; llevaba un perrillo atado a una cadena y una maleta.

—Éste es el payaso —dijo alguien.

El buen hombre volvió la cara vivamente:

—¡Qué serio!

—Así son en la calle.

Era éste un joven alto, de movibles ojos, respingada nariz y ágiles manos. Pasaron luego algunos artistas más; y cogida de la mano de un hombre viejo y muy grave, una niña blanca, muy blanca, sonriente, de rubios cabellos, lindos y morenos ojos. Pasaron todos. Seguí entre la multitud aquel desfile y los acompañé hasta que tomaron el cochecito, partiendo entre la curiosidad bullanguera de las gentes.

Yo estaba dichoso por haberlos visto. Al día siguiente contaría en la Escuela quiénes eran, cómo eran y qué decían. Pero encaminándome a casa, me di cuenta de que ya estaba obscureciendo. Era muy tarde. Ya habrían comido. ¿Qué decir? Sacome de mis cavilaciones una mano posándose en mi hombro.

—¡Cómo! ¿Dónde has estado?

Era mi hermano Anfiloquio. Yo no sabía qué responder.

—Nada —apunté con despreocupación forzada—, que salimos tarde del colegio...

—No puede ser; porque Alfredito llegó a su casa a la cuatro y cuarto...

Me perdí. Alfredito era hijo de don Enrique, el vecino; le habían preguntado por mí y había respondido que salimos juntos de la Escuela. No había más. Llegamos a casa. Todos estaban serios. Mis hermanos no se atrevían a decir palabra. Felizmente, mi padre no estaba y cuando fui a dar el beso a mamá, ésta, sin darle la importancia de otros días, me dijo fríamente:

—Cómo, jovencito, ¿éstas son horas de venir?...

Yo no respondí nada. Mi madre agregó:

—¡Está bien!...

Metime en mi cuarto y me senté en la cama con la cabeza inclinada. Nunca había llegado tarde a mi casa. Oí un manso ruido: levanté los ojos. Era mi hermanita. Se acercó a mí tímidamente.

—Oye —me dijo tirándome del brazo y sin mirarme de frente—, anda a comer...

Su gesto me alentó un poco. Era mi buena confidente, mi abnegada compañera, la que se ocupaba de mí con tanto interés como de ella misma.

—¿Ya comieron todos? —le interrogué.

—Hace mucho tiempo. ¡Si ya vamos a acostarnos! Ya van a bajar el farol...

—Oye —le dije—, ¿y qué han dicho?...

—Nada; mamá no ha querido comer...

Yo no quise ir a la mesa. Mi hermana salió y volvió al punto trayéndome a escondidas un pan, un plátano y unas galletas que le habían regalado en la tarde.

—Anda, come, no seas zonzo. No te van a hacer nada... Pero eso sí, no lo vuelvas a hacer...

—No, no quiero.

—Pero oye, ¿dónde fuiste?...

Me acordé del circo. Entusiasmado pensé en aquel admirable circo que había llegado, olvidé a medias mi preocupación, empecé a contarle las maravillas que había visto. ¡Eso era un circo!

—Cuántos volatineros hay —le decía—, un barrista con unos brazos muy fuertes; un domador muy feo, debe ser muy valiente porque estaba muy serio. ¡Y el oso! ¡En su jaula de barrotes, husmeando entre las rendijas! ¡Y el payaso!... ¡pero qué serio es el payaso! Y unos hombres, un montón de volatineros, el caballo blanco, el mono, con su saquito rojo, atado a una cadena. ¡Ah, es un circo espléndido!

—¿Y cuándo dan función?

—El sábado...

E iba a continuar, cuando apareció la criada:

—Niñita, ¡a acostarse!

Salió mi hermana. Oí en la otra habitación la voz de mi madre que la llamaba y volví a quedarme solo, pensando en el circo, en lo que había visto y en el castigo que me esperaba.

Todos se habían acostado ya. Apareció mi madre, sentose a mi lado y me dijo que había hecho muy mal. Me riñó blandamente, y entonces tuve claro concepto de mi falta. Me acordé de que mi madre no había comido por mí: me dijo que no se lo diría a papá, porque no se molestase conmigo. Que yo la hacía sufrir, que yo no la quería...

¡Cuán dulces eran las palabras de mi pobrecita madre! ¡Qué mirada tan pesarosa con sus benditas manos cruzadas en el regazo! Dos lágrimas cayeron juntas de sus ojos, y yo que hasta ese instante me había contenido no pude más y, sollozando, le besé las manos. Ella me dio un beso en la frente. ¡Ah, cuán feliz era, qué buena era mi madre, que sin castigarme, me había perdonado!

Me dio después muchos consejos, me hizo rezar «el bendito», me ofreció la mejilla, que besé, y me dejó acostado.

Sentí ruido al poco rato. Era mi hermanita. Se había escapado de su cama descalza; echó algo sobre la mía, y me dijo volviéndose a la carrera y de puntitas como había entrado:

—Oye, los dos centavos para ti, y el trompo también te lo regalo...

II

SONÉ con el circo. Claramente aparecieron en mi sueño todos los personajes. Vi desfilar a todos los animales. El payaso, el oso, el mono, el caballo, y, en medio de ellos, la niña rubia, delgada, de ojos negros, que me miraba sonriente. ¡Qué buena debía ser esa criatura tan callada y delgaducha! Todos los artistas se agrupaban, bailaba el oso, pirueteaba el payaso, giraba en la barra el hombre fuerte, en su caballo blanco daba vueltas al circo una bella mujer, y todo se iba borrando en mi sueño, quedando sólo la imagen de la desconocida niña con su triste y dulce mirada lánguida.

Llegó el sábado. Durante el almuerzo, en mi casa, mis hermanos hablaron del circo. Exaltaban la agilidad del barrista, el mono era un prodigio, jamás había llegado un payaso más gracioso que «Confitito»; qué oso tan inteligente y luego... todos los jóvenes de Pisco iban a ir aquella noche al circo...

Papá sonreía aparentando seriedad. Al concluir el almuerzo sacó pausadamente un sobre.

—¡Entradas! —cuchichearon mis hermanos.

—Sí, entradas. ¡Espera!...

—¡Entradas! —insistía el otro.

El sobre fue a poder de mi madre.

Levantose papá y con él la solemnidad de la mesa; y todos saltando de nuestros asientos, rodeamos a mi madre.

—¿Qué es? ¿Qué es?...

—¡Estar quietos o... no hay nada!

Volvimos a nuestros asientos. Abriose el sobre y ¡oh, papelillos morados!

Eran las entradas para el circo; venían dentro de un programa. ¡Qué programa! ¡Con letras enormes y con los artistas pintados! Mi hermano mayor leyó. ¡Qué admirable maravilla!

El afamado barrista Kendall, el hombre de goma; el célebre domador Mister Glandys; la bellísima amazona Miss Blutner con su caballo blanco, el caballo matemático; el graciosísimo payaso «Confitito», rey de los payasos del Pacífico, y su mono; y el extraordinario y emocionante espectáculo «El Vuelo de los Cóndores», ejecutado por la pequeñísima artista Miss Orquídea.

Me dio una corazonada. La niña no podía ser otra... Miss Orquídea. ¿Y esa niña frágil y delicada iba a realizar aquel prodigio? Celebraron alborozados mis hermanos el circo; y yo, pensando, me fui al jardín, después a la Escuela, y aquella tarde no atravesé palabra con ninguno de mis camaradas.

III

A las cuatro salí del colegio, y me encaminé a casa. Dejaba los libros cuando sentí ruido y las carreras atropelladas de mis hermanos.

—¡El «convite»! ¡El «convite»!...

—¡Abraham, Abraham! —gritaba mi hermanita—. ¡Los volatineros!

Salimos todos a la puerta. Por el fondo de la calle venía un grupo enorme de gente que unos cuantos músicos precedían. Avanzaron. Vimos pasar la banda de músicos con sus bronces ensortijados y sonoros, el bombo iba delante dando atronadores compases, después en un caballo blanco, la artista Miss Blutner, con su ceñido talle, sus rosadas piernas, sus brazos desnudos y redondos. Precioso atavío llevaba el caballo, que un hombre con casaca roja y un penacho en la cabeza, lleno de cordones, portaba de la brida: después iba Mister Kendall, en traje de oficio, mostrando sus musculosos brazos, en otro caballo. Montaba el tercero Miss Orquídea, la bellísima criatura, que sonreía tristemente; en seguida el mono, muy engalanado, caballero en un asno pequeño, y luego «Confitito», rodeado de muchedumbre de chiquillos que palmoreaban a su lado llevando el compás de la música.

En la esquina se detuvieron y «Confitito» entonó al son de la música esta copla:

Los jóvenes de este tiempo

usan flor en el ojal

y dentro de los bolsillos

no se les encuentra un real...

Una algazara estruendosa coreó las últimas palabras del payaso. Agitó éste su cónico gorro, dejando al descubierto su pelada cabeza. Rompió el bombo la marcha y todos se perdieron por el fin de la plazoleta hacia los rieles del ferrocarril para encaminarse al pueblo. Una nube de polvo los seguía y nosotros entramos a casa nuevamente, en tanto que la caravana multicolor y sonora se esfumaba detrás de los toñuces, en el salitroso camino.

IV

MIS hermanos apenas comieron. No veíamos la hora de llegar al circo. Vestímonos todos, y listos, nos despedimos de mamá. Mi padre llevaba su «Carlos Alberto».

Salimos, atravesamos la plazuela, subimos la calle del tren, que tenía al final una baranda de hierro, y llegamos al cochecito, que agitaba su campana. Subimos al carro, sonó el pitear de partida; una trepidación; soltose el breque; chasqueó el látigo, y las mulas halaron.

Llegamos por fin al pueblo y poco después al circo. Estaba éste en una estrecha calle. Un grupo de gente se estacionaba en la puerta que iluminaban dos grandes aparatos de bencina de cinco luces. A la entrada, en la acera, había mesitas, con pequeños toldos, donde en floreados vasos con las armas de la patria estaba la espumosa blanca chicha de maní, la amarilla de garbanzos y la dulce de «bonito», las butifarras que eran panes en cuya boca abierta el ají y la lechuga ocultaban la carne; los platos con cebollas picadas en vinagre, la fuente de «escabeche» con sus yacentes pescados, la «causa», sobre cuya blanda masa reposaba graciosamente el rojo de los camarones, el morado de las aceitunas, los pedazos de queso, los repollos verdes y el «pisco» oloroso, alabado por las vendedoras...

Entramos por un estrecho callejoncito de adobes, pasamos un espacio pequeño donde charlaban gentes, y al fondo, en un inmenso corralón, levantábase la carpa. Una gran carpa, de la que salían gritos, llamadas, piteos, risas. Nos instalamos. Sonó una campanada.

—¡Segunda! —gritaron todos, aplaudiendo.

El circo estaba rebosante. La escalonada muchedumbre formaba un gran círculo, y delante de los bajos escalones, separada por un zócalo de lona, la platea, y entre ésta y los palcos que ocupábamos nosotros, un pasadizo. Ante los palcos estaba la pista, la arena donde iban a realizarse las maravillas de aquella noche.

Sonó largamente otro campanillazo.

—¡Tercera! ¡Bravo, bravo!

La música comenzó con el programa: «Obertura por la banda». Presentación de la compañía. Salieron los artistas en doble fila. Llegaron al centro de la pista y saludaron a todas partes con una actitud uniforme, graciosa y peculiar; en el centro, Miss Orquídea con su admirable cuerpecito, vestido de punto, con zapatillas rojas, sonreía.

Salió el barrista, gallardo, musculoso, con sus negros, espesos y retorcidos bigotes. ¡Qué bien peinado! Saludó. Ya estaba lista la barra. Sacó un pañuelo de un bolsillo secreto en el pecho, colgose, giró retorcido vertiginosamente, parose en la barra, pendió de corvas, de brazos, de vientre; hizo rehilete y, por fin, dio un gran salto mortal y cayó en la alfombra, en el centro del circo. Gran aclamación. Agradeció. Después todos los números del programa. Pasó Miss Blutner corriendo en su caballo; contó éste con la pata desde uno hasta diez; a una pregunta que le hizo su ama de si dos y dos eran cinco, contestó negativamente con la cabeza, en convencido ademán. Salió Mister Glandys con su oso; bailó éste acompañado y socarrón, pirueteó el mono, se golpeó varias veces el payaso y, por fin, el público exclamó al terminar el segundo entreacto:

—¡El Vuelo de los Cóndores!

V

UN estremecimiento recorrió todos mis nervios. Dos hombres de casaca roja pusieron en el circo, uno frente a otro, unos estrados altos, altísimos, que llegaban hasta tocar la carpa. Dos trapecios colgados del centro mismo de ésta oscilaban. Sonó la tercera campanada y apareció entre dos artistas Miss Orquídea con su apacible sonrisa; llegó al centro, saludó graciosamente, colgose de una cuerda y la ascendieron al estrado. Parose en él delicadamente, como una golondrina en un alero breve. La prueba consistía en que la niña tomase el trapecio que, pendiendo del centro, le acercaban con unas cuerdas a la mano, y, colgada de él, atravesara el espacio, donde otro trapecio la esperaba, debiendo en la gran altura cambiar de trapecio y detenerse nuevamente en el estrado opuesto.

Se dieron las voces, se soltó el trapecio opuesto, y en el suyo la niña se lanzó mientras el bombo —detenida la música— producía un ruido siniestro y monótono. ¡Qué miedo, qué dolorosa ansiedad! ¡Cuánto habría dado yo porque aquella niña rubia y triste no volase!

Serenamente realizó la peligrosa hazaña. El público silencioso y casi inmóvil la contemplaba y cuando la niña se instaló nuevamente en el estrado y saludó, segura de su triunfo, el público la aclamó con vehemencia. La aclamó mucho. La niña bajó, el público seguía aplaudiendo. Ella, para agradecer hizo unas pruebas difíciles en la alfombra, se curvó, su cuerpecito se retorció como un aro, y enroscada, giraba como un extraño monstruo, el cabello despeinado, el color encendido. El público aplaudía más, más. El hombre que la traía en el muelle de la mano habló algunas palabras con los otros. La prueba iba a repetirse.

Nuevas aclamaciones. La pobre niña obedeció al hombre adusto casi inconscientemente. Subió. Se dieron las voces. El público enmudeció, el silencio se hizo en el circo y yo hacía votos, con los ojos fijos en ella, porque saliese bien de la prueba. Sonó una palmada y Miss Orquídea se lanzó... ¿Qué le pasó a la niña? Nadie lo sabía. Cogió mal el trapecio, se soltó a destiempo, titubeó un poco, dio un grito profundo, horrible, pavoroso y cayó como una avecilla herida en el vuelo, sobre la red del circo, que la salvó de la muerte. Rebotó en ella varias veces. El golpe fue sordo. La recogieron, escupió y vi mancharse de sangre su pañuelo, perdida en brazos de esos hombres y en medio del clamor de la multitud.

Papá nos hizo salir, cruzamos las calles, tomamos el cochecito y yo, mudo y triste, oyendo los comentarios, no sé qué cosas pensaba contra esa gente. Por primera vez comprendí entonces que había hombres muy malos...

VI

PASARON algunos días. Yo recordaba siempre con tristeza a la pobre niña; la veía entrar al circo, vestida de punto, sonriente, pálida; la veía después caída, escupiendo sangre en el pañuelo, ¿dónde estaría? El circo seguía funcionando. Mi padre no quiso que fuéramos más. Pero ya no daban el Vuelo de los Cóndores. Los artistas habían querido explotar la piedad del público haciendo palpable la ausencia de Miss Orquídea.

El sábado siguiente, cuando había vuelto de la Escuela, y jugaba en el jardín con mi hermana, oímos música.

—¡El convite! ¡Los volatineros!...

Salimos en carrera loca. ¿Vendría Miss Orquídea?...

¡Con qué ansia vi acercarse el desfile! Pasó el bombo sordo con sus golpes definitivos, los músicos con sus bronces ensortijados, platillos estridentes, los acróbatas, y después, después el caballo de Miss Orquídea, solo, con un listón negro en la cabeza... Luego el resto de la farándula, el mono impasible haciendo sus eternas muecas sin sentido...

¿Dónde estaba Miss Orquídea?...

No quise ver más; entré a mi cuarto y por primera vez, sin saber por qué, lloré a escondidas la ausencia de la pobrecita artista.

VII

ALGUNOS días más tarde, al ir, después del almuerzo, a la Escuela, por la orilla del mar, al pie de las casitas que llegan hasta la ribera y cuyas escalas mojan las olas a ratos, salpicando las terrazas de madera, senteme a descansar, contemplando el mar tranquilo y el muelle, que a la izquierda quedaba.

Volví la cara al oír unas palabras en la terraza que tenía a mi espalda y vi algo que me inmovilizó. Vi una niña muy pálida, muy delgada, sentada, mirando desde allí el mar. No me equivocaba: era Miss Orquídea, en un gran sillón de brazos, envuelta en una manta verde, inmóvil.

Me quedé mirándola largo rato. La niña levantó hacia mí los ojos y me miró dulcemente. ¡Cuán enferma debía estar! Seguí

a la Escuela y por la tarde volví a pasar por la casa. Allí estaba la enfermita, sola. La miré cariñosamente desde la orilla; esta vez la enferma sonrió, sonrió. ¡Ah, quién pudiera ir a su lado a consolarla! Volví al otro día, y al otro, y así durante ocho días.

Éramos como amigos. Yo me acercaba a la baranda de la terraza, pero no hablábamos. Siempre nos sonreíamos mudos y yo estaba mucho tiempo a su lado.

Al noveno día me acerqué a la casa. Miss Orquídea no estaba. Entonces tuve una sospecha: había oído decir que el circo se iba pronto. Aquel día salía el vapor. Eran las once, crucé la calle y atravesé el jirón de la Aduana. En el muelle vi a algunos de los artistas con maletas y líos, pero la niña no estaba. Me encaminé a la punta del muelle y esperé en el embarcadero. Pronto llegaron los artistas en medio de gran cantidad del pueblo y de granujas que rodeaban al mono y al payaso. Y entre Miss Blutner y Kendall, cogida de los brazos, caminando despacio, tosiendo, tosiendo, la bella criatura.

Metime entre las gentes para verla bajar al bote desde el embarcadero. La niña buscó algo con los ojos, me vio, sonrió muy dulcemente conmigo y me dijo al pasar junto a mí:

—Adiós...

—Adiós...

Mis ojos la vieron bajar en brazos de Kendall al botecillo inestable; la vieron alejarse de los mohosos barrotes del muelle; y ella me miraba triste con los ojos húmedos; sacó su pañuelo y lo agitó mirándome; yo la saludaba con la mano, y así se fue esfumando, hasta que sólo se distinguía el pañuelo como un ala rota, como una paloma agonizante, y por fin, no se vio más que el bote pequeño que se perdía tras el vapor...

Volví a mi casa, y a las cinco, cuando salí de la Escuela, sentado en la terraza de la casa vacía, en el mismo sitio que ocupara la dulce amiga, vi perderse a lo lejos en la extensión marina el vapor, que manchaba con su cabellera de humo el cielo sangriento del crepúsculo.

El buque negro

I

NUESTRA casa, en Pisco, era un rincón delicioso: a una cuadra del mar, con una valla de toñuces por oriente, en una plazuela destartalada y salitrosa, desde la puerta se veía pasar el convoy que iba a Ica. Iba adelante de la enorme locomotora pujante, arrojando bocanadas de humo espeso y negruzco, le seguían los carros «de primera clase», luego los de segunda y por fin las bodegas, en las que iba el pescado cogido la víspera en la ribera. Teníamos dentro un jardín que protegía una higuierilla sembrada por mi hermano Roberto. Medraban a su sombra violetas raquílicas, buenas tardes olorosas, malvas y resedas. Junto al tronco gris de la higuierilla el pozo abrió su boca negra y peligrosa y en los bordes crecían trigos y maíces abandonados a su propia cuenta. Un pallar, de enormes hojas verdes y blanquecinas, se enredaba con delicadeza en el enrejado que limitaba el jardinillo. Sobre la quincha que marcaba el fin de nuestro jardín y colindaba con el vecino, se había recostado con gran desenfado un ñorbo en cuyos oscuros enramajes hacían nido los gorriones. Al fondo había pozas donde cada uno de nosotros, por consejo y bajo

la dirección de mi padre, sembrábamos y teníamos la responsabilidad de la cosecha. A Roberto, el mayor, que hoy es casado, le placía sembrar algodón para llevarlo a Ica y con sus blancas madejas limpiar el rostro sudoroso del Señor de Luren; a Rosa, la siguiente, gustábale simplemente coger las flores de todas las pozas; Anfiloquio placía de sembrar maíz que una vez cosechado, él mismo comíase; y a mí y a Jesús, mi hermana menor, nos encantaban las violetas y una higuera apenas crecida. Así mis padres nos enseñaron a sembrar la tierra, a pulir nuestras manos con el roce noble de los surcos; a conocer los misterios de la naturaleza y la bondad sublime de Dios Nuestro Señor y amar todo lo que es sencillo bueno, útil y bello.

Por la noche, en Pisco, después de la comida y de rezar el rosario, hacíamos un círculo en la puerta de la calle. Allí sentados, mi padre relataba todas sus ocupaciones durante el día, contábamole nosotros sobre el jardín, pedíamos datos sobre agricultura y generalmente resultábamos riendo por las excelencias de nuestra producción agraria sobre la de los hermanos. Caía la noche, se bajaba el farol a cuya luz hablábamos y todos íbamos a besar a nuestros padres y a retirarnos a dormir, llena el alma de cristalina felicidad, con la inquietud de que las gallinas se escapasen del corral, entrasen al jardín, picotearan los retoños y hubiera duelo en casa al día siguiente.

Una de esas noches, mi padre se demoró en la calle más que lo de costumbre y al llegar le vimos triste.

Mi madre le preguntó:

—¿Has visto a Isabel? ¿La has visto? ¿Vendrá mañana?...

—Está peor, está perdida —dijo mi padre—. Sentada junto a la ventana, y empeñada en su eterna manía: el buque negro.

—¿Pero había efectivamente un buque negro aquel día?

—Efectivamente. Fue extraña coincidencia. Después del matrimonio, Isabel, alegre, riendo a todos, con su linda cabeza coronada de azahares y su vestido blanco, almorzó alegremente con todos. Después que hubo concluido, cuando quisimos despedirnos, echamos de menos a Chale. Se llamó al novio inútilmente. ¿Dónde estaba? Isabel lo buscaba, llamábasele a gritos, pero Chale no respondía. Se le buscó luego por todas partes, en la calle, en la ciudad, en el muelle. Chale había desaparecido. La bahía estaba agitada, había paracas, el aire del sur levantaba encrespadas olas, un cielo amarillo entristecía el ambiente, y los barcos parecían arrojados sobre el mar, inclinados hacia el norte, como si una mano extraña los hubiera arrojado con ira. En el muelle se preguntó a un pescador.

»—¿Cómo? ¿Se ha perdido el señor Chale? —dijo—. Pero si ha pasado hace un instante. Yo lo he visto ir de prisa con dos hombres hacia el embarcadero y juraría que éstos no son de aquí... Bajaron.

»No se sabía ni nada más se supo de Chale. Isabel vio también el buque negro y la pobrecita cree que en él se llevaron a su marido.

—¡Malvado!...

—No lo era. Chale había vivido doce años irreprochablemente. Chale era bueno, cariñoso, abnegado. Tenía días en que no salía de su casa.

—Ese hombre era muy triste...

—Desde entonces —continuó mi padre—, la pobre Isabel se dio a la pena. Lleva diez y ocho años de esa vida atormentada, y ahora se va poniendo peor. Ya no quiere salir,

ni moverse de la ventana, y a veces ni comer.

—¿Pero vendrá? ¿Vendrá mañana? —preguntó mi madre.

—Sí, me ha prometido que vendrá al paseo.

Mis padres habían organizado un paseo con mis hermanos para que Isabel se distrajera un poco.

—¿Y a dónde vamos?

—Iremos a Santa Rita.

—Es muy lejos. Mejor al pepinal. Allí puede ser que Isabel se distraiga.

Se despidieron los amigos. Mi hermano mayor corrió la soga. Bajó pausadamente el farol. Cerraron la puerta. Dimos un beso a nuestros padres. Rezamos y a poco el silencio envolvió nuestra casa y nos dormimos al blando arrullo lejano del mar cuya brisa acariciaba los árboles del jardín.

II

La triste alegría del mar

AMANECIÓ un día claro de octubre; las embarcaciones se distinguían tan preciso en el puerto, que parecían vistas a través de un antejo. Podían contarse los mástiles y las múltiples cuerdas y hasta letras de los barcos se distinguían vagamente. El mar estaba agitado, casi alegre, parecía reírse. Las olas, bajo un aire fresco y transparente, deshacíanse en gotas brillantes. El sol era espléndido, pero tibio.

Para mí, fue aquélla una mañana blanca. Nada pasó por mi

espíritu. No tuve una alegría ni un temor ni una tristeza. Después del almuerzo, mientras nos preparábamos para el paseo, mi padre fue a traer a Isabel. Mis hermanas pusieron sus alegres trajes dibujados con flores, y sus «pastoras» de paja, que se sujetaban graciosamente sobre el pecho con anchas cintas de seda.

La sirvienta, en una canasta llevaba las provisiones, pan de manteca, carne fría y algunas cajas de conservas. Llegó Isabel, acompañada de mi padre. La infeliz causaba espanto. ¡Qué palidez había en su cara que envejecía, qué ojos profundos, qué manos afiladas! Vestía una liviana ropa negra. Saludó a todos y a poco salimos.

¡Qué tarde era aquélla, Señor! ¿Qué claridad siniestra había en el puerto? ¿Qué trágico silencio envolvió las cosas? ¿Dónde estaban las gentes del pueblo? Atravesamos la plazuela destartada y salitrosa donde estaba mi casa, tomamos los rieles del tren, caminamos un poco junto a los toñuces, y después pasamos por «la factoría», una casa hecha de carcomidas calaminas, donde se componían los carros, mohosos y rotos, había muelles viejos, ruedas inmóviles, calderos agujereados, piezas de mecánica, abandonados sobre la grama que trepaba, raquítica, sobre ellos.

Pasamos después por «la palma» donde decían que de noche salía un hombre y luego por un camino de sauces. Llegamos al «pueblo». Atravesamos unas cuantas calles apartadas. Cruzamos por la plaza de armas, empedrada y sombreada por enormes ficus, en un ángulo estaba la Iglesia de la Compañía, con un mitológico animal sobre la puerta y con sus torrecillas chatas. Entramos después por un angosto camino pedregoso que sombreaban enormes y tranquilos sauces llorones, bajo los cuales corría una acequia, pero tan débilmente que parecía estancada. Debía ser la suya un agua muy fría, transparente, poblada de berros y verdolagas.

Caminamos así mucho tiempo. Pero todos iban en silencio. De vez en cuando las palabras sonaban huecamente, abovedadas y morían. Iba en medio Isabel. La rodeábamos todos. Era una procesión de almas en pena. ¿Por qué no se reía nadie, Señor, no había alegría aquella tarde?

Alguien dijo que aquél no era el camino. Hubo necesidad de volver un poco y cruzar. Estábamos bastante alejados de la población. Era necesario pasar por la «iglesia vieja». Y hacia ella encaminamos los pasos. Empezó a soplar un viento seco. Por fin vimos a lo lejos, tras de las tapias, recortarse el redondo lomo de un templo abandonado, seguimos.

III

PASAMOS un puentecillo, saltando después adobes enormes y llegamos a los muros de la iglesia. Entonces la criada, una vieja negra, empezó a decir:

—Dicen que en esta iglesia penan. Que por las mañanas, al rayar el alba, se ve, por las rendijas, salir un padre con su casulla y decir una misa, con un sacristán; y que los dos, solos, recorren después la iglesia echando agua bendita, y se meten luego a la sacristía...

—Calla, mujer —dijo mi padre—. No digas tonterías...

—Sí, señor. Y por las tardes, a eso de las seis, se oye cantar muy bajito un coro, y suena tres veces una campana...

Nos íbamos acercando a la iglesia. Toda estaba tapiada. En la puerta mayor cubierta con adobes quedaban aún algunos trozos de madera. Pequeños huecos por todas partes. Por las torres en escombros salían mechones de grama; acerqueme

yo y observé por una rendija. Dentro no había nada. Los nichos de los altares sin santos, la nave terrosa, abandonada; algunos trozos de madera caídos y cubiertos de polvo, el altar mayor vacío, lleno de huecos y por las rendijas filtrábase la luz. Cruzó un murciélago de un rincón a otro, y al retirarme y seguir con los demás, algunos búhos que desde el techo nos miraban, volaron gritando.

—Ya vamos a llegar —dijo mi padre—. Allí está el pepinal...

En efecto, al frente se destacaba una choza; cercos verdes; una chacrita alegre. Los pepinos, con sus moradas hojas, cubrían la extensión. Era necesario pasar un pequeño montículo, y lo ascendimos. Cansáronse todos un poco en la ascensión, y una vez arriba nos detuvimos para hacer un pequeño descanso. Allí al lado estaba la casa del chacarero bajo unos sauces, al pie corría una linda acequia bordeada de ajíes rojos y de margaritas olorosas. Ladró un perro, lo riñó un viejo labrador y dijo:

—¡Buenas tardes nos dé Dios!...

—Buenas tardes —contestó mi madre.

Íbamos a descender. Isabel se detuvo de pronto, mirando fijamente el mar que se extendía muy lejos...

—Pero mujer, alégrate un poco...

Isabel miraba con los enormes ojos abiertos, más pálida aún, sin escuchar nada. Dio un grito extraño; temblaba, sobre el montículo. Se acercaron a ella:

—¡Isabel!

La mujer apretando fuertemente la mano de mi padre y señalando el mar gritó con un grito frío:

—¡El buque negro! ¡Vean, vean!...

Miramos todos. A lo lejos, en la bahía lejana se destacaba entre botecillos y balandras, la silueta de un barco, de tres palos...

—¡El buque negro! —gritó desesperada Isabel, bajando como loca.

Tomáronla en los brazos, y tornamos todos mientras mis padres y mis hermanos la conducían casi cargada camino de «La Playa».

—Va a haber «paracas» —dijo mi padre.

El viento empezó a azotar los árboles. Densos remolinos levantaban las hojas, a lo lejos. Obscureció un poco el cielo. Oímos ladrar lejanamente a los perros y seguimos de prisa, sin prorrumpir palabra. Todos estábamos pálidos.

IV

CAMINAMOS mudos, sobre un sendero, nuestras pisadas producían un extraño sonido sobre las hojas secas que huían arrebatadas a nuestros pies, por el viento. Llegamos al puerto. Isabel, fija la vista en el mar, cogida del brazo de mi padre temblaba, castañeábanle los dientes y a cada instante repetía como poseída:

—¡Más de prisa, más de prisa, allí está el buque negro; más de prisa por Dios!...

Por fin, al llegar al puerto vimos algunas gentes que huían raudas de las «paracas», que desplegaba los vestidos y

arrebatava los sombreros. Algunos niños corrían cogidos de las manos de sus padres.

La paraca arreciaba. Cuando desembocamos en la plazoleta para llegar a la casa, el viento era tan fuerte que parecía detenernos.

La plazuela pedregosa estaba abandonada. Habíamos dejado de ver el mar, y al llegar a la bocacalle de la cual volvía a verse, Isabel se puso de frente y dio un grito espantoso.

—¡Se va, se va! ¡El buque negro se va...!

¡Se iba! Lo vimos todos claramente. Una columna de humo se deshilachaba en el fondo ocre del cielo. Eran las seis. La paraca había calmado. Las piedras estaban todas amarillas y todo cubierto por el guano que la paraca traía de las islas lejanas.

Todo estaba amarillo, amarillo.

¡Las casas, el cielo, el mar, la tierra! ¡Qué desolación infinita!

El buque negro se fue. Borrose en el confín lejano. Cayó el sol rojo muy grande, sobre el mar. Desfallecida, casi insensible, hablando entrecortadamente, acostaron a Isabel, en casa.

Y sobre aquel día extraño, cayó la noche negra y piadosa, mientras sobre el mar parpadeaban amarillentas luces, como fuegos fatuos, y en la orilla, las piedras, al golpe de las olas, producían un tosco ruido de huesos...

Yerba santa

Novela corta pastoril, escrita a los diez y seis años, en mi triste y dolorosa niñez inquieta y pensativa, que exhumo en homenaje a mi hermano José

EL autor a los sencillos labradores cristianos de la aldea:

Como el de la Virgen que está en el altar de la capilla del pueblo atravesado por siete espadas, llorando lágrimas de sangre, así está hoy mi corazón, compañeros, por los dolores del Mundo. Por eso dirijo hacia vosotros mis palabras. El recuerdo de los campos por cuyos caminos sinuosos fui tantas veces de niño, cuando mi alma era blanca y leve como los copos maduros de los algodonereros, es hoy, para mí, un lenitivo; la paz que necesita mi corazón, la encontraré evocando los días de la Semana Santa; la sana alegría desaparecida que busco en vano, he de hallarla quizás evocando la vendimia que hicimos juntos en las parras de la hacienda, las nocturnas pisas en el lagar antiguo, el alegre canto que ritmaban vuestros cuerpos sobre la uva madura, al sordo son de los tambores de pellejo de cabra, la guitarra, la copla...

Como el hijo pródigo volví a vosotros después de la ruda peregrinación y me abristeis vuestros brazos, alborozados, y yo os abrí mi pecho; y me sonrieron las mozas ruborizadas y cándidas mientras arreglaban el pliegue de sus faldas floreadas y tersas; y me llevasteis al huerto y juntos cogimos los azahares del pacaé que nuestras manos sembraron cabe el broquelado pozo; y juntos fuimos en pos de la vieja parra, del floripondio, de la alameda de sauces. Y me rodeasteis, ¡oh, viejos y amigos y parientes!, y refrescasteis mi corazón,

endulzasteis mi vida, embalsamasteis mis heridas, y al dejaros, quizás para siempre, echasteis sobre mi cabeza, inquieta y triste, con vuestras manos buenas cual alas de palomas, el puñado de monedas de oro de vuestras bendiciones.

Agobiado por ellas pueda reposar mi cuerpo, cansado y joven, bajo los toñuces, en el cementerio del pueblo. Rezad por mí, ¡oh, viejos y mozos del campo cristiano!, mientras yo os dedico las últimas flores de mi espíritu y mientras voy, por la doliente ruta llena de asaltos y celadas, con el cuerpo cubierto de heridas, hacia el punto invisible, cercano, inevitable y definitivo, hacia la tumba donde pondréis las simbólicas flores albas, secas y finas, de los algodonereros...

I

—OYE, Manuel —le preguntamos un día—, ¿dónde está tu papá?...

—En Lima...

—Y tú ¿por qué no estás con él?

Enrojeció, inclinó la cabeza morena y echose a sollozar dolorosamente.

Corrimos donde mi madre:

—Mamá, Manuel está llorando...

—¿Por qué?

—Estábamos en el jardín. Jesús le preguntó por su papá y se ha echado a llorar...

Mi madre nos dijo que no debíamos preguntarle nada sino quererlo mucho porque Manuel «era un niño muy desgraciado». Desde entonces cuando alguno de mis hermanos le molestaba, nosotros le decíamos en secreto:

—Oye; no le molestes. Dice mamá que debemos quererlo mucho porque Manuel es un niño «muy desgraciado»...

Y seguíamos haciendo surcos en el jardín.

II

SE crió a nuestro lado como un hermano mayor. Le queríamos porque nos hacía buquecitos, gallos de papel, balsas con los viejos maderos que arrojaba el mar, y hondas de cáñamo. Por las tardes íbamos juntos a pescar y a la caída del sol volvíamos con las cestas de las cuales pendían por las agallas rojas, las plateadas mojarrillas, las chitas de vientres blancos, y a veces ciertos peces raros, deformes y babosos.

Los domingos, todos cuatro hermanos, íbamos con Manuel a cazar con hondas de jebe, en el bosquecillo de toñuces y pájarobobos que se extendía tras de la factoría calaminada, en aquel camino sombreado y fresco, abovedado y sinuoso que conducía al abrevadero, donde al atardecer iban a saciarse las yuntas de los campesinos, los jumentos lanudos de los pescadores y los transidos caballos de los caminantes. En las espesas copas de los sauces que bordeaban el remanso se detenían bandadas de aves confiadas, que se espiojaban al sol; cantaban alegremente, extrañas del todo a la acechanza de la honda cuyo proyectil las sorprendía en plena felicidad. Heridas intentaban volar, pero al fin, desplomábanse y caían a tierra redondas, inanimadas, perpendiculares y graves como

frutos maduros.

Volvimos a casa, al atardecer, cuando el sol hundía enorme y rojo en el horizonte, con algunas tórtolas, algunos gorriones y una que otra ave marina que por curiosidad se aventuraba hasta aquellas arboledas tranquilas, bajo cuyas frondas acechaba la muerte.

III

MANUEL era bueno como el pan de Semana Santa. Ensortijado cabello, amplia frente de marfil, dulce mirar en los ojos morenos de pupilas húmedas y sombreadas bajo las pródigas cejas. Sobre sus labios carnosos apuntaba una sombra difuminada y azul. Perenne sonrisa, al par alegre y melancólica, vagaba entre sus párpados y las comisuras de sus labios bien dibujados. Una melancolía fresca, jovial, sin amargura, pensativa y dulce, envolvía todo su cuerpo esbelto y magro, flexible y de gratos movimientos. Gustaba del mar, del campo, de las noches de luna azules y consteladas, y de los cuentos de las abuelas. Alborozado en la alegría, mudo en el dolor, pródigo en sus dineros, en sus afectos tierno, fuerte en su voluntad, terrible en su cólera, definitivo en sus resoluciones, y en su porte y decir leal y franco.

IV

UNA tarde llegó Manuel a casa muy preocupado. Así llegó el segundo y lo mismo fue el tercero día. Nadie pudo conocer el

motivo de su tristeza. Por la noche, fuimos al muelle a ver la luna sobre el mar. En un carrito conducido por los sirvientes, llegamos a la explanada sobre la cual eleva el faro su ojo ciclópeo y amarillo, cuyas miradas se quebraban en las aguas agitadas y sollozantes. Mientras conversaban las personas mayores, Manuel descendió por la escala del embarcadero y sobre el último descanso se puso a cantar con la guitarra.

En la paz de la noche, bajo la luna clara, en el frescor marino, la música tenía notas extrañas que yo recuerdo medrosamente. Manuel cantaba un yaraví que se deshacía en la brisa y se mezclaba al rumor de las olas. Yo he guardado un trozo de esa inolvidable canción, toda mi vida, en la memoria:

*En su ventana moría el sol
y abajo, lento, cantaba el mar;
y ella reía llena de amor
rubia de oro crepuscular...
No volvió nunca mi pobre amor
yo desde lejos la vi pasar;
todas las tardes moría el sol
y su ventana no se abrió más...
¡y su ventana no se abrió más!*

Los versos eran de Manuel. Enmudecieron todos. Y aquella noche oí desde mi cuarto sus sollozos de angustia.

V

MANUEL estaba muy enfermo y mi padre quiso mandarlo a Ica, a casa de la señora Eufemia, su madre. El tren salía a las ocho. Mis hermanos se levantaron temprano y en la casa había la agitación confusa de un día de viaje. Una criada arreglaba la maleta de Manuel mientras se servía el desayuno. Ponía mi madre carne fría en las hogazas y humeaba el té en las jícaras. Terminado el desayuno, durante el cual Manuel no habló una palabra, mi padre le dijo:

—Todo está listo. ¡Anda, Manuel, hijo mío, despídete!

El criado había marchado ya con las liadas ropas. Manuel se puso de pie, acercose a mi madre y al abrazarla echó a llorar. Apenas se le oían palabras inconexas. Se despidió de todos y salió rodeado de nosotros.

A poco el convoy se perdía, sobre los rieles, en las curvas brillantes, hacia el desierto amarillo y radiante, camino de Ica.

VI

LLEGÓ el lunes de Semana Santa y nosotros, según la vieja costumbre, fuimos llevados a Ica por mi madre. Nos alojamos en casa de «la abuelita». El tren había llegado de noche y después de cenar nos acostamos. Jamás olvidaré el amanecer de aquel Lunes Santo. Al abrir los ojos, en el estrecho cuarto, vi, iluminando la extensión, sobre una vieja puerta cerrada, por cuyas rendijas la luz de la mañana entraba a chorros, una

ventana de barrotes de madera tallados, entre los cuales jugueteaba el extendido brazo de una vid alegre, fresca e inquieta. Un vocerío de gorriones poblaba el jardín cercano, y vibraban las voces familiares, y el mugir de las vacas y el sonar de baldes y cacharros...

—¡Niño, niño, vamos a tomar la leche cruda...!

Y uno traía uvas *pintas*; y otro en el regazo, mangos, y otro rosquitas mantecadas. ¡Qué olor de monturas, de menesteres de trabajo! ¡Qué ropas tan buenas las de aquella cama tibia y amorosa! ¡Qué mañana tan hermosa donde todo era tan bueno, dulce y tranquilo! Vestidos de prisa, salimos todos. El cuarto daba a una enramada cubierta de parrales, entre cuyas hojas pendían maduros los racimos ubérrimos. Los sarmientos acariciaban los muros con sus retorcidos tentáculos. Al fondo, ya en el corral, un floripondio con sus invertidas ánforas, perfumaba; y junto al pozo de enladrillado broquel, sobre el guano oliente y blando, atada por una pata, la vaca, enorme y panzuda, de grandes ubres henchidas, se dejaba ordeñar tranquila. El blanco chorro caía al compás de la mano experta de un mocetón en un balde de zinc produciendo un ruido característico y levantando espuma. Y un vapor de cosa caliente, de leche pura, que tenía algo de la vida aún cálida, salía del balde y acariciaba la ubre, como una nube de incienso. Me ofrecieron un jarro, harto de espuma. ¡Oh, el exquisito beber la dulce leche con calor de madre, con sabor de cosa sublime! Después mi abuela nos llevó al jardín, al pequeño jardín obra de sus manos sarmentosas. Sobre restos de botellas que antes sirvieran para guardar el agua y las *lejías* y los *ponches de agraz* de Navidad, ella había puesto tierra nueva e improvisado macetas. Tenía allí violetas, la flor más rara en la aldea; ñorbos, que sobre el enrejado de cañas nacían, crecían y morían; raquíuticos y elegantes chirimoyos de perfumadas hojas; aristocráticos

mangos, de finos tallos infantiles y transparentes, y paltos verdes que conservaban aún la roja enorme semilla, pegada al tronco incipiente; y agua de lavanda y romero florecido y balsámico; y albahacas verdes, coposas y enanas; y, ya liberado del tiesto, en plena tierra, en un rincón del jardín, un jazminillo de la India... Tantas cosas, tan bellas que están muertas como la buena abuelita y como el pobre Manuel y como mis ilusiones de esos días y como estas mañanas de sol, que yo no he vuelto a ver nunca y como todo lo que es bello, y juvenil; y que pasa, y que no vuelve más...

VII

RECUERDO vagamente, como se recuerda un sueño, el día de Jueves Santo. Era el día del Señor de Luren, el patrón de mi pueblo. Durante muchas semanas antes, empezaban a llegar a Ica las ofrendas de todos los pueblos comarcanos; de los hacendados espléndidos de ése y de otros valles. Los ricos hombres de Cañete solían llevar, en persona, haciendo luengas caminatas, el presente de sus corazones agradecidos al Señor. Caballeros en potros briosos, brillantes, ricamente aperados, llegaban los señores dueños de grandes haciendas; y desfilaban por las calles montados en caballos «de paso» de grácil andar femenino: larga y peinada crin, vibrantes ijares, ceñida cincha, negro y lustroso pellón, riendas lujosas de plata; e iban con sendos sombreros de ala curva y extensa; y ponchos de finos pliegues y pañuelo al cuello con anillo de oro, y espuelas alegres y de argentino sonar; y cabriolaban las caballerías levantando nubes de polvo con gran asombro y desconcierto de la bulliciosa chiquillería, mientras los fieles, enlutados, cruzaban la caldeada acera, llevando flores, o sahumadores de filigrana, o cirios gruesos y decorados o

ramos grandes de albahaca. Sonaban a muerto las campanas, chirriaban a ratos las matracas, y oíase el singular sonsonete de los vendedores que ayuntados, de dos en dos, cargaban *balaes* tejidos con carrizo, forrados en pellejo de cabritillo, y anunciaban su apetitosa mercancía en tono musical:

—¡Pan de dulce, pan de dulce! ¡A la *regala*! ¡Pan de dulce!

Y los *balaes* rebosaban con los bizcochos, que los había de todo tamaño; y ora llevaban dibujos los de a diez reales; y ora eran bañados con azúcar los de a cuartillo; y aquestos tenían almendras y esotros llevaban canelones y todos eran manjar imprescindible en el duelo aldeano de la Cristiandad.

Ayunaba aquel día la gente del pueblo. Encerrábamos a los chiquillos en los jardines o corralones y a todos se nos decía:

—¡Hoy no se ríe, ni se canta, ni se juega, ni se habla fuerte, porque se ha muerto el Señor!

Por la tarde las gentes con sus mejores trajes de luto, dirigiéndose a la Iglesia de Luren, donde estaba el Cristo que la víspera, con grandes ceremonias, habían bajado de su altar, en presencia de miles de peregrinos y gentes de lugar que llevaban grandes cantidades de algodón en rama, esponjoso y blanco, limpiaban con sus madejas el llagado cuerpo del Rabí, y guardábanlas luego como panacea para todas las enfermedades. Ora servía para el «mal de ojos», ora para quitar el demonio del cuerpo de los poseídos, ora para recuperar un potro robado, ora, en fin, para curar las mil y una dolencias a que está sometido nuestro frágil natural.

La iglesia del Señor de Luren era pequeña como albergue de pobre, pero blanca, tranquila y soleada. Un techón abovedado y bajo, una sola nave, unas pocas ringleras de banquetillos para los orantes; una vetusta, de granito, pila; sobre las columnas, y a la altura del techo, la fila de cuadros con los *pasos* del

Calvario, viejos cromos con sendos marcos antiguos; pobres y desmantelados altares provistos en toda hora de margaritas y albahacas, entre las cuales agonizaban las amarillentas lenguas de los cirios, y aquí y acullá, en dispersión y desorden, todo linaje de reclinatorios con sus respaldares de totora, y, en la madera rústica de sauce, las iniciales de sus poseedoras.

Pegada a la iglesia como si en ella se cobijara, estaba la casa del señor cura. Grandes salas destartaladas por cuyos techos los huecos y rendijones dejaban pasar a chorros la alegría de los rayos del sol, alborotados y jocundos cual colegiales. Un aroma de albahacas y de sahumerio aleteaba en el pequeño templo. Aquel día los fieles iban todos a llorar la muerte del Redentor y había de verse el rostro apenado, manso, dulce, triste, hermoso, radiante de ternura de aquel Cristo generoso a quien jamás se demandara favor que fuese defraudada la petición.

El día de la procesión, las gentes más distinguidas del lugar la presidían. A las nueve de la noche, con extraordinaria pompa salía el cortejo de la Iglesia, en cuya plaza y alrededores esperaba el pueblo, para acompañarlo. Salían las andas, con sus santos y santas; pomposos sus trajes de oro y plata relumbraban a las luces amarillas de los cirios. Las señoritas iban delante, rodeando a «la cruz alta»; hacía calle el pueblo en dos hileras; cada persona llevaba en la mano un cirio encendido, en cuyo cuello se ataba una especie de abanico, para protegerle del viento. Grandes ramos de albahacas olorosas y flores de toda clase, traídas muchas de ellas desde comarcas lejanas, eran arrojadas al paso del Señor de Luren, que pasaba en hombros de gentes creyentes y distinguidas, envuelto en las nubes aromáticas de sahumerio que hacían en sus sahumadores de plata las niñitas y las damas que iban delante; las luces, el sahumerio, el perfume suave y exquisito

de las albahacas, el singular olor de los cirios que ardían, la marcha cadenciosa y lamentable de la música, que desde la capital era enviada especialmente y el contrito silencio de las gentes, daban a ese desfile religioso, admirable, amado y único, un aspecto imponente y majestuoso.

VIII

FALTABAN pocos días para que mi madre nos llevase, de vuelta, a Pisco. Nosotros deseábamos quedarnos. Ica era nuestra tierra, allí habíamos nacido, allí teníamos parientes y amigos, chacras donde pasear, haciendas lejanas a donde había de irse a caballo. Por fin allí estaba «San Miguel», la antigua hacienda de nuestro abuelo, que aunque nosotros jamás poseímos, nos era amada, como un cofre antiguo, en el cual hubiera puesto sus manos alguna anciana querida.

Consiguieron, de mamá, mis hermanos, que aceptara la invitación de ir a conocer una hacienda de gentes amigas, ya que al ir, pasaríamos por «San Miguel», la antigua hacienda de los abuelos, hoy en extrañas manos. A los ruegos, accedió mi madre; y dos días antes de volver a Pisco, en una mañana muy fresca y alegre, salimos a caballo para la excursión. Tomamos, por el lado de San Juan de Dios, pasando por la Iglesia y el Hospital, y llegamos hasta la Acequia Grande dejando a la izquierda Saraja y la hacienda de los Palazuelos, y nos internamos en el valle. Caminamos largo, y por fin, llegamos a un callejón, entre sombrado y pedregoso, que terminaba en una acequia de cal y canto, destruida y salida de lecho. Mamá nos dijo:

—Aquí es San Miguel, ésa es la antigua casa de la Hacienda y eso que está al frente era el galpón donde se guardaba a los

negros esclavos.

Bajamos, recibíonos tío José de la Rosa, poseedor de ella, aquel buen viejo, gastador y alegre, casado con tía Joaquina, de los Fernández Prada, viejita dulce y más buena que el pan blanco y que muchos años después se murió de tristeza.

Todavía pareceme oír al tío José de la Rosa, decirme:

—Mira, muchacho, ésta es la casa de tu abuelo, mi padre, don Diego y de mamá María, tu abuela. Aquí pasaron su vida los pobrecitos, aquí crecimos todos los hermanos, aquí pasó su niñez y su juventud tu padre, aquí vivió Gertrudis, mi pobre hermana ciega, la preferida...

Llevome a otro salón donde se conservaba todavía algo de aquellos tiempos, en la pintura de las paredes, en los muebles casi todos apolillados, en las grandes mesas de centro, en las cómodas de fina madera.

—Éste era el comedor —me dijo luego, enseñándome un cuarto—. Aquí estaba la despensa, donde se guardan todavía los plátanos, las pasas y los higos secos, las sandías, los melones y los zapallos.

Volvimos al corredor. Desde cuyo [ventanillo], que estaba sobre un pequeño montículo, se veía todo el campo. Por allí un cerco verde, en el cual columbrábase el gañán, guiando la pareja de bueyes que araba la tierra; por otro lado dos o tres peones cerraban una compuerta; venía camino abajo, en su burro, una india, envuelta en su pañolón a cuadros; y, por todas partes, bajo el caliente sol, laboraban las sencillas gentes, cantando, solos, bajo el cielo, mientras que en mí se filtraba una indecible tristeza que a cada recuerdo de los parientes, crecía. Hablose de mi abuelo, aquel viejo caballeresco y añoso: don Diego, respetado y querido por todo el mundo; de la buena abuela María, a quien los peones

y colonos solamente decían Doña Maco, y salían a relucir hechos y nombres de Muñozes y Fajardos, y Antoñetes y Quintanas, Elías y Quevedos, Olaecheas y Lujanes; y se contaban cosas del tiempo del Virrey, y de los Libertadores y de los abuelos y de los tiempos idos.

Ya por la tarde, bajado un poco el sol, tomamos nuevamente las bestias, para ir a la Hacienda cuyo nombre ahora no recuerdo, que tantos años dello hace; y no me recuerdo tampoco qué camino hicimos para llegar. Sólo está fija en mi memoria la visión de esa rara hacienda. Era fresca y fecunda la tierra; crecían en los cercos, en medio de los maizales, campanillas moradas y azules y blancas; y la tierra siempre estaba húmeda. Y había árboles muy altos, muy altos; de cuyos pendían, arracimadas, esféricas, las amarillas peras.

Fue necesario salir del rancho y de la Hacienda y caminar a pie un gran trecho; caminamos, y por fin alguien dijo:

—¡Escuchen, es el ruido de las peras!

Sentíase un rumor caricioso y lejano, como si fuera rumor de olas. Efectivamente, llegamos a un lugar amplio, lleno de sembríos, en donde enormes y gruesos crecían los perales. A pocos metros extendíase ya el arenal estéril e infecundo, y de él venían a ratos ráfagas de viento que hacían sonar con ruido extraño las hojas de los perales, que siendo como de papel, al rozarse con el viento, hacen ruido seco, especial e inquietante. Penden, entre las hojas, las peras en grandes racimos, que el aire mueve y hace vibrar.

Manuel, que seguía silencioso, preguntó:

—Y este desierto ¿dónde termina?

—¡En el mar! —le respondieron.

No dijo más el muchacho, y como fue necesario volver a la

Hacienda, cogidas las peras, volvimos todos. En la noche, después del suculento yantar, salimos al corredor y entonces, en las tinieblas, en la obscuridad del campo, donde sólo se oía el ladrar lejano de algún perro, el silbido de los arrieros que pasaban camino abajo, y el perenne violín de los grillos, todos le suplicaron a Manuel que cantase. Cogió él la vihuela y bajo la luz del farol de kerosene, amarillenta y menguada, cantó su yaraví:

En tu ventana moría el sol,

y abajo, lento, cantaba el mar;

y ella reía llena de amor,

rubia del oro crepuscular...

¡rubia del oro crepuscular!

¡Ah, la tristeza infinita de su voz! ¡Cómo iba entrando en el espíritu toda la melancolía de ese muchacho, al son de la guitarra y en las tinieblas de la noche; bajo la cual extendíase el campo, oscuro, siniestro; donde, de vez en cuando, parpadeaba una lucecilla amarillenta! ¿Qué cosa extraña tienen los que van a morir? ¡Parece que los acompañara algo misterioso; algo que se ve en sus ojos, que los torna más dulces y más buenos; que los hace sonreír, piadosamente, por todos los que se van a quedar! Manuel siguió cantando y terminó por fin su canción:

No volvió nunca mi pobre amor

jamás su mano volví a besar;

todas las tardes moría el sol

¡y su ventana no se abrió más!

¡y su ventana no se abrió más!

Cesó de cantar y pidió su caballo. Nosotros debíamos quedarnos en la Hacienda hasta el día siguiente, y él insistió tanto que se le dejó partir. Tomó su caballo, cabalgó ágilmente, cruzose el poncho, dio un sonoro pencazo en las pródigas ancas, y se perdió en el camino cubierto de sombras, penetró en el cerrado misterio tenebroso. Sintiose unos instantes el galope sordo e isócrono del potro pujante, y luego, en el silencio campesino, en la noche profunda, en el espacio mudo, un búho, con sus ojos fosforescentes y redondos, pasó por el comedor, como si viniera de muy lejos; aleteó torpemente y, antes de perderse de nuevo gritó con un grito pavoroso:

—¡Crac! ¡Crac! ¡Crac!...

Yo me quedé dormido en el regazo tibio de mi buena madre.

IX

AL día siguiente volvimos a la ciudad, llegamos a las seis de la tarde. Dejamos los caballos y notó mi madre que ninguno de los parientes sonreía siquiera y si lo hacía era venciendo un gesto sombrío.

—¿Qué ha pasado? —preguntaba mi madre—. Algo ha pasado que ustedes no me quieren decir.

—¡Nada, nada ha pasado!

A poco salió una de mis tías con los ojos enrojecidos. Sobresaltados interrogaban todos y nadie se atrevía a decir la verdad. Salí yo a buscar a mis primos, los muchachos; y me dijeron todos con una crueldad infantil:

—¡Manuel se ha matado!

Solté a llorar y fui en busca de mi madre. Manuel se había matado, la víspera, después de volver de la Hacienda.

Por la noche fueron a verle mis hermanos, a nosotros no nos permitieron siquiera saber los detalles de su muerte. Pero al día siguiente fuimos a dejarlo en el Cementerio. ¡Ah, pobre amigo nuestro! En el Cementerio no querían dar permiso para enterrarlo. ¡Cuántas cosas hicieron para que la piedad cristiana abriera las puertas de la última morada a aquel infeliz que había muerto de dolor, y que había sido tan bueno en la vida!

Muy temprano, salió de Ica un pequeño convoy y en él pusieron el cajón de nuestro querido muerto, subimos nosotros y el tren se puso en marcha. Un cuarto de hora después se detenía frente al Cementerio; llegamos a él; iba cargado por uno de mis hermanos y tres parientes, y nosotros, con el sombrero en la mano, seguimos el triste cortejo. En la puerta, formada con dos pilastras, Adán y Eva, en sus estatuas rotas, miraban impasibles. Entramos en el enarenado cementerio, un hombrecillo sucio, con un badilejo en una mano y una caja de cemento en otra, nos precedía. No hubo sacerdote, para el pobre Manuel. Metieron la caja negra en el nicho, cubriola indiferente el sepulturero y pusieron en la pared húmeda, su nombre y la fecha. Mis hermanos hicieron una cruz de caña y la colocaron al pie del nicho, y terminó todo.

Volvimos por los cuarteles, llenos de arena del cementerio, sin decir palabra, llorando los del cortejo, que eran jóvenes casi todos, atravesamos el arenal para tomar el tren, que ya volvía sin Manuel, a quien nunca más volveríamos a ver en el Mundo.

Al día siguiente llegamos a Pisco y por mucho tiempo, la tristeza tendió sus alas sobre nuestra casa.

Quien llegue a Pisco, y vea el faro del muelle, quien lo vea de noche, alumbrando pobremente con su luz, guía de barcos perdidos y de botes desorientados y de náufragos, cuya luz se quiebra en las aguas, recuerde a ese espíritu triste, de melancolía infinita, de aldeano amor, poeta de sus dolores íntimos; recuerde a Manuel, perdónele, y trate de oír, en el murmullo de las aguas que se debaten bajo el muelle en las tinieblas de la noche, aquel sencillo verso del amigo sepulto:

En su ventana moría el sol

y abajo, lento, cantaba el mar;

y ella reía llena de amor

rubia del oro crepuscular...

No volvió nunca mi pobre amor

yo desde lejos la vi pasar;

todas las tardes moría el sol

y su ventana no se abrió más...

¡y su ventana no se abrió más!

La paraca

I

LA Muerte, que tiene llave de todas las casas, y sede en todos los pueblos, no gustaba, al parecer, de San Andrés, la aldea que está al sur de Pisco. Cuando por allí pasaba, era entre una y otra cosecha, y no se hospedaba más de una noche, que después nadie oía hablar de ella. Así, en la aldea de pescadores, morían los viejos longevos, mansamente, como suelen quedarse, a veces dormidos bajo las higueras. Miedo tenía la taimada de entrar en el pueblo, pues no hacía su industria porque a la puerta de cada choza duerme siempre una tortuga, y es sabido que la muerte para vencer a una tortuga ha de menester más de un siglo.

Pero no pudiendo vivir en la aldea, establecióse en las peñas del «Boquerón», que es una punta de tierra terminada en rocas dentro de la mar. Allí, donde las aguas se arremolinan con violencia, hay una corriente impetuosa; y allí, en la roca del centro, está siempre sentada, con su guadaña filuda y estivando los botes que pasan, con malicia e impaciencia de pescador. Y así acaece que cuando «la paraca» lleva por su dominio alguna frágil navecilla, la Intrusa, que está alerta, ¡zas!, le tira la guadaña, sumerge la embarcación y pesca de golpe, cinco o seis vidas. Por eso sus hazañas están unidas al recuerdo de «la paraca», aquel viento trágico del sur, durante el cual no salen al mar los pescadores. Sacan sus botes sobre la arena de la orilla, y alineados esperan que pase el viento; y si hay algunos en el mar, los parientes y amigos aguardan inquietos el retorno, las viejas rezan, y los muchachos abren tremendos ojos buscando en el horizonte el volar de las velas

triangulares y blancas como alas.

Los botes llegan poco a poco, como soldados en derrota, sin pescado, rotos los arreos por la furia marina; rodeándolos quienes esperan, e inquietan por los que faltan, en voz baja de presentimientos. Cae la tarde, y siempre, avanzada la noche, se ven en la orilla lucecitas u hogueras, mientras el viento pasa zumbando, canta el mar, y los ojos de las madres y las hermanas escrutan en las tinieblas. Aparece un indeciso punto rojo. Suspenden todas sus pláticas graves, y una moza dice:

—¡Hay una luz!...

La pupila lejana se pierde, reaparece, se hace clara.

—Parece el *Encarnación*...

—Debe ser el *Rosario*...

—O el *Alegría*...

Oyese luego el chasquear de los remos que azotan las olas y entonces la voz de las madres:

—¡Joaquín!... ¡Joaquín!...

—¡Nicasio!...

—¡Telmo!... ¡Telmo!... ¿Cuál es?...

Y del bote lejano la voz ruda responde:

—¡La *Rosario*!

Las otras viejas suspiran, siguen mirando el mar. Algunas veces la nave no vuelve nunca.

Y así va rodando la vida...

II

LOS padres iban los domingos al pueblo a embarcar el pescado para Ica, en grandes cestos de «caña brava», y cuando el tren se marchaba, pasaban por mi casa dejando a mi madre un cestito de huevos de alcatraz. A Roque le conocí en la Escuela y a Nicolás y Delio en San Andrés, cuando íbamos de paseo. Allí, junto a una palmera elevábase la casucha de cañas. Había en la entrada, clavado sobre la arena, un hueso de ballena, atado a él un jumento lanoso y viejo, al lado una tortuga, pesada como matrona reflexiva y en todas partes un perro pelado y celebrafiestas, y dos gaviotas gritonas. Frente a la puerta la *Margarita* pintada a franjas horizontales, blancas y verdes; remendadas velas, liviana red, peces secándose con el lomo abierto y lleno de sal. Todo esto era el patrimonio de esas sencillas gentes.

Nicolás, Roque y Delio llamábanse los muchachos. El mayor, Nicolás, iba para 26 años, Roque era menor en tres y Delio llevaba los mismos de distancia con éste. Cuanto era el mayor de fuerte y grave, tenía Roque de blandón y alegre y el chiquillo de callado y taciturno. Al primero gustábale el mar sobremanera, sólo en el bote cantaba y conversaba; Roque placía de todo, con todos cruzaba palabras y a todos hacía bromas; Delio era contemplativo y prefería ver el mar desde la orilla; atento estaba siempre, por el tiempo de Cuaresma, de ir a encontrar al padre que hacía las misiones, interrogábale, y escuchaba, encantado, las largas pláticas y las parábolas sencillas del padrecito paliducho. Escogía para él la mejor pesca. Delio era triste, como indio que era.

Una tarde, a más de los viejos y el perro, vino hasta la orilla, para verlos partir, que todos tres hermanos hacían la pesca en el *Margarita*, Rosa; y aquel día, al dejar la orilla, en el bote breve, Delio comenzó a cantar.

III

CAÍA una tarde de agosto, pesadamente. Preparábanse en la orilla varias embarcaciones para salir a la pesca. Unos traían desde sus casas los aparejos, al hombro, mientras las madres, las hermanas o las hijas les acondicionaban algunos limones, naranjas agrias, lechugas y pan, que frugales como son los pescadores mar adentro, apenas toman un pedazo de pan de trigo, un sorbo de aguardiente y bien va todo eso.

Pero en el *Margarita* se hacían preparativos mucho más grandes. Ponía la viejita madre en el bote, junto a tres botellas de aguardiente, un atado de pan, y en un cesto de fibras de palmera, lechugas, limones, ajíes rojos y cebollas frescas. Ayudábale en esta labor el padre, y ellos ponían los remos al bote, mientras el viejo dábales consejos, el pequeño hablaba con la chiquilla y el mar mojaba sus desnudos pies. Los dos muchachos, Rosa y Delio, sin cuidarse del agua, platicaban a media voz:

—¿Cuándo regresas?

—Lo menos tres días en el mar...

—¿Van a pescar tortuga?...

—Corvina, que ahora la mancha se ha alejado y hay que buscarla...

—No te alejes mucho; sabes que es tiempo de paracas...

Y a lo lejos:

—Delio, trae la soga, y el ponchito, y andando, que obscurece...

A poco rato la nave se deslizaba sobre el mar, y se perdía en la noche, mientras los adioses de los queridos morían a lo lejos y entonaba el mar su canción.

Pasó todo el martes tranquilo. Por la tarde volvieron algunos botes de los que la víspera salieran y al mediodía del miércoles, que había amanecido con un airecillo precursor, se desató la paraca terrible; silbaba el viento sobre la arena, irisaba el mar, levantaba columnas de polvo, altas y amenazadoras y deshilachábase las palmeras. Entonces la ciudad tomó aquel aspecto trágico de miedo y de pavor. Todo era en silencio. Colábase el viento por entre las cañas de las casuchas, y en medio del turbión que arreciaba, algunas gentes investigaron el horizonte. Llegó un viejo a la puerta de la casucha de Delio:

—Buena paraca, don Dámaso...

—Buena, y los muchachos en el mar...

—Para la *Margarita* no hay paraca. Hemos pasado un día por el boquerón con tanto viento como éste y el bote cruzó el remolino, llanito...

El viento siguió soplando toda la tarde, los pescadores fuéronse a la orilla a esperar a las embarcaciones que debían volver.

Un poco tarde, cuando ya el sol se había puesto apareció un bote, viéronlo llegar todos y al arribo lo rodearon.

—¿Dónde los agarró el viento?

—Cerca, casi voltea la vela, nunca ha habido una paraca más fuerte.

—¿Y pesca?

—Nada, tiramos la red y con el viento se enredó...

—¿No han visto a la *Margarita*? —preguntaron los viejos.

—No la hemos visto, ellos se han ido muy adentro...

—¿Y la *Concepción*?...

—Tampoco.

—¿Y la *Buenaventura*?...

—Sólo vimos a la *Rosalía*, que no tarda en llegar, estaba doblando el Boquerón.

En efecto a poco apareció la vela de la última barca recortando el horizonte.

Cayó la noche y durante ella fueron llegando los últimos botecillos. Sólo la *Margarita* no regresó aquel día. Al siguiente ya no hubo paraca, muy de mañana esperaban en la orilla los deudos de los tres hermanos y la chica Rosa; y creyendo ver surgir de un momento a otro la blanca vela marina y familiar, esperaron, esperaron en vano. Tarde y preocupados fuéronse a la casa los viejos, pero Rosa se quedó. ¡Cuánto rogaba a la Virgen estar ella sola en la orilla cuando volviese el bote! En casa de los ausentes el silencio anidose. La barca no volvió, el pescado no estaba tan lejos que ellos hubiesen tenido que salir tan afuera. Además, no llevaban provisiones sino para un día, de manera que al rayar el alba debían haber llegado, como otras veces con la nave llena. En San Andrés los pescadores viejos principiaron a comentar con sequedad la demora, y tornáronse adustos los ceños que antes eran tranquilos. A las cuatro de la tarde volvió la *Rosalía*, que en la mañana saliera y no dio razón alguna de los tres hermanos, no los había visto y creía que ya hubieran llegado.

Entonces la inquietud dejase sentir en todo el pueblo y acordaron sacar todas las embarcaciones al mar para ir en busca de los ausentes hermanos. Preparáronse ágilmente los barcos leves, y en un instante todos estuvieron listos para salir. Fue aquél como un ejército de vengadores que se lanzaba al mar en busca de sus heridos. A las seis de la tarde ya todos estaban enfilados en la orilla para zarpar. El oro del sol caía oblicuamente sobre los lomos de aquellos botes brillantes. Eran quince, y todos se alargaban en la arena de la playa, mientras sus navegaciones deliberaban en medio del presagioso silencio de las mujeres, la manera de emprender el viaje. Unos irían por el norte, otros por el sur y los otros cerca de la costa, la recorrerían para ver si por alguno de sus lados se encontraba a los que se creía perdidos.

¡Ah! El momento de la partida de aquellos bravos y sencillos hombres, entre los cuales los más entusiasmados eran los jóvenes y los más tristes los viejos: salieron en medio de las lágrimas de sus compañeros de labor y las mujeres se despedían de ellos como para un viaje muy largo. Arriaron los cabos, empujaron al mismo tiempo con los remos hacia dentro las naves y éstas se deslizaron suavemente entre las menudas olas. Unos cuantos golpes de remo, musculosos; dos o tres olas que se quebraron en las proas y los tripulantes empezaron a armar las velas que se henchían bajo el oro del sol, como alas de esperanza o pañuelos de despedida. Y así se perdieron en la luz mortecina de la tarde. El mar tornose bajo el crepúsculo, como de sangre, y las gentes que esperaban volvieron a sus hogares.

Aquel día, vigilaba la muerte sobre el mar.

IV

PASÓ todo el día siguiente y una sola de las salvadoras barcas no tornaba. Las que de Pisco salieron en su busca habían vuelto sin noticia alguna. En San Andrés todo era dolor. Juntábanse las viejitas, comentaban a la orilla del mar la desgracia. Recordábanse de casos lejanos y semejantes y, en las casuchas poníanse velas a los santos por el regreso de los infelices, en cuyas casas, la tragedia había hecho enmudecer de dolor a los suyos. Su pobrecito corazón, bien presentía lo que podía ser, más su fe no les dejaba llorar. No podían admitir la posibilidad de la desgracia, que era como aceptarla, y ellos se daban razones unos a otros para calmar mutuamente su convencimiento. Al morir ese día todos los pobladores de San Andrés estaban a la orilla, allí los cogió la noche y nadie quería moverse, esperando de un momento a otro ver surgir en el mar el chasquido de los remos, alguna luz o las voces de los perdidos o de sus salvadores. Pasó la medianoche y un grupo permanecía aún esperando. Cada chasquear de las olas, cada silbar del viento les parecía un sonar de quilla o un crujir de vela. Al calor de una fogata, sentados viejos y viejas, muchachos de espantados ojos y mozas que lloraban, pasaron algunas horas más.

Por fin, en las tinieblas oyose una voz. Parálizanse todos. En silencio, atentos los oídos, esperaron. Nadie contestaba. Gritaron entonces, alimentaron la fogata y por fin oyeron claramente el chasquear de los remos, y las voces cerca de la orilla. Era una de las embarcaciones salvadoras que volvía...

Ellos habían ido por el boquerón, luego al norte, habían regresado por la costa hasta el sur, detrás de la pequeña península y habían visto la costa de cerca. No había indicio alguno de los tres hermanos. Pero debía esperarse a los otros

botes; seguramente ellos los traían a la orilla ansiada. Seis días pasaron, tornaron todos los botes sin saber nada de los náufragos, iban todos los días los pescadores a la orilla y al mar, pero la *Margarita* no aparecía. Los días los pasaban casi siempre con una cierta vaga esperanza, pero al caer la tarde, en el crepúsculo, a la hora en que los fuertes mozos volvían siempre con la repleta barca de pescado brillante y abrazaban a todos los que en la orilla estaban, las gentes no podían resistir su tristeza, y los padres, los viejecitos padres, imploraban al mar, lloraban a gritos, llamaban a los suyos con voces que se tragaban el mar y el viento; y durante los tres últimos días hubo necesidad de llevárselos, al crepúsculo, y consolarlos en su casa. Aquel sexto día, las gentes llegaron a sufrir horriblemente. Los viejos habían sido conducidos a su casucha por algunos mozos y ancianos del pueblo que los consolaban, y al caer la tarde, entrando el sol en el mar, la pobre Rosita, que al lado de los viejos esperaba, echose en brazos de éstos y lloró, lloró. El perro en la orilla husmeaba hacia el mar y aullaba pavorosamente. Los barcos estaban abandonados. Las gentes regresaron en ese momento del lado sur de la orilla hacia donde se habían dirigido en la mañana en pos de algún despojo de los hermanos náufragos, y ambos grupos se respondieron lo mismo:

—¡Nada!

—¡Nada!...

V

PERDIDA ya toda esperanza, aquella noche los pescadores reuniéronse y acordaron hacer el luto en el pueblo. Amaneció el séptimo día trágicamente silencioso. En cada casa había un crespón, enarbolose en cada bote, lejos del mar, a la puerta de las casas, el palo de la vela y atósele una cinta negra a la mitad, mientras que todos los timones se sacaron y se pusieron sobre los botes, vistiéronse de negro algunos pescadores que tal ropa tenían y los demás del pueblo amarráronse una cinta al brazo.

No saldrían durante ocho días a pescar, no querían acordarse de la crueldad marina, y todos pasaban por la casa de los viejos para decirles una dulce palabra o un consuelo que ellos mismos no tenían. Iba sin embargo, todas las tardes la Rosita, vestida de negro, con sus pies desnudos y sus enrojecidos ojos, a la orilla, seguida del perro que al acercarse al mar aullaba lúgubrementemente. Sentábase en la arena y lloraba la pobrecita niña, y caía el sol, un nuevo día y los tres hermanos no llegaban...

Jamás se supo en Pisco ni en San Andrés de los pescadores náufragos. Y así se perdieron en la inmensidad azul del mar esos tres hombres, jóvenes y buenos, misteriosamente, en una tarde de agosto, en una hora desconocida, mientras la paraca agitaba las olas, los viejos lloraban en el silencioso puerto, el perro aullaba dolorosamente, en la orilla, la brisa decía cosas extrañas y el sol se ocultaba indiferente y rojo.

Allá en la casa que la tragedia envolviera, no se volvió a ver el bote limpio y brillante a la puerta, ni volvió a lucir la tejida atarraya, ni se hizo otra nueva. Sólo quedaba a la puerta, impassible en medio de su dolor secular, la tortuga que

lagrimeaba siempre, miraba el horizonte a la muerte del día y escondíase luego en su poliédrica concha de carey, como si no quisiera saber más del mundo ni de la vida, para ella tan larga y triste. Algunos años más tarde, cuando yo era un joven, cuando había ido a la capital y regresé a San Andrés, pasé por la casa de los tres hermanos. Destartalada y vacía, el techo hundido, viejas las cañas, pampa de arena lo que fue el corral y un poco más allá, bajo la palmera ya deshilachada, y muerta, una concha de tortuga secando al sol.

Así pasaron al reino tenebroso de la muerte y del misterio, aquellas sencillas gentes que yo conocí en mi infancia. Vivía aún en el pueblo su recuerdo, pero no se borraba y no se borrará nunca, que junto al mar se acrecientan los dolores y los recuerdos perduran, porque los repite siempre el doloroso y eterno murmullo de las olas a las almas que saben escuchar sus cuentos, y luego se deshacen en la blanca espuma que va a besar la orilla...

Hebaristo, el sauce que murió de amor

I

INCLINADO al borde de la parcela colindante con el estéril yermo, rodeado de yerbas santas y llantenes, viendo correr entre sus raíces que vibraban en la corriente, el agua fría y turbia de la acequia, aquel árbol corpulento y lozano aún debía llamarse Hebaristo y tener treinta años, porque había el mismo aspecto cansino y pesimista, la misma catadura

enfadosa y acre del joven farmacéutico de «El amigo del pueblo», establecimiento de drogas que se hallaba en la esquina de la Plaza de Armas, junto al Concejo Provincial, en los bajos de la casa donde, en tiempos de la Independencia, pernoctara el coronel Marmanillo, lugarteniente del Gran Mariscal de Ayacucho, cuando, presionado por los realistas, se dirigiera a dar aquella singular batalla de la Macacona. Marmanillo era el héroe de la aldea de P. porque en ella había nacido, y, aunque a sus puertas se realizara una poco afortunada escaramuza, en la cual caballo y caballero salieron disparados al empuje de un puñado de chapetones, eso, a juicio de las gentes patriotas de P., no quitaba nada a su valor y merecimientos, pues era sabido que la tal escaramuza se perdió porque el capitán Crisóstomo Ramírez, dueño hasta el año 23 de un lagar y hecho capitán de patriotas por Marmanillo, no acudió con oportunidad al lugar del suceso. Los de P. guardaban por el coronel de milicias recuerdo venerado. La peluquería llamábase «Salón Marmanillo», la encomendería de la calle Derecha, que después se llamó calle 28 de Julio, tenía en letras rojas y gordas, sobre el extenso y monótono muro azul, el rótulo «Al descanso de Marmanillo» y por fin en la sociedad «Confederada de Socorros Mutuos», había un retrato al óleo, sobre el estrado de la «directiva», en el cual aparecía el héroe con su color de olla de barro, sus galones dorados y una mano en la cintura, fieles traductores de su gallardía miliciana.

Digo que el sauce era joven, de unos treinta años y se llamaba Hebaristo, porque como el farmacéutico tenía el aire taciturno y enlutado, y como él, aunque durante el día parecía alegrarse con la luz del sol, en llegando la tarde y sonando la oración, caía sobre ambos una tan manifiesta melancolía y un tan hondo dolor silencioso, que eran «de partir el alma». Al toque de ánimas Hebaristo y su homónimo el farmacéutico, corrían el mismo albur. Suspendía éste su charla en la botica, caía

pesadamente sobre su cabeza semicalva el sombrero negro de paño, y sobre el sauce de la parcela posaba el de todos los días gallinazo negro y roncadador. Luego la noche envolvía a ambos en el mismo misterio y, tan impenetrable era entonces la vida del boticario cuanto ignorada era la suerte de Hebaristo, el sauce...

II

EVARISTO Mazuelos, el farmacéutico de P., y Hebaristo, el sauce fúnebre de la parcela, eran dos vidas paralelas; dos cuerdas de una misma arpa; dos ojos de una misma misteriosa y teórica cabeza; dos brazos de una misma desolada cruz; dos estrellas insignificantes de una misma constelación. Mazuelos era huérfano y guardaba, al igual que el sauce, un vago recuerdo de sus padres. Como el sauce era árbol que sólo servía para cobijar a los campesinos a la hora cálida del mediodía, Mazuelos sólo servía en la aldea para escuchar la charla de quienes solían cobijarse en la botica; y así como el sauce daba una sombra indiferente a los gañanes mientras sus raíces rojas jugueteaban en el agua de la acequia, así él oía con desgana abnegación la charla de otros, mientras jugaba, el espíritu fijo en una idea lejana, con la cadena de su reloj, o hacía con su dedo índice gancho a la oreja de su botín de elástico, cruzadas, una sobre otra, las enjutas magras piernas.

Habíase enamorado Mazuelos de la hija del Juez de Primera Instancia, una chiquilla de alegre catadura, esmirriada y raquílica, de ojos vivaces y labios anémicos, nariz respingada y cabello de achiote, vestida a pintitas blancas sobre una muselina azul de Prusia, que pasó un mes y días en P. y allí

los hubiera pasado todos si su padre el doctor Carrizales no hubiera caído mal al secretario de la subprefectura, un tal De la Haza, que era, a un tiempo, redactor de la *La Voz Regionalista*, singular decano de la prensa de P. El doctor Carrizales, maguer de su amistad con el jefe de la región, hubo de salir de P. y dejar la judicatura a raíz de un artículo editorial de *La Voz Regionalista* titulado «¿Hasta cuándo?», muy vibrante y tendencioso, en el cual se recordaban, entre otras cosas desagradables, ciertos asuntos sentimentales relacionados con el nombre, apellido y costumbres de su esposa, por esos días ya finada, desgraciadamente. La hija del juez había sido el único amor del farmacéutico cuyos treinta años se deslizaron esperando y presintiendo a la bienamada. Blanca Luz fue para Mazuelos la realización de un largo sueño de veinte años y la ilustración tangible y en carne de unos versos en los cuales había concretado Evaristo toda su estética.

Los versos de Mazuelos era, como se verá, el presentido retrato de la hija del doctor Carrizales; y empezaban de esta manera:

Como una brisa para el caminante ha de ser

la dulce dama a quien mi amor entregue

quiera el fúnebre Destino que pronto llegue

a mis tristes brazos, que la están esperando, la dulce mujer...

Bien cierto es que Mazuelos desvirtuaba un poco la técnica en su poesía; que hablando de sus brazos en el tercer pie del verso les llama «tristes» cosa que no es aceptable dentro de un concepto estricto de la poética; que la frase «que la están esperando» está íntegramente demás en el último verso, pero ha de considerarse que sin este aditamento, la composición carecería de la idea fundamental que es la idea de *espera*, y,

que el pobre Evaristo había pasado veinte años de su vida en este ripio sentimental: esperando.

Blanca Luz era pues, al par, un anhelo de farmacéutico. Era el ideal hecho carne, el verso hecho verdad, el sueño transformado en vigilia, la ilusión que, súbitamente, se presentaba a Evaristo, con unos ojos vivaces, una nariz respingada, una cabellera de achiote; en suma: Blanca Luz era, para el farmacéutico de «El amigo del pueblo», el amor vestido con una falda de muselina azul con pintitas blancas y unas pantorrillas, con medias mercerizadas, aceptables desde todo punto de vista...

III

HEBARISTO, el melancólico sauce de la parcela, no fue, como son la mayoría de los sauces, hijo de una necesidad agrícola; no. El sauce solitario fue hijo del azar, del capricho, de la sin razón. Era el fruto arbitrario del Destino. Si aquel sauce, en vez de ser plantado en las afueras de P., hubiera sido sembrado, como era lógico, en los grandes saucedales de las pequeñas pertenencias, su vida no resultara tan solitaria y trágica. Aquel sauce, como el farmacéutico de «El amigo del pueblo», sentía, desde muchos años atrás, la necesidad de un afecto, el dulce beso de una hembra, la caricia perfumada de una unión indispensable. Cada caricia del viento, cada ave que venía a posarse en sus ramas florecidas hacía vibrar todo el espíritu y cuerpo del sauce de la parcela. Hebaristo, que tenía sus ramas en un florecimiento núbil, sabía que en las alas de la brisa o en el pico de los colibrís, o en las alas de los chucracos debían venir el polen de su amor, pero los sauces que el destino le deparaba debían estar muy lejos, porque

pasó la primavera y el beso del dorado polen no llegó hasta sus ramas florecidas.

Hebaristo, el sauce de la parcela, comenzó a secarse, del mismo modo que el joven y achacoso farmacéutico de «El amigo del pueblo». Bajo el cielo de P., donde antes latía la esperanza, cernió sus alas fúnebres y estériles la desilusión.

IV

ENVEJECIÓ Evaristo, el enamorado boticario, sin tener noticia de Blanca Luz. Envejeció Hebaristo, el sauce de la parcela viendo secarse, estériles, sus flores en cada primavera. Solía, por instinto, Mazuelos, hacer una excursión crepuscular hasta el remoto sitio donde el sauce, al borde del arroyo, enflaquecía. Sentábase bajo las ramas estériles del sauce, y allí veía caer la noche. El árbol amigo que quizás comprendía la tragedia de esa vida paralela, dejaba caer sus hojas sobre el cansino y encorvado cuerpo del farmacéutico.

Un día el sauce, familiarizado ya con la compañía doliente de Mazuelos, esperó y esperó en vano. Mazuelos no vino. Aquella misma tarde un hombre, el carpintero de P., llegó con tremenda hacha e hizo temblar de presentimientos al sauce triste, enamorado y joven. El del hacha cortó el hermoso tronco de Hebaristo, ya seco, despojándolo de las ramas lo llevó al lomo de su burro hacia la aldea, mientras el agua del arroyo lloraba, lloraba, lloraba: y el tronco rígido, sobre el lomo del asno, se perdía en los baches y lodazales de la Calle Derecha, para detenerse en la «Carpintería y confección de ataúdes de Rueda e hijos».

V

POR la misma calle volvían ya juntos, Mazuelos y Hebaristo. El tronco del sauce sirvió para el cajón del farmacéutico. *La Voz Regionalista*, cuyo editorial «¿Hasta cuándo?» fuera la causa de la muerte prematura, lloraba ahora la desaparición del «amigo noble y caballeroso, empleado cumplidor y ciudadano integérrimo», cuyo recuerdo no moriría entre los que tuvieron la fortuna de tratarlo y sobre cuya tumba, (el joven de la Haza) ponía las siemprevivas, etc.

El alcalde municipal señor Unzueta, que era a un tiempo propietario de «El amigo del pueblo», tomó la palabra en el cementerio y su discurso, que se publicó más tarde en *La Voz Regionalista*, empezaba: «Aunque no tengo las dotes oratorias que otros, agradezco el honroso encargo que la Sociedad de Socorros Mutuos ha depositado en mí, para dar el último adiós al amigo noble y caballeroso, al empleado cumplidor y al ciudadano integérrimo, que en este ataúd de duro roble»... y concluía: «¡Mazuelos! Tú no has muerto. Tu memoria vive entre nosotros. Descansa en paz».

VI

AL día siguiente el dueño de la «Carpintería y confección de ataúdes de Rueda e hijos» llevaba al señor Unzueta una factura:

«El señor N. Unzueta a Rueda e hijos... Debe... por un ataúd de roble... soles 18.70».

—Pero si no era de roble —arguyó Unzueta—. Era de sauce...

—Es cierto —repuso la firma comercial «Rueda e hijos»—, es cierto; pero entonces ponga Ud. sauce en su discurso... y borre el duro roble...

—Sería una lástima —dijo Unzueta pagando— sería una lástima; habría que quitar toda la frase: «al ciudadano integérrimo que en este ataúd de duro roble»... Y eso ha quedado muy bien, lo digo sin modestia... ¿No es verdad, Rueda?

—Cierto, señor alcalde —respondió la voz comercial «Rueda e hijos».

CUENTOS

INCAICOS

Los hermanos Ayar

EL gran aposento incaico era de piedra, finamente labrado, y sus grises paredes de sillería estaban decoradas por chapas de oro y nichos en forma de alacenas, en las cuales brillaban innumerables objetos de oro representando animales fantásticos, y vistosos huacos, hechos de arcilla, dibujados con variadas figuras mitológicas. Contenían unos, polvos de

colores, illas o piedras bezoares que se crían en el vientre de los llamas, amuletos contra la melancolía, remedios infalibles contra los venenos y las enfermedades. Guardaban otros, cubiertos con transparentes velos, la chicha preparada por las doncellas nobles. Corría por lo alto de toda la pieza y resaltaba entre los sombríos muros y las gruesas vigas que apoyaban la pajiza techumbre una cornisa de oro en la que se veían esculpidas serpientes y cabezas de pumas. Frente a la gran puerta de entrada que, a manera de trapecio, tenía el dintel más estrecho que el umbral y de la cual pendía un tapiz de lana de vicuña con figuras de colores, se alzaba el trono de oro macizo, banquillo trabajado y repujado con primor, a manera de dragón, incrustado de piedras preciosas y puesto encima de una gradería elevada y de un estrado rectangular.

En los escalones del trono, y como indicio de que el noble acababa de levantarse, yacía descuidadamente un aterciopelado manto de pieles de murciélago.

Un indio, vestido con el resplandeciente cumbi y las tornasoladas plumas de la servidumbre imperial, quemaba en un rincón de la pieza maderas fragantes y hierbas aromáticas en ancho brasero de plata que representaba monstruos marinos. Cubría las recias y cuadradas losas del pavimento una alfombra finísima hecha de pelo de alpaca.

En medio de la habitación, entre la puerta principal del trono y en tiara de oro menor que la del Inca, pero igualmente adornado con relieves y pedrerías, se sentaba el venerable Huillac-Umu y, cerca de él, Quespi-Titu, «el infante brillante y benéfico». Obedeciendo a una señal del sacerdote, puso el siervo, en un sahumador de oro pequeño, algunos trozos de las maderas aromosas que ardían en el gran brasero azulado, colocó el sahumador en el centro de la estancia y se retiró en silencio. Entonces Mayta Yupanqui habló a su sobrino de esta manera.

—El magnífico pueblo que mañana verás desfilar ante la majestad del Inca, con sus vestidos suaves orlados de oro, en cuyas unjas ríe el color y brilla la luz, fue un día abominable muchedumbre de bárbaros, semejantes a los que aún se ocultan tras los bosques de los Antis. Cuando el Sol no había enviado aún las cuatro parejas al Mundo, los hombres no merecían el favor divino. Devorábanse unos a otros, hurtaban, asesinaban por los más fútiles motivos, embriagábanse hasta caer al suelo privados de sentido. En la tierra no tenían jefe y en el cielo no reconocían amo. Untábanse el cuerpo con grasa de cadáveres, alimentábanse con la carne de los vencidos y de los propios parientes, bebían sangre y aspiraban con ansia el olor de las víctimas humanas consumidas al fuego de las hogueras. Nada desperdiciaba en los prisioneros su infame industria. Hacían viandas de su carne, bebidas de su sangre, de los huesos flautas para animar los festines, con los dientes amuletos para los combates, con los cráneos vasos para las libaciones, con los cabellos cascos y hondas, y con la piel tambores para amedrentar a los enemigos. Deshonestos y crueles, engendraban hijos en las mujeres cautivas y los cebaban para comérselos. Cuando las hembras comenzaban a ser estériles, comíanlas asadas. No respetaban ancianos, padres, hermanos ni hijos. Carecían de Incas y de leyes, de afectos y de virtudes. No tenían curacas legítimos, y el más fuerte de la tribu se apropiaba de la hacienda común. Perecían prematuramente de males repugnantes y desconocidos. Sus almas oscuras descendían a las más tenebrosas regiones del Maschay. Tan viles eran que olvidaban a sus muertos.

El Sol estaba avergonzado de sus hijos.

Un día, al cabo, como una serpiente multicolor, apareció por la quebrada honda y ríscosa la columna de una tribu en marcha. El conjunto de los vistosos trajes que agitaba el viento frío de la puna, y los arreos, los pesados pendientes,

las duras mazas, las lanzas emponzoñadas, las huinchas de plata y las plumas leves y policromas, reían bajo la luz de un Sol viril. Rodeadas de los viejos de Pacarejtampu, iban las cuatro parejas de los hermanos Ayar. Llamas esbeltas de atrevido e inquieto mirar ondulaban bajo las cargas de vivos matices. Los hombres eran fornidos y recios, de graves rostros angulosos, barbas lampiñas, cuadradas y enérgicas.

Las mujeres llevaban en las espaldas a sus hijos y, sobre los duros senos, flotaban las trenzas brunas y largas. Los más fuertes llevaban las armas: ruedas estólicas, flechas de chonta de envenenados dardos, mazas de pocha, el palo piedra; hachas de granito y de cobre, pulidas y brillantes; cornetas, tambores, flautas y quenas. Así vinieron, a través de las quebradas y de las alturas, silenciosos. Habían salido de Pacarejtampu. Aquella mañana en el cerro de las tres ventanas, Tamputojo, habíase operado el prodigio. Al amanecer, mientras el pueblo despertaba, uno de los más ancianos de la tribu había visto salir de Capajtojo, la ventana del centro, un hombre luminoso al cual siguieron siete hermanos. Se dirigieron al pueblo y allí las cuatro parejas mostraron el símbolo de su señorío y los invitaron a dejar la tranquilidad de sus campos para ir en pos del Imperio del Sol. Las cuatro parejas las componían: Ayar Manco y Mama Ojlo, Ayar Auca y Mama Guaco, Ayar Uchu y Mama Ipacura, y Ayar Cachi y Mama Ragua. Ayar Manco, el elocuente, les dijo:

—Aquí tenéis vuestra tierra y vuestra familia, pobladores de Pacarejtampu. Sois de los más apacibles. El Sol, mi padre, os ama y por ello me envía a buscaros. Ved en mi mano su divino símbolo. Ved cómo las fieras nos siguen y obedecen, ved el cóndor y el puma que nos acompañan y respetan, ved el indi, el ave sagrada, que se posa voluntaria en mi mano. Mañana el Sol, mi padre, nos verá salir, y vosotros os

quedaréis. Sois tranquilos y felices, pero no pensáis más que en el día que pasa. Aquí moriréis vosotros, pero el Sol no os recibirá. Nunca seréis más de lo que habéis sido. Las tribus vecinas vendrán un día en busca de vuestras sementeras y vosotros no tendréis quién os defienda. No abrigáis esperanzas, ni ambiciones, ni deseos, ni luchas. Sois como las aguas de una lagunilla, siempre encerrada entre las piedras de sus orillas inmutables, sin las mareas del Titicaca inmenso, sin el soberbio empuje del Urupamapa y del Apuríma, que huyen espumosos y resonantes de sus lugares nativos y penetrando en los Antis montañosos van a fecundar magnánimos las extremidades del mundo. Venid, como ellos, con nosotros; obedeced las órdenes del Sol, y vamos en busca de la sagrada colina de donde irradiarán por las cuatro regiones, hasta el gran mar y los más remotos bosques, los beneficios de la religión. Edificaremos palacios de piedra y oro, tendremos leyes y riquezas, trabajo, orden y amor. Yo os haré nobles y os daré siervos, pero es necesario emprender la peregrinación hasta encontrar el lugar santo...

—Si no, iréis por la fuerza, o seréis muertos por mi mano —
agregó Ayar Cachi, otro de los hermanos.

El pueblo reconoció en los ocho mensajeros a los hijos del Sol. Se reunió en Consejo, y en él la gente joven, deseosa de lucha y de gloria, acordó seguir a esos hombres a los cuales acompañaban las fieras y respetaban los cóndores. Algunos ancianos, encariñados con sus falsos dioses, quisieron resistir, y estando en la disputa de sus destinos, presentose ante ellos Ayar Cachi y les dijo:

—¿Qué habéis dispuesto?

—Seguiros —dijeron los mozos.

—¿Quiénes disputan?

—Algunos ancianos...

—¿Qué alegan?

—Sus dioses.

En un rincón, tres ancianos cebaban a gordos sapos en un pequeño pozo de piedra, porque aquellos pacarejtampus adoraban al sapo. Indignado, Ayar Cachi, les dijo:

—¡Ved lo que hago con vuestros dioses! —Y se acercó resuelto a la poza.

—¡No, Ayar Cachi, no! ¡Si los tocas morirás!

Mas Ayar Cachi, sin escuchar las voces de sus amigos ni ver la mirada de odio de los ancianos, se acercó y tomándolos de uno en uno arrojó con tal violencia a los ídolos, que se deformaron al caer. Un grito de espanto hizo vibrar la sala, y ante los ancianos y mozos, dijo el mensajero del Sol:

—Lo mismo haré con vosotros si no seguís al Sol, nuestro padre.

Los pacarejtampus levantaron los brazos, inclinaron la cabeza en señal de sumisión y siguieron al grupo de los ocho hermanos elegidos.

Aquella tarde, Mama Guaco, que era la más aguerrida y de mejor entendimiento, reunió a sus hermanos y les dijo:

—Hermanos: pues hijos somos del Sol, y hemos nacido para señores, salgamos ya a conquistar la tierra con amor o con sangre, que sólo por ello se mueven los hombres...

Así salieron de la plaza de Pacarejtampu. A la cabeza iba Ayar Manco Cá paj, llevando en la izquierda el indí, el pájaro sagrado, y en la diestra el báculo de oro, símbolos de su señorío que recibiera en la Isla Solitaria del Lago Titicaca de

manos de su padre el Sol, aquella mañana en la que, radiante y magnífico, bajó hasta la tierra el Padre de la Raza y queriendo hacer bien a los hombres, le dijo:

—Ve por el mundo, mi hijo predilecto, y lleva el ave sagrada y el báculo de oro; con él irás hincando la tierra, y en el punto donde el báculo se hunda, allí fundarás mi Imperio, porque ése será mi pueblo elegido. Yo velaré tu destino. Mis rayos iluminarán tus pasos, mi calor te infundirá vida en los fríos inexorables, y cuando sientas el cansancio de tu peregrinación, descansa que yo me ocultaré para darte sombra al cuerpo y paz al espíritu. Un pueblo y un Imperio serán fundados por tu mano sabia. Una generación de hombres poderosos y magníficos será tu generación, y a través del tiempo, a través de las sombras inertes, más allá de un espacio que tú no puedes contar, brillará tu nombre. Dispersos serán los hijos de tus hijos después de su grandeza, pero su espíritu vivirá eternamente y a la hora del crepúsculo, cuando yo me oculte, ellos siempre sentirán tu espíritu y el espíritu de su raza inmortal, y entonarán sus canciones sobre las ruinas de la grandeza caduca, cuando muera el Imperio. Porque todos mueren, hijo mío...

Y le dio por hermanos a siete príncipes del Sol.

Ayar Manco era el mayor. La prudencia se enseñoreaba en su frente serena. En sus ojos pequeños y profundos brillaba la energía, en sus salientes pómulos la severidad, y la justicia en sus gruesos y duros labios. La sonrisa vaga que envolvía su rostro, como la brisa en un lago sereno, acusaba la piedad y el amor. Su rostro anguloso, cubierto de una palidez de insomnio, se erguía sólido sobre los hombros. Tenía la mirada amplia e ilimitada de los que conquistan; y su continente noble, sus ademanes sencillos y solemnes, la dulce y honda tonalidad de su voz, tenían el sello de su estirpe luminosa.

Ayar Uchu era el alma contemplativa y honda; húmeda la mirada que se perdía en vagos sueños amables y en crepúsculos dorados; medroso, taciturno y enamorado. Decía que los árboles conversaban con él y que el río y el viento le cantaban canciones. Hablaba poco, pero su antara sonaba siempre a la luz de la luna, trágica y desolada. Miraba las estrellas y decía a sus hermanos que lo más bello que había hecho su Padre, el Sol, era el firmamento. Cuando en el camino, en la ruda peregrinación, deteníanse en alguna colina, cansados de la jornada, y caía la tarde, se recostaba al lado de sus llamas. Ayar Uchu empezaba a narrarles sus sueños de la víspera, e insensiblemente todos los hermanos y todas las mozas y todos los jóvenes iban agrupándose alrededor suyo. Hacía cantos y preces para el Sol. Olvidaba siempre las armas y los arreos, y sus hermanos se las procuraban nuevamente. Jamás hirió a un rebelde.

Ayar Auca, el tercero, era la fuerza reflexiva y calculadora. Tenía el culto de las armas; él combinaba los combates, indicaba las rutas, ordenaba los desfiles, cuidaba las armas. La justicia no tenía dominio en su espíritu; sabía que a veces era necesario prescindir de ella para asegurar más altos fines. Su mano férrea guiaba a las huestes incaicas por la línea donde era necesario pasar, aunque para ello marchitara sembríos bajo sus pies. Cuando, al cruzar un valle, encontraban obstáculos, sementeras y algunas veces casuchas de gentes sencillas y pacíficas, él arrasaba todo para abrirse paso, desafiando los consejos de Ayar Uchu para no matar los árboles ni dañar la ajena heredad. Gustaba siempre de tener las armas listas para el combate, así en los azarosos como en los días de sosiego. Sabía que el valor es el arma más temible en los combates, pero no olvidaba que las flechas debían hacer blanco y los dardos tener filo y ponzoña.

Ayar Cachi, el más joven, era la juventud irreflexiva y audaz.

Apasionado y violento, generoso y pródigo, siempre dispuesto a la lucha y al combate, era él quien domeñaba a los pumas y a los cóndores. Detrás de él marchaba suelto un par de pumas, musculosos, flexibles y elásticos. Gustaba de luchar con las fieras y ejercitar con ellas su fuerza, don que había recibido del Sol. Con su honda arrojaba piedras que decapitaban montes, y abrían quebradas hondas. Desdeñaba las riquezas, pero le gustaba poseerlas para regalarlas. Amaba el poder y la sumisión de sus siervos. Creíase capaz de todas las empresas. Cantando, dueño de sí, seguro de su fuerza, iba con sus leones por los valles amenos. Defendía a los débiles, castigaba a los soberbios, era el primero en los combates. Soñaba con llegar a la colina deparada por el Sol, y ser el dueño de las más bellas mujeres, tener los más grandes tesoros, los más hábiles siervos, los más vistosos trajes. ¡Era la juventud! En él se reflejaba la más noble alegría del Sol, la más pujante virilidad, la más pura belleza.

Las siete mujeres eran el acopio de las virtudes, pero sobresalían entre ellas, Mama Ojlllo, la laboriosa y discreta; Mama Guaco, audaz y temeraria; Mama Ipacura, por su conmovedora abnegación; y Mama Ragua, apasionada y triste.

La comitiva de las cuatro parejas caminaba en silencio a través de las abras y de los precipicios y de los llanos y de las cordilleras. A veces la lluvia detenía su paso; otras, el Sol se recreaba en sus arreos multicolores. Un día llegaron al cerro de Guanacancha, cuando el Sol declinaba. El cielo habíase encendido con una suave coloración que se acrecentaba por instantes. Jamás ellos habían visto más espléndido cielo. Ascendieron a la cumbre. Ayar Manco reunió al pueblo y le dijo:

—Veamos descender de su solio a nuestro padre y cantemos una oración para que nos proteja...

En la planicie, los peregrinos rodearon a Manco. A la derecha estaba Ayar Cachi con los jóvenes; a la izquierda, Ayar Uchu con las mozas y algunos mancebos; delante de todos se colocó Ayar Auca. Todo el pueblo rodeó a los hermanos elegidos. Surgían del conjunto policromo las nobles e inquietas cabezas de los llamas. Preso en las manos de Ayar Cachi abría sus enormes alas un cóndor, y a los pies del arrojado, los dos pumas, cruzadas las patas delanteras, miraban profundamente el Sol, que, occiduo, iluminaba de oro aquel grupo silencioso. En pie todos los peregrinos, alzaron los brazos al Sol y entonaron el sagrado himno que había compuesto Ayar Uchu.

Y aquella noche, oculto el Sol, descansaron por primera vez los fundadores del Imperio. En sus sueños vieron áureos desfiles de guerreros, calles de piedra en las cuales se elevaban palacios magníficos, fortalezas inaccesibles, pueblos sometidos, innúmeros rebaños, fiestas en las cuales al ritmo de danzas melancólicas giraban armoniosos los duros cuerpos de los jóvenes. Soñaban otros con sangrientos combates, con victorias y botines. Aquéllos con fiestas que presidía el Sol. Ayar Auca soñó que el Imperio era invadido por enemigos fuertes; y en medio de su sueño, en la paz de la colina, extendió los brazos y apretó las armas contra su corazón. Mama Ragua suspiraba dormida; a unos pasos, sobre una saliente, sonaba, en voz baja, la quena de Ayar Uchu y, en el centro de la colina donde reposaban Ayar Manco y Mama Ojillo, sonaron besos de pasión.

Los cóndores hacían coronas en el cielo y tendían sobre la cima y sobre el pueblo elegido sus alas dominadoras.

Al amanecer, el pueblo se levantó y se desgranó en el llano. Los días fueron sucediéndose. Los emigrantes caminaban febrilmente. De vez en cuando veíanse obligados a detenerse para sostener combates y reducir rebeldes. Pero emprendían

de nuevo la marcha dejando detrás de sí cadáveres o trayendo nuevos sumisos. A cada jornada deteníanse los hombres de bronce y antes de la puesta del Sol invocaban al padre de la raza. Avanzaba Ayar Manco con el indi en la mano, y con la barra de oro tocaba el suelo repetidas veces, buscando el lugar elegido. La barra no se hundía. Era necesario seguir adelante hasta que se operase el prodigio. Entonces reposaban, para iniciar al día siguiente su peregrinación. Así llegaron, mucho tiempo después, a Tampuquiroy. Allí detuviéronse algún tiempo en el clima suave y apacible. Mama Ojillo no era ya la animosa mujer de los primeros días, y había tardes en las que, pensativa, recostada en las telas suaves de las alpacas, hablaba largamente con Ayar Manco. Una mañana, al salir el Sol, ante la noble gente reunida, Ayar Manco abrió la puerta de su cabaña, en el cerro de Tampuquiroy y elevó, en las manos, hacia el Sol, un niño, sobre cuyo ropaje el indi se posó. El niño fue Sinchi Roca, el heredero.

Pocos días después, cuando Mama Ojillo pudo caminar con el ánimo de los primeros días, iniciaron de nuevo la marcha y llegaron, muchos soles después, a Pallata. En Pallata, cuando hacía mucho tiempo de la salida de Pacarejtampu, y cuando los niños que habían salido en el regazo de las madres eran ya capaces de caminar delante de los soldados y de jugar con los pumas de Ayar Cachi, encontráronse con una tribu fuerte y aguerrida, bárbara y sanguinaria. Cuando los conquistadores llegaron, los bárbaros celebraban un festín danzando al redor de una hoguera donde se embriagaban con el olor nauseabundo y penetrante de un cadáver tostado en las llamas. Atada sobre un tronco de árboles estaba una moza y en sus pies ardía el fuego de una hoguera. Era una cautiva y daba gritos fuertes, agudos y dolorosos. Al ver a los hijos del Sol detuvieron la fiesta para lanzarse sobre ellos, cogieron sus armas y atacaron. Ayar Cachi quiso lanzarse sobre ellos, pero

Manco lo detuvo:

—No mates, hermano; déjame ir donde ellos...

Avanzó Ayar Manco, entre las flechas, algunas de las cuales atravesaron su vestido y la más fuerte se quebró en dos en su pecho; otra llegó más cruel a herirle el brazo, y manó sangre. Pero Ayar Manco avanzó. A despecho de su herida y sin dolerse de ella, entre las flechas que caían sobre él, llegó hasta donde la moza gemía. Los soldados en tanto acercábanse a cierta distancia, y ante la audacia de Manco, los bárbaros se detuvieron con curiosidad. ¿Quién era ese hombre que desdeñaba las flechas y ahora se detenía para desligar a la cautiva y curar sus llagas, mientras la sangre corría por su brazo fuerte?... Ayar Manco rasgó su túnica y con ella ató los pies de la muchacha, en tanto que ella decía:

—Tengo hambre, taita... Mátame si quieres, pero dame de beber...

—Mi padre el Sol —díjole Manco— me manda darte mi cancha y mi chicha. Bebe...

Y sacó de su bolsa la cancha y llamó a un siervo y ofreció con sus manos de beber a la cautiva. Los bárbaros estaban atónitos. Manco se dirigió a ellos y les dijo:

—¿Por qué matáis?... Yo no os haré daño. Yo puedo mataros a todos, puedo echar hacia vosotros los pumas, y puedo daros de cebo a mis cóndores... Pero vosotros sois mis hermanos, porque yo soy hijo del Sol que es el Padre del Mundo... Seguidme, o moriréis... Yo os defenderé porque sois mis hermanos, pero os mataré si sois mis enemigos...

Pero en el fondo del valle, lejos de Manco, estaba Ayar Cachi con los suyos dando guerra a los que no se habían apercebido. Y una voz ronca gritó desde lejos:

—¡Huayñuy! ¡Huayñuy! —¡Victoria! ¡Victoria!

Era Ayar Cachi que vencía al jefe de la tribu. Y una voz ronca gritó:

—¡Maldito seas, Ayar Cachi! ¡Maldito en nombre del puma, y de la serpiente, y del rayo, y del río, y de la araña y del sapo! ¡Maldito seas en nombre del sapo!... ¡Tú serás vencido!... ¡Serás vencido!

Ayar Cachi apareció, trayendo en la mano la cabeza del jefe rebelde y tras él, atada, a la hija.

Los conquistadores fueron seguidos por todos los de Pallata, a quienes se encargó Ayar Cachi de afeccionar y Ayar Auca de adiestrar en las armas. Así llegaron una mañana a Huaysquisrro, donde Ayar Cachi pensó en separarse del cortejo. Él quería avasallar a todos los pueblos e ir con su honda poderosa por los llanos y montes. Transformar la tierra que él creía mal distribuida. Echar abajo los montes y llenar con ellos las quebradas y hacer de la tierra una sola extensión llana y fértil. Pensaba luego en reunir a todos sus vencidos y levantar una gran ciudad de piedra con un templo para el Sol y con palacios y jardines. Y quería ser el único amo. Sentía que su espíritu era para dominar; tenía impacencias violentas. Creía que sus hermanos no llegarían nunca a fundar el Imperio. Una vez había propuesto a Ayar Manco fundar el Imperio en cualquier valle, sin esperar encontrar el sitio donde se hundiera la barreta de oro. Desesperaba de la lentitud de la conquista, sentíase oprimido con las leyes y métodos de sus hermanos y con estar sujeto a ellas. Él deseaba hacer todo en el momento de concebirlo. No quería obedecer las leyes sino imponerlas. Matar rebeldes, perdonar infelices, tener riquezas y darlas a los siervos y a las mozas, dominar el mundo y hacerlo a su guisa, lleno de rebaños, de riquezas, de mujeres y de siervos. Era el más joven de los

cuatro hermanos.

Pero los hermanos no pensaban así. Ellos veían que muchas veces cubría los valles fecundos donde era menester alimentarse. Y a veces dominaba a los rebeldes, pero muchas otras desposeía a labradores apacibles y sencillos, y detrás de él iba quedando un clamor de odios y de tristezas, y también de amores y de gratitudes. Además, Ayar Cachi no pensaba nunca en que un día podía faltarle esa fuerza extraordinaria y no sabía que ése era un don del Sol, pero, como todos, perecedero.

Un día presentose Ayar Cachi a los tres hermanos y les dijo lo que pensaba. Y los tres hermanos escucharon. Ayar Manco y Ayar Auca tuvieron después un consejo, y acordaron que Ayar Cachi era peligroso para la conquista. Y al día siguiente, al amanecer, ambos llamaron a Ayar Cachi y Ayar Manco le dijo:

—Hermano, en Capajtojo, allá en Pacarejtampu, el cerro de las tres ventanas, de donde salimos, se nos han quedado los vasos de oro. Tú sabes que no podemos seguir adelante sin los topacusi, porque ya se acerca el lugar elegido para la fundación del Imperio. Además nos hemos olvidado de tener el napa, que es nuestra insignia de señores. ¿Qué haremos si llegando al lugar que nuestro padre nos depara nos encontramos sin los topacusi y sin el napa, el llama blanco de gualdrapas rojas, sin sus orejeras y su petral de oro?... Nuestra conquista sin esos sagrados atributos fracasará, y el Sol no nos dará protección. Ve, pues, Ayar Cachi hasta Capajtojo y por el bien de todos y del Sol, trae ambas cosas...

—No iré hasta Capajtojo, hermano —respondió Ayar Cachi, resuelto—. Con mi honda y mi hacha y mis dos pumas, conquistaré todos los Imperios...

—¡Hermano —dijo iracunda Mama Guaco—, irás! Harás como se te ordena. ¿Un varón tan fuerte y esforzado como tú duda de ir a una comisión tan indispensable?... Por la boca de Manco te ordena el Sol... ¿De qué sirve a tu juventud tener el brazo fuerte si no tienes ley?...

Accedió Ayar Cachi y diéronle por compañero a Tampu Cachay, el más astuto de los guerreros. Pero antes de partir, Manco Cápag llamó a Tampu Cachay y le dijo, grave y serenamente:

—Anda con él y vuelve solo...

Emprendieron animosos la vuelta. Ayar Cachi iba conversando alegremente con Tampu Cachay y éste lo escuchaba con tristeza. Por fin, llegaron a Tampusoto y Ayar Cachi entró en la cueva de las tres ventanas. En tanto, Tampu Cachay puso una piedra enorme en la puerta y sentose en ella. A poco, Ayar Cachi dijo desde el fondo de la cueva:

—¡Aquí están los topacusi y aquí está el napa, Tampu Cachay! ¿Por qué has cerrado la puerta?

—La he cerrado para que no salgas, Ayar Cachi. ¡Allí te quedarás!...

—Ábreme la puerta, Tampu Cachay, o haré caer el cerro y te mataré...

—¡No te abriré la puerta, Ayar Cachi!...

Entonces comenzó a temblar el cerro ante el impulso de Ayar Cachi, pero la puerta no se abría...

—¡Tampu Cachay, traidor! Ábreme la puerta. Iremos a fundar un Imperio y yo te daré riqueza y siervos y rebaños... Ábreme la puerta, Tampu Cachay...

—No te abriré la puerta. Allí perecerás. Yo me voy ahora a reunir con el pueblo... ¡Adiós, Ayar Cachi!...

—¡Maldito seas, traidor! ¡Maldito seas! ¡El Sol, mi padre, te convierta en piedra! ¡Que tu semilla no se propague! ¡Traidor, traidor, traidor!...

Convirtiose en piedra Tampu Cachay: allí está todavía.

Y los hermanos Ayar siguieron su camino hacia el norte, hasta que llegaron a Quirirmata. De allí pasaron al cerro Guanacaure y allí acordaron declarar a Ayar Manco, por tener descendencia, jefe de la familia, y a Sinchi Roca su heredero. Aquella tarde vieron por primera vez el arco iris: aquélla era la palabra del Sol. Muy cerca debían estar ya del lugar elegido. Quisieron seguir adelante, pero se encontraron con un cerro que les cortaba el paso. Instintivamente dijeron todos:

—¡Quítalo del camino con tu honda, Ayar Cachi!

Pero nadie respondió. Ayar Cachi no estaba. ¿Quién iría a luchar? Porque sobre el cerro había una figura monstruosa que desafiaba. Ninguno de los guerreros avanzó. Echaron de menos al hermano poderoso y fuerte: él los habría salvado del peligro. Allí estuvieron largo tiempo. Pero Ayar Uchu, viendo que nadie proponía un camino y que las huestes se aprestaban a la lucha, quiso ir, él mismo, a luchar con el espíritu de la huaca.

—¿Quién va?...

—¿Quién va?...

—¿Quién va?...

Nadie respondió. Entonces Ayar Uchu, en un ímpetu, se puso de pie y fue. Luchó con el cerro y lo apartó del camino, pero

quedó preso entre sus bloques de granito. Entonces dijo:

—Hermano Manco, no me olvides. Yo te he acompañado. Ya nada se opone a tu paso; allí en el valle está el lugar elegido. Recuérdame...

Manco Cápag estableció allí la orden del Guarachico, y el cerro se llamó Ayar Uchu Guanacaure, en su recuerdo.

—¡Nosotros no te olvidaremos nunca, hermano Ayar Uchu! Sobre ese cerro se establecerá la orden de Guarachico para todos los de nuestra sangre, y ninguno podrá ser heredero del trono si no se ordena en el cerro junto a tu cuerpo.

La voz de Ayar Uchu no respondió, y el joven quedose convertido en piedra. Sólo quedaban de los cuatro hermanos, Ayar Manco Cápag y Ayar Auca. Éste se encargó de la guerra y Manco de la religión. Manco Cápag, seguido de su corte, fue tocando con la barreta de oro la cumbre del Guanacaure hasta que encontró un montículo donde la tierra era blanda como de barro y dijo:

—¡Aquí! ¡Aquí! ¡Aquí!

Rodeado de sus hermanos, sus tribus y rebaños, Manco Cápag entonó el himno al Sol. Alzó en alto la barreta y la dejó caer sobre el montículo. La barra de oro se hundió aceleradamente en la tierra. Elevaron los brazos al Sol, que brillaba en el cenit con desusado fulgor.

Ayar Auca bajó al pueblo aquella tarde y alrededor suyo, medrosos, se agruparon los sencillos habitantes. Admiraron la rara belleza de sus trajes hilados de oro y la bruna palidez de sus armas. Algunos, tímidos, se mantenían a distancia. Ayar Auca les habló, les dijo que venía en nombre del Sol, y que si ellos estaban dispuestos a adorar al divino Padre, él se lo avisaría para que mandara a su hijo a fundar allí el gran

Imperio.

—¿Y su hijo es como tú? —lo interrogaron.

—¿Quién puede ser como el Hijo del Sol? Él es luminoso, es hijo de la luz; si él quiere, se apaga el mundo; si quiere, lo ilumina. Mañana al clarear el día, yo vendré con el Hijo del Sol y vosotros, para convencerlos, salid a verlo. Allí en lo alto del cerro Guanacaure, él aparecerá e iluminará el Mundo. Vosotros lo veréis... Ha traído una barreta de oro; su padre le dijo dándosela: «donde se hunda la barreta fundarás mi Imperio». Y allí en el cerro Guanacaure se ha hundido... Mañana la veréis...

Obsequió Ayar Auca armas y trajes a los sumisos y ascendió de nuevo, seguido de sus doce compañeros al cerro Guanacaure.

Muy de mañana, cuando la Naturaleza empezaba a despertar y de las sombras vacilantes comenzaban a destacarse los montes y las copas de los árboles, el pueblo se reunió en la gran pampa. Los padres alzaban a los hijos, hablándoles de la maravilla anunciadora, y los niños aguardaban absortos, con los ojos abiertos, el suceso fantástico. Había aquella mañana una inusitada alegría en el valle. De pronto, una vaga claridad se anunció detrás del cerro Guanacaure. Un nimbo opalino iba creciendo lentamente y por fin estalló en un golpe de luz. Entonces vieron, asombrados, la maravilla prometida. Sobre el cerro había un hombre cuyo cuerpo despedía rayos que cegaban la vista. Cambiantes reflejos se desprendían de su cuerpo divino. Arrojárónse al suelo las medrosas gentes y exclamaron:

—¡El Hijo del Sol, el Hijo de la Luz!... ¡El Hijo del Sol ha venido!

Una música jamás oída resonó en los aires, y a poco en la

pampa, en la orilla derecha del arroyo que bañaba la aldea, apareció la tribu entera de los Incas inmigrantes, pueblo multicolor en que el oro, las plumas raras, las joyas magníficas y las armas poderosas resplandecían como en un incendio magnífico. Aquel lugar en que la tribu viajera se detuvo se llamó *Josco*, el centro.

Los fundadores se inclinaron ante Manco Cápa y éste puso un instante en manos de su hijo, el ave sagrada. Sinchi Roca miró al Sol de frente, y así se fundó el Imperio de los Incas.

El alma de la quena

EL Inca, en la terraza, vio caer el Sol, en la paz de la tarde, oyendo la misma melodía que escuchara en el camino la víspera. Había hecho detener su comitiva. Los arabecus interrogaron con las flautas, los naupachikas se internaron en el valle, pero el Inca no supo si aquella música dolorosa y extraña era de un hombre o de un ave. Ahora lo sentía algo más clara aunque imprecisa, y aguzaba sus oídos para percibirla mejor. Era un sonido mezcla de alegría y dolor, como un dulce reproche, como una queja musitada en voz baja, notas que envolvían el espíritu, que se filtraban como un puñal en los nervios, que avivaban recuerdos insepultos y dolores que el tiempo no había podido cubrir, a cuyo conjuro morían en los labios las palabras, en los ojos nacían lágrimas y en el alma honda sed de tristeza. ¿Era un ave? ¿Era un hombre? Sinchi Roca hizo apagar las resinas aromáticas y retirar a sus guardias a la puerta.

—¿Qué suena? ¿Qué vibra? ¿Qué canta? —dijo su esposa.

—Es tan divina esa música, Pachacámac —respondió Coya Cimpu—, que no parece el canto de un hombre ni el sonido de una quena. Se diría que es un ave que viene a llorar bajo la luna. En estas noches vienen, desde las lejanas montañas profundas, aves raras a poblar los jardines del palacio. Yo he visto ayer una avecilla, roja como una herida, posarse en los maizales sagrados...

El noble monarca se levantó. Pausadamente miró desde la terraza la Ciudad Imperial. Abajo se extendía la población con sus templos y sus palacios. Luces rojas marcaban el lugar de las cuatro plazas y los cuatro caminos. Al frente se elevaba el Coricancha, guardado por huillac-umus y guerreros nobles, y dentro dormía el divino tesoro de la imagen del Sol, ante la doble fila de los áureos cuerpos de los Emperadores. Delante se distinguía la Intipampa rodeada de los palacios de los nobles, y junto a la Gran Plaza, y frente al Amarucancha, el templo de las acllas elevaba sus herméticos muros de piedra. A la derecha, rodeando la plaza de Cuntisuyu, se hallaban las cárceles, detrás del río; y antes de él, a poniente, los canchones reales; al lado opuesto estaban los cuarteles, los hospicios, los bramaderos para las bestias indómitas y algunos palacios de los nobles.

Y más allá de las murallas, el valle fértil dormía bajo el cielo tranquilo de esa noche azul, mientras la Luna dejaba caer sus rayos misteriosamente y una brisa perfumada ascendía hasta ella desde la tierra silenciosa. Mudo, sentose el Inca sobre su trono de palma negra incrustado de oro.

—Si fuera un hombre el que toca esa música, me gustaría tenerlo en el palacio; si un ave, en mis jardines...

—Ordénalo, Pachacámac.

—Si fuera un hombre, sería fácil tomarlo para mi servicio;

mas, si son aves, nada puede contra ellas mi voluntad, que son oficiantes de la pompa del Sol, mi padre...

De pronto, la Coya, haciendo un ademán suplicante, dijo:

—¡Escucha, Viracocha!

El Inca puso toda su atención, su rostro reveló la curiosidad, luego la admiración, después la duda, y dijo al fin, haciendo palmas como un niño:

—¡Yma Samiyock!... ¡Yma Samiyock!¹ ¡Es una quena!
¡Buscad y traed a ese hombre!

Los grupos de sus servidores se esfumaron en la penumbra lunar. A una actitud del Inca, otros encendieron nuevamente sus resinas. El silencio reinó luego y se pudo percibir claramente el sonido de una quena que avanzaba. Oyéronse las voces de los guardias de puesto en puesto y en tanto la Coya decía:

—Si es un hombre, ha de ser Yactan-Naj, pues él se ha perdido... Kuychy, mi servidora, me ha dicho que Yactan no está en el reino. Dicen los pastores que el Padre Sol lo arrebató de tu Imperio para que cantara en sus mansiones. Las blancas mujeres del norte dicen que Mama Quilla lo ha desterrado para que haga morir a los hombres con sus canciones de dolor. Los pescadores del Lago Sagrado dicen que vaga de noche por la Isla Solitaria; los labriegos cuentan que las aves, envidiosas de su música, le sacaron los ojos y que, ciego, cayó al río; los guardias del Amarucancho dicen que al oír su flauta les siguieron las serpientes y lo devoraron; y los chasquis aseguran oír por las noches, en la profundidad de la selva, sus canciones...

¹ ¡Qué afortunado!

Sintiéronse las voces de los guardias y, a poco apareció un grupo de servidores nobles conduciendo a un quechua. Arrodilláronse todos, con el chepi a la espalda, y el indio balbuceó tembloroso:

—¡Napaycuy, Yaya, Viracocha!

—Levantadle, dejadle venir, ¡retiraos! —dijo el Inca.

Quedose éste con la Coya y el artista. Despedazada túnica cubría mal sus carnes pálidas, las sandalias rotas, el báculo leñoso y tosco. Su cabellera, despeinada y soberbia, sosteníase en la frente con una cinta a manera de llautu, y de su cuello, pendiente de un largo collar, había una flauta de cinco agujeros.

—¿Quién eres? —preguntó el Inca.

—Soy, Viracocha, del ayllu vecino a la Ciudad Imperial.

—¿Quién te enseñó a tocar la flauta? ¿Por qué es tan triste tu canción?

—No me enseñó nadie, Poderoso. Fue el dolor. Lloro porque mi amada se ha perdido.

—El Inca, tu padre, quiere serte favorable: el Hijo del Sol te dará lo que quieras. Pide. Desde hoy vivirás en mi palacio y en mis jardines, donde tu alma olvidará tu dolor y tu quena alegrará el castillo. Tocarás en la quena. ¿Oyes? ¡Voy a hacerte feliz!

—No podré serlo nunca, Viracocha. Tú no puedes hacer que ella vuelva del palacio del Sol. Pero sí puedes hacerme menos desgraciado. Voy a pedirte una cosa.

—Habla.

—Me dejarás siempre correr el Imperio, pasar de las

fronteras, ir por las comarcas, errar por todos los caminos. Ordenarás que nadie me cierre el paso y que nadie en tu reino me impida tocar la quena. Hazme creer que el mundo es mío; y sabiendo que mi vida te pertenece, hazme creer, ¡oh, Viracocha!, que puedo entregarla al dolor...

—Te daré siervos, te ennobleceré, podrás acercarte a mi trono y marchar en mi comitiva. Tendrás trajes suaves de alpacas tiernas y siervos que colmen tus deseos. Pero tocarás la quena...

—¡Padre mío! ¡Padre mío! ¡Déjame ir por el mundo!... Yo cantaré canciones al Inti en tu nombre. En los árboles más gruesos grabaré tus insignias y en las piedras más enhiestas pondré tus colores. Cazaré murciélagos para tu manto imperial, enseñaré a decir tu nombre y a repetir tus hechos a los guacamayos, a las kalla y a los uritu, y ellos esparcirán tus hechos en la espesura de la selva, donde no se oye la voz de tus arabecus, al amanecer de cada día, cuando el Sol, tu padre, asome... Pero déjame marchar, si me quedara en tu castillo, mis canciones no te gustarían y mis notas de dolor no te llegarían al alma. ¿Quieres que sea feliz y que mi quena lllore? No me des fiestas ni riquezas, ni siervos, ni palacios. El dolor no se hace. El dolor es. No es para divertir a los otros. La pena está en la luz de la luna, en la sombra de las frondas, en el silencio de la naturaleza. En lo gris de las nubes que se juntan y opacan en las cimas, cuando llueve, allí está el dolor. En el viento frío que sopla en la tempestad, en el retumbar del trueno, en la lluvia incesante y torrencial, en la blanca nieve sagrada, en el río que rompe el lecho y enrojece el agua con la arcilla, en el rayo, allí vive el dolor. Nada de eso hay en tus jardines, Pachacámac. El dolor es inmenso como el mar, orgulloso como el cóndor, multicolor como el bosque. Tú no conoces el dolor... Déjame, pues, salir, Hijo del Sol, Poderoso, Viracocha; no me arrebatas lo único que me queda

en la tierra: mi tristeza; no desencantes mi quena, no deshagas mi vida...

—Eres y no eres de mi reino. Ve por el mundo, Divino errante. Lleva esta insignia del Inca para que nadie se oponga a tu marcha. Es una pluma de mi diadema... Ve... ¡Yma sumac yaqui!...

—¡Aiguayá!... ¡Aiguayá!...

Dijo y besó el suelo a los pies del Monarca. Los soldados volvieron hacia él. Escoltado, bajó las escalinatas del palacio. Volvieron a su puesto los guardias. Alimentaron las resinas y, poco a poco, bajo la luz serena y silenciosa de la Luna, volvió a oírse el eco triste y desolado de la quena en las frondas lejanas.

—¡Yma sumac yaqui!... ¡Yma sumac yaqui!... —dijo el Inca a la Coya.

—¡Aiguayá!... —sonó a lo lejos la voz del artista.

La luna se ocultó.

El alfarero

(Sañu-Camayok)

SU frente ancha, su cabellera crecida, sus ojos hondos, su mirada dulce. Una vincha de plata ataba sobre las sienes la rebelde cabellera. Sencillo era su traje y apenas, en la blanca umpi de lana, un dibujo sencillo orlaba los contornos. Nadie había oído de sus labios una frase. Sólo hablaba a los

desdichados para regalarles su bolsa de cancha y sus hojas de coca. Vivía fuera de la ciudad en una cabaña. Los camayoc habían acordado no ocuparse de él y dejarle hacer su voluntad inofensiva para el orden del Imperio. De vez en cuando encargábanle un trabajo o él mismo lo ofrecía de grado para el Inca o para el servicio del Sol. Las gentes del pueblo lo tenían por loco, su familia no le veía y él huía de todo trato. Trabajaba febrilmente. Veíasele a veces largas horas contemplando el cielo. Muchos de los pobladores encontrábanle solo, en la selva, cogiendo arcilla de colores u hojas para preparar su pintura, o cargando grandes masas de tierra para su labor. Pero nadie veía sus trabajos.

Nadie jamás había entrado a su cabaña. Una vez un curaca le mandó a su hijo para que aprendiera a su lado el noble y difícil arte de la alfarería. El muchacho era despierto y alegre. Tenía afán creciente por aprender, y labró su primera obra. Pero cuando más contento estaba el curaca, recibió un día a su hijo despavorido. Temblaba el niño, todo lleno de barro, y sólo musitaba temeroso y con los ojos desmesurados:

—¡Supay! ¡Supay! ¡Supay!

Y no quiso volver más a la casa del artista. Porque un día mientras él labraba afuera, mandó al muchacho a sacar un jarrón fresco. El niño, solícito, acudió y en la oscura habitación buscó el objeto a tientas. Pero he aquí que cuando menos pensó, encuentre con una enorme sombra y quiso salir precipitadamente; sintió sus manos detenidas por un monstruo enorme que luchaba con él. Era una estatua de Supay, que secaba en la habitación. Y el niño, al querer huir, había metido en la fresca arcilla sus manos y a medida que quería desprenderse, más se aprisionaba en el barro y gritaba despavorido y el Supay se derribó y cayó sobre él y llegó el artista y lo liberó.

Desde entonces cortó toda relación con los del pueblo. Él mismo se procuraba su alimento. Él iba en pos de las frutas del valle, canjeaba a los viajeros huacos por coca, y así vivía, libre como un pajarillo. Un día le envió al Inca una serpiente de barro que silbaba al recibir el agua, y causó tal espanto que el Inca hubo de mandarla al Templo del Sol.

Otro día hizo una danza de la muerte. Cada vez que trabajaba, decían oír gritos de dolor en la covacha, y llegaron a no pasar cerca de sus linderos los traficantes.

Una tarde en que Apumarcu había ido al río en pos de agua para deshacer el barro, sintió tocar una antara en la fronda. Y él nunca había oído dulces canciones. Y poco a poco se fue acercando y vio a un hombre que sobre una roca, solitario, a la orilla del río, tocaba. Y le habló.

—¿Y quién eres tú que así vienes a estos lugares donde sólo hay un recuerdo que es mío?...

—Yo soy Apumarcu, el alfarero.

—Ah, hermano, yo soy Yactan Nanay, el que toca el antara...

—¿Y de qué ayllu eres tú, Yactan Nanay?...

—Yo no tengo ayllu... Y tu ayllu ¿cuál es?...

—Mi barro.

Y desde entonces fueron como grandes hermanos. No se separaban nunca. Juntos iban en pos de la fruta escondida entre el follaje rumoroso. Juntos pasaban largas horas y conversaban largamente. Apumarcu le hablaba de las cosas que él nunca había escuchado a nadie. Y Yactan le decía cómo una tarde su amada habríase perdido...

Y le relataba algunos viajes hechos por países desconocidos y

le hablaba de sus dudas respecto a la divinidad. Una vez hizo Apumarcu una cabeza del amigo. Él la llevaba consigo porque no era más grande que un puño. Y tanto hablábale de su amada y de tal manera le describía su cara que un día Apumarcu le hizo una cabeza de ella. Y él le explicaba, y el otro realizaba. Y cuando estuvo concluida, Yactan Nanay le dijo:

—Yo no tocaré sino para ti, hermano, porque tú la has comprendido y me la has devuelto. Creo que el barro en que ella está aquí en tu obra vivirá eternamente. Eres más grande que el Sol porque él la hizo y la llevó, mientras que tú la has hecho en dura arcilla y no morirá nunca. Pero yo he perdido a mi amada y ya no puedo ser alegre. Tú que no las has perdido, que no la tienes, ¿por qué eres tan triste?... Tú podías hacer que el Inca te diera por esposa a la más bella dama de la corte... ¿Por qué vives solitario, hermano?...

—Yo siento que algo me falta... Yo siento un ansia inexplicable en mi alma... Yo siento que hay algo que yo podría hacer y sé que podría ser feliz... Tengo un incendio en el alma, veo una serie de cosas pero no puedo expresarlas. Tú sufres y cantas en la antara tu dolor y haces llorar a los que te escuchan, pero yo siento, veo, imagino grandes cosas y soy incapaz de realizarlas. ¿Sabes? Yo quisiera pintar la vida tal como la vida es. Yo quisiera representar en un pequeño trozo lo que ven mis ojos. Aprisionar la naturaleza. Hacer lo que hace el río con los árboles y con el cielo. Reproducirlos. Pero yo no puedo; me faltan colores, los colores no me dan la idea de lo que yo tengo en el alma. He ensayado con todos los jugos de las hojas a reproducir un pedazo de la naturaleza, pero me sale muerto. No puedo hacer la alegría del bosque, ni la azul belleza del cielo, ni puedo hacer una sonrisa, sino en el tosco barro. ¿Tú no crees que se puede hacer otra naturaleza como la que se ve?... Los hombres del Imperio no

comprenden esto. El barro es tosco; yo puedo hacer todo con el barro, pero ¿cómo haría yo a un hombre que pensara, cómo pondría en su cara la palidez del insomnio?... ¡Ah, cuán desgraciado y pequeño soy, hermano...!

Y lo llevó hasta su covacha y le mostró un muro en el cual veía, vago y lleno de durezas a trozos, un pedazo de campo. Pero allí faltaba un color... El color de un crepúsculo. El rojo era demasiado rojo. Él quería un color como el sol cuando ya se ha ocultado, algo como los pétalos de las florecillas rosadas.

—Esto no es, no es, hermano... Esto no es como el crepúsculo...

—El crepúsculo sólo lo puede hacer el Sol, hermanito. ¿Por qué te empeñas en igualarlo?...

—Yo quiero hacer lo que hace el Sol, lo que hace el día, lo que hace la naturaleza.

Un día Yactan se había alejado en busca de una semilla, que es rosada, para ofrecérsela a Apumarcu. Y cuando volvió por la tarde encontró solo el lugar donde solía estar el artista. Entró hasta su cuarto y no lo encontró.

Un día Apumarcu se empeñó en hacer sobre el muro los colores de una tarde, de aquella tarde en la cual había visto a Yactan Nanay. Cogió hojas y empezó a restregarlas contra los muros y con unas flores iba dando las notas de color.

—Tráeme hojas y florecillas de molle —le dijo.

A poco volvió.

—Esto no es, no es, hermano... Pero puede ser...

Entonces, como poseído de una fuerza extraña, empezó a

restregar febrilmente contra el muro los diversos colores, y en su rostro iba creciendo una extraña fiebre, y trabajaba cálidamente y seguía copiando la luz y el paisaje que por la ventana veía. De pronto se detuvo. Faltaba algo, un algo sólo, un tono, un color que él no tenía; ¿cómo hallarlo? Sacó un cuchillo de chilliza y apasionadamente se cortó el puño y surgió la sangre con el agua de un vaso y vio el color que le faltaba y siguió poniendo las notas hasta que cayó exámine sobre su lecho.

Cuando Yactan Nanay volvió, encontró a Apumarcu tendido sobre el lecho, la sangre coagulada y morada había hecho un pequeño lago en la tierra, y en el muro vio el paisaje de la última tarde.

Besó su frente y llorando, tocó a sus pies la canción del crepúsculo. El oro del Sol caía por la ventana estrecha y se desleía en la ropa del artista, en cuyo rostro anguloso había un tono verde y en cuyos ojos señoreaba esa humedad trágica de los ojos que ya no tienen vida. A sus pies encontró Yactan Nanay una cabecita de barro con la imagen del amigo muerto. Y siguió tocando, tocando, hasta que la noche cayó, como una sola sombra inerte sobre el mundo silencioso.

El camino hacia el Sol

Se ve al final de esta leyenda señorear sobre las momias sepultas la serenidad; e intervienen en su desarrollo cosas inefables e infinitas: la Fe, el Amor, el Mar, el Crepúsculo y la Muerte, dueña y señora de todo lo que existe y anima

I

CUANDO Sumaj, con esa reposada placidez que da el descanso de una labor tenaz, cantando un airecillo dulce volvía a la ciudad, desde la tierra que le fuera acordada para su matrimonio con Inquill; declinaba el Sol. Cruzábase en el camino a cada instante con los labradores que, como él, tornaban de la faena agreste, apartábanse un poco, inclinaban la cabeza, y decíanle en tono respetuoso:

—Viracochay...

Así llegó a la ciudad y a la calle del Oro que descendiendo, estrecha y recta, iba a terminar en la plaza del Sol. Desde allí se dominaba la población, y Sumaj pudo ver un espectáculo inusitado en el Imperio. Una muchedumbre, en la cual distinguía trajes de todos los linajes, invadía la Intipampa. Algo grave debía ocurrir. Apuró el paso, y al desembocar en la plaza un clamor se elevó en todos los labios y todos los ojos se fijaron en la calle del Norte, donde apareció la figura de un chasqui, que avanzaba de prisa.

—¡Otro chasqui! ¡Otro chasqui!

El mensajero llegó a la plaza, abriéronle camino, y los alcahuizas lo introdujeron a la casa del curaca. Entonces supo Sumaj que en la tarde había llegado un chasqui; que habían sido llamados precipitadamente los amautas; que, aunque los sacerdotes no habían dicho nada, en el pueblo se sabía que enemigos poderosos y extraños habían invadido el Imperio; que eran hombres raros, hijos del mar y del demonio; que la profecía de Huayna Cápac iba a cumplirse; que el bastardo Atahualpa estaba preso; que los invasores habían asesinado al Inca Huáscar, saqueando el Cuzco y llevándose los tesoros

del templo y los palacios; que sabiendo que allí, en la ciudad, los había, iban a invadirla y asolarla.

Sumaj entró en la casa del curaca, entre las filas de alcahuizas. El noble joven presentía un peligro inmediato e inexorable. En la plaza la inquietud aumentaba. A gritos se comentaban sucesos inverosímiles. Creían algunos que la invasión de los extranjeros era encabezada por el mismo Atahualpa, el bastardo, que había llamado en su auxilio a los hijos del diablo, para vencer a su hermano Huáscar. Se contaban anécdotas de sus infernales planes. Se recordaba que el demonio lo había convertido en culebra para que escapara de su prisión en Tumeypampa, donde fuera vencido por los ejércitos de su hermano. Algunos empezaron a llamar al curaca a grandes voces y crecía el clamoreo de la muchedumbre cuando surgió otro grito que heló la sangre y paralizó toda acción:

—¡Otro chasqui! ¡Otro chasqui!

El mensajero, en lo alto de la calle del Chinchaysuyo, venía con los brazos extendidos y pronto sus lamentaciones cayeron como rayos en el pueblo reunido.

—¡Desgracia! ¡Desgracia! ¡Desgracia!

Entonces la confusión fue espantosa. Atropellábanse las gentes, corrían unos a sus casas, llamábanse otros a grandes voces, la muchedumbre se mecía como una inmensa ola y un sordo clamor, mezclado de gritos, lamentaciones y llanto invadió la plaza. Quejábanse las mujeres con sus niños atados a la espalda, nombraban los padres a los hijos, buscábanse a la distancia en la confusión, y nadie podía salir de aquel laberinto sonoro. Las espantadas gentes sólo pronunciaban, pálidas y transformadas por el terror, una sola frase:

—Los hijos de Supay... Los extranjeros...

En ese instante salieron de la casa del curaca los amautas, y hablaron al pueblo desde la escalinata del edificio. Un silencio trágico invadió el ambiente y entonces el Tucuiricuc, el mensajero del Inca, que visitaba ocasionalmente aquel ayllu, dijo:

—Hijos del Sol, el Imperio está en peligro. Se ha cumplido el oráculo. La ciudad sagrada ha sido destruida por los extranjeros. El Inca, el padre de los hombres, el hijo del Sol, ha sido asesinado por los hijos de Supay...

No pudo continuar. Un sordo clamor se elevó al cielo. Gritos de dolor salieron de todas las bocas. Arrojábanse al suelo las mujeres y lloraban desesperadamente. Mesábanse los cabellos, maldecían a los extranjeros y por un largo espacio de tiempo sólo se oyó el enorme sollozo de aquella multitud que se sentía herida por las extrañas fuerzas de un destino adverso. El Tucuiricuc continuó:

—Ya no tenemos Inca. Es preciso buscar el amparo del Sol. Los enemigos vienen. Llegarán pronto. Preparad vuestros menesteres y esperad las órdenes del curaca y del Consejo.

Entonces descendieron los camayocs y con gran trabajo dispusieron que cada grupo volviera a su barrio. Dieron órdenes, y cuando el Sol se ocultó, la plaza del Inti se encontraba desierta. Aquel día no ardieron los mecheros, la sombra invadió toda la ciudad y sólo se veía cruzar a ratos a mensajeros de prisa, a soldados, y a uno que otro noble. Sólo en la cúspide del cerro sagrado que dominaba el pueblo ardieron fogatas y se hicieron sacrificios que oficiaban los sacerdotes. Algunos mozos y muchas vírgenes, mujeres de la nobleza, se habían enterrado vivas para acompañar al Inca en su viaje y servirle durante el camino. Entre ellas se habían sepultado la hija del curaca y veinte mamacunas. En la casa del curaca el consejo duró hasta muy tarde y a medianoche

salieron los jefes y hablaron a los camayocs. Habían acordado pedir auxilio al Sol. Era necesario ir adonde el Sol y abandonar el pueblo. Debían llevar consigo todas sus riquezas y ganados sus trajes y sus utensilios. Los jefes se detenían en la puerta de la casa de cada guaranga-camayoc, daban sus órdenes y seguían su camino. Los camayocs debían ordenar cada uno sus cuarenta subordinados y tenerlos prontos para el gran viaje.

II

CUANDO las sombras empezaron a hacerse transparentes y ya en la hierba brillaba el rocío, empezaron a salir en silencio todas las familias. Pronto las plazas estuvieron invadidas por los grupos que con su jefe a la cabeza esperaban las órdenes del curaca. Entre la multitud, las vicuñas alzaban sus esbeltas cabezas inquietas; los aljos, especie de perros, merodeaban mudos, al pie de sus rebaños; tendíanse a descansar, agrupadas, las alpacas de sedosa piel, y las llamas, cimbreadose bajo el peso de las cargas, caminaban a menudos pasos entre los emigrantes. Un silencio, que apenas interrumpían entrecortados sollozos o el llanto de los niños, dominaba el pueblo. La luz empezaba a asomar. Los guaranga-camayocs dijeron que el pueblo saldría después de entonar el himno al Sol. Aquél sería el último Illarimuy. La idea de dejar para siempre los lares, entristecía todos los corazones.

Preguntábanse las gentes adónde iban. Los ancianos respondían:

—Vamos en pos del Sol. Él no nos abandonará. Él nos recibirá en sus mansiones...

—¿Y quién conoce el camino para llegar al Sol?...

—¿Quién sabe dónde está el Sol?...

—¿Por dónde se va al Sol?...

—Yo he soñado —dijo una joven—, yo he soñado, que se va por un camino de molles florecidos, a cuyos lados corren arroyos transparentes en cuyas ondas van pasando los días, las horas, las lunas y los raymis, que todo el camino lo iluminan sus rayos, es un sendero largo, muy fresco, y a ambos lados están los palacios de los Emperadores; una música de antaras acompaña a los que van caminando; y no se siente el peso del cuerpo ni el cansancio del camino...

—El Sol está detrás de las montañas. Yo he oído decir a uno de los enviados del Inca —dijo un alfarero— que más allá de las punas existe un gran río sin orillas y que en él se acuesta todas las noches el Sol...

—Sí. Eso es verdad. El curaca ha dicho que él lo vio dormirse en esa gran laguna, cuando fue a Pachacámac a consultar el oráculo y a purificarse. El curaca ha contado a mi padre que para ir a Pachacámac pasó primero por la Ciudad Sagrada y que después de sesenta jornadas llegó al Valle del Oráculo; que allí los peregrinos se detienen delante de las murallas y después de los tres días de ayuno, pueden pisar la tierra del Templo de Dios de la Laguna. Y le dijo que el Oráculo está frente y a la orilla de esa gran laguna en la cual se acuesta el Sol. Dice que es verde y que brama y que sus aguas se comen a los hombres y que sus orillas rodean todo el Tahuantinsuyo. Allí van, desde los más remotos pueblos, los más grandes señores a saber sus destinos, y los que no pueden llevar la ofrenda; ¡ay!, éstos nunca conocerán la suerte que el tiempo les depara...

Aparecieron los camayocs y el día se precisó. Una claridad

inmensa que se acrecentaba por instantes anunció la llegada del Sol. En las sombras ya difusas empezaron a distinguirse unos a los otros. Poco después el cerro se dibujó y en breve el magno prodigio de la luz estalló en Oriente. El pueblo levantó los brazos y se oyó, doloroso, el Illarimuy. Cantaron todos los hombres la salida del Sol y a poco se organizaba el desfile hacia el remoto país ignorado.

III

AQUEL trágico desfile, sin precedente en el Imperio, comenzó. Sólo el transporte de los mitimaes era comparable con este éxodo sublime. ¿Qué era el desfile de aquellos millares de vencidos que abandonaban su pueblo, cuando sus generales habían perdido las batallas y ellos tenían que obedecer las órdenes del Inca vencedor y trasladarse a otros países para siempre? ¿Qué era el dejar sus hogares amados; sus tierras fecundas, los lugares donde su niñez y su juventud se habían deslizado, y donde reposaban los huesos de sus padres, comparado con este otro éxodo?

Los mitimaes dejaban un pueblo para ir a otro, pero eran llevados por los soldados del Inca y gozaban nuevamente de tierras y de propiedades; pero ¿qué era el llorar de los más esforzados capitanes y el plañir doloroso de los niños y el trágico silencio de los viejos al dejar sus rincones amados, la dulzura de su cielo, el amor de sus árboles, para ser trasladados a un país desconocido, donde si bien encontraban el favor cariñoso de los servidores del Inca sabían en cambio que ya no volverían nunca a su pueblo lejano? ¿Qué eran esos fugaces dolores de pasar de un país a otro bajo la autoridad del Inca, comparados con este dolor inmenso de dejar para

siempre el suelo amado, muerto el Inca, destruido el Imperio, sin tener en la tierra a quién dirigir sus invocaciones? Ahora el pueblo iba con sus ganados y sus riquezas en pos de una ruta desconocida, guiado solamente por la fe de sus ancianos y el amor al curaca.

Así comenzó el desfile. Iba a la cabeza el curaca, en su silla de palma negra, en hombros de doce soldados. Detrás iban los sacerdotes y los guerreros, las vírgenes del Sol y sus mamacunas; luego, ordenadamente, los distintos linajes precedidos de sus camayocs. Muchas mujeres llevaban en los hombros sus guacamayos de colores brillantes, otras en las espaldas sus niños. Los enormes rebaños de llamas, apretados, iban cargando las ropas y los menesteres, las riquezas, los ídolos, los vasos, las armas, los atributos. Muy atrás de la comitiva, caminaban Sumaj e Inquill en silencio. Para nadie podía ser más trágico el destino. Ellos habían visto desvanecerse en un instante todos sus sueños de felicidad. Pocos días faltaban para el día de la fiesta del maíz, donde el curaca, en nombre del Inca, habría unido a la amante pareja, y se habrían instalado en el terreno que ya labraba el joven. Los parientes tenían listos los regalos de la fiesta; habrían ido a habitar la casa ya edificada por la comunidad y arreglada con los dones de los padres; habían comprado telas a los viajeros del norte, tenían hermosas vasijas del Chimú y de Nazca, collares traídos de Rimactampu, vestidos de la Montaña hechos con plumas de aves multicolores. La heredad estaba cerca del arroyo que descendía a la tierra designada, sin trabajo. Ya la tierra esperaba, con los surcos abiertos, la semilla para multiplicarla y el riego fecundante para sus muslos núbiles. Y ellos habrían sembrado los árboles para que dieran sombra a la amada cuando tejiera las telas para los desvalidos y preparara el alimento para los ciegos, y los árboles habrían crecido junto con los hijos, y ambos habrían dado sombra a su vejez venturosa cuando llegara el frío de los

años y la vida fuera recuerdos. Por las tardes, juntos, entre sus maizales rumorosos mientras los papales hinchaban el surco en una fecundación pródiga y hermosa, y la tierra se rajara y sus venas crecieran sobre el fruto que se hinchaba, ellos, bajo la paz honda del cielo, adorarían al Sol y bendecirían al Inca que tanta felicidad dispensaban.

Pero ahora el Destino les cerraba de golpe sus puertas y el porvenir era trágico, inexorable y fatal. Iban detrás de la caravana, pensativos y mudos. A veces ella sollozaba desconsoladamente, y él no tenía frases de consuelo y la dejaba llorar, recostada la cabeza sobre su duro pecho. Así iban caminando. Así fueron pasando los días. A veces venían los amigos de Sumaj y se acercaban para consolarlos. Traían a la moza una fruta, una flor, un ave cogida al paso. El camino siempre era pesado y sin fin. Cuando ella desfallecía, él la tomaba en sus brazos y la llevaba largos trechos cargada. Extremaba su solicitud, le lavaba los pies al encontrar un arroyo y enjugábalos luego. Cuando el frío era intenso, y el pueblo se detenía, prendía enormes fogatas y la calentaba. Hacíale masticar coca, y cuando llegaban a un arroyo, le daba de beber en sus manos cóncavas. En los días de mayor tristeza, cuando la bebida comenzó a escasear, por haberse el pueblo alejado más de lo prudente del río, él conseguía de sus compañeros un poco de chicha para ofrecérsela.

Así caminaron largamente. A veces, cuando el cansancio los rendía, deteníanse, tomaban un poco de agua del arroyo más cercano, porque toda la chicha que había estaba destinada a los sacrificios. Su alimento era frugal. Un poco de coca, a veces unas tortas de maíz o una fruta cogida al paso. Los primeros días fueron tranquilos. De las aldeas las gentes abandonaban sus casas y se iban en pos de ellos. El pueblo peregrino iba detrás del Sol. Seguía sus pasos. Y allí por donde el Sol se ocultaba, allí encaminaba su cansada

peregrinación. Así transcurrieron veinte jornadas. Muchas ancianas se sentían extenuadas y no deseaban dar paso. Entonces acordaban ir a reunirse con el Inca. Tomada esta disposición, al crepúsculo se detenían en lo alto de un cerro: los mozos cavaban una fosa; dábbase, a las mujeres que no querían seguir, las mágicas bebidas que insensibilizaban, y ellas, rodeadas de sus riquezas, de sus vasos, de chicha y de maíz y de sus trajes de gala, disponíanse en humilde y conformada actitud dentro de la fosa en la cual sentábanse y, mientras el grupo de mozos iba cubriendo sus cuerpos de tierra, ellas iban repitiendo las palabras del rito.

Así, aquel pueblo en su éxodo sublime hacia el Sol, iba dejando sembrada la ruta incierta con los huesos de sus padres y abuelos. Los mozos esperaban en la fe de los viejos y éstos en el amor del Sol. Por las tardes, al crepúsculo, reuníase el pueblo y entonaba Illarimuy, en medio de una solemnidad hermosa y sencilla. Las mujeres lloraban; los mozos de cuadrada cara y salientes pómulos invocaban en silencio a la divinidad; el himno terminaba con las últimas claridades solares y el pueblo esperaba que el día siguiente el Sol les abriría las puertas de su ciudad encantada. Pero al día siguiente caminaban, febriles, de prisa, como poseídos. Muchos no querían detenerse a tomar alimento y apenas masticaban en el camino unas hojas de coca. Algunos, impacientes, acudían hasta el curaca y le preguntaban, tratando de no dejar traducir el menor tono de desaliento:

—Taytay, ¿llegaremos pronto a la mansión del Sol? ¿Nos abrirá las puertas de su ciudad? ¿Nos defenderá contra los blancos?...

Y el curaca respondía:

—El Sol nunca abandona a su pueblo. Algún pecado se cometió en el reino cuando él ha permitido y ha mandado a

esos animales blancos y funestos, en castigo. ¡Ah, Atahualpa!
¡Atahualpa! ¡Bastardo y extranjero!...

Otras veces, para distraerlos y para darles ánimo, después de hacer la oración, se reunían formando grandes círculos de improvisadas tiendas para pasar la noche, rodeados de sus rebaños, y el curaca o un amauta viejo, les decía cómo eran los dominios del Sol. Ellos escuchaban encantados y al calor de estos cuentos los niños se quedaban dormidos y, poco a poco, los mozos y las mujeres, para levantarse al nuevo día, llenos de esperanzas.

El país del Sol, donde iban a morar y a ser recibidos, era un inmenso país donde los hombres vivían felices; departían diariamente con los incas, tenían trajes maravillosos, chichas desconocidas y exquisitos manjares. Allí los frutos eran grandes y perfumados, las mujeres eran mucho más bellas que las recogidas en el Cuzco. Músicas divinas invadían el aire. Pájaros de multicolor belleza cantaban canciones exquisitas y tiernas, y todas las casas eran de oro y piedras fantásticas, los lechos mullidos; y tenían servidores diligentes y amables. Nada faltaba a los más exigentes deseos. Y todo estaba iluminado con una luz radiante, blanca como el algodón y transparente como la nieve que se congela en las lagunas. La luz lo invadía todo, el cuerpo y el alma, los objetos, las flores, la vida, los sueños, el amor y los deseos... Era el reino de la luz, del oro, de la paz, de la felicidad.

Llegaron por fin a unas colinas donde el calor empezó a reemplazar el frío de las punas. Aquello les pareció de buen agüero porque allí donde el clima era más cálido debía estar el comienzo de los dominios del Sol. Aquel día Inquill se sintió alegre y rió. Así, animosos y fervientes, caminaban largas jornadas a despecho del calor y así iban descendiendo a los llanos. Las pocas aldeas que encontraban usaban distintos trajes, las unjus eran casi transparentes. Y todas las

tardes, al crepúsculo, entonaban la misma oración y la misma plegaria:

—¡Oh, Sol! ¡Oh, padre de nuestros padres y señores, no abandones a tu pueblo y protégenos contra la furia de Supay!...

Una mañana, a la aurora, les pareció sentir una brisa deliciosa y un extraño ruido apacible. No era un rugido de pumas, ni de multitudes era algo confuso e ininteligible, pero amoroso y lento. El ruido venía del lado del Sol y de la brisa. Unos mozos se subieron a un montículo y al llegar a la cúspide un solo grito admirable salió de sus labios:

—¡Cocha! ¡Cocha! ¡Cocha!

Todo el pueblo ascendió y pudo contemplar, en medio de un sordo rumor de admiración y de entusiasmo, algo que no había imaginado. Una laguna enorme, una laguna sin orillas, suavemente azul, se distinguía a lo lejos. Era sin duda alguna de la casa del Sol. La famosa laguna de que hablara el curaca y hacia donde se encaminara para acostarse todas las tardes el Sol. Aquella mañana se hizo el sacrificio de seis llamas y se libó chicha en honor del Inti. Y la caravana siguió su interminable peregrinación hacia el valle fecundo que se extendía a sus pies. Aquel valle estaba deshabitado y bravío. Y al penetrar bajo sus árboles coposos y verdes reposaron algunos días hasta que llegaron a las orillas ansiadas.

El entusiasmo del pueblo desapareció súbitamente. ¿Cómo irían ellos a atravesar ese inmenso río, para poder llegar adonde estaba el Sol? La víspera estaban ciertos de haberlo visto ocultarse entre las aguas; era, pues, seguro que llegando al sitio donde lo vieron hundirse, entrarían en su reino. Pero ¿cómo atravesar esa laguna verde, rugiente, inmensa y enorme?...

Acordaron esperar, convencidos de que el Sol no los abandonaría. De un momento a otro creían ver aparecer por el horizonte alguna balsa guiada por hijos del Sol, que vendrían por ellos para llevarlos al ansiado país. Así esperaron unos días, haciendo todas las tardes sacrificios a la divinidad. Pero una de ellas, el guardián de las provisiones avisó al curaca que los víveres que tenían no alcanzarían sino para tres días más, y que era bueno avisarlo al Sol para que enviase pronto por su pueblo.

Detenidos junto a la orilla, los quechuas fueron poco a poco entristeciéndose: nadie dudaba de que el Sol los salvaría, pero la paciencia iba tornándolos melancólicos y ellos no veían llegar a los comisionados del Sol. Los días pasábanlos explorando la orilla, buscando alguna puerta en el mar, escuchando lo que decían las olas, pero nada venía a sacarlos de sus inquietudes. Al llegar el crepúsculo, acercábanse todos hasta la orilla, y tanto que las olas les mojaban los pies, para ver si en la estela crepuscular y dorada aparecía algún signo de la bondad solar, pero el Sol se ocultaba en el mar y dejaba a su pueblo abandonado, esperando nuevamente.

Pasaron tres días. Economizando los alimentos y mandando a los guerreros en busca de caza pudieron sostenerse aún dos días más. Al tercero fue necesario comer los ánades secos que tenían destinados a polvos para perfumar los sacrificios y las ropas del curaca y de los amautas y sacerdotes. Sumaj pudo coger aquel día un pez y lo trajo a Inquill, fresco y vivo, viscoso, con su plateado lomo y sus enormes ojos redondos. Inquill, en medio de su tristeza y extenuación, hizo palmas de alegría; ella nunca había visto un animal tan bello. El hambre amenazó. La última tarde, la definitiva, la invocación al Sol se hizo llorando. De aquel pueblo creyente que ocupaba en la orilla una enorme extensión que doraba el Sol moribundo, salió un solo llanto conmovedor y sincero:

—¡Padre! ¡Padre! ¡Padre!... ¡No abandones a tu pueblo!... ¡Padre, dinos el camino de tu reino maravilloso!

Pero nadie contestaba aquel grito de dolor y de desesperanza, y, a medida que el Sol se iba ocultando, el llanto crecía y dominaba el rugir del mar. Hubo un momento, aquel en que el Sol besó la línea del horizonte, en que ellos esperaron ver salir al Sol y hablarles con la misma bondad generosa que a Manco Cápac, y suspendieron sus lamentaciones; pero, breve e indiferente, el enorme disco de oro se ocultó en el mar. Entonces arrojáronse al suelo y lloraron inconsolables. Llamábanse unos a otros. Los niños, abrazados a sus padres, lloraban con un extremo gesto de terror y, por largo tiempo, sólo se oyó, en aquella orilla desolada, sollozos y lamentaciones entrecortadas.

Al caer la noche se reunieron el curaca y los cuatro amautas, los camayocs, los sacerdotes y los ancianos. La luna era espléndida y tenía una azul tonalidad transparente. Subieron todos al montículo que dominaba el valle y allí discurrieron largo rato. Unos opinaban porque se debería esperar a la orilla y tener fe en el Sol. Los alimentos podían procurárselos del propio valle, cazando los primeros días, sembrando y alimentándose con esos peces que entre las olas saltaban, plateados. Otros pensaban que era mejor internarse en el mar, y que cuando el Sol los viera en peligro los salvaría. Recordaron entonces sus lejanos hogares, sus sembríos fecundos y florecidos, la paz de su pueblo lejano. ¡Cuánto mejor habría sido quedarse y recibir allí la muerte de manos de los extranjeros de las barbas de nieve! Después de un momento de silencio, surgió una voz bajo la paz de la luna. Era un anciano de encapotados ojos, amauta famoso, que determinaba la hora y el lugar de las fiestas del Cápac Raymy cuando se aprisionaba al Sol para recibir el homenaje del pueblo. Y dijo:

—El Sol nos ha abandonado. Él es todopoderoso y podría salvarnos. ¿Quién sabe si al Sol lo ha vencido en algún combate ese otro dios que dicen que puede más que él?... De este Sol no debemos esperar nada. Él ha permitido que los extranjeros entren al Cuzco y destrocen su imagen y la de los Emperadores, y se lleven las puertas y los vasos de oro y las mascaipachas y las plumas sagradas del Coraquenque. Él ha permitido que el bastardo haya asesinado al hijo de Huayna Cápac y ha permitido a su vez que el Demonio extranjero matase a Atahualpa. Él no se ocupa de nosotros, y mejor es morir para ir a buscar a los Emperadores. Ellos nos escucharán y no nos abandonarán nunca. Allí encontraremos a los cuatro hermanos Ayar, los fundadores del Imperio, y a los Emperadores, sus hijos.

Sabias encontraron todas las palabras del amauta y contestaron:

—Vayamos en busca de los Emperadores... ¡Vayamos!

Entonces todo aquel grupo tomó un gesto sombrío. Bajaron los hombres útiles de la huaca y con sus armas hicieron grandes fosas en la húmeda arena. Cavaban con febril empeño, en tanto que los viejos habían ido a dar la voz en el campamento de los peregrinos. Muy de mañana estaba casi todo el trabajo concluido. Faltaban algunas excavaciones. Y a mediodía, bajo un Sol iracundo, la tarea quedó terminada. Unos decían cavar la tumba para la madre; otros para la novia; otros para los padres decrepitos que habían podido resistir la fatiga del éxodo. Aquel día nadie dijo una palabra. Todos pensaban en el último viaje sin temor, pero con honda tristeza. Se entregaban a meditaciones solitarias. Llegó la hora del crepúsculo y el pueblo se dispuso a morir. Con grandes esfuerzos se consiguió una cantidad de la bebida suficiente para adormecer a las mujeres y los niños. El curaca y un grupo de amautas, ayudados por seis jóvenes fornidos,

se encargarían de cubrir de tierra, de uno en uno, de dos en dos o según como quisieran emprender el viaje, a los que se amaban; y al punto en que el cielo comenzó a teñirse de rojo, empezaron a entonar el himno al Sol y la última plegaria. Los indios se dispusieron con todas sus riquezas y trajes, adornáronse con sus mejores atavíos y descendieron a los escalonados fosos. Allí sentábanse después de tomar el licor, para no sentir el ahogo del viaje y, poco a poco, iban quedándose insensibles y dormidos con una somnolencia que les hacía insensibles. La tierra iba cayendo piadosamente sobre sus cuerpos inmóviles e implorantes y a poco el piso recobraba su nivel. La tarea duró toda la tarde. Algunos, antes de bajar a los fosos, se abrazaban y despedían llorando, hasta que la tierra cubría sus cuerpos inertes.

Por fin, sólo quedaron los enterradores. Inquill no había querido enterrarse y esperaba a su amado para hacerlo. Los fornidos mozos fueron enterrándose unos a otros. Cuando Sumaj dio la última paletada de tierra sobre el último quechua, volvió los ojos hacia Inquill.

Por fin, sólo quedaron Sumaj e Inquill sobre la larga extensión cubierta, y sentáronse sobre el montículo, en el cual estaba abierto el foso para la amada. Desde allí miraron largamente el mar ilimitado y verde, cuyo ruido tenía caricias trágicas y roncadas. Inquill, sin mirar a Sumaj, le cogió las manos y lloró sobre ellas.

—Pesada labor ésta, y triste y privilegiada la de mis músculos que me obliga a ser el último en ir a los dominios del Sol... De uno en uno he ido enterrando a todos los hombres y a todas las mujeres. Ya no quedamos sino los dos...

—Ahora yo... —dijo suavemente Inquill, sin inmutarse—. Entiérrame...

El indio no respondió. ¿Qué podía responder?... ¡Él no podía retener a su amada porque era un sacrificio alargar su dolor! Ella debía ir a reunirse, como el pueblo que la precedía, con el Sol, en los áureos palacios luminosos.

—Te rogaría que me acompañases un rato aún en la tierra, Inquill —dijo, temblorosa, la voz desolada del indio—. Para reunirte con el Sol poco tiempo te falta, y aunque allí nos encontraremos, ¿no quisieras esperar aquí, en la tierra donde nos hemos amado?... ¿No te apena separarte de esta tierra en la que se ha deslizado tan brevemente nuestro amor?... Los palacios del Sol son sin duda maravillosos y más bellos que la tierra, pero no sé por qué yo siento una honda tristeza al dejarla.

Y sus ojos contemplaban, húmedos, el vallecito hondo y lejano cuya verdura daba una nota de regocijo a aquel campo de muerte y de dolor. Abajo, en el fondo del valle fecundo, se veía serpentear como boa plateada el arroyo brillante, entre los matorrales, pero no se oía ni un canto de ave. Allí no había sino dos almas y dos cuerpos, y nada más que ellos acusaban la vida sobre la tierra.

Abrazados caminaron unos pasos sobre el montículo, sobre aquella humanidad sepultada, caliente todavía bajo la tarde transparente y vaporosa. Pero cuando el Sol comenzó a declinar sobre el mar, Inquill miró a sus pies la fosa abierta.

—Vamos —dijo sin mirarle la doncella.

—Vamos —repitió como un eco Sumaj.

Entonces sacó de la chuspa de su cintura un cantarillo de tierra cocida con dibujos de dioses lares, y dio a beber a Inquill el licor de la paz, aquel licor que insensibilizaba y hacía dulce la muerte, que había conservado como la más preciada joya. La amada tomó la amarga bebida y descendió a

la escalonada fosa, con solemnidad. Sumaj puso a su lado todos los menesteres para el viaje. Ojotas finísimas, los tachos de chicha guardados especialmente por él, las telas para abrigar su cuerpo, y en la mano el tributo para el Sol.

—Ya me voy... Sumaj, ya me voy... —dijo débilmente—, ¡bésame!...

De pie, los dos, sus labios se unieron en un beso largo, lento, mudo, solemne, hasta que la cabeza de Inquill se desprendió de sus labios como una fruta madura, y su cuerpo perdió la fuerza.

Cuando Sumaj dio la última paletada de tierra sobre el cuerpo de Inquill tuvo una extraña sensación. Ya no podría hablar. Nadie le escucharía. Entonces tuvo un impulso de enterrarse a sí mismo. Pero ¿cómo se enterraría? Fue sobre la tumba de Inquill, su adorada, y lloró largamente. El Sol empezaba a caer. Entonces sintió una sensación que nunca había sentido. Por primera vez tuvo miedo. Le parecía que de las tumbas cerradas salían palabras y quejidos que se mezclaban con el rumor de las olas. Él era el único sobreviviente de aquel pueblo abandonado por la generosidad divina. Quiso abrir la fosa de su amada para unirse a ella, pero el temor de interrumpir su sueño lo detuvo.

Entonces miró largamente al Sol. Vio cómo, indiferente y rojo, se iba acercando a las aguas, y cómo las sombras iban invadiendo la montaña. Un dolor, una inquietud inmensa y súbita enseñoreábanse en él. Las cosas se le presentaban transparentes y no sentía el peso de su cuerpo. Recordó que dos días hacía que no tomaba sino coca. Un adormecimiento quiso invadirlo. Se puso de pie. Bandadas de pájaros blancos cruzaron el cielo hacia regiones que él no podía imaginar y sus ideas, como las sombras, empezaron a confundirse. Un recuerdo tenaz, el recuerdo de su amada Inquill, persistía y él

creía sentir su voz saliendo de la tierra, que lo llamaba. El Sol se ocultó. Y entonces tuvo la perfecta noción de su abandono. El temor de vivir sobre aquellos muertos le impresionaba hondamente, y echó a llorar de nuevo como un niño y a llamar al Sol. Insensiblemente se había echado sobre la tumba de Inquill y escarbaba y llamaba a gritos a la amada. Pero ahora ella no respondía; sus ideas se confundieron. Entonces le pareció ver que del fondo del mar surgía una luz y se apagaba. Enormes sombras, fantásticas desfilaban ante él en las olas rugientes. Y él se puso de pie y se acercó inconsciente hacia la orilla. Ya no se daba cuenta de las cosas. Entonces inarticuladamente empezó a llorar y a proferir lamentos llamando al Sol, hasta perder toda idea conexa. Avanzó entre las olas con inseguros pasos. Las primeras lo derribaron y él luchó un poco; envolviéronle otras y, en breve, sólo se oyeron palabras entrocortadas que ahogaban el ruido de las olas, mientras que el cuerpo del último quechua desaparecía.

La luna se enseñoreó azul sobre el pueblo sepulto y un ave blanca cruzó en dirección al horizonte vago, sobre la estela luminosa, en el aire tranquilo.

El pastor y el rebaño de nieve

I

ERA el reinado de Túpac Inca Yupanqui. Ritti-Kimiy, hermano del Inca, era uno de sus favoritos. Usaba flechas y armas iguales a las suyas y departía por las tardes con su noble hermano. Eran todos felices en el reino. Pacaric había

hecho conquistas para el Inca, había cogido animales rarísimos para sus salones y piedras preciosas para su llauto. Una tarde, los dos nobles hermanos miraban descender el Sol sobre la mar lejana, desde la terraza del palacio real. El cielo se vestía de un color rojo encendido que ardía sobre el mar.

Miraban atentamente cómo se hundía el Sol sin ocultarse tras de las nubes, lo cual era un feliz presagio para el Inca. Ya iba a ocultarse el astro. Una nubecilla dorada se acercó demasiado. El Inca palideció. Ahora se alejaba, y los nobles observaban presas de una excitación intensa y febril. Ya faltaban minutos, segundos, ahora...

—¡Por fin!

—¡La felicidad te espera!

—Contento y feliz estoy. Pídeme ahora lo que quieras y hoy te lo concederé...

—¿Me concederás, señor y hermano, lo que te pida hoy?...

—¡Te lo concederé! ¡Habla!

—Quiero ver a las vírgenes del Sol...

El Inca palideció. Aquello era una audacia sin límites. No había precedente de pedido semejante y al que se hubiera atrevido a formularlo lo habría hecho ahorcar en la plaza pública.

—No me has pedido riqueza, ni castillos, ni estados, ni haciendas, ni honores. No te has detenido a pedir un rebaño de oro ni una mujer de mis salas, ni uno de mis esclavos. ¿Por qué me pides aquello que nadie ha pedido nunca? ¿Por qué quieren ver tus ojos lo que no vieron jamás los humanos ojos? Pídeme lo que quieras. Tuyas son mis riquezas, mis esclavos, mis concubinas, mis armas y mis trajes, mis ovejas y mis

rebaños. Pero no pidas, noble hermano, lo que no te he de conceder.

—Hijo del Sol, tú me lo has prometido. Tú no negarás que me prometiste lo que quisiera. Puedes negarte a cumplir y hacer que me ahorquen en tu presencia, pero si los hombres engañan, no se engañan los dioses. Tú no querrás engañar a los dioses. Tú cumplirás tus palabras. Tú me lo has prometido, Hijo del Sol.

El Inca se sintió vencido. Ensombreciose su rostro y dijo mirando fijamente en el suelo:

—¡Sea!

II

ERAN las cuatro, y el noble entró: no debía hablar a las escogidas, pero podía visitar todos los recintos y ver a todas las vírgenes. Sus ojos se encantaron. Se miraron y comulgaron bajo la misma idea.

El Inca lo hizo pastor de los rebaños del Sol y tomó a la virgen por esposa.

—¿De dónde vienes?

—De la Ciudad Sagrada.

—¿Conoces al noble Rama, hermano del Inca?

—Hace muchos años que cuida, lejos de la ciudad, los rebaños del Sol.

—¿Qué hay en el reino?

—Hay fiesta. El Inca ha tomado por esposa a Yipay, virgen del Sol.

Siguió su camino. Se encontró con un correo.

—¿De dónde vienes?

—De la Ciudad del Oro.

—¿Qué hay en la Ciudad?

—Hay fiestas. El Inca toma hoy una nueva mujer...

Siguió adelante todavía. Se encontró con un anciano.

—¿De dónde vienes?

—De la Ciudad del Inca.

—¿Qué hay en la ciudad?

—Se desposa una virgen del Sol.

Entonces, el alma despedazada, el dolor en los ojos, temblorosas las manos, tornó a la loma sin llegar a la Ciudad. Al regresar, tropieza con una comitiva.

—¿Dónde vais?...

—Vamos al Cuzco: se casa la virgen del Sol. Éstos son los presentes del curacazgo...

Entonces se fue al cerro y tornose siniestro. Llegó a su terrado y guió sus sagrados rebaños hacia la nieve de las montañas lejanas. Ascendía, ascendía. Los corderos agrupábanse, mansos y blancos, y subían silenciosamente, mansamente, insensiblemente; cubrían la loma, llegaban a la cúspide, descendían y subían otro cerro más alto. Un día, dos días. Por fin, llegaron a un nevado virgen. Ya él tenía las manos heladas, la lengua endurecida. El frío le entraba en los

huesos, además no se había alimentado. El Sol hería de lleno y reverberaba.

Entonces cogió un cordero, para cometer el horrible crimen de degollarlo y vengarse del Inca, su hermano y rival. Quería manchar con sangre roja las nieves perpetuas. El Sol se apercibió de su intento y cuando, en la cúspide, en medio del rebaño sagrado, se preparaba el sacrificio, el Sol se ocultó rápidamente, una tempestad se desencadenó y cayó nieve, nieve, nieve blanca. Cuando volvió a salir el Sol, estaban convertidos en nieve el pastor y su rebaño.

Él amaba tanto y tan puramente a la virgen, que el Sol no pudo vencer su amor y su dolor, y, cuando sale, contra su voluntad, sus rayos derriten siempre un poco de la estatua de nieve, y el agua corre desde la cabeza del enamorado y va luego al cauce, después al arroyo, al riachuelo, después al río y luego al mar y se difunde por el mundo: son las lágrimas que llora el enamorado. Y llora siempre que sale el Sol. Cuando subas al cerro y veas la nieve de cerca sobre la cúspide, encontrarás el rebaño blanco convertido en nieve, y, en el centro, el pobre pastor. Aquel amante no ha vuelto al mundo y llorará eternamente, mientras haya nieve, mientras haya montañas, mientras salga el Sol y haga correr sus lágrimas.

Los ojos de los reyes

Los ojos de los reyes²

Donde se ve cómo la mujer induce al Amor y cómo éste puede nublar la clara razón de los más esforzados capitanes. Y que no se debe luchar contra el designio inexorable de los Dioses

A mi excelente amigo el señor José S. Patroni, con viva simpatía

EL Castillo de Majta Sumaj, en Yucay, se elevaba sobre un montículo, a unos pasos del río. Ancha muralla de granito defendíalo, formando círculo alrededor de su base. Larga escalinata de piedra daba cómodo acceso al edificio, en cuyas puertas los soldados vigilaban, severos los rostros, y en las manos fuertes, mazas con agudas puntas de piedra y de cobre. En una habitación alta, por cuya estrecha y trapezoidal ventana veíase el valle feraz, había una docena de huallauizas, soldados sin graduación, cuyas armas consistían en flechas de dardos emponzoñados. Fuera de los muros el valle extendíase, verde y oleoso, hasta ascender en las faldas de los cerros morados. Por las tardes, cuando el sol empezaba a declinar, mucho antes de que comenzaran las plegarias del pueblo, gustaba a Sumaj Majta contemplar el campo desde la

² Apareció en el diario *La Crónica* (Lima, 1.º de enero de 1919, pp. 11-12), siendo una nueva versión del cuento «*Chaymanta Huayñuy* (Más allá de la muerte)» anteriormente publicado en el diario *La Prensa* (Lima, 11 de enero de 1916, pp. 20-21). Esta versión primigenia (que contenía una primera parte que fue borrada en la nueva versión) fue incluida en el libro de cuentos incaicos *Los hijos del Sol* (edición póstuma, 1921). Hemos preferido incluir la versión de *La Crónica*, por ser la última revisada por el autor.

elevada terraza de su palacio. Placíaale ver ondeando la brisa, las enormes hojas frágiles y rumorosas de sus maizales pródigos, mientras las aves cantaban. Y entonces llamaba al arabeju familiar y se hacía recitar leyendas de los primeros Emperadores.

Más que las leyendas guerreras, gustábanle las sentimentales: se extasiaba su fantasía con aquellos cuentos donde el amor, la sangre y la muerte se fundían en una sola coloración inefable. Hacíase narrar siempre aquella doliente historia del Llajtan Naj, el músico errante, sobre el cual, cada cacicazgo y hasta cada ayllu se había hecho una leyenda. Él habría querido ser como aquel artista que recorría el Imperio por gracia del Inca, cruzando solo con su quena las montañas impenetrables, que según decían, había ido por países desconocidos, donde los hombres tenían otros dioses, practicaban otros ritos, habían otras costumbres, hablaban otro idioma; y cuyas mujeres eran blancas como las chachapoyas. Así se adormecía el noble señor, hasta que, llegado el crepúsculo, entregaba su alma al loor del Sol.

Aquel día, después de la siniestra excursión, Sumaj Majta había penetrado mudo, en su castillo. Inquill, su esposa, lo había esperado rodeada de sus servidoras, cantando dulces canciones melancólicas de su pueblo lejano. Inquill era triste. Hija de un mitimae, su padre había sido uno de aquellos guerreros huanucuyus a quienes la gracia imperial había ordenado que se guardaran todas las altas preeminencias de un cacique transportado al Cuzco; pero el soberbio cacique no pudo sobrevivir a su derrota y en la Ciudad Imperial sentíase prisionero. Quiso el Inca casar a la hija del valiente mitimae con uno de los más nobles militares de la familia imperial y eligió para esposo de Inquill a Majta Sumaj. El cacique murió en una tarde gris, pronunciando el nombre de su pueblo y encargando su hija al desolado Sumaj Majta.

Cuando Sumaj entró a su castillo, hubo inusitada agitación entre sus siervos. Se hizo llamar al Huillac-Uma, y el cóndor del sacrificio pasó entre los corredores, en los brazos de cuatro pares de huminkas, hacia la primera sala donde se quemaron, para perfumar sus alas, polvos penetrantes y resinas de árboles aromáticos. Había entrado la noche. Sumaj quiso ostentar todas sus insignias y trofeos. Era preciso desagrar a la Luna, por ser la época de las sequías y podían perderse las cosechas y helarse los sembríos. Trajéronse hierbas olorosas de los jardines del castillo para cubrir con ellas las escalinatas y los lugares de paso para los sacerdotes y los guerreros.

Perfumáronse todas las salas con polvos de ánades secos, que se quemaron en tazas de oro. Sacose de los graneros seis mazorcas de maíz sagrado y de las alacenas grandes jarrones ventrados con chicha de la cosecha del Inti Raymi. En otros jarrones decorados por los artistas de Nazca, púsose chicha de jora, maní, mote y papas, para que bebieran, según sus regiones, los generales que habían de asistir. Distribuyose flores raras de las lejanas comarcas, que crecían en los invernaderos del palacio: floripondios blancos como huesos, perfumaban en vasos esbeltos de plata; la cantuta, flor del Inca, ofrecía la púrpura de sus pétalos, en un delicado vaso de oro incrustado de esmeraldas, en el centro de la gran sala; y las plantabandas se decoraban con diversas flores. Pequeños racimos de capulíes, azahares de chirimoyo, grandes ñorbos del trópico aclimatados en el jardín, racimillos rojos de molle, orquídeas en formas de mariposas y de aves raras, blancas, lilas, celestes y rojas; claveles de Huánuco, distribuidos en profusión, perfumaban el ambiente. Rompiendo a trechos la monótona severidad de los muros de granito, las puertas cubiertas de cortinas de lana, y finísimas telas de alpaca, tejidas por femeninas manos castas, dejaban caer sus pliegues solemnes. Todas las habitaciones daban hacia un patio grande

y destechado, en cuyo centro elevábase la piedra cuadrangular del sacrificio.

Sumaj vestía el traje de gran sacerdote y sólo un distintivo acusaba en su indumentaria la insignia de general del Imperio; la unju tradicional y la faja del huarco chico, aquella de vicuña recamada de pequeños discos de oro pulido, estaba bordada con plumas de guacamayo. Sobre el duro pecho, dominando los cordones de huesecillos y dientes de puma, y opacando la rara belleza de la piedra illa, aquella que sólo se criaba en el vientre de las llamas y que servía en polvos para ahuyentar los males y la melancolía, sobre el busto de Majta brillaba el trágico collar de las cabezas reducidas, aquel magnífico presente que le hiciera su padre en el lecho de muerte.

Era éste un collar en el cual se veían, ensartadas, las cabezas de los jefes vencidos, reducidas al tamaño de un puño de infante, reducción singular obtenida por métodos muy especiales y misteriosos. Entre estas cabezas reducidas estaban las de Raurak Simi y Raurachikcha. Ningún otro collar era más admirado ni infundía mayor respeto que éste, que tenía las cabezas de aquellos reyes legendarios. Tenía en la frente, el Príncipe, una vincha.

Sumaj Majta había ordenado que se le diese aviso cuando alguien se acercaba al castillo, en tanto él esperaba en la sala de los trofeos. Poco a poco fueron llegando los invitados desde el Cuzco, cargados de arcos y de insignias. Hospedábanse en los salones, donde la servidumbre ofrecía la chicha del reposo, y en fuentes de plata grabadas con dioses lares, verdes hojas de coca, maíz tostado, sal; pero todo ello se hacía en silencio. De pronto percibió Sumaj el tañer de una pincuyu, flauta de aviso. Era la señal convenida para anunciar a Majta la llegada al castillo del general Chasca, que entró a poco sin ceremonia ostensible, escoltado hasta la sala del

noble. Dos soldados esperaban a distancia y éste les dijo:

—Quedaos a la puerta, vigilad —y en el idioma de la nobleza agregó a Chasca—: Bienvenido, compañero de mi padre.

—Estás armado. ¿Temes acaso?...

—Bien sabes que sólo temo al Sol y al Inca. Pero estoy armado porque yo mismo voy a sacrificar.

Chasca iba a responder, pero recorriendo con la mirada los trofeos del joven, se quedó paralizado. Verdosa palidez cubrió su rostro y su voz, antes clara y fuerte, salió ahora ronca y apagada desde el fondo de la garganta. Su mirada se posó fijamente en un punto del collar de Sumaj.

—¿Qué te pasa? Un viejo y heroico militar tiene miedo y se estremece ante las cabezas de sus vencidos.

—¡Ah, Sumaj Majta! No temo. Recuerdo. Ése es el trofeo de tu padre y en él hay una historia de amor y sangre... Allí está la cabeza de una mujer que fue reina y que me amaba... ¡Ah, Majta Sumaj, los jóvenes no saben... no saben!

—Y los ancianos no olvidan. Si estás herido de amor, toma unos polvos de huayruro que ahuyentan los tristes recuerdos y libran de los males del corazón. Pero cuéntame esa historia que logra aún conmoverte, a despecho de tus ochenta raymis...

—¡Ah, Sumaj!... Muéstrame la cabeza de la reina, no me la ocultes, deja que mis ojos la vean, que mis manos la acaricien y que la lleve sobre mi corazón un instante.

El joven hizo correr sobre la cuerda varios cráneos y al fin sus dedos detuvieron uno cuya cabellera recortada como de un palmo, apartó y mostró a Chasca, diciéndole:

—Aquí está. Es ésta, indudablemente, la cabeza de una reina. Sus pobrecitas cuencas tienen los párpados cerrados, pero qué mirada tan imprecisa y extraña la suya. Cuéntame, Chasca, cuéntame tu historia de amor...

Y Chasca comenzó:

—Fue en los gloriosos días de Túpac Yupanqui, hijo de Pachacútec y hermano y sucesor de Túpac Amaru. Yupanqui era el genio de la guerra. Él hizo grandes conquistas que después han consolidado sus sucesores. Había al sur, donde terminan los Andes, junto a Atacamay, una tribu bárbara y aguerrida que no pudo ser sometida junto con los atacamas por las huestes de Yupanqui. Recibido el tributo de los vencidos, Yupanqui volvió al Cuzco y nos encargó a tu padre y a mí el quedarnos para someter o exterminar a los rebeldes. Buenas huestes teníamos. Nuestro ejército regular no descendió a trabar luchas con ellos y, sólo con una reserva de montañeses, después de grandes trabajos, los vencimos. Fueron muertos los principales jefes, pero no los caciques de la tribu que eran Raurak Simi y Raurachikcha, su esposa. Eran blancos, de gran estatura, crueles, fieros, comían carne humana y peces crudos. Él era musculoso y bravo, ella, bella y pérfida. Él usaba armas poderosas y ella collares magníficos de perlas rosadas que hacían iris sobre su cuerpo desnudo y redondo. Decían ser el último rezago de un pueblo de gigantes que se extinguía.

Yupanqui me ofreció a la reina por mujer e hizo guardar al rey en las prisiones del Cuzco. Yo me enamoré de la reina y ella concibió vehemente pasión por mí. Un día se supo, en el Cuzco, que Raurak Simi se había escapado de la prisión y nadie supo más de él. Pero sin que yo me diera cuenta, ella, la reina colorada, sabía y se entendía con él, y juntos maquinaban la libertad y la venganza.

Raurachikcha me dijo una mañana:

—Chasca, mi hombre bueno. Yo he sido fiel para contigo. Yo te amo y te deseo. Mi reino ya no existe. Yo puedo morir un día. Ya no lo veré nunca. Mis riquezas están ocultas y quiero que sean tuyas. Sígueme y te daré todas mis joyas.

Yo la seguí. Caminamos varias jornadas al sur. Apenas nos deteníamos en los caminos del Inca, bajo los molles florecidos, bajo la sombra fresca, y nos amábamos. Ella me hablaba de sus riquezas.

—¿Qué son —me decía— tus armas de cobre y de chonta, ni tus puñales de chilliza, ni tus collares de esmeraldas? No conozco el Coricancha, pero he oído decir a unas mujeres que está cubierto de oro y piedras; sé que están presentes en sus sillas de oro los viejos Emperadores y que la puerta está sembrada de piedras preciosas; que los huillac-umus tienen trajes fastuosos y de los techos penden cortinajes transparentes como vagas nubes de verano bordadas por las recogidas vírgenes del templo y que allí, en él, se presenta el Inca y que los mejores tocadores del Imperio cantan himnos y alabanzas a la caída del Sol... Y bien, yo tengo riquezas mucho más grandes, con ellas tú serás tan rico como el más rico general del Imperio, ven, sígueme...

Y así caminamos veinte lunas, fuera ya del camino del reino, por parajes desconocidos para mí, y llegamos por fin a un cerro donde, quebrado a tajo, había un abismo profundo a más de cien tallas de hombre, a mil tal vez. Un bosquecillo llegaba hasta la cúspide, casi, que ascendimos. Entonces ella se detuvo y me dijo:

—¿Ves esa piedra redonda? Levántala y entraremos por debajo de ella y serás feliz.

Me incliné para mover la piedra y sentí dos brazos fuertes que

me derribaron. Levanté la cara y vi a Raurak Simi; el rey acudió a ella en ayuda del marido y entre ambos me ataron y llevaron hacia el borde del abismo, a cuyos pies, profundo el río extendíase como una culebrilla de plata. Oí entonces gritos de guerra y palabras quechuas; y a poco un grupo de soldados cuzqueños que se abalanzan y me libran. Habían sido mandados por tu padre con la consigna de seguirmos. La lucha fue sorda y difícil, porque salieron del bosque algunos de la tribu de Raurak Simi, y fueron al fin dominados por los soldados tahuantinsuyos. Por fin, quedó preso el rey y atados los servidores. Ella se detuvo muda. Los soldados ataron las manos del rey mientras le decían la canción:

Traidorcillo

traidorcillo,

astuto como la zorra

caerás al río.

Entonces esperaron mis soldados. Les hice ahí muda indicación y procedieron. Despojáronle de las ropas, afilaron sus cuchillos de hueso blancos y agudos y mientras uno tenía la cabeza, los otros tres soldados le colocaron un puñalillo en la garganta, otro en el corazón y otro en el vientre, y suavemente, suavemente, lentamente, fueron hundiendo las armas. La piel no cedía, se hicieron cónicas hendiduras en el cuerpo, hasta que la carne cedió a la agudeza de los puñales, rasgose al fin y tres chorros de sangre mancharon la blancura de los puñales quechuas. La reina, muda y pálida, inmóvil, contemplaba el sacrificio. De pronto tuvo un impulso violento y cogiéndose a mi cuello me llenó de caricias y me indujo al bosquecillo. Respiraba aún el rey mirándome con una mirada inexorable y fría, y viendo cómo nos acariciábamos y cómo nos perdíamos en el bosquecillo

hacia el amor...

Cuando volvimos aún tenía esa espantosa mirada y sus ojos velados y viscosos conservaban aquella intensidad de odio de los pumas iracundos. Su ensangrentada cabeza me miraba aún. Su cuerpo había sido arrojado al abismo. Los soldados quechuas me miraban en silencio y volvieron a afilar sus cuchillos. Ah, Majta Sumaj. Lo que sufrí en ese instante. En un momento pensé en huir con ella para salvarla del castigo inexorable, pensé en irme con mi reina salvaje a vivir entre las abruptas peñas, entre los carrizales espesos, en los valles tranquilos. Pero los soldados del Inca me miraban y creía leer en sus ojos un reproche a mis íntimos pensamientos. Ella estaba muda, colgada a mi cuello me llenaba de caricias ardientes. Entonces dudé. Pero luego pensé en el Inca, pensé que perdería mis honores, que mi descendencia sería maldita, mi casa arrasada, mis jardines cubiertos de sal y que mi cuerpo, una vez muerto, no podría jamás entrar en el palacio del Inti. Y dije con voz extraña:

—En nombre del Hijo del Sol, haced justicia soldados, a los enemigos del Imperio.

Ella me dijo:

—Chasca, ¡Chasca, Chasca! Ámame más, ámame una vez aún. Aunque después arrojes mi cuerpo al río o me dejes en la roca para que los cóndores se ceben, aunque cojas mis cabellos para tus trofeos y mi piel para tus tambores y mis dientes para tus amuletos, ámame, ámame una vez más, ámame más...

Y se colgó a mi cuello y sonidos inarticulados y roncossalían de su garganta fuerte y sus labios quemaban y estaban secos y sus ojos ardían con una extraña llama. Yo cedí y otra vez nos perdimos en el bosquecillo. Ah, Sumaj, ningún amor fue más

fuerte que mi amor, que aquel amor. Nadie en el Imperio ha amado como yo amé a mi reina. Yo sabía que cuando la dejase su cuerpo sacrificado iría despeñándose desde lo alto hasta el río; sabía que su cabeza sería cortada y que sus duros senos se tornarían flácidos y serían devorados por los peces y los cóndores, y que nunca más volvería a sentir su aliento cálido cerca del rostro. Y ella jamás me amó como en aquella póstuma vez, con aquel amor de sangre y muerte, porque era salvaje, porque bebía sangre caliente, porque comía peces crudos, porque aquél era su último amor de reina y su último beso de mujer. Volvimos del bosque sin decir palabra y ella, tranquila, muy grave, desnudose de sus atavíos y entregó su cuerpo a los soldados. Entonces los puños blancos hincaron suavemente, voluptuosamente, sus agudas puntas en la piel dura y elástica como un momento antes lo hicieran mis manos convulsas de amor. Los tres puñales señalaron la garganta, el seno y el vientre y fueron hundiéndose, lenta y trágicamente sobre las carnes amadas, en tanto que ella me miraba con amor y me decía con vehemencia:

—Bien sé, Chasca, que te comerás mi carne. ¡Eres dichoso! Con qué placer me habría comido yo la carne de tu cuerpo. ¡Ah, tu carne musculosa, sabrosa, como la carne de los peces crudos! Tu sangre caliente y roja. Pero ¡acuérdate de mí cuando te comas mis labios, mis senos, mis muslos! ¡Acuérdate, Chasca! Acuérdate de mí cuando sientas el sabor de mi carne dura, que yo quisiera sentirme entre tus dientes, entre tu sangre, entre tu cuerpo, ser tuya para siempre.

Le separaron la cabeza del tronco y el cuerpo fue arrojado al río. La noche se iniciaba. Los servidores me escoltaron con los trofeos ensangrentados, con las cabezas reales, y nos perdimos en las sombras. Las dos cabezas fueron obsequiadas a tu padre por mí, y hoy, a través del tiempo y la distancia, más allá de la vida y de la muerte, del amor y del olvido, las

dos cabezas me miran aún, con su mirada inexorable.

Chasca cogió la cabeza de la reina y llevándola hasta la suya, le dijo:

—¡Reina, reina, reina! ¡Me amas todavía! ¿Recuerdas, reina?

Entonces dejó caer sin aliento la cabeza, que al chocar con el vestido de Sumaj, produjo ruido breve de cosa inanimada y deslizándose en el cordón, fue a juntarse con la cabeza del rey.

La luna caminaba en el cielo azul y diáfano. En la sala dialogaban, chisporroteando, los mecheros. En el mundo se sentía el silencio. Sumaj, impresionado, atrajo hacia sí a Chasca. El indio miraba como poseído la funesta cabeza evocadora que atisbaba imperturbable desde el cordón guerrero y Chasca musitaba entrecortadamente las palabras:

—Aunque arrojes mi cuerpo al río... Aunque tomes mi cabeza para tus trofeos y mis dientes para tus amuletos y mi piel para tus tambores y tus cuernos de caza... ¡Ámame más, una vez más!... Yo sé que te comerás mis labios, mis manos, mis músculos, y quisiera sentirme entre tus dientes, entre tu sangre, en tu cuerpo... Ámame, ámame más...

Un silbido se prolongó en la noche e hirió el silencio como un puñal. Los guardias se agitaron. Sintiose ruido de pasos y crujir de trajes en la habitación vecina. Hubo rozar de alas viriles. El noble y Chasca se pusieron de pie, y ante los guardias inclinados, entró el sacerdote con los brazos extendidos y dijo solemnemente:

—¡Noble general del Imperio, Sumaj Majta, hijo de Umac Umu, gran sacerdote del Sol y de la Luna, ha llegado la hora del sacrificio!

Tras él entraron los nobles y los parientes, los generales y los

sacerdotes, los amautas y el arabeju familiar. Fue un desfile luminoso de colores, de piedras, de armas, de trajes y de plumas, el que pasó hacia el gran patio donde se elevaba el túmulo rodeado de guirnaldas que iba a recibir el sacrificio.

La luna estaba en el cenit, presidiendo los oficios, y a su luz, transparentes y verdosos, brillaban los ojos y los trajes en silencio. Y así se inició el rito, sin más ruido que el agitarse de las enormes alas del cóndor que se debatía, el chispotear de los mecheros olorosos y el eco lejano y manso del agua que lloraba desde el río, en el fondo del valle solitario.

Chaymanta Huayñuy

*Chaymanta Huayñuy*³

Donde se explica cómo el amor puede conducir al pecado; cómo la mujer incita al amor; cuánta tragedia existe en dos cuencas vacías y cuán noble es el Dolor aún en los más caídos. Y por qué no debe lucharse contra la palabra y el designio inexorable de los dioses

POR la falda del cerro, bajo un moribundo cielo gris, al lado del abismo donde el río se debate, extiende su curva el gran camino del reino. Abajo, el valle exuberante pugna por ascender, y la policromía de los Andes floridos ciñe la morada solidez del cerro. Un viento de presagio, tempestuoso

³ Originalmente, este cuento apareció en el diario *La Prensa* (Lima, julio de 1915), con el título «El hombre maldito». Luego fue incluido en el libro *El Caballero Carmelo* (1918) con el presente título

y frío, doblega los retoños del valle en oleadas viscosas. Los dos cerros se unen en el norte y sus faldas se juntan para dar paso al camino. Por aquel gran camino, que atraviesa abras y cimas, que bordea montes y que circunda valles, bajo la sombra amena y fresca de los molles, se va desde el Cuzco hasta Quito, donde los Scyris dominan aún. Aqueste camino recorre los más ricos y poderosos estados. Va a Huánuco, la ciudad de piedra, y atraviesa los encantados lagos. Sigue hasta Cajamarca, el fecundo valle predilecto de los Incas, cuando van a visitar el reino; desciende un poco y desde él se mira las portentosas maravillas del Chimú, luego va a perderse en las calurosas tierras del Norte, donde las mujeres son hermosas y esbeltas y tienen cutis blancos. Los mejores tambos están a su paso. Y las casas de reposo de los Incas, con sus adoratorios y sus fuentes tibias. Y en él se cruzan los chasquis y los pastores. Por él desfilaban de tiempo en tiempo, entristecidos y graves, los grandes pueblos mitimaes. Sobre su plana superficie los numerosos grupos de llamas desfilaron muchas veces y detrás de ellos el pastor taciturno y melancólico. Puentes de mimbre lo cruzan de trecho en trecho, y bajo el leve tejido, los ríos rugen amenazadoramente. Aqueste camino sale desde la Intipampa de la Ciudad Sagrada y termina en los alrededores de Quito.

Allí, entre los dos cerros que se unen para dar paso al camino del Norte, aparece, manchando el horizonte, la figura de Ñausa Soncco, el ciego. Su errante miseria tiene la suprema y noble majestad de una vida nómada y trunca en peregrinar sin fin. La diestra levantada sostiene el báculo y las cuencas de sus ojos siempre parecen dirigirse a un punto misterioso de la Eternidad, bajo las tenebrosas nubes que galopan hacia él. Por el lado opuesto, al Sur del camino, aparecen Callpa-Sapa y Saucapayac, los dos pastores. Se detienen al verle y entonces se oye, en el solemne silencio del crepúsculo:

CALLPA-SAPA

—El ciego se acerca. El hombre maldito del Sol. ¡Silencio!...

SAUCAPAYAC

grita entre las palmeras cóncavas de sus manos:

—¡Ñausa! ¡Sobre las piedras está el agua! ¡Sobre la tierra está el maíz!

Disponen sobre unas piedras del camino un cántaro de su menester, lleno de agua, y cerca, en el suelo, sobre unas hojas, una porción de cancha. Ñausa eleva su cayado a lo alto, extendiendo ambos brazos hacia ellos; y dice con voz ronca, donde se oye la desolación infinita de un alma convencida de su mal irremediable:

ÑAUSA SONCCO

—¡No os acerquéis! ¡No os acerquéis! ¡Soy el chaymanta yuyaymanak! ¡El blasfemo, el hombre maldito! No os acerquéis, si sois sencillos pastores, o ancianos venerables, o soldados del Inca. Yo he blasfemado contra el Sol y mi aliento mancha y agosta. ¡No toquéis mis vestidos, no piséis donde he pisado, ni digáis que me encontrásteis! Borrada mis huellas al paso, pero escuchadme para que el Sol no os castigue. ¡Si no me escucháis, el aire helado secará vuestro sembrío, la roña destruirá vuestra era, helará en vuestros campos y se llenarán de gusanos vuestros graneros! ¿Dónde estáis, dónde estáis ahora?...

SAUCAPAYAC

—¡Junto al sembrío, en el maizal que va hacia el río!...

ÑAUSA SONCCO

—¡Ah, ingenuos pastorcillos!... ¡Alejaos más, a un tiro de

honda, para que el mismo aire no nos toque y la misma nube no nos cubra!...

Luego, con los brazos extendidos que dominaban el valle extendido a sus pies, dorado por el Sol moribundo, dijo, con su voz honda y húmeda, mientras el viento desplegaba trágicamente sus cabellos y sus vestidos:

KARCHIS, EL DE LOS HERMOSOS OJOS Y SU REBELIÓN CONTRA EL SOL...

El padre Sol venía todos los días a la tierra, calentaba el surco, coloreaba el campo, hacía germinar hinchada la semilla, sazónaba el fruto y doraba la jugosa mies... En el alma de los hombres ponía la alegría en la mañana, el cansancio al mediodía, la tristeza en la tarde y el amor y el deseo siempre.

Mis ojos eran los más grandes del curacazgo. Y en el curacazgo, lo más hermoso era Munanaya, a quien yo miré un día. Una tarde abandonó su ayllu para venir a besarme cuando yo apacentaba los rebaños del Sol. Entre ella y mi rebaño, los días se iban deslizado y yo sólo esperaba que el Inca me la diese por esposa. Yo la llevaba lana de las alpacas de mi grey y ella la tejía para mi regazo. ¡Ah! ¡Cuántas horas pasábamos juntos, al borde de la acequia que sombreaban las alegres floripondios, cuyas flores, como vasos de nieve, derramaban invertidos su perfume! A veces, ella por coger una flor, desnudos los pies, entraba hasta la mitad del arroyo murmurante, donde su cuerpo acurrucábase de frío, y reía, reía, y su risa iba mezclada del perfume sobre las ondas fugaces y breves... Otras veces, íbamos juntos, por entre el caudal del arroyo, y subíamos contra la corriente, bajo la bóveda espesa y oscura del ramaje de árboles abrazados, por entre cuyas hojas, de trecho en trecho, se colaba un poco de luz. Entre ellas, los nidos se distinguían como manchas y, de

vez en cuando, piaban en ellos los pichús débiles, o se aventuraban a volar cerca del nido. Así, con ella a mi lado, estrechamente unidos, caminábamos largamente. Yo le cogía las flores que había al paso y ella iba colocándoselas en redor de la cabeza, a manera de mascaipacha. Luego nos sentábamos en el borde de algún islote, que formaban las aguas, y allí esperábamos al caer de la tarde para volver a la ciudad... ¡Ah! Munanaya era la más bella mujer...

Un día, cuando se preparaban en la Ciudad Imperial las fiestas de Raymi, fuimos juntos por la ciudad. Pasábamos por delante de los viejos palacios, al caer de la tarde. Los transeúntes se recogían a sus hogares, y apenas pasaban soldados hacia la fortaleza de Sacsayhuamán. En la Intipampa, unos cuantos sacerdotes viejos platicaban a jóvenes que debían armarse caballeros. Aquel día era triste y oscuro. Llegamos juntos a la puerta del Coricancha y ella, después que nos hubimos descalzado para cruzar ante el templo, me dijo:

—Yo he estado un día en el Coricancha, y yo no me he olvidado nunca de la casa del Sol... En la puerta hay una esmeralda, y jamás he visto otra esmeralda más grande y más verde, y he soñado con ella muchas noches seguidas y soñaba que la tenía, que tú me la traías... Y recuerdo que en el templo había sobre la cornisa de oro una pluma rara que no he vuelto a ver nunca... Y recuerdo que había sobre el altar del Coricancha una tela celeste cuyos tejidos sólo pudieron hacer las vírgenes del Sol... ¡Ah, quién tuviera esas tres cosas! ¡Ah, quién olvidara esas tres admirables cosas!...

Y largamente se quedó pensando.

Así pasaron varios días. Mi amada estaba triste. Ya no nos mirábamos de frente. En nuestros espíritus germinaba una idea funesta. Pero nuestros labios no se atrevían a musitarla.

Ya no hablábamos de nuestro futuro. Ya no me hablaba de casarnos, de ir por el largo y florido camino del norte, hacia la luz de los países nuevos, ya no deseaba oír de la boca del Oráculo, en el templo, las palabras del Destino, ya no hacía planes sobre las fiestas. Una tristeza muda invadía su rostro amarillo. ¿Qué había cambiado la felicidad de nuestra vida?... ¿Qué podía hacer yo para volver a la paz transparente de los días de amor?... Una tarde, en que su tristeza se desparramaba en la selva, hacía callar al arroyo y entristecía el cielo, yo, sin decirle nada, la dejé un instante. Aquel día era el día de recibir en el templo la semilla sagrada. Yo fui. Terminada la fiesta, me retrasé un poco y cuando el salón estuvo solo, me deslicé por sus muros y robé. Sí; robé al Sol. ¡Al Sol!

Volví donde ella estaba y le entregué envueltos en una tela los objetos.

—¿Qué es eso, Karchis? —me dijo con desgano, soñando en las cosas que creía inaccesibles.

—La esmeralda, el llauto, la pluma del templo del Sol...

Me miró despavorida, como volviendo de un sueño, como viendo realizarse lo imposible y huyó como loca, al bosque.

—¡No me toques! ¡No me toques, Karchis!... ¡No me mires!... ¡No me hables!... ¡No te acerques a mí!... ¡Has robado al Sol!...

Entonces no sé lo que ocurrió. Yo perdí la noción de las cosas que me rodeaban; corría tras ella, pero no sentía la tierra bajo mis pies. La seguía, pero no sabía con qué objeto. Y ahora que yo estaba perdido, ella me abandonaba. Un afán de venganza se apoderó de mí. Yo no podía perderla. ¡Era tan hermosa! Sus carnes eran obscuramente rosadas, como la arcilla cocida; sus formas redondas y suaves, como la carne de un niño. La noche había hecho negra su cabellera y había

encendido en su rostro un resplandor de lejana hoguera. ¡Y la vincha de plata que ceñía su frente, y los cordones que caían sobre sus senos móviles! Pero ella huía como poseída de Supay. Perdióse en los matorrales y las peñas, y me dejó solo con el Sol. Cuando iba a cogerla, se ocultaba nuevamente, hasta que salió a un escarpado lugar que da hacia el río, donde las piedras son hirientes. Yo quería cogerla y no sabía si matarla o si amarla y besarla y tenerla para mí y morir luego. Iba febril, saltando de peña en peña y profiriendo espantosos gritos que me desgarraban el alma, dejando trozos de su vestido entre los zarzales. Sus manos ensangrentadas y sus flancos rojos de sangre tenían perfume de amor. La seguía jadeante y por fin la vi que desfallecía. Yo mismo me había destrozado el cuerpo entre los espinales, hasta que la vi caer desfallecida sobre una enorme piedra, cerca del río. Entonces le grité con furia:

—No huyas, ya no puedes huir. Vas a ser mía. Y cuando haya puesto en tu piel mis manos, y hayas recibido mi aliento, perdida como yo estarás para siempre. Cómplice mía incitadora del horrible crimen, ¡espérame!...

Fui hacia ella. Iba ya a tomarla entre mis brazos, pero tuvo un impulso repentino: dio una vuelta y resbalándose en la piedra, cayó al río. Su cuerpo fue a dar en la profundidad sobre una roca saliente que bañó en sangre. El agua hizo una enorme corona al recibirla, y desapareció para siempre. Una mancha rosada y espumosa se deslizó en las aguas hacia la orilla opuesta...

Entonces la ira invadió todo mi ser y me sentí poseído de Supay. Quería luchar con algo, con alguien. La había perdido. Mis manos querían destrozarse sobre la peña dura, y mis uñas debatíanse vanamente sobre la roca fría. Mis dientes se clavaban en la corteza de los troncos. Entonces no quedaba en la tierra sino el Sol y yo. El Sol que se vengaba. Y le dije:

—¡Cruel!... ¡Cruel!... Yo la amaba como nadie ha amado nunca. Teniéndola a ella, tus riquezas nada valían para mí. Tus esmeraldas y tus plumas eran descoloridas ante tu belleza. Ella era lo más hermoso que tú alumbraste sobre el mundo. Mis ojos eran más bellos que tu luz, y de mí tenías envidia. Me la has robado, pero yo me vengaré de ti... profanaré la nieve de los montes, sacrificaré tus ovejas, y con la sangre de tus llamas yo mancharé la nieve sagrada. ¡Yo me vengaré!...

Entonces fui en busca del rebaño del Sol. Yo mismo lo saqué de los canchones reales. Y yo mismo fui apacentándolos hacia las cumbres. Caminé largo tiempo hasta que ascendí al monte, donde la nieve es más blanca. Desde allí se dominaba la ciudad sagrada a la distancia, se veían los valles, los pueblos, las casas y los rebaños. Los pobres hijos del Sol me dieron pena. Ellos, infelices, ignoraban mi desgracia. Ellos jamás lucharían contra el Sol. Dispuse a mi rebaño. Había llevado seis aporucos para la fiesta de Cápac Raymi. Pero el Sol quiso defenderse y castigarme. Cuando me hallé en la cumbre, rodeado del blanco rebaño temeroso, saqué mi cuchillo de chilliza; pero he aquí que el Sol, cuando mis pies llegaron a pisar la nieve sagrada, oscurece el cielo. Densos nubarrones descienden hasta mi cabeza, y me envuelven con mi rebaño. Una nube negra de cóndores, mandada por él, hace enormes círculos sobre mi cabeza, y a su presencia las llamas huyen como una bandada de palomas y se dispersan; yo trataba de detenerlas, pero ellas se desgranaban hacia el valle. Entonces me vi solo con la fatídica nube de cóndores que me derribaron con sus alas grandes y duras. Perdime en la obscuridad de sus alas negras y fuertes. Sus picos agudos y sus garras afiladas comenzaron a herir mi piel, y a destrozarme. Entonces sentí miedo del Sol, creí en su castigo inexorable y le dije:

—¡Padre mío!... No me defenderé. Dejaré que me destrocen y que se ceben en mi carne, pero ¡déjame que yo vuelva a ver a mi amada sobre la tierra!... ¡Devuélvemela!...

No pude más. La nube de cóndores se alejó un instante hacia el azul. Brilló extrañamente el Sol, y uno de los cóndores, descendiendo me picó un ojo y se llevó su luz, y otro me robó igualmente el último rayo de Sol. Sentí que los cóndores se alejaban, por el roce de sus alas, y que se llevaban mis ojos. El ruido de sus alas se extinguió tristemente. Sobre la tierra no quedaban ya sino el Sol indignado, a quien ya no veía y yo, a quien él no calentaba...

¡Buscad mis ojos, pastores, en la ruta del Inti! Ellos saben cuando la luna ilumina el mundo. Ellos no pueden brillar delante del Sol. Están junto al guerrero Chasca... Pero yo no sé, ¿cómo saberlo?, si mis ojos desde el cielo miran a la luna, si miran al río o si ven pasar mi cuerpo miserable, maldito y blasfemo, en medio de la eterna noche. Decidme, pastores... ¿Visteis mis ojos en el azul?

CALLPA-SAPA

—¡Son muy hermosos y están junto a la luna!

ÑAUSA SONCCO

—¿Adónde miran? ¡Fijaos bien, pastores, dónde miran!

SAUCAPAYAC

—¡Miran al río!...

ÑAUSA SONCCO

—En pos de ella van. Pasad, pasad ahora sin tocarme. Pasad lejos... Después borraréis mis huellas y diréis que me visteis... Pasad a un tiro de honda... ¡pasad!...

CALLPA-SAPA

—¡Ñausa! ¡Sobre las piedras está el agua!... ¡Sobre la tierra está el maíz!...

ÑAUSA SONCCO

—¿Dónde estáis ahora?...

SUCAPAYAC

—Junto al sembrío. ¡En el maizal que va hacia el río!...

CALLPA-SAPA

—¿Adónde vas?

ÑAUSA SONCCO

—¡Hacia la noche! ¡Hacia la eterna noche!...

EL ECO

—... hacia la eterna noche...

Y se alejan por lados opuestos del camino del reino.

El cantor errante

CHASCA avanzaba silenciosamente por el borde de los sembríos. El cielo principiaba a oscurecer. El Sol había dormido sobre el mar lejano, y él debía estar en el Castillo entrada la noche. Tenía prisa para poder hacer la caminata en seis horas. Como tuviera que saltar muchas vallas, Chasca

salió de los sembrados y se internó por su sendero poco traficado; sin embargo iba encontrándose en el camino con gañanes rezagados que caminaban a prisa, temerosos de llegar a sus terrados demasiado tarde.

Bien pronto tuvo que ocultarse para no encontrarse con un grupo numeroso que comentaba la cacería de Makta-Sumac. Los hombres acaloradamente discutían y hablaban de los destinos y de los oráculos. Chasca salió cuando hubo pasado el último quechua. Ya era de noche y el silencio reinaba en todo el Imperio. El viejo guerrero caminaba de prisa. Tenía que concluir el sendero y cortar luego hacia el lado del río, luego subir por el camino de la orilla hasta el puente y pasarlo, para internarse en el vallecito en cuyo fondo se elevaba el castillo del noble joven.

Al acercarse al río, principió a percibirse el ruido del agua desgarrándose entre los peñascales y, serpenteando entre ese ruido, un eco apenas perceptible, suave como un suspiro, el eco de una música lejana. Chasca no reparó; mas, a medida que se acercaba a la caja del río, las notas, entre el ruido rocalloso, se hacían más perceptibles. Era como un quejido sin reproches, un dulce lamento, un dolor supremo e inconsolable, que llegaba a los ojos y les robaba lágrimas, que se filtraba entre los huesos y abría el pecho a todos los dolores pasados.

A medida que Chasca avanzaba, lo envolvía sin quererlo, esa música evocadora, inconsciente; evocaba el indio guerrero sus pasados dolores y sus lejanas y tristes alegrías esfumadas ya; veía pasar sus años de niño, jugando en los moldes de tierra junto al arroyo que humedecía la heredad; veía desfilar con sus padres a sus amigos niños, luego su ingreso en la Escuela de las Armas, su viaje en los ejércitos del Cuntisuyu y con el noble Huayna-Cápac, sus hazañas guerreras, sus títulos, dados por el Inca, de general del Imperio, sus amores

mueritos, sus riquezas amontonadas, sus mujeres olvidadas o muertas y sus setenta raymis noblemente llevados y respetados en el Imperio. Él nunca se había acordado de su vida pasada. Tenía el presentimiento del futuro, mas ahora ese sonido de flauta lejana, en una noche de sacrificio a la Luna, en medio de un campo silencioso y grande, le hacían pensar y le obsesionaban.

¿Era su alma, dispuesta al dolor, que se impresionaba con un cantar de guerra? ¿Era un gran artista capaz de hacerlo sentir y provocar esas sensaciones?... A ser lo último, éste sólo podría ser Llaktan Manay⁴, el flautista cuyas notas hacían enfermar el alma. Pero él no estaba en el Imperio y quizá si ni en el mundo; mas ¿quién si no él, podría hacer sonar una flauta como ahora sonaba?... La quena se había detenido y la Luna estaba ahora en nubarrones opacos y siniestros. Chasca adivinaba el camino entre las peñas y saltaba hábilmente; pero, al llegar al río, divisó sobre unos peñones de la parte más alta una figura humana. Se acercó a unos veinte pasos, y cuando observaba desde los arbustos y las hojas silvestres, la luna, cayendo de lleno sobre el hombre, lo iluminó como una lluvia de plata, cayó sobre su desgredada cabellera, se escurrió sobre las telas de sus hombros, hizo líneas de sombra en los pliegues del vestido deshecho y proyectó su cuerpo sobre la enorme peña. El hombre miraba a la profundidad del río que se extendía a sus pies como un enorme chorro de plata; mas, al ver la luz, volvió a llevar a sus labios la flauta, rasgaron los carrizos el silencio de la noche, y las notas doloridas fueron posándose sobre las cosas, mientras, abajo, el río seguía despeñándose, bajo la luz silente de la luna. El desconocido dejó oír su canción:

⁴ El dolor errante

LA QUEJA DE LLAKTAN MANAY POR SU PROMETIDA

*Quena que cantas mi dolor,
flauta que lloras mi canción:
esta mañana,
fresca y lozana,
se marchó al monte
y se perdió en la vana
curva del horizonte.
Yo la busqué en el carrizal
¡pero no estaba!...
Tal vez fue el puma que manchó
de sangre roja como el sol
su blanco traje,
cuando soñaba por su mal
bajo las frondas del paisaje.
Yo desde entonces con mi amor
la voy buscando
flauta que cantas mi dolor
quena que lloras mi canción,
seguid sonando...*

Chasca se había acercado insensiblemente hasta Llaktan, y cuando el joven hubo terminado, volvióse a Chasca, que le decía suavemente, como si musitara una oración ante su ídolo:

—Hábil artista, el único que ha hecho llorar al Inca, el que sin báculo y sin carga sentose en el palacio de los hijos del Sol, predilecto de los príncipes, ensueño dulce de las vírgenes del reino, ¿cuándo volviste de tu viaje?... Decían los pastores que el Padre Sol te arrebató de su Imperio para que tocases en sus divinas mansiones. Decían las mujeres del Norte que la Luna

te había desterrado, para que no hicieras morir de dolor a los hombres con tu canto... Los pescadores decían que te habían visto vagar de noche en la luz de la Luna; los labriegos, que los pájaros, celosos de tu canto, te habían sacado los ojos; los guardianes del Amarucancha⁵ decían que al oír tu música te habían seguido las serpientes y te habían devorado. ¿Por qué estás triste y lloras junto al río?...

—Grande es mi tristeza, noble anciano. Nadie podrá comprender mi dolor. La música es el llanto. Imagínate, si eres pastor, haber perdido, como Thalmay, tu rebaño en las nieves; si labrador, piensa que has dejado, al dormir el Sol, tus maizales frescos y hermosos y que a la nueva luz los encontraste helados y muertos... Ésos son pequeños dolores...

—Llaktan, tu padre era triste, tú eres melancólico; él amó con entusiasmo, tú amas con desesperación; obsequioso era él, pródigo fuiste tú, ¿qué alma tan grande tienes que recorres el mundo y desechas honores y riquezas?... ¿Qué llevas en el pecho que te quema tanto? ¿Qué incendio interior se revela en tus ojos?...

—«Yo amaba mi arte, pero no era mi arte; amaba el placer, pero el placer no era. Amo el dolor y el silencio; el dolor y el silencio son».

—El Sol ha de serenar tu alma, divino Errante...

—¡El Sol! ¿Sabes tú acaso, ingenuo pastor, o viejo noble, o alfarero que seas, sabes tú si somos los únicos hijos del Sol? ¿Tú sabes si cuando se oculta en las noches va a visitar otros reinados? El amauta Ticti, el que lo aprisionaba en su castillo, el que anunciaba su color, sus tristezas y sus luchas con las otras deidades, se lo contó a mi padre: el Sol tiene otros hijos... otros hijos y otros reinos... ¡otros hijos que vendrán!...

⁵ Lugar de las serpientes.

¡Sólo ella no vendrá!...

—¿Por qué blasfemas?... Nada ha dicho el oráculo... Chasca te asegura que no hay tal cosa... ¡Serénate!...

—¿Chasca?... Noble general, tú lo sabes también, porque tú fuiste general del gran rey, tú fuiste a su lado en los combates. ¡Chasca, noble general de Huayna Cápac, tú lo sabes también!...

Y volvió a cantar:

... esa mañana,

fresca y lozana,

se marchó al monte

y se perdió en la vana

curva del horizonte.

Chasca habíase alejado y las canciones del artista iban a morir lejanamente. El noble guerrero apretó el paso para llegar al puente de mimbre. La Luna se elevaba, más blanca que nunca, como un copo de nieve que, burlando el peso, surgiera de los montes azules. Poco a poco se fue perdiendo la voz de la quena y ya, entre los bosques del castillo, escuchó Chasca los últimos acordes de aquella alma de dolor que lloraba, bajo la luna:

... tal vez el puma que manchó

de sangre roja como el sol

su blanco traje

cuando soñaba por su mal

bajo las frondas del paisaje...

El guerrero, vencida casi la noche y la distancia, con una tristeza y un presentimiento infinitos, se dio prisa, perdióse en el bosque en cuyo centro se elevaba el castillo y entre las hierbas y las trepadoras que se arrastraban sobre la huaca y lamían los muros de granito.

CUENTOS EXÓTICOS

El palacio de hielo

I

—¿QUIERES un cuento oriental en el que pasen caravanas de fetiches sedientos, caballeros en arqueados dromedarios hacia espejismos de plata líquida, o prefieres un cuento ruso de la Perspectiva Nevski o de las desiertas estepas. O la famosa leyenda del Palacio del Hielo o un amor inédito de Catalina II?...

Puedo contarte una escena florentina, un amor en góndola en Venecia, un motivo germano o un cuento turco. Si prefieres oirás una venganza de la vieja Bohemia, una crónica de Albión o una noche del Molino Rojo ilustrada con minués y colombinas.

Puedes ir en mi relato a los campos en flor de Niza, al tapete verde de Montecarlo o a un bosque de Pierre Loti con geishas y guerreros, lotos, anémonas y crisantemos. Jardines con ciruelos rojos como labios de mujer y árboles, enguirnaldados en rosa. O te agrada la leyenda del rey de Ys, y los amores de Dahnt... ¿Grecia? Te diré de los bosques de Hircania con afroditas y anadyomenas o será de Roma, el capitolio y los gladiadores de miradas glaucas y nervudos brazos.

Si quieres te contaré de Pompeya con sus frescos clásicos y enervantes, leyendas de Petronio, capiteles de Praxiteles, bajorrelieves eróticos de Fidias y versos sálmicos de Aristipo. Ya sabes tú que he bebido sangre de las vides de Chipre y del Rhin. Que he pensado a la sombra de la esfinge y he subido las escalinatas en mármol de los palacios egipcianos. He visto perderse las líneas del horizonte sobre la mar verde del Adriático y he subido los alpes nevados...

—Prefiero algo ruso, refinado y sangriento...

Y dije:

... fue en un Sahara de hielo. Una larga extensión de millares de leguas sin vegetación donde los hielos jamás se derretían, donde ni se veía salir, ni se ponía el sol. Una claridad velada anunciaba la hora máxima y el gruñir de osos y lobos hambrientos anunciaba la noche.

En un palacio de mármol, a muchas leguas, la diosa concibió el propósito de algo extraordinario.

—¿Quién era la diosa?

—La Emperatriz Teodora, la de todas las Rusias.

Fue allá, en los lejanos días de la historia.

Nadie lo recuerda y para saberlo habría sido necesario

levantar a cien generaciones. La Emperatriz reunió a su Corte y le participó que daría un baile en un palacio de hielo en flor.

Y se organizaron los preparativos, se contrataron artífices, se importaron arquitectos y una tarde fría, al morir el sol, se puso en marcha, hacia el norte, la caravana imperial.

Un ejército de mujiks, provistos de cuernos de caza, atronaban los aires y presidían la cabalgata y pasaron días y días y al terminar el quincuagésimo se levantó un campamento en pleno hielo.

II

CONSTRUIDO ya, a mil metros dormía iluminado el blanco palacio. Perfiles de Bizancio, cariátides de leyenda, osos de hielo que sujetaban luces. Cristales biselados engastados en marcos de hielo.

Las luces se multiplicaban en los prismas de la nieve y el aspecto todo era de un gran diamante, escapado de la corona del Zar y perdido en la blanca llanura hacia la que iba Teodora con su Corte.

Las rusas lindísimas y sensuales, sinfonías de luz llenas de joyas, en las que se prohibía el calor, largas capas de pieles y de sedas que dejaban a la luz el tono rosa de los hombros; a príncipes, militares, nobles y favoritos, con sus ajustados pantalones de seda blanca que ceñían los músculos y sus gorros cilíndricos con pendientes. Encajes, luces y prismas.

Era la vida soñada entre un diamante rosa. A lo lejos, la blanca sabana del desierto...

Y sólo fueron en el viaje los que no se habían amado nunca. Debían conocerse en el camino y poseerse en los lechos del palacio.

III

ENTRÓ la zarina, triunfante de sedas y encajes, pieles blanquísimas y diamantes blancos, con sus pupilas de turquesas muertas y una armonía quejumbrosa de violines zíngaros inició la fiesta de la luz.

Y toda la noche, aquella multitud ardiente y ávida de aristócratas se entregó a todas las voluptuosidades y sintió el llorar de los violines bohemios, todas las sensaciones. Los destellos de la luz, junto con los vinos de Chipre y de la Champaña, enardecieron el cerebro y excitaron al amor y se amó enloquecedoramente —histeria ahogada en alcohol—. Las princesas ofrecían sus labios a los guardias jóvenes y éstos perseguían ebrios y locos a las favoritas.

El calor de los ojos, los casi desnudos cuerpos, las músicas y las luces; el ambiente de la orgía, principiaron a hacer derretir las delicadas formas de aquel brillante palacio, pero los amantes locos y desenfrenados unidos en besos no cesaban.

La emperatriz había ofrecido sus anémonas a un esclavo y su angosta desnudez a un oficial de honor, niño, rosado, de carnes flácidas y de mirada celeste y el joven infante la poseyó sobre el lecho de pieles blancas.

Y dicen que duró la exquisita orgía un tiempo indefinido y, cuando imposibles para el amor, adormecidos e insensibles se abandonaron en los lechos y en las pieles, principiaron a caer

las cornisas derretidas sobre los dormidos danzantes.

Las cariátides dejaron de sostener las luces que al caer rompían en mil pedazos las biseladas lunas. Se obscureció el palacio, cayeron todos los bajo relieves, se humedecieron las pieles y con la obscuridad volvió a reinar la muerte en la nevada llanura. Concluyó el magnífico espectáculo del diamante de mil facetas perdido en el desierto.

El sol, a la hora máxima, anunció el día y el sitio del palacio sólo había una enorme mancha roja de sangre profanando la blancura de las pieles y ahogando las anémonas y los crisantemos...

—¿Los lobos?

—Sí... tal vez los lobos. La emperatriz era muy linda... Su pueblo lloró mucho y aunque nunca supo cómo terminó aquella fiesta, se imaginó algo de la historia y tal vez, por instinto, desde entonces en Rusia nadie ha vuelto a construir palacios de nieve y las pobres gentes de arriba del Volga tienen un profundo respeto por la nieve y por el sol...

Mi amigo se ha entristecido y mientras levanta el ventanillo del vagón para orientarse, yo me he puesto una nueva inyección de morfina.

A medianoche llegamos a París.

La virgen de cera

Para el Dr. Castro Rojas

I

—EL rey...

—¡Siempre cuentos reales!...

—Los reyes son los espléndidos y los generosos. En sus cabezas triunfa el oro cincelado y en sus tronos ríen piedras de África. Ellos hacen magníficas nuestras narraciones. Tienen joyas, mujeres y esclavos. Favoritas del Cairo y lechos de mármol rosa. Ellos compran los cantos a los trovadores sentimentales y las graves máximas a los filósofos; la honorabilidad a los gentiles-hombres, la discreción a las damas y la fina condescendencia a los caballeros.

¡Hablemos de los reyes! Ellos hacen espléndidas nuestras narraciones y llenan de pompa nuestros pensamientos. ¡El oro y los reyes!

... La villa de la señorita Indrah estaba envuelta en una atmósfera de superstición. No había en la aldea quien hubiera atravesado las verjas de los jardines ni el misterio de los aposentos. Unos decían ver salir a la dueña, de noche, rodeada de enormes vampiros que la tenían esclava, y a los que alimentaba con su sangre. Otros decían que robaba los niños de las aldeas para beber su sangre fresca y otros decían verla huir de noche, hacia los bosques de las comarcas vecinas.

Una vez corrió la voz en la aldea de que un peregrino que había llegado a las rejas del castillo vio llorando a la Indrah, tras de unos setos. Más tarde llegó a decirse que la enigmática señorita había salido de noche en procesión por las calles del pueblo; el miedo sobrecogió a los sencillos aldeanos, y, como nadie volvió a salir de noche, las procesiones se multiplicaron.

Entonces principiaron las rogativas y las oraciones públicas. Se ofreció sacrificios de flores en los templos y se quemó cabellos de niños en los hogares; por fin, se guardó aves blancas en los sarcófagos y se pensó ofrecer en holocausto a la virgen más joven. A pesar de eso, un joven gañán, al volver una noche de la reja de su amada, tuvo que ocultarse presuroso. La procesión pasaba...

—¿Iba Indrah?

—Iba entre un grupo de encorvados con aspecto de vampiros negros de los que sólo se veía los ojos. En el centro, casi muriente y apoyada en los brazos de uno de ellos, iba la virgen pálida de cera. Indrah tenía una transparencia opalina y ningún color profanaba la blancura de la joven. Los acompañantes con amplias capas oscuras rumiaban sordamente sonatas incomprensibles.

Al día siguiente fue hallado el gañán, sin conocimiento y víctima de una crispación horrible. Murió describiendo entrecortadamente la procesión de Indrah. Entonces en la aldea, al miedo sucedió el espanto. Los hombres principiaron a preocuparse; los viejos caminaban taciturnos y encorvados como si pensarán en algo sombrío; las mujeres no asomaban por los jardines secos y muertos; los mancebos no iban al campo ya; y los niños, tristes y pálidos, se dormían en los rincones húmedos de sus covachas.

Cada día aparecía un cadáver crispado y aquel pueblo tomó el aspecto de una ciudad muerta. Los viejos callaban siempre, no se amaban los jóvenes, los niños no reían y las mujeres eran víctimas de alucinaciones. Aquella raza comenzó a extinguirse...

II

—¿QUIÉN era Indrah?...

—Nadie lo sabía. Un aventurero loco, un asesino original, un decepcionado o un ser extraordinario, fue a vivir en las rocas de un país del norte que da al mar y donde no sale el sol. Era el rey Míndor.

Para llegar a su atalaya había que cruzar pampas donde el viento zumbaba siempre, un viento helado que desplegab los vestidos y agrietaba los labios. En doce jornadas se llegaba al castillo de Míndor. El rey tenía vasallos que traían a los viajeros extraviados, quienes, por la generosidad de Míndor, dormían en el castillo, después de ser invitados a cenas extraordinarias en las que los viajeros volvíanse locos de placer, que unos creen y atribuyen a bebidas excitantes. En ese estado de felicidad suprema los viajeros eran trasladados al jardín del castillo donde había el pozo circular con broqueles de ónice. El pozo tenía una escalinata de mármol como la entrada a un palacio subterráneo, que, al girar, arrojaba en sus profundidades al que pisaba la escalinata célebre.

Allí se hacía llevar a los viajeros, ebrios de una felicidad suprema, quienes al caer en el pozo iban a mezclarse con los cadáveres de los desgraciados que les habían precedido en las

cenar del castillo. Muchos hombres vivían aún, locos, entre ese pozo que era una boca del infierno. Una vez cada veinte jornadas, al ponerse el sol, se abrían las puertas enormes de ese pozo profundísimo y siniestro. El rey, acodado en el brocal con su copa de oro, miraba presa de un placer febril cuando las compuertas se abrían y se precipitaban las aguas, pujantes y enormes, y arremolinaban los escorzos humanos.

Pronto el elemento salvaje llenaba todo el pozo y entonces se cerraban las compuertas y se dejaba salir el agua nuevamente.

—¿Pero Indrah?

—Era la hija del rey. Una tarde los vasallos caballeros dibujaron sus siluetas en las pampas frías y oscuras de la comarca. Poco a poco se fueron precisando las formas y ya a los pies del castillo se vio llegar un nuevo peregrino, un joven rubio, de color encendido, con la tez seca y los labios rajados. Indrah sintió por él un sentimiento que no percibiera jamás por viajero alguno de los que venían de palacio para morir en el pozo. Sólo los veía durante los banquetes y las cenas que Míndor obsequiaba a sus víctimas. Esta vez, Indrah estaba enamorada.

—¿Asistió al banquete?...

—Sí.

Con sus ojos de tristeza, al mirar los agasajos sufría horriblemente. Al terminar la cena, cuando Nildo, así se llamaba el mancebo, fue feliz con los vinos dorados y bermejos, los pajes lo llevaron en una silla al jardinillo del pozo. Indrah, que había visto todo, siguió a su padre:

—¡Todavía no, padre!

Míndor no contestó. Los pajes siguieron su camino entre los setos y ya en el broquel instalaron a Nildo, que no se daba

cuenta de nada. Y el rey le refería:

—¡Y os falta ver, mancebo rubio, mis palacios encantados! Vais a penetrar al reino más grande y más poderoso. Allí los jardines son eternos, los aromas suaves y enervantes y las mujeres hermosas y pródigas. El Sol de la mañana no se pone nunca, y los que han ido a mis reinos jamás han regresado... ¿Lo queréis ver?...

—¡Sí, magnífico!

—¡Padre! —gritó Indrah en un arranque gutural y salvaje—. ¡Padre, éste no!

Nildo sin darse cuenta sonreía pensando en caricias mejores. Los lacayos le hicieron entrar al pozo por una de las escalinatas de mármol que cubrían el horrible secreto. Nildo avanzó tranquilo.

—¡Padre!...

La escala giró. El golpe del hombre sobre el agua produjo un chasquido que sonó lúgubrementemente en el pozo profundísimo. El rey aplicó el oído, mientras Indrah, alocada, se perdía a través de los setos del jardín. El rey miraba acodado en el broquel con una satisfacción inmensa. Veía, entre la obscuridad del pozo, cómo los hombres hambrientos le mordían los dedos a Nildo, y los otros, locos, reían de la fúnebre aventura, entre el lodo de aquel nido infernal.

—¡Abrid las compuertas! —gritó Míndor, y las aguas enormes y salvajes se precipitaron, ahogando en sus remolinos gritos de dolor y de locura y crispamientos horribles. El pozo se llenó.

—¡Cerrad!... ¡Cerrad más a prisa!...

El agua comenzó a llegar a los bordes del broquel lejos de

retirarse. El rey gritó más fuerte aún:

—¡Cerrad, vasallos, cerrad más a prisa!...

En el cuarto de las compuertas nadie respondía. El pozo principió a desbordarse loca y atropelladamente. Parecía que todo el mar se precipitaba furioso por ese vórtice gigantesco. En el fondo hubo un crujir de cadenas y desgarramientos formidables, tembló la tierra que pisaba el monarca y todo se perdió en el avasallador impulso de las olas. Una monstruosa invasión del mar se precipitó en el palacio, inundó los jardines reales vertiginosamente y en pocos momentos aquello era el dominio del mar, que después de profanar las galerías del rey y los salones de oro, invadió la comarca y siguió... siguió muchas jornadas.

—¿Indrah?

Loca y desesperadamente al ver caer a Nildo cogió las llaves de las compuertas, mató al viejo guardián y abrió para siempre las fauces del salvaje elemento. Luego, cuando su padre exclamó:

—¡Cerrad, vasallos, cerrad a prisa las compuertas!

Indrah arrojó las enormes llaves al fondo del mar y huyó en seguida...

Nadie sabe cuándo vino a vivir a la villa de aquel país, donde dicen los aldeanos que sale en las noches a buscar a Nildo.

—¿Pero los encorvados?...

—Peregrinos jóvenes que ella había salvado y que no la abandonaron nunca. En las noches de su paseo, la llevan entre ellos con gran solicitud, y después de pasear la ciudad volvían a la villa antes de salir el sol.

III

Y en el pueblo se morían las gentes víctimas de crispaciones horribles. Un día se reunió todo el pueblo y acordaron sorprender el palacio de Indrah. Se llamó a los labriegos de las comarcas vecinas y todos, a la hora del crepúsculo, se lanzaron al palacio armados de piedras, picas y azadones.

Atropellaron viejos guardias y penetraron al gran salón obscuro donde creían encontrar a Indrah y a los vampiros. Los antiguos servidores de Indrah huyeron y al huir dejaron caer el cuerpo de la virgen sobre el que se precipitaron los aldeanos.

—¿Era el cadáver de Indrah?

—No. Era una suplantación hecha en cera. Indrah había muerto seguramente y aquellos hombres, en honor a ella, hiciéronla vivir en aquel bloc modelado, que, como a Indrah misma, sacaban de paseo todas las noches, a través de la aldea.

—¿Cuándo se hizo la suplantación?...

—Nadie lo sabe aún, mas cuando se viaja por los países del norte, fríos, secos y llenos de atalayas, los viejos refieren esta leyenda de la virgen de cera y el rey Míndor.

Da mucha melancolía viajar por los países del norte. Tienen leyendas muy tristes y —Europa no lo sabe— en las rocas abruptas y abandonadas, viven aún de esos reyes.

Estás triste. ¡No siempre son bellos los cuentos reales!...

CUENTOS

CINEMATOGRAFICOS

El beso de Evans

I

8 de agosto —12 m.

—ALICE... A... li... ce...

Los médicos acercan un espejo a sus labios. La *soeur* coloca en su pecho un pálido Cristo de marfil. El doctor Barcet abandona el pulso del enfermo. Evans Villard ha dejado de ser...

II

HABÍA sido un hombre a la moda. Durante mucho tiempo, desde que su viaje a la India lo consagró como hombre de buen gusto, sus libros corrieron por las cinco partes del mundo. Después todos fueron triunfos. Medalla en la academia. Traducción de sus libros. Legión de honor. Reemplazó a Mr. Salvat en la primera columna de *L'Echo*.

Fue en la embajada de El Cairo. Exquisito gusto, admirable cultura, irreprochable elegancia, ciertas óptimas condiciones orgánicas naturales, parisiense, apasionado, con un bigote discreto, Villard lo fue todo. En el Jockey Club, en el Casino, en los cabarets, en los bailes, la misma respuesta decidía el éxito del buen tono:

—¡Va a venir Evans Villard!...

III

LA comentada amistad de Evans y de Lady Alice nació en el mar, como Venus, ocho días antes de la muerte de Evans: *five o'clock* a bordo del *Principessa Elena*, en Marsella. Marineros ingleses, delgados, rubios y severos, de manos finas y largas y de dedos casi transparentes. Marineros italianos, bajos, de carrillos bermejos como manzanas, bigotes, vestidos azulinos, franjas de oro, medallas. Franceses de ojos grandes, cuerpos pesados, sin la severidad albionesa ni la grácil arrogancia italiana. Mujeres cosmopolitas. Música. Lady Alice, recostada sobre el barandal de popa, mira al mar. El viento agita moderadamente su tul de seda. Al lado de la costa los buques elevan sus múltiples mástiles agudos cual bayonetas... La nave se menea con solemnidad. Lady Alice piensa en América. Fantásticamente hace surgir del horizonte nebuloso el continente de los hombres rudos. Ve los paisajes de palmeras reflejarse en la serenidad de los ríos profundos; hombres cobrizos, atléticos, cazan fieras y hacen sangrar, cuando besan, los labios de sus mujeres. Casas inmensas. En estatua colosal, una mujer extiende el brazo, coronada, y señala el camino entre el océano agitado: Nueva York. Más abajo, capitanes negros, caudillos sanguinarios, revoluciones,

riqueza, campos fértiles, la mies, el trabajo, el sol ardiente y pródigo... Alice respira el vaho tibio del mar que, bajo el sol, la sensualiza. Aspira el yodo de la atmósfera. Su pecho se levanta armónicamente y su cuerpecillo vibra. Vuelve la vista sobre el barco y torna a la realidad.

Ve pasar hacia la proa al baroncito Bouret, pálido, flexible, ojos azules, soñadores, cabello rizado que se encoca como un enjambre de abejas. Va con Carmen Mauvel, cuyo esposo, Claude Mauvel, aún no ha salido del bar. Luego pasa el capitán Des Glats, viejo, soltero, uniformado, sin bigotes. El literato Lapierre, de ojos abultados, cejas rebeldes, bigote y barbas de sátiro, cuyo cabello gris, como ceniza de tabaco, se escapa bajo el sombrero. En seguida solo, acechando a Alice, el conde Bellotti. El conde la mira dominador. Sus ojillos pequeños, inquietos y brillantes, tienen algo de ofidio. Ha viajado mucho. Conoce leyendas y practica ritos orientales.

—América —piensa Lady Alice—, el viaje largo sobre el mar, días y noches. Amores fugaces, coquetería, *flirt*...

Evans se acercó. Aquella tarde narró cuentos y leyendas de los cow-boys. Exaltó la astucia de los mejicanos, la agilidad de los gauchos y la riqueza de los incas. Y desde aquella tarde que charlaron tanto.

Lady Alice y Evans Villard fueron dos almas complementarias. A Evans atraían el exotismo y la gracia de Alice, ante quien, él aparecía cálido y vehemente; un apasionado sugestivo, un enamorado que no suplicaba, un solicitante que no admitía plazos: un transatlántico.

IV

7 de agosto - 5 p. m.

EN Longchamps. Jockeys. Dueños. Preparadores. Damas elegantes conversaban con los jockeys. Otras visitan los *bocks* donde los caballos reciben las últimas escobilladas. Lady Alice con un gran sombrero *de la Paix*, cogida al brazo de Evans Villard que lleva jaquet, gemelos e insignia de *clubman*. Los amantes se pierden a lo largo de una avenida. Él habla con vehemencia. Ella niega con los labios, promete con el corazón y entrega la mano. Va a iniciarse la carrera. Los espectadores se agrupan en las vallas.

—(Antes de separarse, mirándola en los ojos)... ¿Mañana?

—(Jugando con la sombrilla) Mañana... en las Acacias...

Han partido los caballos. Emoción. Expectativa. Inquietud. Esperanza. El conde Bellotti, que acecha, ha oído el lugar y la hora de la cita. Maquiavelo y Mefistófeles conciertan en su cerebro un plan.

V

EL conde Bellotti ha invitado a comer a Evans Villard. Evans ha roto su austeridad...

VI

En el cielo. San Gabriel y el Eterno

—ADEMÁS, Voluntad Infinita, ya sabéis que aquel justo varón, Thelme, aquella alma toda bondad que era nuestro orgullo, ha desaparecido... Y aquel otro, el de la Abadía, el que entró tan viejo, el más fiel servidor...

El arcángel no puede continuar. Un emisario con grandes alas blancas y las manos beatíficamente unidas, en manera gótica, modelo de Fra Angélico, avanza hasta los pies del Infinito. Se le nota una gran agitación. Su cuerpecillo blanco tiembla y ha palidecido su cara de pétalos de rosa:

—Bondad Infinita, Principio y Fin de todas las cosas, Alfa y Omega, Rey de los cielos y de las alturas, de los hombres, de las almas y de las cosas...

—¡Habla!...

—Aquel hombre, el de Marte, el que entró junto con San Luis; aquel que parecía tan bueno...

—¿Qué?...

—Ha desaparecido...

Aquello era grave. Una evasión. Ni en los tiempos de Lutero. Decididamente, la humanidad se desviaba. Los ministros del Señor perdonaban demasiado, ofrecían mucho, o no tenían carácter. El cielo se iba volviendo un club liberal. Era necesario un remedio inmediato. En el Olimpo no había nada de eso. Allí las almas no se cansaban nunca. El paraíso de los chinos tenía campos fecundos, arrozales verdes, paisajes azules. Mahoma ofrecía festines, música, mujeres. Los hijos

de Moisés, en cambio, apenas tenían un vago recuerdo de la tierra prometida y en el cielo tenían por toda felicidad, música de órganos, kiries lánguidos, oraciones beatíficas, estados de alma alejados de toda cosa terrena o corporal y un amor intenso e indomable por todos los demás. Las mansiones angélicas tenían una paz monótona, una bondad insensible. Todos eran buenos y aquello era intolerable. Música de Palestrina, cuadros de Fra Angélico y de Murillo. En la biblioteca, Kempis, San Agustín, la Biblia. Aquello era una especie de convento.

Inocencio X, que por milagro de Dios estaba en el cielo, dejó escapar algunas ideas. Sin duda alguna —dijo— allí faltaba el desnudo pagano, la fiesta islámica, la fecundidad de Confucio y Osiris, la tiranía de los asirios...

—El cielo, a mi católico entender, Voluntad Infinita, llega a cansar a nuestros hermanos. Convendría que no estuviesen separados en distintas regiones los hombres de las mujeres, ni las mujeres de los niños, ni los niños de los jóvenes, ni los jóvenes de los hombres...

—Pero entonces, Inocencio, quieres que esto se lo lleve... Si ya no tienen cuerpos, si les suprimo la carne, ¿por qué tienen apetitos?

—Porque son tan redomados pillastres, Omnipotencia, que han llegado a ser espirituales. Sus apetitos residen ahora en el alma. El amor ya no es en el mundo un deseo, Divino Eterno Arquitecto, sino una idea...

—Pero son incorregibles —arguyó el Eterno arreglándose la paloma y el triángulo—. Un nuevo diluvio no les vendría mal. Amor, amor... ¿hasta cuándo amor?

—Es que nosotros, Omnipotencia, estamos ya, si se puede decir, un poco viejos. Amor, amor, esta palabra no debió

ponerse en el corazón de los hombres... Amor habrá hasta que terminen los siglos, y para eso hay que esperar...

—Pues bien, para reemplazar a los que se han marchado, permite entrar hoy a todo el que venga; pero sólo por hoy. Hay que llenar esas vacantes...

—Amén, Sabiduría...

Ruido de alas blancas como crujir de sedas. Gabriel se pierde en el azul...

VII

El palacio del demonio

EN el fondo de las tinieblas, un mundo de sombras indescriptible. Una sala a media luz. El demonio y su estado mayor. Asientos fantásticos. Dragones, serpientes, búhos, ojos de lobos pendiendo en el aire sombrío. Luzbel ríe estruendosamente. Sus asesores le corean. Luzbel lleva el traje del tercer acto de Mefistófeles. Los otros van disfrazados con trajes modelos de Gavarny, de Poe, de San Juan Apocalíptico, de Lorraine y de Steinlein. Risas infernales. Alboroto. Luzbel serenándose:

—Buena la hemos hecho. Habrá que conseguir que no vuelva... Thelme... «aquel varón justo»... «y el otro, el de la Abadía»... «y el otro, el de Marte»... ¡ja... ja... ja! (*Se aplica en la vista un vidrio oscuro que le permite ver todo lo que ocurre en el cielo*) ¡Tate!, ¿sabéis quién entra ahora? (*observando*). Miradle, ¿le conocéis?

Los demonios hacen la misma operación de llevarse el vidrio

a los ojos. Exclamaciones. Risas. Amenazas. Ludibrio:

—Éste saldrá. ¡Es nuestro!, salió a las 12. Tenía una cita en las Acacias. Éste nos pertenecía. Era escritor. ¡Nos le han quitado!

Siguen conservando y preparando planes macabros con fruición infantil.

VIII

8 de agosto. En el cielo. 12 m.

EVANS entra en el cielo de mal humor. Le hacen pasar, se pierde, sin ver a nadie en un sendero azul rodeado de nubes. Está preocupado, casi parece un demente. Se diría que existe con una preocupación constante, fija, obcecadora.

Se siente un arrobamiento suave, fresco, delicioso, una «brisa de alma». Camina hasta un rincón donde las nubes hacen menos luz. Los coros apenas llegan allí. Las almas, en sus envolturas intangibles, se pierden a lo lejos. Evans se recuesta y musita:

—Alice... Alice... en las Acacias... a las cuatro...

Se duerme. Algo muy extraño pasa en él. Olvida todo y se siente transportado a París. Va en su milord hacia las Acacias. El milord se detiene. Evans desciende.

IX

8 de agosto —3 y 1/2 p. m. En las Acacias

AFLUENCIA de gente. Coches, autos, bicicletas, caballos, *gentlemen*, artistas. Es la hora de moda. Por el fondo del paseo aparece Alice en su limusina. Vestido largo modelo Taffaret. El *groom* se inclina. Ella desciende. El auto se retira. Alice va en busca de Evans. Le ha dicho ayer: «A las cuatro en las Acacias». Evans nunca falta a una cita. De pronto fija la vista en un milord que avanza. Es el de Adalberto Bellotti. El conde se dirige a Lady Alice, saluda, se inicia la charla.

—Buscaba a Lady Alice...

—... No esperaba al señor conde...

—La casualidad... No me reprocho. Tengo el placer de saludar a Lady Alice...

—... (fastidiada) Lady Alice recibe en su hotel los martes... las visitas de cortesía...

—... y en las Acacias, a las cuatro, las íntimas...

—Observo la costumbre de mi amigo Evans Villard y de los que quieren imitarle...

—Y sustituirle...

—Evans Villard no admite ni puede tener sustitutos y Lady Alice no los tolera...

Las mejillas de Alice se encienden. El conde sonrío y palidece. Breve silencio. Entran juntos al salón rosado. Pasan al parque, se sientan bajo un cenador. Un aire de tierra

mojada, bajo el sol, sensualiza el ambiente. Alice, extraña del todo a su acompañante, piensa en el beso de Evans. El primer beso, el más delicioso, el anhelado. En su imaginación, ve los labios de Evans, carnosos, duros, elásticos: parecen una flor. Alice cierra los ojos pensando en el beso, largo, lento, intenso, cálido. Se va acercando la hora, sus labios tiemblan. Adalberto le sigue hablando. Ella pretende no hacer caso, pero las palabras del conde le van describiendo diabólicamente, el beso, el beso de Evans. Adalberto insiste, cuenta los minutos, insinúa, mira, presiona una mano, oprime el talle. Falta un minuto... medio minuto... Alice se ahoga...

Él sella:

—Evans... Evans no vendrá...

Ella musita inconsciente:

—Evans...

¡Las cuatro! Ella ha besado a Evans. Sí. Lo ha sentido. Ha sentido que Evans estaba allí, que era él quien la besaba y sin embargo, el que está a su lado es Adalberto Bellotti. Se levantan. Salen. El conde:

—Evans no vendrá. ¡Evans... ha muerto!...

Alice, incrédula, palidece.

Se alejan. Saca un papel del bolsillo del jaquet. Las últimas palabras se pierden entre las gentes, y luego, bajo las sombras de las acacias jóvenes, Alice termina:

—Mañana...

X

En el cielo, 8 de agosto. 4 y 1/4 p. m.

EVANS despierta de su sueño sonriendo. Ha sido feliz. Ha estado en las Acacias a las cuatro. Ha besado a Alice. Han paseado juntos por el parque. Han estado en el salón rosado. Se han sentado bajo una floresta. El beso. Han salido y, al despedirse, ella le ha dicho:

—Mañana...

Evans sonrío de felicidad.

¿Qué pasa? Gran tumulto en el cielo. Carreras, vuelos exclamaciones, plegarias, rezos. Ejércitos de ángeles se acercan a Evans y le miran con recelo.

—¡El Mal! ¡El Mal! ¡El Mal! ¡Salve! ¡Salve! ¡Salve!

Evans se da cuenta. El demonio ha estado en el cielo. Había entrado. Con los dedos en Cruz los ángeles signan a todos los vientos. Instintivamente, Evans hace la Cruz. Entonces vienen a él y se lo llevan. Gabriel le toma cariñosamente y le amonesta:

—No volver a quedarse dormido en los lugares solitarios. La soledad es un peligro. Él espía siempre, y logra burlar la vigilancia de los nuestros... ¿Os hace falta algo? ¿No os despedisteis del mundo? ¿Por qué buscáis la soledad? Él tienta a las almas pensativas.

—... (indeciso)...

—Bien. ¿Qué queréis ver? ¿Lo pasado? ¿Lo futuro? Os puedo hacer vivir una hora pasada, tal como fue la Voluntad

del Eterno...

—¡Oh, sí! Llévame a París... a las cuatro... a las Acacias... quiero ver...

Pasan a una galería celeste. Grandes series de lunas para observar. Se detienen. Gabriel señala:

—¡Aquí!

Evans se acerca. Observa jadeante. Palidece. Ve claramente el paseo. El desfile mundano. De pronto Alice que desciende de su limusina. Se acerca un milord. El milord de Adalberto. Evans palidece. Adalberto y Alice conversan y se ocultan en el cenador. Luego el beso. Se levantan y se alejan. Alice habla. Evans adivina por el movimiento labial que tanto conoce:

—¡Mañana!

Gabriel:

—¡Basta! ¿Estás satisfecho?

El encanto ha desaparecido. Tornan a las otras mansiones y Evans, melancólico, pasea entre los ejércitos de ángeles. Todos le admiran. Evans es un ángel triste. Un alma santísima.

Evans piensa en la cita de mañana y mil pensamientos irreverentes cruzan su espíritu. Decididamente, quiere volver al rincón donde se quedó dormido. Duda. Sería una falta capital, pensada. Un delito reflexionado. Luego Alice le engañaba. Adalberto le había envenenado durante la comida. Alice le había sustituido. Pero había alguien, él, como decía Gabriel, que podía llevarlo. ¿Qué importaba que ella besase a Adalberto si era él, Evans, quien sentía el beso? Evans sigue paseándose por los celestes senderos, preocupado.

XI

En el palacio de «Él»

LUZBEL y sus camaradas, en el mismo salón, conversan. En actitudes impacientes esperan algo. Uno de ellos mira por el vidrio mágico.

—Ya se acerca al rincón... Ahora parece que duda... quiere volverse... piensa demasiado.

—Las tres y media —anuncia uno.

—Ya se acerca. Hablan. Nuestro camarada lo convence.

—¿Qué dice?

—¿Qué dice?

—¿Qué dice?

—¡Ya es nuestro! Ya vuelve el Emisario.

En efecto está de vuelta. Entra gozoso y satisfecho. Se ha vencido una gran batalla.

—¿Qué tal?

Los demonios se agrupan.

—Bien. Consiente en escaparse del cielo y venirse aquí con una condición.

—¿Cuál? ¿Qué quiere?

—Que lo lleven siempre adonde indique.

—¿Quién?

—Adonde indique Lady Alice.

—¡Acepto! —dice Luzbel, con la voz baja y honda del tercer acto de *Mefistófeles*.

Se da una orden. En el silencio, en el rincón de las nubes, Evans se queda dormido.

XII

París, 9 de agosto. 10 a. m.

EN el *Père-Lachaise*. Llevan los restos de Evans Villard. Corporaciones, periodistas, literatos, académicos. Carros de flores, tirados por mulos vestidos de luto. Una inscripción. Se hace círculo; y en medio, frente a la tumba de Evans, el señor René Laferriere, secretario perpetuo de la academia, comienza:

—Señores: vengo a cumplir el penoso deber...

CUENTOS

YANQUIS

El círculo de la muerte

El círculo de la muerte⁶

I

HARRY Black es riquísimo. Su cuñado es millonario y le dispensa una gran protección. Harry gasta el dinero de una manera alarmante. Una tarde en Harford City remató en diez mil dólares el archivo de cartas de una bailarina; y durante el tiempo que tiene convidados en su casa hace echar perfumes en las fuentes del jardín.

—Pero Harry, amigo mío, usted va a concluir pronto con su fortuna —le reprochaba yo.

—La fortuna de mi cuñado es eterna. Descuide usted. No se concluirá nunca...

—¿Cómo? ¿Es socio de la Niágara Electric? ¿Su patrimonio

⁶ Antes de ser incluido en el libro de cuentos *El Caballero Carmelo* (1918), este «cuento yanqui» había sido publicado en la revista *Varietades* (Lima, n.º 100, 29-01-1910, pp. 145-146, y n.º 101, 05-02-1910, pp. 183-184) con el título «El suicidio de Richard Tennyson» e ilustraciones del propio Valdelomar.

corre a cargo del Estado?...

—¿Pero usted no sabe cómo se hizo millonario mi cuñado Richard?... Espere...

Hizo que el ayuda de cámara pusiese en el *automatic* una goma de *The Merry Widow* y empezó de esta manera:

—Los negocios del señor Kearchy marchaban mal. Kearchy, un hombre ingeniosísimo, era ante todo un yanqui. Acostumbrado a ver el mundo desde los edificios de cuarenta pisos de nuestro país, buscaba por encima de todo la resolución del problema de su redención pecunaria... A un sudamericano (y perdone usted mi franqueza, que es pecado de raza) se le habría ocurrido pedir un ministerio o un puesto en Europa. Una tarde, después de tomar un *chop* en un *beer saloon* de la Quinta Avenida, concibió una idea y se dirigió presuroso con ella donde Kracson, antiguo y sincero amigo suyo, que había llegado a poseer cerca de cien mil dólares en una negociación de cueros con sucursal en Boston y casa central en Wall Street.

El ayuda de cámara dejó instalado a Kearchy en una antesala correctísima. A poco apareció Kracson con su calva augusta y sus labios depilados. Kearchy principió bravamente. Le recordó su vida pasada, una sucesión de triunfos y de fracasos. Le dijo como había llegado a poseer tierras y estadios en Coney Island, cómo aquellos valores llegaron a hacerle millonario y cómo últimamente la quiebra fraudulenta de su administrador lo había reducido a la miseria.

Kracson creyó a su amigo, y como lo era de verdad, terminó ofreciéndole un puesto en Boston.

—¡Cómo! ¿Un puesto en Boston?... ¿Y mis sueños de grandeza?... ¿Y mis expectativas para lo porvenir?... Mira, Kracson: en enero de 1906 era yo segundo corredor de

Barclay Brothers. En julio del mismo año hice un balance total al asegurar mi vida. Hoy es doce de agosto de 1906, tengo 34 años y he aquí el presupuesto de lo que debo ser en la vida hasta los setenta.

Y alargó a Kracson un pliego tintado en rojo y negro como una factura comercial. Kracson, con la mayor naturalidad del mundo, leyó:

Alex Kearchy, a su firma: _____ Debe

1905 Enero 15 Segundo corredor de Barclay Brothers Seis dólares semanales y gratificación.

1905 Julio 18 Primer jefe de la sección de importación Veinte dólares semanales.

1906 Agosto 12

1906 Enero 18 Contratista con el Estado como empresario del Niágara.

Y seguía una larga lista de puestos ascendentes que concluían en 1942 con los puestos inclusivos de Secretario de Estado y de contratista de empréstitos a varios países sudamericanos.

—Pero en 1906, agosto doce, hay una partida en falso...

—He venido a llenarla precisamente —respondió Kearchy...

—Pero ésa debe ser una partida monumental... Y yo...

—No te mortifiques. Lo he previsto todo. Aquí está la garantía para la partida —dijo Kearchy.

Y sacó un segundo pliego que Kracson leyó ávidamente. Decía:

ALEX KEARCHY SE COMPROMETE A ASOCIAR A

JOHAN KRACSON EN UNA EMPRESA HUMANITARIA QUE PRODUCE DINERO ETERNAMENTE. LA EMPRESA DEBE EXPLOTAR UN ESPECTÁCULO EN EL CUAL MUERE UN HOMBRE DIARIAMENTE.

—¿Y a eso llamas empresa humanitaria, Kearchy?... Yo no puedo entrar en ese negocio. Mi conciencia, mis costumbres... Yo soy hijo de gentes de buen natural... Yo creo en Dios. Yo no puedo aceptar tu propuesta...

Y se salía de la habitación. Kearchy se vio obligado a tomarlo del brazo:

—Kracson —le dijo—, ¡escucha! Tengo el secreto de nuestra verdadera fortuna. Vamos a realizar un espectáculo en el cual muere, a la vista del público, diariamente, un hombre. Va a ser un espectáculo que reunirá en un circo más espectadores que los hubo en los circos romanos de Claudio y de Calígula. Nuestras posiciones de Coney Island serán estrechas para cobijar al público. Naturalmente cada uno de los asociados de la Unión paga para ver el espectáculo. Y nosotros somos los únicos dueños del negocio.

—Pero ese espectáculo no puede realizarse. ¿Quién se dejaría matar?... ¿Es que piensas hacer hombres artificiales?...

—Se dejarán matar voluntariamente. Además, en cuanto a tu conciencia, no te importará nunca, y yo estoy seguro de que cuando, por las noches, tu cabeza descansa en la almohada, lejos de desfilas sombras acusadoras por tu mente, sentirás el baño fresco y la caricia inefable del deber cumplido. Es una obra altruista. Sí, a Washington se le habría ocurrido...

—¿Altruista con un hombre muerto cada día?... Yo no te comprendo...

—Te diré. Tendremos el aplauso del público y de las instituciones de beneficencia. Los diarios aplaudirán entusiasmados nuestra obra. Y quién sabe si cuando pasen los años nuestros cuerpos enlazados en el bronce de la fama se exhibirán en una plaza de la City. Seremos dueños de una fortuna inmensa. He calculado las entradas diarias: palcos, galerías, butacas, sillones de orquesta y bastidores, para las señoras encinta que no podrían ir a la vista del público sin accidentarse. Seis mil dólares de entrada bruta la primera tarde. Diez mil la segunda, y así sucesivamente. De esta manera yo llenaré la partida de hoy y podré seguir cubriendo mi presupuesto hasta mil novecientos cuarentidós...

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!... Pero lo principal —dijo Kracson—, ¿quién se deja matar?

—¡Lee!

Y Kearchy alargó un tercer pliego que decía:

U. S. A. Estado de New York.

Municipalidad. Sección de Estadística

Promedio diario de suicidios:

Por amor 3

Por falta de recursos 5

Por robo 1

Por causas desconocidas 2

Total 10

—¿Y qué? —dijo Kracson.

—Que si publicamos este aviso en el New York Herald:

«LAS PERSONAS QUE QUIERAN SUICIDARSE PASEN ANTES POR LA AGENCIA KRACSON & KEARCHY, DONDE RECIBIRÁN DIEZ MIL DÓLARES. AVENIDA FRANKLIN 34, PISO 27 L.»

»Si publicamos este aviso los suicidas acudirán, y entonces he aquí el negocio: implantamos un *looping the loop* en automóvil, llevando el operador, el suicida, ligadas las manos y cubierto el rostro. El punto de lanzamiento está a ochenta metros de altura, la muerte es rápida y tranquila. De esta sencilla manera el público aplaudirá delirante y el suicida, que poco antes sólo iba a dejar a su familia un poco de lágrimas, dejará para ella, o para quien designe, los diez mil dólares del premio. Los domingos daremos funciones extraordinarias en las que deben morir los excéntricos, los grandes banqueros arruinados o, en fin, aquellas personas que por su talento y virtudes merezcan este señalado honor y sean dignos de llamar la atención pública.

—¡Admirable, Alex!

Y Kracson llenó de su puño las partidas en blanco desde el seis de agosto hasta los setenta años, es decir desde 1906 hasta 1942.

II

—¿EDAD?...

—38 años.

—¿Profesión?...

—Ebanista.

—¿Está resuelto firmemente a matarse?

—Sí, señor.

—¿Deja parientes?

—Siete pequeños, mi señora y dos sobrinas. Además mi cuñada y su marido. Yo no tengo un céntimo. Si viviera más tendría que robar y me llevarían a la cárcel.

—Corriente. ¿A quién debemos entregar los diez mil dólares?...

—A mi mujer... ¿Y si sobrevivo me los daréis a mí?...

—Sí. Con un descuento del 25 por ciento...

—¿A qué hora me toca?

—A las cuatro. Pase. Está listo el auto. El circo está lleno. ¡Feliz viaje!

Y sir Kracson oprimía con una mano la diestra del obrero y con la otra presionaba un timbre. Apareció un criado que acompañó a su camarín a ese nuevo artista fugaz.

—¡El número 82! —gritó por el ventanillo Kracson.

En el salón de espera había diez y ocho individuos. Todos esperaban el turno para cancelar el último contrato. Había jóvenes de aspecto enfermizo, pálidos, de ojos azules y de cabello amarillo muriente, pegado a las sienes. Morfinómanos elegantes que esperaban con los ojos velados la voz del oficinista que los llevase a otra vida tan apacible como sus ensueños. Había viejos de cara congestionada; niñas; una de quince años, de aspecto fiero, de cabello rojo y de mirada fosca. Ésta se mataba por hastío. La aburría hacer diariamente los largos viajes entre New York y Brooklyn, que le producían el sustento. Además había tenido un amor cortado

de improviso. A poco rato ingresó un joven elegante, ligeramente pálido y de ademanes correctísimos.

—Si no me atendéis de preferencia me estrello contra el primer camión —gritó por el ventanillo—. ¡Me toca el 94!

Se abrió la rejilla para dar paso al joven.

—¿Su edad? —le interrogó Kracson.

—26 años.

—¿Estado?

—Soltero.

—¿Tiene usted el firme propósito de matarse?

—¡Como que si se demora usted mucho lo reviento! ¿Usted sabe de lo que es capaz un hombre que va morir dentro de media hora?... Estoy arruinado. Mis últimos billetes los cambié en Montecarlo. Vengo hastiado y siento tedio de vivir. No temo a nada ni a nadie. Me siento desvinculado de la sociedad. Desde ahora declaro que no tengo nada que hacer con las leyes de mi país. ¡Soy libre! ¡Perfectamente libre! Yo puedo hacer ahora lo que me plazca. Nada se opondrá a mi deseo. Voy a morir dentro de media hora. ¿Qué no puedo hacer?... Éste era el último placer que quería experimentar. Ser libre. Ya lo soy. ¡Mátenme!... Me debía a mi novia, pero como no tengo fortuna para casarme con ella, me mato y le dejo el dinero como indemnización... ¡Cancelemos, pues!

Kracson extendió el contrato.

III

LA avenida de álamos de Garden Park era estrecha para contener el número de personas que acudían a la representación del Círculo de la Muerte. Los autos, los motos, los ómnibus, los carruajes particulares, y las limusinas, se disputaban el lugar para llegar al circo.

Las funciones anteriores habían producido una entrada bruta de 40 mil pesos oro. Ocho mil habían servido para las indemnizaciones y el resto era entrada líquida para los señores Kracson y Kearchy.

—¿Quién sube hoy? —inquirió una señora de impertinentes a un joven de amplio vestido gris.

—Es Richard Tennyson.

—¿Su cuñado?... —le interrumpí a Harry.

—Sí, el esposo legal de mi hermana Eva.

Y continuó:

—Es un joven distinguidísimo —decía la señora del impertinente—. Tiene esperanzas de vencer y parece que morirá como sus antecesores...

—No —interrumpió un señor burgués—. El joven de hoy es un excéntrico: desea morir...

Un grupo salió de una de las puertas del circo y se dirigió al centro. En medio de él iba el *chauffer* del automóvil de la muerte: mi cuñado Richard Tennyson. Sonaron los anuncios. La gente se instaló. Los tablados rebosantes tenían el aspecto móvil y policromo de un cinema en colores. El blanco de los

cuellos, las pecheras y los sombreros de paja, daban al conjunto ambiente de frágil movilidad. Un murmullo de admiración hizo converger todas las miradas en la portezuela por donde salía el artista. Vestía un correcto y cerrado gabán de pieles, gorra de nutria y lentes de automovilista. Tenía un marcado aire de distinción. El 40 H. P. lo esperaba, elevado ya, en el lugar del lanzamiento, que era de diez y ocho metros, teniendo la altura máxima ciento veinte. Se da la última señal. El artista va a lanzarse. Todos observan sus menores movimientos con esa curiosidad que inspiran los que van a morir. Un silencio absoluto domina el circo.

¡Por fin!... El automóvil se lanza al abismo. Da las dos vueltas obligadas y cuando un desvío de la línea debía ocasionar la caída, una casual inclinación del cuerpo salva al *chauffer* y éste, ligados los brazos y vendados los ojos, llega al final de la carrera entre los delirantes aplausos de la multitud.

Le desligan y le hacen pasar el circo entre vítores y aplausos. Una lluvia de sombreros y de monedas no le deja avanzar.

—¡Salve, Salve!...

La granjería neoyorquina, pelirroja y musculosa, lo lleva en hombros, y a su paso las mujeres sonríen y los hombres envidian. Por primera vez Kracson y Kearchy pagaron personalmente el precio de una vida, en pesos oro.

IV

A los tres días, el primer solicitante que llegó a las oficinas de Kracson Kearchy fue Richard Tennyson.

—¿Usted otra vez?... —le preguntó espantado Kracson.

—Sí, señor. Quiero matarme.

—No es posible. Usted concluirá por echarnos a perder el negocio. Es necesario morir y usted no morirá, seguramente. Usted ha cogido el secreto. Usted le quita el sitio a tantos infelices. Usted no los deja morir...

—Sí, señor, me mato. Y si no me aceptan me arrojo contra el primer camión de carga. ¿Usted sabe de lo que es capaz un hombre que va a morir dentro de media hora?... Estoy arruinado. Los últimos billetes...

—Basta, sí. Los cambió usted en Montecarlo. Usted es libre, no tiene compromisos... etc... ¡Pero no le matamos a usted!...

—Estáis obligado a matarme.

—¡Pues no le matamos, *dear!*

—¡Esto es un fraude!

Mi cuñado salió desilusionado. Creía haber encontrado una renta fabulosa y Kracson & Kearchy se lo impedían. A fuerza de dar vueltas al asunto monumental de Kracson & Kearchy, Tennyson se dio cuenta de que el original invento no tenía la exclusiva. Con la mayor discreción se echó a buscarla para sí y un buen día se consiguió en las oficinas del Estado la exclusiva del Círculo de la Muerte, haciendo pequeñas concesiones al Estado. La exclusiva estaba a su nombre, y nadie más que él podía explotar el negocio.

El porvenir de Kracson & Kearchy empezó a nublarse. Le mandaron decir a mi cuñado que lo recibirían en el Círculo de la Muerte, que le harían el favor de matarlo. Pero ya era tarde. El Círculo de la Muerte dio sus últimas funciones. Y a los cinco días justos empezó a funcionar el de mi cuñado. A las

bodas de oro, es decir al morir el quincuagésimo individuo, se casó Richard con mi hermana Eva. Hoy es millonario. Tiene una fortuna fabulosa. Usted sabe que hace cinco años que existe el Círculo de la Muerte y que el Estado lo protege como una institución humanitaria. Mi cuñado es socio de inmigración, agregado a la empresa de irrigación en el Far West, socio de beneficencia, protector de varias instituciones altruistas... Es un filántropo...

—¿Y Kracson & Kearchy?...

—Han venido a suicidarse dos veces en la empresa de mi cuñado; pero él no los ha recibido. Dice que le echarían a perder el negocio. La última vez que vinieron Richard les ofreció puestos en la misma oficina del Círculo. Kracson aceptó pero Kearchy salió irritado. Verdaderamente es un hombre ingenioso y pronto conseguirá otro negocio tan monumental como el primero. Sólo que esta vez no se le olvidará pedir exclusiva. Mientras tanto, mi cuñado seguirá enriqueciéndose hasta la consumación de los siglos...

—O hasta que se le acaben los suicidas...

—No se acabarán nunca, porque siempre habrá enamorados tristes, aristócratas morfínomanos, banqueros arruinados, poetas neurasténicos, niñas abandonadas e individuos hambrientos. En último caso —dijo riendo Harry—, allí está Kearchy como reserva. Si en vez de salvarse en el Círculo de la Muerte se estrellara, como es probable, se daría el primer caso de un yanqui que fracase...

Pero Kearchy salvará, es un hombre ingenioso. Ahora hace sus paseos por la Quinta Avenida...

La goma se ha detenido. Las melodías de *The Merry Widow* han dejado de sonar en las cajas del *automatic*.

Tres senas, dos ases

A mi amigo Rafael Marquina

I

DOS amigos me fueron presentados esa noche bajo la luz violeta del Manhattan, en Nueva York: Archibald Scheefer e Irving Winder. Desde el primer instante, toda mi atención fue dedicada a Irving. Era un tipo de estudio. Bien sabéis cuán difícil es encontrar en un tipo caucásico una cara interesante. Siendo común encontrar en los tipos morenos espíritus pensativos, es raro hallarlos entre los hombres blancos. Sólo en los tipos que han nacido bajo el sol y se han criado en la perezosa molicie de los trópicos o en los arenales, se enseñoera un espíritu. Los climas fríos no dejan pensar a los hombres porque hacen trabajar demasiado a los músculos.

Sin embargo, Irving tenía un raro tipo pensativo. Me pareció tan desoladamente triste, que llegó a preocuparme y me propuse desentrañar el misterio de su tristeza, rompiendo la valla de su madurez. El mozo nos había servido manzanas. En el gran comedor, las mujeres ostentaban sus senos y sus amantes con discreción. Cruzábanse los *garçons*, oíase a menudo destapar el champagne y la música modelaba a media voz un *turkey trot*. Invité a almorzar a Irving para el día siguiente, en Coney Island. Iríamos en auto. Nos despedimos. En efecto, a la hora precisa el auto de Irving se detenía en el Wotham Hotel, y juntos nos dirigimos hacia

Coney Island. Atravesamos las avenidas congestionadas, los edificios colosales huían a nuestro paso, y por fin, pasado el puente de Brooklyn, entramos en aquella maravillosa avenida de abetos que sombrean la asfaltada carretera que conduce a la playa infantil de Coney Island. Allí elegimos un hotel que da al mar, y en una especie de recodo conversamos largamente lo que os voy a referir.

II

—CUANDO yo comencé a hablar —empezó diciendo Irving— tres nombres me eran familiares, *father*, *mother* y *dear* Tomy, que correspondían a mi padre, a mi madre y a mi amigo Tomy, hijo de nuestros vecinos y socios de mi padre, los Richards. Juntos estudiamos, juntos ingresamos a la Universidad y juntos recibimos nuestros grados. Así, pensábamos idénticamente y nuestros gustos eran uniformes. Jamás discutimos; y no por ello nuestra vida se deslizara con monotonía, pues aunque dos personas piensen de la misma manera, si saben ver la vida y comentarla, siempre serán mutuamente interesantes. Estábamos convencidos de que era necesario tener dinero, mucho dinero. Era una religión que nos habían inculcado desde niños; todavía recuerdo las palabras de mi padre antes de morir: «Irving, hijo mío, es necesario que sepas hacer una gran fortuna. Eso es lo único que puede guiarte en el mundo. Pesada carga es la vida sin dinero. Más vale comprar que vender. No hagas arte para que los otros te lo paguen; prefiere que los otros lo hagan y te lo vendan. Es más cómodo y más seguro. Nunca te pongas en el comercio de la vida en situación de ofrecer, porque llevas desventaja. Más felices fueron Creso y Salomón que Sócrates, quien con toda su filosofía se vio obligado a tomar,

contra su voluntad, un amargo *cocktail* de cicuta, y ese infelicísimo alemán de Beethoven, de quien dieran cuenta la hambre y los piojos... Y créeme, que si Cristo hubiera sido capitalista o director de Banco, no lo habrían crucificado. Recuerda que no hay precedente de que ningún millonario haya sufrido los amargos dolores del mundo... El dolor es, felizmente, cobarde. Ataca a los mendigos, a los que van a pie, a los que carecen de abrigo y de alimento; con ellos es duro, cruel, canalla, judío, no los deja vivir; pero cuando se encuentra con un hombre, en un automóvil, con una amante envuelta en pieles, cuando sabe que hay dinero en el banco y acciones y edificios y un buen libro de entradas, te asalta en la calle, entre el champagne, te adula como todos los hombres, se vuelve elegante, distinguido, te distrae y concluye por ser un exquisito compañero metafísico. Entonces no te habla de la comida ni de los zapatos, sino de los primeros principios y del “más allá”...».

Así nos encontramos un día solos en la vida, Tomy y yo éramos como dos hermanos. No teníamos secretos ni bolsillo aparte. Poseíamos en común ochenta mil dólares, suma exigua, como usted comprende. Habíamos emprendido algunos negocios que produjeron poco. El año 1911, teníamos cien mil dólares más o menos. No nos alcanzaría ni para dar la vuelta al mundo, que es lo menos a que puede aspirar un sudamericano vulgar. Yo tenía 24 años, Tomy, 26. Nuestro porvenir era sombrío.

Nuestras preocupaciones aumentaban cada día. Nos pasábamos largas horas pensando en proyectos financieros. Tomy era tan abnegado que creía de su deber velar por mí y yo habría dado algo por ver a Tomy dueño de una inmensa fortuna. Nuestros paseos por Broadway eran una tortura. Al paso de cada mujer ya no nos deteníamos a analizar su belleza. Instintivamente decíamos:

—Un hotel en la Quinta Avenida, tres automóviles, seis lacayos, dos ponys: ¡cien mil dólares de renta!...

Y así, humillados, entristecidos, concluimos por caer en los brazos baratos de cualquier bailarina del Metropolitano.

Mas he aquí que un día —¡ah, ese día!-... Como usted verá yo no tuve la culpa. Fue Tomy, el mismo Tomy, quien me habló primero. Yo no habría tenido valor para hablarle de este asunto. Un día nos paseábamos por Broadway a las seis y media de la tarde. De pronto se iluminó la ciudad. El primer aviso que se ofreció a nuestra vista, en medio de ese funambulesco danzar de luces multicolores, fue el de la «Insurance», la compañía de seguros de la Carolina. Los dos cruzamos una mirada muda y seguimos nuestro camino. Tres días pasaron sin que cruzáramos palabra. Yo notaba a Tomy muy preocupado. Si hubiera tenido valor yo se lo habría dicho, pero no me atrevía. ¿Quién se habría atrevido?... Tomy me dijo al cuarto día, como venciendo una gran resistencia:

—Irving... ¡Si yo fuera capaz!...

Y yo le respondía maquinalmente:

—¡Tomy, si yo tuviera valor!...

Y no dijimos más, pero al concluir la semana, Tomy entró en mi cuarto, resuelto. Parecía que acababa de vencer una gran batalla. Acalorado con tremendos ojos abiertos, se acercó y me dijo:

—Irving, ¿quieres entrar en un negocio?...

—Tomy —le contesté—, debes decir: ¿quieres que entremos en un negocio?...

—No. Irving. Tú, tú, debes entrar conmigo en un negocio; es un negocio entre los dos...

—Tú puedes negociar con mi poca fortuna, Tomy; ¿por qué me lo consultas?...

—Irving, tú y yo, debemos luchar.

—Yo no puedo luchar contra ti, Tomy.

—Te hablaré claro, Irving.

—Habla, Tomy.

—¿Estás convencido de que hemos agotado todos los medios para hacer cincuenta millones de dólares?

—Convencido.

—¿Tienes fuera del oro algún interés en la vida?

—Ninguno. Nelly murió hace tres años, tú lo sabes...

—¿Tú entrarías en un negocio en el cual hay que arriesgar la vida?...

—Entraría si tú entrases.

—Yo entro, Irving.

—Está bien. Yo entro, Tomy.

—Te traeré las bases.

Y salió. Yo habría querido hablarle entonces de mi proyecto. Quise detenerle, decirle, aventurar alguna frase, pero me sentí incapaz. Observe usted bien esto, porque ya le he dicho que yo no tuve la culpa. Tomy volvió a poco y me dijo:

—Vamos a celebrar un contrato bajo estas condiciones: tú y yo estamos convencidos de que es indispensable tener cincuenta millones de dólares. Tú y yo sabemos que es difícil. ¿Hemos agotado todos los medios?...

—Todos.

—No, queda uno.

—¿Cuál?...

—La «Insurance»...

—¿La?... La... ¿La Insurance?...

Entonces comencé a temblar. Habría leído Tomy en mis ojos... ¿Cómo, La Insurance venía a intervenir en este negocio? ¿Cómo, aquello que yo pensaba desde que pasamos por Broadway podía haberle sido comunicado a Tomy?...

—La Insurance —agregó Tomy— es nuestra salvación —y observando mi espanto, dijo—: No te voy a proponer una estafa, no te inquietes. Nosotros vamos todos los días a jugar al Manhattan en los dados, la entrada al teatro y los *cocktails*. Hoy jugaremos algo más importante, mucho más importante...

—Sí. Cincuenta millones de dólares. He aquí el plan, Irving. Si te dijeran: hay una empresa en la cual es necesario exponer la vida para ganar cincuenta millones, ¿la aceptarías?...

—Sí.

—Bien. Yo te digo: te ofrezco un negocio en el cual puedes ganar cincuenta millones o morir... ¿qué contestas?...

—Lo acepto... ¿Cuál es?

—Es necesario que uno de los dos se suicide.

—¿Es indispensable?

—Para nuestro objeto indispensable.

—Si uno de los dos ha de suicidarse... yo.

—No. Por suerte. Nosotros esta noche en vez de jugar el *cocktail* y la entrada al teatro, jugaremos a ver quién debe suicidarse dentro de un año justo. El que pierda se asegurará inmediatamente en la Insurance por cincuenta millones. La compañía paga el seguro por suicidio al año de firmada la póliza. El asegurado endosa la póliza al vencedor. Éste paga las primas con religiosidad y cumplido el año, el que perdió se suicida y el ganador cobra el seguro. Las primas son caras, cuestan sesenta mil dólares, pero para eso tenemos.

—Acepto. Esta noche jugaremos nuestra vida y mañana iremos a la Insurance, y el que pierda, se asegurará.

—Pero es necesario sellar ese contrato, dame la mano.

Nos estrechamos la mano. Ya ve usted cómo fue Tomy quien inició este asunto. Yo no habría tenido valor para hacerlo.

—Hasta las siete, Tomy.

—Hasta las siete, Irving.

III

AQUELLA tarde no pude pensar en otra cosa. Una extraña sensación indescriptible me invadía. Yo iba a disputarle la vida a Tomy. ¿Pero qué hacíamos nosotros, sin ninguna esperanza de tener cincuenta millones de dólares?... Pero, por otra parte, yo sabía que mi vida sería una tortura sin el dinero que consideraba necesario. Tomy sufría horriblemente con esta idea. Habíamos perdido el buen humor, y esto es lo último que perdemos los norteamericanos. Ya nada nos interesaba. Teníamos la fiebre obcecadora del dinero. Fuera de él nada era suficiente para nosotros. Se ofrecía un medio

de salir de ese estado de dudas. En caso de perder, moriría. Si ganaba, sería millonario. No tenía familia. Todo para mí era Tomy, desde que murió mi novia, Nelly. ¿Por qué no aceptar?... Rechazar la propuesta era dar una prueba de cobardía y hasta de egoísmo. Porque si mi vida podía servir para labrar la felicidad de Tomy, no debía omitir esfuerzo en conseguirlo. Concurrí pues al Manhattan. Allí me esperaba Tomy.

IV

INSTALADOS en una mesa de mármol rosa, sobre la cual un quinqué esparcía una leve luz azul, pedimos un *cocktail*, el exquisito Manhattan, y unos dados. A poco nos trajeron ambas cosas. No cruzamos palabra. Yo le diré que estaba dispuesto a todo. Hasta a hacer una trampa si ganaba, para que Tomy saliera victorioso. Creo que él pensaba lo mismo.

—¿Qué jugamos? —le dije.

—Tú has ganado; tú juegas, Irving.

—Está bien.

Era necesario jugar tres partidas; el que perdiera dos, sería el vencido y era necesario hacer el mayor número de senas en cada juego.

—¿Quién juega primero?

—A la suerte.

Cogimos un dado cada uno. Yo eché un tres. Tomy, un dos.

—Tú has ganado; tú juegas Irving.

Habíamos palidecido. Nuestra respiración se aceleraba de manera alarmante. Eché los dados.

—Dos senas, Tomy.

Tomy, con relativa calma, jugó:

—Cuatro senas, Irving.

—Has ganado la primera partida —le dije.

—Juguemos la segunda.

En la segunda, había recobrado mi calma un poco. Veía con placer que Tomy ganaba. No me arrepentía de haber aceptado la partida.

—Cuatro senas, Tomy.

Jugó Tomy:

—Una sena, Irving.

Tomy había perdido esta vez. Faltaba sólo un juego. El definitivo. Temblábamos los dos, pálidos. Yo había cortado tres veces el puro, con los dientes.

—La última —dijo Tomy.

—La última —le respondí.

Jugamos. Eché dos senas, una quina y dos treses.

Tomy jugó. Echó tres senas y dos ases, pero hizo un movimiento imperceptible y volteó una de las senas. Me puse de pie.

—Tú has ganado Tomy —le dije.

—He echado dos senas, una cuadra y dos ases; estamos

iguales.

—No, Tomy. Tú has ganado. Has echado tres senas y dos ases.

—No, Irving. Estamos iguales. He echado dos senas, una cuadra y dos ases.

—¡Has hecho trampa, Tomy!

—No he hecho trampa. ¡Estamos iguales!

En otra ocasión yo habría sacado mi revólver; ahora no tenía ningún argumento contra Tomy.

—¡Tres senas, dos ases! —le dije iracundo y resuelto—. Y si no lo quieres reconocer...

Tuve una idea salvadora. Saqué mi revólver y me lo puse en la sien, diciendo:

—¡Di, di, Tomy que tú has ganado! Reconoce que me has ganado o me pego un tiro.

—Sí, ¡he tirado tres senas y dos ases!

—Dame la mano. Me has ganado. Te felicito.

—Te he ganado, Irving. Gracias.

Nos fuimos a comer.

V

AL día siguiente fuimos a la Insurance. Me aseguré y Tomy pagó las primas. En el fondo yo estaba contento. Lo único

que me mortificaba era tener que esperar un año para matarme. Pero me quedaba un recurso: pedir a Tomy que me diera todo el dinero de la liquidación de nuestros negocios, para poder pasarla lo mejor posible durante ese año que me separaba de la muerte. El negocio estaba terminado. No faltaba sino que llegara el 12 de marzo de 1912 para que yo me pegara un tiro. En los primeros días, el asunto no me preocupó mayormente. Estaba resuelto a matarme, tenía la conciencia serena y fresca. Había hecho o iba a hacer un gran beneficio a un amigo tan querido como Tomy. Pero me espantaba un año de desocupado, me parecían vacaciones demasiado largas. Así, pues, resolví buscar una amante. La saqué una noche del Metropolitano. Quise pasar los doce meses que me quedaban entregado a todos los placeres. Usted no concibe el cambio de valores y de aspectos que toma la vida para un hombre que está resuelto a matarse. Para él no habrá nada imposible, ni exceso que no pueda cometer, ni pasión que no pueda saciar. Lo que era antes timidez o prudencia, se vuelve audacia y temeridad. Mi salud, por mal que la tratase, me duraría un año. Cuando me encontraba con Tomy, me mostraba alegre y feliz; él en cambio se había vuelto preocupado y taciturno.

A veces, recostada la cabeza sobre el mórbido seno de Hellen, miss Hellen, la adorable artista del Metropolitano, pensaba en mi suicidio, y en las mil maneras de llevarlo a cabo. No me pegaría un tiro, aquello hace sangre, mancha la ropa. Pensaba en un veneno sutil, de esos que hacen morir sin estremecimientos y sin dolores. Compraba libros de medicina y estudiaba la característica de todos los tóxicos. Un día me resolví por el éter, otro por la morfina. Creí más tarde que lo mejor sería inocularme alguna enfermedad. Hellen, la adorable mujer, era para mí una manera divina de pasar los últimos días. Pero una tarde —¡ah, esa tarde!— reparé con espanto que me había enamorado de miss Hellen. Conciba

usted el horror que aquella constatación me produjo. Pensé inmediatamente en abandonarla. Todavía faltaban siete meses para mi suicidio. Pero no la dejé. Me pareció una nerviosidad infundada. Era pueril pensar en eso. Por otro lado, ¿qué derecho tenía yo para enamorarme?

Una tarde en que miss Hellen me hizo más feliz que nunca, una tarde que habíamos comido en el campo, bajo un crepúsculo dorado, lejos de la ciudad obcecadora de Nueva York, pensé con espanto en lo adorable que sería vivir con una renta modesta, al lado de esa mujer, lejos del bullicio mundanal; tener una pequeña propiedad en el campo, vivir en un *cottage*, tener hijos rubios, trabajar en el jardín, criar animales domésticos, y después besar a una mujer como miss Hellen. Y una idea macabra se me ocurrió. Yo podría conseguir esa felicidad enorme, yendo donde Tomy y diciéndole sencillamente:

—Tomy, yo no he sido justo. Nuestro juego no fue legal. Efectivamente, tú perdiste aquella tarde. Deja que yo te endose la póliza del seguro y mátate el 12 de marzo de 1912. ¡La verdad de todo!

Aquello habría sido muy fácil. Tomy no se resistiría, Tomy era un abnegado, Tomy me quería demasiado. Esa noche no dormí pensando en realizar mi sueño. Yo recibiría el producto del seguro. Yo me casaría. Yo sería feliz. Después de todo, ¿a Tomy qué más le daba? ¿Él mismo no había querido cederme su vida? ¿Mi desinterés no estaba probado habiéndole yo obligado a ganarme?... Me levanté muy pálido al día siguiente y no crucé palabra con mi adorada Hellen. Disponíame a ir donde Tomy y hablarle claramente. Pero he aquí que cuando salía, miss Hellen entra a mi dormitorio y me dice:

—Irving, tu amigo Tomy quiere verte. Aquí está...

Tomy entró. Yo quise aprovechar para hablarle y lo iba a hacer cuando Tomy me dijo:

—*Dear Irving, my dear Irving*, yo me veo precisado a hablarte en una forma inusitada. Tú no cumples las bases de nuestro compromiso. Tú debes morir el 12 de marzo de 1912, pero no antes. Tú estás concluyendo con tu salud y estoy seguro de que en este camino y con este método de vida, tú morirás muy pronto. Esto no es legal. Ahora mismo no me puedes negar que hueles a éter, tu rostro está cadavérico. Si tú mueres antes de la fecha indicada, la compañía no me pagará el seguro. Yo te he dado todo el dinero. Yo estoy haciendo una vida de sacrificio. Yo no fumo ahora cigarrillos puros, he suprimido mi mayordomo y mi portero. Te ruego, pues, Irving que observes otra conducta...

—Tomy, yo...

Quise hablarle de mi propósito de la víspera, pero concebí una sospecha. Tomy no me quería bien. Me pareció egoísta repugnante, vi que se interesaba más de lo justo por mi muerte. Aquello no podía ser sino el vil interés del seguro. Ya yo no contaba, pues, en el mundo ni con el entrañable cariño del hombre al cual iba a sacrificar mi vida. ¿Y valía la pena que mientras Tomy esperaba con ansia el día de mi muerte y mientras hacía cálculos sobre mi vida, yo me matara por él?... ¿Merecía este hombre tal sacrificio?

Tomy salió. Yo le prometí fríamente cambiar de conducta y estar sano el día de mi suicidio. Dos meses pasaron. Tomy me veía poco. Yo le miraba con recelo. Verdaderamente enamorado de Hellen, yo empecé a dudar y mi conciencia a aconsejarme con cautela. Un día se presentó Tomy en mi casa. Hablamos banalidades. Pero en medio de la charla me deslizó algunas frases que me impresionaron hondamente.

—¿Has pensado ya —me dijo— en la manera cómo te vas a suicidar? Yo te recomendaría el coloidalino. Es un producto recién ensayado. Se muere sin dolor y sin agitación en ocho minutos.

—Sí, Tomy, ya he pensado...

Aquello me desagradó profundamente. Continuaba enamorado de Hellen. Jamás había estado tan enamorado como aquella vez. Llegué a creer que había nacido para vivir al lado de Hellen. Así transcurrieron los días hasta que resolví trasladarme a la casita de campo donde pasé aquel día inolvidable con mi amada. Un día, en plena felicidad, Hellen entró a mi dormitorio, por cuyas ventanas se veía el cielo y las hojas de una vid, y envuelta en un kimono de seda floreado de crisantemos, con los párpados caídos, me dijo eso que dicen las mujeres sin pronunciarlo y que hace tan felices a los hombres que lo presienten. Y el día 6 de enero de 1912, faltando dos meses para mi suicidio, y un cuarto para las tres de la tarde, Hellen dio a luz un niño varón.

Mandé llamar precipitadamente a Tomy.

VI

YO no le dije nada. Nadie puede inculparme. Lo único que hice aquel día fue avisarle a Tomy que miss Hellen había dado a luz un niño que yo ponía a su disposición. Y le mostré al niño, que tendió hacia él sus brazos rosados y blandos. Tomy salió. Yo no le dije nada. Yo no desistí ni le hablé de mi suicidio, que por otra parte era cosa acordada. ¿Quién, quién puede inculparme?

VII

EL 12 de marzo llegó. Aquella noche yo había dormido bien. Mis nervios excitados tuvieron una laxitud maravillosa, y después de la preocupación del día, en la noche se habían abandonado por completo al descanso. Yo no tenía la cara del individuo que se va a suicidar seis horas más tarde. Abrí los ojos serenamente en mi cama; crucé los brazos por detrás de mi nuca, estiré las piernas y me puse a pensar. Hasta mi lecho llegaba la música del jardín. Cantaban bajo las enramadas aquel día, las aves con una alegría desusada. Las ramas de una vid fresca agitaban sus pámpanos sobre los cristales, y tras de ellos un jirón de cielo hondo transparente y azul daba al marco de la ventana la más bella nota de paisaje. Me acordé de los cielos de Burne Jones; y un rápido comentario sobre los acuarelistas ingleses cruzó, como un destello, por mi imaginación.

Toqué un timbre, extendiendo lánguidamente la izquierda, y a poco oí, en el cuarto vecino, caer el agua en la tina. Entró el criado y me dijo:

—Señor, el baño está listo.

Me desperecé y cogí mi bata. Aquel día el baño me pareció muy bueno, y al salir, dije al criado:

—John, el baño está exquisito. Mañana ponlo a la misma temperatura...

Pero de golpe agregué:

—No, John. No... Yo no he dicho... yo...

¿Qué impertinencia era ésta y qué indiscreción había cometido? Estaba traicionando mi conciencia. ¿No sabía yo, acaso, que no tenía derecho a otro baño?... Estaba faltando a mi palabra. Yo me iba a suicidar a las tres. Entonces le dije a John, que me miraba sorprendido:

—¡Mañana, John, pon el baño como te dé la gana!...

Y salí. En el dormitorio me esperaban el desayuno, miss Hellen y el pequeño Dick, mi hijo; el niño al verme tendió hacia mí los brazos abriendo y cerrando las manitas en un gesto de párvulo, como si me quisiera tener entre los dedos. Miss Hellen, no sé por qué coincidencia, estaba sentimental ese día. Los hombres siempre tenemos algún olvido para con las mujeres que amamos. Miss Hellen gozaba aquel día de un buen humor espléndido. Hizo llamar al criado y le dijo:

—John; trae los regalos que ha recibido hoy la señora...

—¿Regalos?... ¿Hoy?... ¿Qué dices?... ¿Qué dices, Hellen?...

—la interrogué espantado.

¡Ah, que desgracia! Entró el criado con un gran ramo de flores que dejaron un perfume en el cuarto y una honda tristeza en mi corazón. Hellen había tenido el buen humor de encargarse flores y ponerle al ramo mi tarjeta; así me reprochaba el que yo no supiera el día de su santo y al mismo tiempo me evitaba aparecer como un maleducado con la señora. Yo no salía de mi mutismo.

—¿Pero qué te pasa, Irving?... Hoy es mi santo, amigo mío. ¿No te agrada que sea hoy mi santo?...

—No, Hellen; al contrario, me encanta. Tú no sabes el placer que tengo de que hoy sea tu santo. Pero es que la noticia me ha caído de improviso...

—Hoy comerás en tu casa. Hoy haremos sentar al pequeño

Dick a la mesa... Yo misma arreglaré el menú...

De pronto suena un timbre, sale Hellen y me dice al volver:

—¡Qué suerte! Qué suerte, mi querido Irving. Hoy vamos a ser muy felices... ¿A que no adivinas quién está?...

—¿Quién? —dije yo presintiendo la fatídica visita, y abriendo tremendos ojos.

—¡Tomy, tu querido amigo Tomy!...

Y agregó:

—Señor Tomy, adelante, aquí, aquí está... Aquí lo tiene usted... Sorpréndalo...

Tomy entró. Nos miramos. Temblaba yo de que se enterara del santo de Hellen y al mismo tiempo no me parecía del todo mal que lo supiese.

Pero en mi cerebro las ideas empezaban a desconectarse. Hacía un año justamente que yo estaba en estas andanzas. ¡Qué diablo, considéreme usted!

Hellen salió un instante. Tomy aprovechó para decirme:

—Hoy es 12 de marzo de 1912... Irving... Hoy quiero que almorcemos juntos...

—No tengo inconveniente, Tomy... almorzaremos juntos...

Noté que Tomy no me hablaba con el cinismo de otros días, de mi suicidio. ¿A qué obedecía este pudor póstumo de mi amigo?

Salimos y almorzamos en un hotel que está en la Quinta Avenida. El Saboya, que usted debe conocer, porque allí van mucho los sudamericanos. Almorzamos tranquilamente.

Después del pescado y de las banalidades, Tomy me interrogó a boca de jarro:

—Y, ¿has pensado Irving, en la manera cómo vas a suicidarte?...

—¡Psh! La verdad es que aún no lo sé —dije cortando una pierna de pollo; y casi increpándole—. ¿Te parece bien que me arroje al Hudson de cabeza, en el momento en que pase un buque? ¿Te parece?... ¿Te parece?...

—No me parece. Es fácil echar un botecillo y podrás fracasar en tu empeño...

—¿Y si me arrojara en la línea del subterráneo? Allí no hay escapatoria... Recuerda que un tío mío...

—No, Irving, me parece muy trágico. Prefiero que no haya sangre...

—Entonces puedo recurrir al veneno. Una inyección de morfina y al cuarto de hora un poco de gas...

—A las dos se cumple el año...

—Bien. A las tres me pondré en camino... ¿Te parece que me suicide a las tres?...

—No está mal...

Tomamos fruta. Yo trataba de paladear las manzanas, pero me parecían amargas. Volvió a pasar por mi imaginación un recuerdo. Yo podía decir a Tomy:

—Mira, Tomy. Tú no puedes dudar de mi cariño. Yo te he ofrecido mi vida y la voy a sacrificar por ti. Yo te quiero como a un hermano. Ningún afecto más hondo que el mío. Pero hablemos claro. Yo no me puedo ir al otro mundo con dos grandes borrones en la conciencia. Yo te he hecho una

trampa. Yo he mentido. Cuando tú echaste el último juego y aparecieron las senas y los ases, no eran tres senas: eran dos, y tú perdiste... Yo no tuve valor para permitir que tú murieras y me sacrificué y te impuse que declarases que yo había perdido. Recordarás que te amenacé con matarme, que saqué el revólver... ¿Te acuerdas...? Bueno, yo no dije la verdad; tú perdiste... Además, hay otra cuestión, más grave aún, que dificulta, legalmente, mi suicidio... Cuando yo acepté el contrato yo era Irving Winther... Pero sabes que hace dos meses, mi firma legal es Irving Winther e hijo. Porque desde que nació, mi hijo es mi heredero, y yo no soy más que su socio. Todo lo que yo tengo o pueda tener le pertenece. Y si yo me mato, yo le robo a mi hijo esa fortuna, de la cual vas a disponer... Yo no tengo derecho a sacrificar a un ser inocente. Yo puedo hacer lo que quiera con mi fortuna, pero no tengo derecho de disponer de la fortuna del pequeño Dick; ¿qué, qué me respondes?...

Indudablemente que yo podía argumentar de esta manera. ¿Qué podría responderme Tomy?...

Habíame quedado abismado en estas reflexiones, de las cuales me sacó Tomy para decirme la hora. Eran las 12 del día. Tomamos el café. Esto debe cebarse con champagne, dijo Tomy:

—¡Mozo, champagne!

¿Por qué no le dije entonces a Tomy lo que quería decirle?... ¿Por qué no tuve el valor necesario para definir mi situación? Tomy, con interés fraternal, me dijo entonces:

—Después de todo, Irving, ¿qué es la vida?... Una serie de desazones y contratiempos. Nunca somos felices como quisiéramos serlo; empeñado en alcanzar lo imposible y en subir a cumbres absurdas. Supongo que habrás leído, en estos

meses de prueba, el admirable libro de Maeterlinck que acaba de editarse en Nueva York. Ese belga sabe vivir y sabe lo que es la muerte. Ya ves todo lo placentera que pinta la última morada; qué paraísos se te esperan en el otro mundo... Al fin y al cabo tú sí que estás en el camino de la verdadera vida. Durante un año supongo que habrás pensado solamente en cosas abstractas, y ése es el verdadero estado según Kempis y San Agustín; tu espíritu se habrá depurado, seguramente te supongo ahora un ser superior. ¿Qué valen para ti las riquezas y los placeres de esta vida perecedera?... Yo me imagino y siento el asco con el cual ves ahora todo lo mortal que te rodea. Estoy seguro que te dan pena esos ventrudos banqueros que almuerzan en el rincón, junto a las palmeras. Y que esa señora gorda que ahora coge la manzana te mortifica. Estoy convencido de que tu espíritu superior desprecia el mundo, la vida, el fugaz encanto, que desprecias al banquero, y a la señora gorda; que me desprecias a mí... ¿Verdad, Irving?...

Era verdad. Yo despreciaba en ese momento a Tomy, y habría querido no oírlo. Pero él atribuyó, seguramente, a ese justo desprecio, el mohín de desagrado que apareció en mi rostro... Y continuó:

—¡Ah, Irving! Quién pudiera suicidarse con tal serenidad pagana como la tuya. Quién pudiera, sin faltar a compromisos ya contraídos, poder penetrar dentro de dos horas, como tú, en el insondable misterioso. Pero piensa aún en esto. La vida no tiene para ti misterios. Nada hay en el mundo, puesto que conoces Nueva York, que pueda asombrarte. Nada que pueda darte una nueva sensación. En cambio, dentro de dos horas, tú sabrás a qué atenerte respecto a las cosas trascendentales... El infinito te abrirá sus puertas. Tu espíritu irá a mezclarse tal vez con el de la Divinidad. Supongo que allá en el país misterioso, te encontrarás con los héroes. Washington,

Abraham Lincoln, Grant, todos ellos serán tus compañeros en la nueva vida. Cristo te recibirá con los brazos abiertos.

Apareció el criado con la cuenta, que pagué. Entonces me levanté y me dije:

—¡Qué diablos! Creo que va a ser imposible salir de este compromiso. Será necesario darle gusto a Tomy...

Me asaltó una idea. Desde el fondo de mi alma una gran voz me gritó:

—¡Irving, eres un gran necio! Tú podrías aún defenderte. Tienes un hijo. Miss Hellen te espera a comer. En el comedorcito, cuyo zócalo de caoba circunda la menuda habitación, bajo el gran quinqué de ópalo, estarán las flores, y alrededor de ellas, sobre un blanco mantel, las viandas confeccionadas por Hellen. El *puding* ha sido hecho por ella, las pastas las han amasado sus manos cariñosas y pulcras; ella ha dispuesto la sopa y ha escogido los vinos. Y esta noche puedes comer con ella, mirando cómo Dick juguetea con la fruta y se embadurna la cara con la mermelada... ¿Qué pasará a miss Hellen, a tu Hellen, si a la hora de sentarse a recibirte, aparece un hombre con librea, un empleado de la seguridad, le entrega un billete a Hellen, y ella lo abre y lee: «Miss Hellen: su amigo Irving Winther se ha matado. Disponga usted de su cadáver en la Morgue»? ¿Qué ocurriría a miss Hellen, entonces, y qué ocurriría, después, al pequeño Dick? ¿Piensas en esto, necio?...

Todo eso me decía la voz. Entonces yo tomé una resolución.

—Vamos —dije a Tomy—, vamos...

El auto nos condujo a la farmacia más cercana. Allí hice compras; me trasladé con Tomy, y le dije:

—Tomy, me harás el favor de prestarme tu casa para...

—No tengo inconveniente. Mi casa es tuya... Vamos.

Llegamos a la calle 27; el auto se detuvo. Di propina. Subimos.

Escogí el salón de fumar de Tomy. Allí hay una otomana amplia y mullida.

Me quité el saco. Pedí una piyama a Tomy. Echado en la cama desnudé mi brazo y me inyecté. Tomy me interrumpió:

—Me parece conveniente, Irving, que dejes un papel escrito para la policía...

Me alcanzó una carpeta de piel de lagarto y en ella declaré, sobre el blanco papel, con mano firme, que me suicidaba porque me daba la gana y que sería necio atribuir mi muerte a otros móviles.

Entonces comenzó mi tortura. Tomy creía que me había inyectado morfina, yo no quise decirle lo que me había inyectado. Empecé a palidecer. Llamé a Tomy y le dije:

—Tomy, *my dear* Tomy, yo me muero. Yo te quiero mucho. Yo soy feliz con la idea de que tú vas a serlo. Te recomiendo a mi pequeño Dick y a mi muy amada miss Hellen... Esto se avecina; dame la mano.

Nos estrechamos la mano. Tomy se retiró. Entonces quedé solo en la habitación. A poco el delirio, un delirio consciente pero inevitable, me invadió:

—¡Ah, qué dolor!... Me han engañado. Ésta no es la muerte que yo esperaba —decía retorciéndome en la otomana— yo muero... ¡Ah, mi pequeño Dick, mi pequeño Dick, mi adorada Hellen!... Yo quiero que Tomy me perdone y que Dios me perdone, porque yo hice trampa a Tomy, cuando jugamos nuestras vidas... Ruego a Dios que me perdone el haber

mentido... Yo le impuse a Tomy que dijera lo que no era cierto... Mi deseo de que él no se sacrificara me indujo a hacer trampa en el juego... Y pido también a Dios que me perdone el crimen que cometo, porque yo le he robado a Dick el dinero que ahora va a recibir Tomy... ¡Yo he robado a mi hijo! Dios me perdone este crimen... quiero morir pronto... ¡Ah, qué dolor!...

Me retorció trágicamente. Mis ojos se desorbitaban. Tomy entró de pronto y me tomó de las manos. Mis ojos estaban velados por la muerte y mis últimas palabras —porque después me lo contó Tomy— fueron:

—Perdóneme, Dios. Yo he mentido, he hecho trampa en el juego y he estafado a mi hijo...

Tomy, cogiéndome las manos, me dijo:

—Irving, Irving, hermano mío, *my dear* Irving. ¿Qué has hecho?... ¿Tú habías ganado?... Espíritu generoso, tú no debes morir. Soy yo el que debe morir. Mi debilidad es la culpa de toda esta tragedia. Yo temí que te mataras y por eso dije que eran tres senas dos ases. Irving, vuelve a la vida. Yo soy un criminal; yo he puesto esas sombras en tu espíritu.

Salió violentamente. Oí que hablaba por teléfono. Yo no había perdido la conciencia. Esperé en un estado indeciso. Me sentía entre la vida y la muerte. De pronto ingresó un médico y me inyectó en el brazo. Hiciéronme tomar bebidas calientes; poco a poco fui reaccionando. Cuando me vi en pleno dominio de mis facultades, abrigado y con unos frascos en el velador, me incorporé indignado:

—Tomy, Tomy —le dije— ¿qué has hecho?... ¿Por qué alargas mi agonía?...

Eché mano a mi revólver. Él me detuvo.

—Irving —me dijo— esto no es legal. Tú habías ganado. Tú me engañaste generosamente. El compromiso está roto.

—No, Tomy, yo perdí. Tú echaste tres senas, dos ases...

—Generoso Irving, tú eres un *gentleman*, pero mientes. Si persistes en matarte, me mataré yo también, *my dear*...

Yo no contesté. Tomy agregó:

—Son las siete. Es fuerza ponerse el smoking para la comida... Tenemos la misma ropa. Coge un smoking de mi ropero... Esto ha concluido. He perdido cincuenta millones de dólares... Vamos.

VIII

A las ocho, descendíamos el auto frente al *cottage*. Entramos. Miss Hellen nos esperaba. Tomy quiso despedirse, y entonces yo le dije tomándolo del brazo:

—*Dear* Tomy, te quedas a comer con nosotros, porque hoy es santo de Hellen.

Tomy le besó la mano.

IX

AL día siguiente recibí una carta de Tomy con estas palabras:

Dear Irving: Cuando recibas ésta ya me habré matado. Pero me muerdo tranquilo: estoy seguro de que eran *tres senas dos ases*.— Tomy.

He aquí, concluyó Irving Winder, el porqué de mi tristeza. El

cadáver de Tomy no apareció nunca. Nadie sabe cómo ni dónde se suicidó. Y a mí me queda esta enorme preocupación. Mi conciencia está empañada. Yo quiero matarme, amigo mío, pero cada vez que pienso ello me acuerdo de Dick, el pequeño Dick y de miss Hellen. Entonces desisto, pero cuando pienso en Tomy, en el infortunado Tomy, vuelvo a tomar la resolución de matarme. Estoy entre la vida y la muerte. ¿Qué me aconsejaría usted? Ya ve usted que yo no tuve la culpa. Fue Tomy, el mismo Tomy, el que me habló primero del asunto. ¿Quién, quién puede inculparme?...

Habíamos terminado de almorzar. El mozo nos encendió los puros.

CUENTOS

CHINOS

(sátira política)

Las vísceras del superior

o sea

La historia de la poca vergüenza⁷

⁷ Esta serie de «cuentos chinos» apareció en *La Prensa*, durante octubre y noviembre de 1915. Para entender la coyuntura, basta reemplazar: Siké = Lima; Chin-Kau = Guillermo Billinghurst (presidente peruano de 1912 a 1914); Rat-Hon = Coronel Óscar R. Benavides (presidente provisorio en dos ocasiones, de 1914 a 1915 y de 1933 a 1939); Ton-Say = General Luis Varela; Chun-Gau-Loó = El Congreso; Lun-Chin-

HABÍA en un lejano rincón de China, allí por los tiempos en que Confucio fumaba opio y dictaba lecciones de Moral en la Universidad de Pekín, cierta gran aldea llamada Siké, regida por mandarines, en la cual acaeció la historia que te voy a referir, Rolando, a condición de que la retengas en tu privilegiada memoria —pues la memoria es el principal auxiliar para los que han de gobernar a los pueblos— y tú, Rolando, tienes delante de ti grandes expectativas y todas las puertas abiertas, excepto las de la cárcel, que serán para tus víctimas.

Pues bien, en dicho rincón de la China, los hombres eran muy belicosos. Se armaban unos contra otros por quítame allá esas pajas. Las guerras civiles se sucedían con lamentable frecuencia. Morían muchos en cada una de ellas. No habían faltado grandes mandarines que pudieran haber hecho la felicidad del pueblo de Siké, pero ellos mismos, los habitantes, se habían encargado de esterilizar sus labores. Ante la amenaza de una disolución y de que el fuego del cielo arrasara la aldea y aniquilara a sus habitantes acordaron un día dar tregua a sus pasiones y elegir de común acuerdo un mandarín que fuese aceptado por todos. El designado fue Chin-Kau. Una tarde, cuando empezaban a caer las hojas de los ciruelos y el arroz empezaba a crecer, el Gran Consejo entregó el gobierno a Chin-Kau; por haber vivido muchos años lejos del pueblo, por su reconocida honradez, por su notable competencia, por su espíritu generoso y benévolo, era la esperanza de Siké. Cuando el gran consejo lo ungió, todo Siké aplaudió el ungimiento. Los altos dignatarios, las más discretas damas, la juventud sana, los sacerdotes de Buda, y hasta los más humildes laboreros dejaron aquel día sus arrozales y se dirigieron al palacio de Chin-Kau a darle el

Fú-Tón = Los soplones; Los manchúes = Los conquistadores españoles; Si-Mo-Hon = Simón Bolívar.

saludo. Desde el más alto y gordo juez hasta el más sabio sacerdote y el más infeliz y flaco chino de Siké concurrieron a las fiestas; se quemó innumerable cantidad de coheteillos, se representó en el teatro grandes dramas legendarios y el espíritu nacional vibró en Siké, con extraordinaria fuerza. Se alababa la prudencia, la sabiduría, la honradez, la generosidad y hasta la belleza física de Chin-Kau —que era feo— porque los habitantes de Siké parecían hijos directos de Chun-Chun, el dios del servilismo.

Cada decreto de Chin-Kau era motivo de las loas y regocijo público, durante los primeros días. Pero como los de Siké eran por constitución inconstantes, se cansaban de adular como se habían cansado de guerrear y un buen día comenzaron a hacerle el vacío a Chin-Kau, pero por lo bajo. Chin-Kau por su parte no se daba cuenta de estas cosas. Distanciado de la facción de los chincané por los chismes continuos de los batikau se consagró a labrar la felicidad de Siké. Les arregló las cuentas, les dio leyes, les administró con religiosidad los caudales públicos y todo iba a pedir de boca. Chin-Kau era confiado y no temía a nadie, pero esta confianza se la infundía su primer general, Ton-Say —que en castellano quiere decir junco flexible, porque así le llamó un historiador enemigo—. De la misma manera que Chin-Kau confiaba en Ton-Say, Ton-Say confiaba en su primer lugarteniente, el famoso Rat-Hon, famoso porque se había encontrado en una escaramuza contra el enemigo extranjero, donde los que murieron se vieron despojados de sus méritos por Rat-Hon. Rat-Hon había sido como el hijo predilecto del Gran General Ton-Say, el cual le había dado todo lo que Rat-Hon había menester, desde su borrascosa mocedad.

Un día llegó a la Corte la noticia de que se conspiraba contra Chin-Kau y que el principal conspirador era Rat-Hon, Chin-Kau llamó a Ton-Say, Ton-Say llamó después a Rat-Hon,

pero no se atrevió a acusarlo. Pero las noticias eran insistentes y hasta tal punto que Ton-Say se indignó contra los que se las traían, atribuyéndolas a envidia. Cuando Chin-Kau volvió a llamar a Ton-Say, Ton-Say le dijo que respondía con su vida de la lealtad de Rat-Hon. Insistió nuevamente Chin-Kau en que se conspiraba y entonces Ton-Say, casi avergonzado, llamó a Rat-Hon y le comunicó lo que ocurría. Rat-Hon, oyó en silencio, entristecióse y dos redondas lágrimas cayeron de sus ojos desviados. Tembloroso, sólo pudo contestar entrecortadamente:

—Por los arrozales sagrados de Kay-Pen, por las sabias máximas de Confucio, por los crepúsculos rosados de Hayty, por todos los cerezos en flor de los Siete cielos, por los colmillos del elefante gordo de Buda, oh, ¿cómo puedes concebir, gran general y padre y jefe mío, que yo pueda conspirar contra la estabilidad del magnánimo y sabio Chin-Kau, a quien le acabo de pedir un puesto para uno de los míos? Tu reproche entristece mi alma como la caída del sol entristece el mundo... ¡Ay! Yo me moriré de pena...

Ton-Say se conmovió con la respuesta de Rat-Hon. Otras dos lágrimas igualmente gordas cayeron sobre los pómulos de Ton-Say y sólo pudo agregar:

—Te envidian, Rat-Hon, y por eso te calumnian...

—Puedes dormir tranquilo —dijo retirándose conmovido Rat-Hon.

Ton-Say se dirigió a donde el Gran Mandarín Chin-Kau y le repitió las frases de Rat-Hon, agregándole:

—Podemos dormir tranquilos, Gran Señor.

Chin-Kau durmió aquella noche en el palacio de Siké y Ton-Say en el Castillo, rodeado de su ejército. Pero he aquí que

cuando la noche cayó sobre la ciudad y cuando las tinieblas eran tan negras como el alma de Rat-Hon, unas sombras se dirigieron hacia el dormitorio del general Ton-Say, deslizándose suavemente y con revólveres y carabinas que les habían dado para defender la integridad y la soberanía y las leyes de Siké, asesinaron el dormido cuerpo del heroico General Ton-Say, convirtiéndolo en una verdadera papilla. Después, otras legiones, capitaneadas por Rat-Hon, se dirigieron al palacio, atacaron a Chin-Kau, lo deportaron y lo asesinaron a disgustos. El autor de todo este proceso de cosas vituperables fue declarado mandarín y Rat-Hon subió al poder, por el servilismo, la cobardía y la confabulación pecaminosa de los habitantes de Siké.

En el gobierno, el nuevo y falso artero mandarín puso punto y raya a todos sus antecesores. No hubo pecado del cual no se le pudiera acusar con fundamento. Apropiose de la hacienda común el que antes no tenía un junco, compró arrozales, adquirió casa, hubo servidumbre; derrochó entre los suyos los bienes de los demás y las contribuciones de los de Siké pasaron a ser cuentas corrientes en los bancos; vendió en ventas deshonestas muchas propiedades del Estado; encarceló a los vasallos, violentó la leyes, ultrajó la libertad, quemó, saqueó, extorsionó, no hubo institución ni persona que no tuviera que reprocharle algún manejo innoble. Su gobierno era como una banda de elefantes paseando por un jardín de crisantemos. Los habitantes de Siké lloraron amargamente la lejanía de Chin-Kau, pero ya no tenía remedio, Chin-Kau acosado por sus enemigos había exhalado en el extranjero el último suspiro. Rat-Hon fue ascendido a Gran Mandarín por los miembros corrompidos del Consejo de Siké.

La acción vituperable de Rat-Hon, para con el mandarín Chin-Kau y para con el gran General Ton-Say, hizo escuela en Siké. Desde aquel día todos los lugartenientes quisieron

seguir las huellas de Rat-Hon. Y su desarrollo y consecuencias, que fueron interminables, serán motivo de otro capítulo. Porque todo está escrito en la memoria de los hombres. Por fin, un día, cansado y cuando no quedaba un yen en las arcas de Siké, Rat-Hon dejó el gobierno. La opinión pública de Siké lo condenaba, pero el Gran Consejo senil y corrompido, cobarde y débil, nombró una comisión de amigos de Rat-Hon para que le tomaran cuentas. Como en Siké los precedentes tenían valor de leyes, porque las leyes propiamente no existían, y los habitantes de Siké tienen mala memoria, la comisión no dictaminó nunca. Las fechorías de Rat-Hon quedaron impunes durante todas las dinastías que se sucedieron en el mandarinato.

A tal punto estaban invertidas la moral y las buenas formas en la gran aldea china de Siké, allá en los tiempos en que Confucio fumaba opio y dictaba lecciones de Moral en la Universidad de Pekín.

En el próximo capítulo se verá los resultados que tuvo la acción y gobierno del mandarín Rat-Hon en los destinos de Siké.

Ta-Ku-Say-Long

Exdirector de la Biblioteca Nacional de Tokio, condecorado con el Dragón Rojo, oficial del Crisantemo Azul.

El Hediondo Pozo Siniestro

o sea

La historia del Gran Consejo de Siké

Donde se habla incidentalmente de Si-Tay-Chong, «el desvergonzado»

SIKÉ, la gran aldea china que existiera allá por los tiempos en que Confucio fumaba opio y dictaba lecciones de Moral en la Universidad de Pekín, había sufrido grandes vicisitudes políticas. En los antiguos tiempos Siké había sido el centro de una importante civilización de la China, una especie de teocracia a base de servilismo que duró hasta la invasión de los conquistadores manchúes, que trajeron a los indígenas de Siké más vicios de los que ellos, sin esfuerzo, poseían y practicaban. Los manchúes esclavizaron a los de Siké durante siglos. Todas las riquezas de Siké, todas las contribuciones de opio, crisantemos, nidos de golondrinas, ratas en conserva, grullas, lotos, arroz y demás productos, iban derecho a parar al gobernador de los manchúes. Cansáronse un día los de Siké y por inspiración de algunos patriotas levantáronse en armas y quisieron ser libres. Pero fracasaron en su empeño y viéronse obligados a pedir auxilio a un capitán extranjero, de gran fama, que estaba a la sazón libertando otras comarcas. A él se entregaron los de Siké y él efectivamente los libró del yugo manchú, pero los sometió a su yugo. Éste, que fue un nuevo tirano, llamábase Si-Mo-Hon. Humilló a los aristócratas, despojó al gobernante natural, dispuso de las rentas públicas a su antojo, se hizo coronar, ahorcó en las plazas públicas a los altos dignatarios de la milicia, desmembró el territorio de Siké para crear nuevos estados que llevaran su nombre, se hizo gobernante vitalicio, pagó a sus soldados sumas fabulosas por servicios de guerra, y un buen

día se marchó después de haber humillado muchos nombres, franqueado muchas alcobas y suprimido algunas vidas ilustres. Sin embargo, los de Siké, que no pudieron olvidar nunca su origen de esclavos manumisos, lo proclamaron «el gran genio protector y alado, libertador magnánimo y dios titular de Siké», le levantaron estatuas de bronce y le cantaron himnos rítmicos y épicos. Ya se ha dicho que los de Siké parecían hijos directos de Chun-Chun, el dios del Servilismo.

Una de las cosas en las cuales consistía el gran orgullo de este vano pueblo de Siké, era su Gran Consejo. Todos los pueblos adyacentes a Siké tenían su Gran Consejo, pero estaba formado por altos dignatarios, por personas de privilegiado cerebro, por individuos probos y meritísimos; mas en Siké las cosas estaban invertidas. El Gran Consejo de Siké, llamado también Chun-Gau-Loó —que quiere decir «el Pozo Hediondo»— era una agrupación ineficaz y heterogénea de hombres de todas las tribus, de todas las castas, de todos los aspectos y de todas las tendencias. Sin saber cómo llegaron a juntarse en el Gran Consejo de Siké como las langostas en una trampa, o los camarones en un remanso, o las moscas en un estercolero, o los penitenciarios en una cárcel, o los pecadores en el Infierno, o Cielo negro; sin saber cómo llegaron a juntarse en el Consejo, pordioseros, tráfugas, oradores, criminales, hombres de ciencia, sacerdotes de Buda, bellacos, traidores, mudos, tramposos, deshonestos; había allí quienes huyendo de la justicia se habían acogido bajo el artesonado del Consejo, como los mirlos bajo los duraznos en flor; los había leprosos de cuerpo y de alma; los había que vendían sus votos por un puñado de arroz, o por un yen; los había, en fin, que no teniendo qué vender, vendían a sus compañeros. El Gran Consejo de Siké llegó a obtener tal fama que en los mercados, al verlos pasar, los vendedores ocultaban sus mercancías y se decían unos a otros:

—Despreocupado Chon-Long, vendedor de ranas jóvenes, esconde tus mercancías, ¿no ves que se acercan dos miembros de Gran Consejo?

El Gran Consejo, que carecía de patriotismo y de otras virtudes elementales, estaba siempre dividido en dos grupos. Unos que adulaban al Mandarín, y otros que le hacían guerra. Generalmente los que adulaban eran mayoría, pero siempre que se iniciaba un nuevo mandarín en el gobierno, peleábanse todos por ofrecerle sus servicios, y por alcanzarle primero la cebada pipa de opio. Como era imposible al Mandarín contentar a todos y dar a todos un pedazo, los resentidos iban a formar poco a poco el grupo de la oposición sistemática. ¡Y había que ver lo que hacía el Gran Consejo con los mandarines caídos! En el reinado del famoso y probo mandarín Chin-Kau, del cual se ha hablado ya, con motivo de la rebelión del famoso Rat-Hon, Chin-Kau, convencido de la abyección del Consejo, quiso disolverlo. Tomó de ello pretexto Rat-Hon, contra las leyes expresas de Siké, para encabezar la revuelta, diciendo que defendía la integridad del Consejo. Pues bien, Chin-Kau no llegó a atentar contra el Consejo, pero su defensor Rat-Hon lo atacó a balazo limpio, hirió a sus miembros, expatrió a otros, encarceló a muchos, y se hizo nombrar mandarín, a fuerza. Y bien, ¿qué dispuso el Gran Consejo para vengarse de Rat-Hon? Pues hacerlo gran Mandarín, concederle inmerecidos títulos militares y adularlo servilmente durante su mandarinato.

Bien cierto es que entre los que perteneciendo al Gran Consejo contribuyeron poderosamente a las tropelías y gatuperios de Rat-Hon, se encontraban el peligrosísimo Chin-Gau, el de la gran joroba; el agresivo Tu-Pay-Chong —que quiere decir «el que se hace el loco»—; el analfabeto y gordo Si-Tu-Pon, enamorado de la sucesión en el mandarinato; el mediocre Chon-Chi; y, sobre todo, el inolvidable, el

inolvidabilísimo Si-Tay-Chong, «el desvergonzado», que era más sucio y asqueroso que un escupitajo de suegra desdentada en cara de borracho tuberculoso. Si-Tay-Chong era plebeyo, astroso, mala persona, bajo de alma y de cuerpo, de espíritu mefítico, de uñas largas y negras, pedigüeño en su mocedad, insolente en su apogeo; adulador de los señores, déspota de los infelices, megalómano, cínico, inmoral, bruto, sucio, servil, falso, artero, intrigante, malévolo, presuntuoso, vacuo, fatuo, desleal, sin ley, sin conciencia, sin dios, algo buenmozo y de ojos dormidos, creía poseer el secreto de las siete ciencias, la trascendental filosofía de Buda, las sabias máximas de Confucio, las dotes literarias de Li-Kay-Pé, el noble uso de las armas, la difícil ciencia de administrador y la brillante virtud de la oratoria. Hablaba de honradez inmaculada y cobijaba malhechores; enseñaba en la academia de Siké y engañaba en ella, con falsas doctrinas, a la candorosa juventud; era capaz de vender su alma por un mimpau; su cuerpo por un nido de golondrinas; su honor, por una torta de sesos de murciélago; era un chino infecto; no había por dónde cogerlo. Todo esto es pálido retrato de lo que era en verdad, Si-Tay-Chong, «el desvergonzado».

Y así llegó a ser primer ministro de Siké en el gobierno desgraciado del famoso mandarín Rat-Hon. Por todo esto se verá que los habitantes de Siké merecían la suerte que les estaba deparada por Buda, el admirable padre de la sabiduría, el dispensador de beneficios, el que hace florecer los crisantemos en la primavera, y rompe el broche verde por donde surgen, en los lagos tranquilos, las blancas flores del loto frágil, bajo el cielo hondo y azul, en los paisajes multicolores de las comarcas chinas.

Ta-Ku-Say-Long

Exdirector de la Biblioteca Nacional de Tokio, condecorado con el Dragón Rojo, oficial del Crisantemo Azul.

El peligro sentimental

o sea

La causa de la ruina de Siké

CUANDO Chin-Fú quedó divorciado, realizó todos los arrozales que constituyeran su heredad y decidió viajar, en compañía de un leal servidor, por todas las aldeas de la China, presa de una cruel neurastenia. En los largos y pesados caminos, ya fuera en sillas cargadas por *moghines*, o en las canoas de paja, a la sombra de quitasoles leves, bordeando los canales, ensayó todos los medios de olvido: leyó los tres primeros libros del *Ayu-Say*, donde el filósofo Meng narra la adorable infantilidad de Confucio, pero se le caía el libro de las manos; buscó de intrigar su fantasía con los cuentos picantes de *Son-Vi-Hin*, pero los arrojaba luego; un día bebió aguardiente de arroz hasta que sus piernas claudicaron y en su rostro encendido los ojos vidriosos durmieron bajo los párpados pesados; otro día bebió la miel del junco amarillo hasta perder la razón; luego aspiró el *api-yin* de Benarés hasta convertirse en un semidiós, pero pasados los instantes del delirio, la cruel herida de su amor sepultado se reabría nuevamente para sangrar con persistencia lacerante. Entonces pensó en hacerse curar con un sabio famoso, Fan-Sa, hondo sicólogo que habitaba como un eremita en las desoladas ruinas de Siké, la gran aldea china que existiera allá por los tiempos en que Confucio fumaba opio y dictaba lecciones de Moral en la Universidad de Pekín.

Hacia las ruinas de la gran aldea encaminó sus pasos el joven desconsolado y una noche, después de muchas, cuando las adormideras florecían, Chin-Fú llegó a las puertas de la

muerta ciudad, donde todo lo que fuera algún día magnificencia, poderío y cortesanas galas, había desaparecido. Chin-Fú, que tenía ánima sensible, se interesó por las ruinas, y, llegado que hubo a la ermita de Fan-Sa, el sabio, conversó con él de esta manera:

—Dime, señor de la sabiduría y austera flor de estas comarcas, ¿qué es esto y cuál fue la ciudad entre cuyos restos anidas?

—Esto que ves, Chin-Fú, desmoronado y polvoriento; este desolado rincón, entre los muros rotos de cuyos palacios anidan los búhos y crece la yerba, fue la gran aldea de Siké, la sentimental. Siké era antigua, tenía noble pasado, abundante riqueza, fina y culta sociedad, academias y templos, hermosas mujeres y hombres de bien. Estaba germinando entre sus muros una civilización maravillosa. El porvenir le sonreía, y, sin embargo, en sus entrañas un mal indefinible y recóndito roía su organismo, de igual manera que el *chísick*, el conejo negro, roe las raíces dulces del cerezo blanco florecido. Siké había sido primitivamente un patriarcado ideal hasta que llegó la conquista de los manchúes, que la transformaron en la más rica y magnífica de sus colonias. Les inculcaron su religión, sus costumbres, los dominaron y los tomaron fantásticos, amanerados y serviles. Después de tres siglos de dominación, los de Siké, por influencias extrañas y por uno que otro arranque de altivez, se libertaron, gracias a la espada invencible de un gran guerrero, Si-Mo-Hon, el Libertador, que fue la causa única de la actual ruina de Siké. Si-Mo-Hon trató con inteligencia los asuntos de la gran aldea liberta, mas su política preparó la ruina; y sacrificó, a su patria lejana, la joven patria de Siké. Después vinieron los mandarines tiranos, las revoluciones, las guerras oprobiosas y lo esencial: el sentimentalismo, que fue el enemigo de la gran aldea. Porque los de Siké eran desvergonzados, abyectos,

chismosos, desleales, intrigantes, egoístas, interesados, lascivos, inmorales, golosos y desdentados, pero antes que todo eran sentimentales.

»Su sentimentalismo les hizo ganar guerras y regalar los territorios conquistados; hacer prisioneros y perdonarles la vida, tener ladrones políticos y disculpar sus fechorías. Su sentimentalismo les hacía perdonar al enemigo, adular al insolente, aplaudir al cínico, y dar de mano al bandolero. Así, al poco tiempo de la libertad, todos los aldeanos de Siké eran una bandada de sinvergüenzas, desde el que ocupaba un asiento en el Gran Consejo y vendía su voto y recibía dádiva de dos manos derechas y enemigas, hasta el soldado burdo que después de extorsionar en las provincias como autoridad, iba a la academia a dictar cursos donde hablaba del Bien, de la Honradez y del Honor: de lo que no tenía; tal fue Si-Tay-Chong, “el desvergonzado”.

»No faltaron ocasiones a los de Siké para reconquistar sus dominios, pero ellos eran sentimentales e incapaces de cobrar una ofensa o rescatar un despojo. Entre los dos grandes partidos que había en Siké, uno era burocrático y otro luchador. El burocrático procuraba la paz y el monopolio de las funciones públicas, el luchador hacía las revoluciones y buscaba un pseudo socialismo mental. El jefe de los luchadores, cuya gran inteligencia y honradas miras eran dogma de fe en Siké, tenía, no obstante, el grave defecto de ser prestidigitador: cogía hombres del arroyo o los sacaba sucios desde el fondo de la mediocridad, y por ingenioso artificio los mostraba al público como hombres de bien inquebrantables. Lo que dio lugar a que muerto el gran mandarín no pocos de sus adeptos se transformaran en lo que fueran siempre: seres relajados, ánimas impuras, redomados canallas, negociadores del dinero público, corruptores de las conciencias y farsantes para quienes las leyes eran papeles

escritos sin trascendencia. Famosas fueron las fechorías de algunos de los discípulos de Kon-Sin-Sak, el «Gran maestro de la barba nevada». Tu-Pay-Chong, que significa «el que se hace el loco», llegó a ser gran ministro de negocios extranjeros y su paso por el Estado dejó la misma huella sombría que deja en el mar amarillo la excreción del pez infecto; Lan-Gay-Ton, que pasara hasta por orador y hombre de bien en el reinado de Kon-Sin-Sak, se vendió por limitada merced; y el resto, de menos cínicos y más resignados, se conformó con el, en Siké, triste papel de honrados. No faltó por cierto en Siké un tercer partido político encabezado por disidentes del de la barba de nieve, pero de ellos, y de las causas de la muerte de Siké, me ocuparé cuando tu estómago reciba el bien imponderable de esta torta de arroz que mis manos han laborado —dijo el ermitaño, e induciendo a Chin-Fú, emprendió el camino por los matorrales solitarios, hacia el centro de la despoblada plaza de la gran aldea, mientras la luna filtraba sus rayos violados por entre las ramas de los sicomoros y ponía en la tierra, sobre las hojas secas y quebradizas, la fantasía nítida de una blancura rota, tal como sobre el mar juega de vez en cuando la espuma de las olas que se debaten contra las costas rocallosas, y que, cambiando, inestables, leves y frágiles, desaparecen inexorablemente en el misterio de la noche.

Los Chin-fú-tón

o sea

La historia de los hambrientos desalmados

CAMINANDO, pausadamente, por la avenida de los melocotoneros y ciruelos que va desde la Gran Portada hasta el sagrado rincón donde se venera, bajo los floridos ramajes, la Grande, Divina y Noble figura de Buda, a la hora del Crepúsculo, encontramos a nuestro paso, mi anciano tío y yo, a muchos transeúntes. Pasaban viejos de enorme abdomen, cansados bajo el peso de sus múltiples ropajes; jóvenes que canturreaban canciones rituales; mujeres que con la mirada baja acusaban su estado matrimonial, y ciertos individuos, que caminaban con la cabeza levantada, insolentes, ostentando ricos vestidos, con la demacrada palidez que produce el uso del *a-pi-hin*, o sea el opio de la primera cosecha de amapolas, y por lo cual el más caro; y hube de interrogar a mi bueno y anciano tío sobre tales gentes, que parecían ser muy reverenciadas:

—Mi tío y gran señor, podrás decirme ¿quién es este señor que te saluda?

—Es un chin-fú-tón. Habrás observado que no le he contestado.

A poco pasó otro y dijo a mi tío:

—Buda te proteja, Gran Señor, y conserve el largo de tus uñas curvas y transparentes, el color de tus mejillas que parecen a la flor del cáñamo que se copia en la tranquila corriente del lago azul...

—Y a ti el demonio te lleve a Chin-Gau, se apodere de tu

alma y seas vendedor de cuyes en los siete cielos, y te escupa un leproso, y te pida limosna tu mujer, asquerosa culebra —le respondió mi tío iracundo.

Yo me atreví a volver a interrogarle:

—¿Quién es este hombre, Gran Señor y Tío, que así te saluda?...

—Es otro chin-fú-tón.

—¿Y quiénes son estos chin-fú-tón, Gran Señor? ¿Son una secta? ¿Una casta social? ¿Un grupo político? ¿Acaso profesores de la academia?...

Mi tío respondió:

—Chin-fú-tón, como sabes, quiere decir en el idioma selecto de la China, en el clásico idioma de los dioses, ya olvidado, los hambrientos desalmados. En Siké, la gran aldea china que existiera como ya te he dicho, allá por los tiempos en que Confucio fumaba opio y dictaba lecciones de Moral en la Universidad de Pekín, había, como sabes, un Gran Consejo, llamado el Pozo Siniestro, alrededor del cual giraban todas las pasiones y todos los apetitos de los abyectos pobladores de Siké. No faltaban en el Pozo Siniestro algunos hombres probos, pero en pequeño número por lo cual eran incapaces de contrarrestar las perniciosas maquinaciones de los chin-fú-tón de la misma manera que una débil valla de bambú no puede detener el impulso impetuoso de un río. Los chin-fú-tón eran, en su mayoría, los individuos salidos de la baja clase, o por lo menos, de la clase desconocida de Siké. Poseían cierta viveza que en Siké era interpretada por inteligencia. Tenían los chin-fú-tón el tino de darse cuenta del medio en que actuaban.

»Algunos comenzaban escribiendo en los periódicos de Siké

en tremendas letras chinas, bajas y serviles adulaciones a los poderosos, prodigaban el premeditado elogio, la frase que hiciera sonreír al Mandarín o a sus adeptos, y de ellos conseguían regulares resultados. Algunos hombres de Siké, cuando no tenían otra cosa que hacer en la vida, ni un yen para dormirse con una pipa de opio, se dedicaban a chau-láa, es decir, a políticos, y una vez en la política se hacían chin-fú-tóns. Así conseguían ciertas posiciones. Otros, más rápidos, se iniciaban directamente en sacchay, o gobernadores de provincias, protegidos por algún miembro del Gran Consejo; y otros se dedicaban solamente a adular a los magnates.

»El gran problema, para el que tenía alma de chin-fú-tón, era ser miembro del Gran Consejo, porque sabía que una vez en el seno del Pozo Siniestro, las leyes no podían ir contra ellos, que se volvían intangibles. Para entrar, pues, hacían todo lo imaginable, sacrificaban todo, servían de todo, se humillaban ante todos, valíanse de medios violentos y vedados, realizaban las más indecorosas intrigas. Una vez en el Gran Consejo, se volvían simplemente industriosos. Ningún mandarín gobernaba en Siké —a excepción del mandarín Rat-Hon— con más amplios poderes; extorsionaban; imponían, negociaban. El chin-fú-tón, que antes de entrar al Pozo Siniestro era humilde, servil y familiarizado y hasta agradecido con el puntapié que recibía, tornábase, una vez en el Consejo, insolente, audaz y despótico. ¡Ay del que cayera en el odio peligroso de un chin-fú-tón, sobre todo si éste era protegido del mandarín a quien servía! Si el adversario del chin-fú-tón era agricultor, veía quemados sus arrozales; si negociante, se veía desposeído de sus mercancías; si rico, de sus rentas; si sencillo transeúnte, de su libertad. Estaba condenado a perecer de hambre en una mazmorra o a morir de miseria en un mercado, de pordiosero.

—¿Pero por qué tan abyectas gentes tenían tal dominio, tío?

—Porque los chin-fú-tón, una vez en el Gran Consejo, afiliábanse a un partido político de los muchos que se disputaban la supremacía en el Pozo Siniestro. Se ofrecían al mandarín incondicionalmente para representar sus intereses en el Consejo. Los mandarines, débiles en su mayoría, tenían la experiencia de que un chin-fú-tón, solo, basta para traerle los mayores disgustos y si son varios, la caída es irremediable. Un chin-fú-tón servía al mandarín mientras estaba en el poder y podía cebar su panza porcina; entonces secundaba en la calle el atropello y el asalto que realizara el mandarín y luego iba a defender la arbitrariedad y a aplaudirla en el seno del Consejo, y como siempre los mandarines tenían algo que les sacasen, siempre tenían temor a los chin-fú-tón. No había tradición de que uno de estos escarabajos hubiera acompañado dos crepúsculos siguientes a un mandarín caído, al cual sirviera, adulara, explotara y hasta traicionara la víspera.

»Estos chin-fú-tón, si no eran muy poderosos en el mandarinato y en el Gran Consejo de Siké, eran siempre suficientes, pues bastaba, como he dicho, un solo chin-fú-tón para causar la ruina de cualquier Estado. Eran como la sarna, la lepra, y el escorbuto, agregados al hambre, la revolución y el arroz salado. ¡Puf!

Escupió mi tío y continuando dijo:

—El chin-fú-tón se salía de un partido y se metía en otro por conveniencias; no teniendo nombre ni reputación que perder, carecía de pudor y se vendía; era cínico y temerario. Había algunos que habían pasado por todos los partidos políticos de Siké y otros, más prácticos, que tenían tarifas. Creaban intereses en el Gran Consejo, sirviendo bajas pasiones, comprometiendo a los demás, y éstos a su vez se veían

obligados a sostenerlos.

»Listos para servir al mandarín, tan luego como llegaban al poder, colocábanse en su palacio, hacíanle protestas de lealtad, elogiaban sus virtudes y hablaban mal de los otros. Todo lo que en sus largos discursos durante el gobierno eran virtudes, tornábanse defectos cuando el mandarín caía. El que era un día admirable, genial, probo, generoso, prudente y bello, era al día siguiente de su caída, por virtud de los infectos labios de los chin-fú-tón, necio, inepto, ladrón, cruel, temerario y feísimo...

»Sin embargo, no había fuerza humana capaz de extirpar a estas liendres de los chin-fú-tón. El Estado los alimentaba, el mandarín los temía, el pueblo los repudiaba y todos los miraban con asco, pero ellos eran los que mejor exprimían el jugo de su industria. Sacar un chin-fú-tón del Consejo, una vez que se había instalado en él, era más difícil que sacar la sarna a un perro, las garrapatas a un elefante o la lluvia al cielo azul, en el otoño lánguido.

»Usaban títulos, tenían prerrogativas y mercedes, dispensaban favores; y siendo odiados unánimemente, las gentes medrosas se descubrían a su paso. Porque ya te he dicho que los de Siké parecían hijos directos de Chun-Chun, el dios del servilismo.

Mi tío calló, llegó la noche, y los pétalos de las magnolias diminutas perfumaron las sombras fantásticas.

Ta-Ku-Say-Long

Exdirector de la Biblioteca Nacional de Tokio, condecorado con el Dragón Rojo, oficial del Crisantemo Azul.

Whong-Fau-Sang

o sea

La torva enfermedad tenebrosa

ENTRE los más graves defectos que ensombrecían el alma de los habitantes de Siké, la gran aldea china que existiera allá por los tiempos en que Confucio fumaba opio y dictaba lecciones de Moral en la Universidad de Pekín, existía uno llamado Wingfan, o sea «la torva enfermedad tenebrosa», que corresponde a lo que los occidentales llaman a la envidia. Era esta enfermedad lacerante epidemia mortal, más terrible que la peste negra, y contra la cual eran vanos los remedios de los médicos y todos los consejos profundos y sabios de los filósofos. El gran señor Confucio, en su libro rebotante de sabiduría y admirable de sana y paciente erudición Fon-ting-góo o sea *El tratado de las humanas pasiones*, dice refiriéndose a la envidia: «Juntad en un año la peste, la sequía, el hambre, el látigo de los chon, la caracha, la tempestad, la pestilencia, la lepra negra, el granizo en la cosecha de arroz, las frases del blasfemo, la carne de toro, y el beso de la vieja desdentada, juntadlas en un año y siempre quedarán veinte hombres vivos; pero con una frase de un minuto dicha por uno que tenga “la torva enfermedad tenebrosa” no quedará una sola reputación limpia».

En Siké, la envidia era el símbolo y la característica del espíritu nacional. La falta de talento, de honestidad y de circunspección; el olvido de la sana moral y de los antepasados; la carencia de sensación, la falta de grandes virtudes privadas y colectiva, hicieron que en Siké «la torva enfermedad tenebrosa» hiciera espantosa mayoría. Chong-Say, el célebre filósofo del siglo 86 de la Era Azul, contemporáneo de Sa-Gay, el poeta de los lagos, el cantor de

las azules aguas del río Hoang-Hó y el de Hon-Toy, el descubridor del aceite de tortuga blanca por la cruel enfermedad llamada «el sollozo persistente», aquel sabio filósofo que tiene hoy una estatua en la vía de las tumbas en Shanghái hace en uno de sus libros el siguiente esquema de «la torva enfermedad tenebrosa»: Kan-Sin, padre de Son-Chó, tiene hambre, y es ambicioso; Son-Chó, padre de Gó-San, es pordiosero y malévolo; Gó-San, padre de Mong-Fú es avariento y despechado; Mong-Fú, padre de Wang-Sán, es leproso y despreciable; Wang-Sán, padre de Jo-Ji, es salteador y presidiario; Jo-Ji, padre de So-Chof, muere en la horca, y So-Chof, que ha recibido esta herencia, envidioso.

Así pues, sólo recae «la enfermedad tenebrosa» en quienes no tienen en la envidia nada que se les haga halagadora. En Siké los pobladores honestos eran el alimento de los enfermos de la envidia. Cuando un adorador de Weng-Chan —dios de la literatura— era favorecido en sus versos y canciones; cuando el rico sembrador hacía una buena cosecha de habas; cuando el vil carnicero sacaba más pesas de grasa del cerdo joven; cuando el pobre de hacienda, a fuerza de estudio y de virtud era favorecido por el mandarín; cuando el transeúnte llevaba un traje de seda amarillo, cuando el honesto labriego podía comer un paté de entrañas de gamo o un nido de golondrinas; cuando el alumno distinguido de la academia conseguía una mención de honor; cuando el justo era alabado; cuando algo bueno hacía sonreír el alma de los habitantes de Siké, los enfermos de «la torva enfermedad» saciaban su despecho en la reputación del favorecido. Así, el que en Siké no tenía envidiosos, era un infeliz en el concepto de las gentes de bien. Era necesario ser muy despreciable, tener todas las fallas morales y todas las llagas del cuerpo para que los envidiosos no se ensañaran contra el infeliz. La valía de los hombres de Siké se graduaba según el número de envidias que despertaban. Así se decía: «Fan-Gan vale mucho más y tiene

más méritos y virtudes que Chan-Tó porque aquél tiene cincuenta envidiosos y éste sólo goza de cuatro».

El insensato afán de los atacados de «la torva enfermedad» era nivelarse con los que, a fuerza de trabajo y de virtud, conseguían una situación respetable. Al que tenía gran talento se le adjudicaba una leyenda terrible. Así a Fo-Ló, que pasaba por ser un orador maravilloso, se le tildaba de banal y transigente; al Gran Chin-Kau, aquel mandarín modelo, echado del gobierno por el repudiado y nefando Rat-Hon, se le acusaba de borracho; sin embargo al mediocre Pu-Tay, que no tenía grandes merecimientos, apenas se le inculpaba de ser refractario al aseo personal, y a Chin-Chí, que siendo despreciable ocupaba airada situación, sólo le acusaban de su fealdad fisiológica.

Pero la terrible enfermedad tenebrosa en medio de todo tenía una virtud: hacía resaltar el mérito de los atacados por sus garras. En los pantanos ocurre que el fango del fondo, donde anidan las miasmas de todas las enfermedades, y donde hay repelentes y oscuros animales venenosos, crece la raíz que, surgiendo de la superficie, hace abrir en su extremidad, entre hojas verdes, la blanca e impecable flor de loto; así, del fango de Siké, donde la envidia tenía su reino, surgían las reputaciones más blancas. Y entonces por contraste honesto sabían distinguir bien entre un virtuoso o un enfermo de envidia, porque el que estaba atacado de «la torva enfermedad» era inquieto, pálido, de acerado mirar, en el cual delatábanse todas las sombras de su alma; febril, atormentado, perseguido por la felicidad ajena, iba por los campos y por las ciudades descarnado, con los ojos de insomnio, trágico, escupiendo la babaza de una frase oprobiosa sobre las sencillas flores; y así vivía y moría, en una perpetua fatiga, sólo comparable a la del fumador de opio cuando carece de la droga del ensueño.

Sin pan, sin comodidad, sin amigos, sin satisfacciones sanas, sin esperanzas, agobiado por el fardo de maldades que cargaba en la espalda, sin tener un antepasado de que enorgullecerse, sin haber realizado una obra que lo dignificase, estéril, incapaz, despechado, sombrío como un fraticida asustado a veces por su propia conciencia, moría en un rincón olvidado, rodeado de podre, lleno de úlceras, huido de los perros, entre un montón de basura, a la orilla de un río, sin una frase de consuelo, sin una gota de agua para aplacar la sed perenne, maldecido, como una rata pestilente y mefítica, llena de maldiciones, de desprecio y de condenación, mientras en el campo florecían los ciruelos y en la ciudad sus enemigos.

Eran los envidiosos los peores enemigos de toda la sociedad, pero como los fi-ti-ho, las larvas del cerezo, sólo podían morder la cañas porque sus dientes eran impotentes para penetrar en la madera fina de los árboles nobles, que embellecen con su copudo ramaje, los valles multicolores y perfumados que extienden, no sólo en la gran aldea de Siké sino en todo el inmenso territorio de la China, desde las heladas regiones de la Manchuria, hasta los cielos tropicales y pantanosos de Yunnan, donde florecen los lotos, a la primera sonrisa luminosa de la dulce primavera naciente...

Ta-Ku-Say-Long

Exdirector de la Biblioteca Nacional de Pekín, condecorado con el Dragón Rojo, oficial del Crisantemo Azul, etc.

CUENTOS

HUMORÍSTICOS

La tragedia en una redoma

BAJO la luz roja del quinqué, hablaba yo con «Aquel» que vive dentro de mí, de esta manera:

—Necesito un cuento —le dije.

—Mi querido Valdelomar —repuso «Aquél»—, voy a relatarle el que he visto...

Tu hermano te trajo, desde la fecunda lejanía del Madre de Dios, junto con la tortuga «Cleopatra» de que te hablara el otro día, unas flechas de *chonta*, vistosos collares de huesecillos, ricos atavíos de las *Tahís* montañeses y además, un mono...

Yo no he tratado muy de cerca a los monos, de quienes sólo tengo referencias por Rudyard Kipling, quien los agrupa bajo el mote despectivo y genérico de los «vanderloog». Si bien es cierto que creía todo lo que de ellos apunta el poeta inglés, jamás mi alma fue enturbiada por la más leve aversión a tan ágiles pre-hombres, ya que los monos no son en el fondo sino trogloditas retardados. El mono de hoy será el sabio de mañana, así como el catedrático de hoy no es sino el mono de ayer...

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! —le interrumpí...

—¡Además —siguió diciendo «Aquél»—, este mono pequeño y juguetón parecía conducirse tan bien! Sus mayores

audacias eran subírseme al hombro por el codo, coger con delicado gesto furtivo una aceituna a la hora del refectorio, trepar a los muebles, cazar moscas y mirarse en el espejo. Cosas inofensivas y muy humanas, como ves.

Nuestra zoología doméstica la componen unas ocho gallinas alharaqueras, unos pollos enclenques y vivaces, un perro plebeyo y muy querido que lleva el romántico nombre de «Capulí», una lora que tiene mutismos parlamentarios, dos líricos jilgueros, y a más de una que otra pulga casera, tres pececillos de colores en una azul redoma, que cuentan hoy entre los seres del martirologio acuático. Eran los tales, purpúreos, finos, inquietos, breves, austeros en el yantar, infantiles en su holganza, felices en redoma donde una hoja verde de lechuga servía de artesonado y de platón...

«Aquél» continuó:

—Los tres pececillos y el mono «Kaiser» —que así se llama el ladino— son los dos polos de una tragedia tan pavorosa como la sombra que la protegió. No justamente una tragedia a lo D'Annunzio, sino a lo Dante. Varias veces, mientras tú escribías en un extremo vi que el mono se acercaba a la redoma azul que decoraba el centro de la mesa del comedor, observando detenidamente la vida de los peces. Pronto comprendí que los pececillos eran una preocupación de «Kaiser». Un día intentó meter en la redoma sus finos dedos largos. Otro, constaté que antes de acercarse a ellos, observaba si le veían. Más tarde lo vi alejarse furtivo y de prisa, y por fin una noche, al volver del cinema, le sorprendí con tremenda panza hidrópica, pues había intentado beberse toda el agua, para, dejando en seco a sus víctimas, tenerlas a su grado y merced. Sus sentimientos, pues, respecto de los animalillos estaban con esa actitud, perfectamente definidos...

Desde aquel día te insinué la idea de que le encadenaran y así

estuviera aún, si una piadosa mano infantil no le devolviera la libertad. Libre, comenzó a adularle. Mirábate, sonreía; trepado sobre tu hombro, acariciaba tus cobrizos carrillos gordos, redondos y brillantes, y delante de ti pasaba repetidas veces cerca de la redoma haciendo ostentación de su desdén hacia los peces, sin dignarse mirar al infeliz terceto de la piscina.

A tal punto hizo gala de su desdén, que yo perdí todo cuidado y te ordené que no se volviera a coactar su libertad. Era dueño y señor de la casa, y hasta llegué a tomarle cariño. Frívolo, ágil, gracioso y sonriente, parecía criado en Mercaderes. Parecía un «entalladito» universitario y linfático. Su poder de asimilación me maravillaba. Cuando yo, en las noches, delante de mi caballete, me ponía a dibujar, colocábase en tu hombro, y mirando detenidamente mi labor, parecía asentir con la cabeza, a cada trazo como si quiera expresarme: — «Anda, mi señor; qué bien está la nariz esa. ¡Tú dibujas mejor que Málaga Grenet⁸!»— y como el orgullo es la puerta de entrada al fuerte del humano corazón, yo concluí por buscar a «Kaiser» cuando había menester de hacer mi intelectual tarea...

—Es curioso —dije.

«Aquél» repuso:

—¡Ah, condesito! ¡No confíes en los monos! Son serviles, aduladores, solícitos, graciosos, inteligentes y embusteros. Sin erudición, poseen la mágica virtud de ciertos secretos que por insignificantes te son desconocidos. Tú puedes evitar el ataque del león que te asalta de frente y en despoblado; puedes esperar el ataque del mugiente toro, del boa espirálico

⁸ Julio Málaga Grenet (Arequipa, 1886-1963), destacado caricaturista peruano. Compartió labores con Valdelomar en los semanarios *Monos* y *Monadas y Variedades*. (N. del E. digital)

y envolvente; son fuerzas que ves y percibes para la defensa. Pero ¿quién se detiene a pensar que el perrillo que ladra lastimero puede dejar la hidrofobia junto con el mordisco en la redonda pierna, o que la mezquina rata deje la peste en una pulga que te pica sorpresiva y anónima, o que el mono pueril pueda hacer perjuicio y desperfecto? «Kaiser» era el más villano de los simios. Era un «vanderloog». Adulándome, rumiaba una pasión salvaje. Una tarde salimos, pasada la oración. El mono había estado más galante que nunca. Para él la vida giraba alrededor de la caricia que pudiera dispensarle tu mano pulcra. Acompañonos hasta la puerta y al marcharnos sus ojos brillaron extrañamente. Occiduo, el sol doraba los árboles, y mi imaginación volando en las nubes crepusculares olvidó bien pronto a «Kaiser».

Aunque billinghursta —que lo soy— conservo algunos amigos. Era domingo. Encamineme a Chucuito, donde junto a las olas, en una casa de limpio maderamen, como en una Caja de Ahorros tengo algunos afectos. Cebé mi espíritu con la visión marina, puse en la caserina de mi fantasía los cinco tiros de cinco sonetos, curé mi cansancio, laxé mis nervios, aspiré el yodo, reposé en la arena mórbida; di a tu lenguaje media hora de locuacidad y de recreo, paladée un *cocktail*, vi las pupilas de los barcos rielar en las oscuras aguas, narré viajes, hablé de lejanos días confortables y volvimos a la capital con los zapatos deslustrados y el alma plácida y transparente.

Al siguiente día, muy de mañana, extrañé el jovial escarceo del mono en mi velador. ¿Por qué pensaba yo en el mono? El corazón es el termómetro de los sentimientos, el regulador de la vida, profeta rítmico de sucesos, especie de telesismógrafo de siniestros acaecimientos. Quisiste dormir, pero él te decía con insistencia, presionándote desde la arteria aorta: ¡Hombre necio, levanta!... ¡Levanta, que algo grave te espera!

Cogiste tu *robe de chambre* y salimos del dormitorio.

La luz indecisa del amanecer tamizaba las poltronas y los cuadros del salón. Todos dormían aún. Entramos al comedor. En la penumbra brillaban vagamente copas, garrafas, jícaras. En el centro de la mesa sentimos como un suspiro desfallecido y el tac-tac-tac de agua que cae sobre el piso, isócronamente.

¿Qué vimos? ¿Recuerdas? ¿Qué vimos espantados? ¿Qué ráfaga cegadora cruzó por nuestra mente? ¡Ah! ¡Si hubieras tenido en el bolsillo de tu bata de seda gris, en vez de un pañuelo, un revólver cargado con siete tiros! Sobre la mesa y en el centro do estaba la redoma yacía «Kaiser» exánime; junto a él, decapitados y fríos, los cuerpos inertes de los tres pececillos de púrpura, el agua derramada como sangre en la sobremesa, y rodeándolo todo, el silencio helado y elocuente que sigue a toda lucha de exterminación. «Kaiser», «Kaiser», el mono diminuto que apuntaba mis dibujos, había acechado tus pasos para vengarse. Pero en el pescado llevó el castigo. Todo delito se purga y el de «Kaiser» se purgó también.

Diste voces de alarma a los criados, volviste al lecho y por la tarde en la comida cuando se trató de regalar a «Kaiser», tras una breve lucha íntima, le defendí. Tuve el cinismo de dictarte disculpas; encontré excusas ingeniosas y «Kaiser» se quedó en la casa. Después de todo, pensé, los pececillos han muerto injustamente, es verdad; pero ellos jamás se dieron cuenta de que yo por las noches, dibujaba... ¿No te parece, Valdelomar?

«Aquél» callose.

—Efectivamente —le dije—. Bien puede ser éste un cuento *d'après nature*.

La redoma sirve ahora, con un poco de algodón de rama, para

que duerma «Kaiser», el pequeño mono, el sabio animal, el objeto de nuestra estimación acendrada.

La historia de una vida documentada y trunca

I

Cómo se suicidó Garatúa —Sus memorias —Un capítulo inédito

—¡AZAR! —gritó la voz cavernosa del chino. Y su garra, tirante y ávida, enflaquecida por el opio y ciertos pecados orgánicos, echose sobre el puñado de monedas. Allí, en la pomposa compañía de libras, soles, medios soles y billetes, fueron anónimos, casi vergonzantes, las dos últimas pesetas de Gerónimo.

Él no tuvo gesto alguno de indignación. Aceptaba serenamente la fuerza del Destino. Más que a probar fortuna, había ido a jugar para constatar su mala estrella. Era lo único que no había hecho en su vida: jugar. Iba a suicidarse y no quería realizar esta disposición desesperada sin haber buscado todos los caminos. Él había adulado —método eficacísimo—; él había sido desde inspector de colegio hasta cronista de periódico; había debido; había convidado; había sido orador político en las plazuelas y los clubs; había tenido amigos en todas partes, y sin embargo todo ello había tenido una sola coronación: el fracaso. Se suicidaba después de haber tocado todas las puertas. Antes de haber arrojado sus dos pesetas sobre el tapete, al presentarse ante Dios, con la venia del portero barbudo, Dios podría haber tenido que increparle,

pero ahora cuando él se presentase ante el Gran Arquitecto, éste le preguntaría:

—¿Por qué te has suicidado?

—Porque todo me salía mal.

—¿Pero por qué no jugaste? Si hubieras jugado...

Pero ahora el del triángulo y la paloma no podría objetar. Gerónimo quería tener la satisfacción de verlo perplejo. Porque, ¿qué le podría decir Dios?

Salió Gerónimo dando una última mirada sobre aquel grupo de hombres febriles en cuyos ojos brillaba la extraña pasión y ya en la calle, filosóficamente, con esa serenidad socrática que le acompañara siempre, hizo un comentario imparcial sobre el Destino. Decididamente —pensaba— hasta el Destino se ha prostituido. Antes dictaba sus leyes misteriosas desde el Corazón de una Montaña, o a través de los labios de púrpura de una virgen armónica en Delfos, o desde el sitial terciopeloso de los Sumos Pontífices, pero ahora se manifestaba, para decidir la suerte de los mortales, sentado en una silla de esterilla, en unos altos viejos de la calle de Plumereros, ante un tapete verde billar, por la boca desdentada y los labios anémicos de un chino flaco, entre tres y media y un cuarto de la mañana.

Acogió su cuello entre la solapa, metiose las manos en los bolsillos, y así, un poco de prisa, se fue camino abajo. La noche estaba serena. Un cielo azul, raro en Lima, ofrecía el mago sortilegio de todas sus constelaciones claras y distintas. Al llegar al puente de piedra, se detuvo un instante. Miró las aguas, vio cómo se perdía el cabrillar entre los débiles arbustos, y se acordó, sin saber por qué, del «Rímac» [que]

escribiera y enviara a *Variedades* para que don Clemente⁹, en manifiesta oposición con su nombre de pila, le diera un palo en el Correo Franco, porque ni eso pudo ser en el Perú Garatúa, ni siquiera poeta...

Entró a su casa. Tiró el sombrero sobre la mesa de pino claudicante, y se sentó en la revuelta cama, como Bécquer. Parece que Gerónimo ordenó algunos papeles, que son los que a mi mano pulcra y ducal han llegado y uno de cuyos capítulos reproduzco a continuación. Acabada esta labor, Gerónimo se resolvió, se hizo la cruz, tomó un trapo casi incoloro, lo colgó en los barrotes de la ventana, y a poco, pendía colgado, con la cara congestionada y tremenda lengua amoratada y afuera.

Gerónimo se había ahorcado con una corbata de medio luto.

Las Memorias de Garatúa

Cojo, al azar, uno de los capítulos de las *Memorias* de Garatúa, mientras el tiempo me permite ordenarlas y ofrecerlas en un tomo en cuarto y con letras de oro.

¡Estoy destinado!

«Septiembre —Lunes.

Debo ser sincero. He perseguido este puesto con ahínco. He conseguido que me nombren. ¡Había oído decir que conseguir un puesto era cuestión tan difícil! No es tanto. Porque, vamos a ver, ¿qué favores le he hecho yo al señor Cotrina para que

⁹ Clemente Palma (Lima, 1872-1946), escritor y periodista peruano, hijo del tradicionalista Ricardo Palma. Fue director de las revistas *Prisma* (1906-1908) y *Variedades* (1908-1931), y del diario *La Crónica* (1912-1929). Sus obras más conocidas son *Cuentos malévolos* (1904), *Mors ex vita* (novela, 1918), *Historietas malignas* (1925) y *XYZ* (novela, 1935). (*N. del E. digital*)

me haya servido tan a tiempo? Ninguno. El señor Cotrina tiene influencias, sabía que le iban a dar este puesto al hijo de su adversario en Calca, Macedo, y por hacerle la contra hizo que me lo dieran a mí. Con buscarse cada vez al enemigo de más influencia del que pretende el puesto, la cosa está arreglada. ¡Cuánto le agradezco, sin embargo, a Cotrina este puesto de amanuense! Y cuánto le agradezco su enemistad con Macedo. Si Cotrina no hubiese sido candidato por Calca; si Macedo no le hubiese echado bala a su casa; si Cotrina no hubiese asaltado a Macedo en la Plaza de Armas de Calca; si Macedo no le hubiese entablado juicio criminal; si el Juez no hubiese sido amigo de Cotrina; si Macedo no hubiese acusado al Juez; si el Juez no hubiese sido amante de la señora de Huamán, a quien pretendía el subprefecto; y si Cotrina no hubiese sido pierolista, yo no estaría ahora, sentado en un alto banquillo delante de un libro inmenso, copiando los decretos del señor Bedregal, rubricados por S. E., en un cuarto a medias obscuro, por el cual tengo la mística visión de las torres de la catedral, perennemente.

No me disgusta el sitio, es alegre. Hay una claraboya octoédrica sobre la habitación. Hay una serie de casilleros, hay varios empleados y algunos ya son amigos míos. Hasta el señor Masías, ese buen señor Masías que a todos les es tan antipático, a mí me parece un buen señor. Que tiene asma, que le silba el pecho, que parece un celador que anunciara la paz de una hora en la tranquilidad de la oficina... El pobre no puede impedir que el pecho le suene. Pero vamos a ver quiénes son mis compañeros de oficina. Mejor dicho, quiénes son los jefes a quienes tengo que adular todos los días. El Ministerio, por la parte que yo entro, porque tiene dos puertas, está compuesto de un director, dos jefes de sección, cuatro amanuenses, el portero y dos o tres amigos que vienen a visitar a cada uno de los empleados. Total, cincuenta ociosos.

El director es persona simpática, parece muy bien relacionado. Usa zapatos de media suela; ha sido jefe de la gendarmería de Huancayo, director del Colegio de Puno, y usa la pluma sobre la oreja, en sus momentos de ocio. Es bachiller y según oigo decir quiere ser abogado, por ley del Congreso. Tiene un buen sueldo, pero no sé en qué lo gasta, porque un día vino aquí uno de sus hijos, con otro de cuatro años. El niño mayor tenía los zapatos, me atrevería a llamar rotos, aunque comparados con los del auxiliar de la contaduría, parecieran flamantes. Los dos hijos del director entraron y el mayor dijo a media voz:

—Oiga, usted, portero, ¿está mi papá?...

—¿Y qué tiene que hacer aquí tu papá? ¿Quién es tu papá?

—El señor Sánchez...

El portero enmudeció. Agregó después como tomando a broma lo que había dicho antes.

—Anda, ¿así es que tú creías que yo no conocía a tu papá? Ven por aquí, buenmozo, que le voy a avisar...

Los empleados se dieron cuenta de la presencia de los pequeños delfines y los acorralaron. Uno le encontraba parecidísimo a su padre, otro lo encontraba rubio, el de más allá decía:

—Si no supiera quiénes son, habría creído que eran ingleses...

Mi jefe directo, el de la sección de fincas, llegó cuando los muchachos hablaban con el padre y les dijo:

—Vaya un par de chiquillos más marciales. Éstos deben ser militares, señor, deben ser generales como su excelencia el Presidente de la República, para que defiendan a la Patria...

El menudo, el de los cuatro años, tembloroso, abrazó al director de las piernas y le dijo:

—Papá, yo quiero ser *tambiyero*...

Todos encontraron deliciosa la respuesta, celebraron la ingeniosidad de los retoños de Sánchez y cuando se iban, cuando cada uno se dirigía a su asiento, el viejo señor Masías se levantó apresurado y cogiendo al pequeñín le dio un beso. El niño lloró asustado. Entonces Garrido, el de la raya al medio, dijo fuerte, como para que lo oyera el director:

—¡Caray! Para eso nomás sirven, para asustar a los niños...

Yo le tendí una mirada a Masías, en silencio, y él me miró también y en su mirada sentí que me agradecía mucho aquel abrazo...».

Así termina este capítulo de las memorias inéditas de Gerónimo Garatúa y Baquerizo.

II

ASÍ comienza esta hoja del diario del señor Garatúa:

«Yo soy una excepción de la vida ciudadana en el Perú. Soy tal vez el único hombre que ignora la placidez deliciosa que produce la posición de esta palabra: Destino. La frase: *estoy destinado* es la primera vez que la escribo. Oigo a mis conciudadanos con frecuencia quejarse del Destino. Qué haría, cuánto he hecho y lo que me espera hacer para adueñarme al fin de esta fatídica palabra. Entre los griegos, el destino es una cosa intangible. Algo que no se puede agarrar. Los griegos tenían razón. Para mí, por ejemplo, el destino ha

sido griego del todo. Entre nosotros la palabra destino tiene una otra significación: tanto de sueldo por no trabajar. La originalidad de mi país me sugiere este hondo pensamiento que es una ley social: *Trabaja por conseguir un destino para que no trabajes.*

Yo no sé, en verdad, por qué el destino griego me azota, y el destino criollo me huye. Tal vez porque les voy siempre en pos. ¿Por qué no me he destinado yo nunca? No por incapacidad, ciertamente; ni por negligencia, ni por falta de deseo. Yo he sido Guadalupano. En el colegio de la calle de la Chacarilla me saqué siempre los primeros premios. Conozco el latín con pequeñas reticencias. No podré traducir a Marcial, pero entiendo, buscando las raíces, una que otra frase en el Congreso. Yo no me explico por qué se me condena a morir de inanición. Tengo buenos amigos; visto con notable discreción; soy parco en opinar; uso anteojos con cinta; cuando estoy cerca de algún personaje opino, con voz fuerte, con cosas gratas a su oído; leo y hablo tres idiomas; uso corbatas negras; me baño cotidianamente; me tuteo con algunos altos empleados de la administración; no bebo en público; no soy austero en privado; pertenezco a un partido político; asisto a todos los banquetes de todos mis conciudadanos; a veces paseo por el centro con jefes de partidos; con ex ministros, diputados.

Un día me atreví a salir con un fraile, ¿por qué? ¡Porque yo no consigo destino! Mi vida es un continuo tormento. Sobre todo estos trágicos días de cambio de gobierno. Cuando salgo por el centro, y mentalmente sonrío ante la idea de que la tarjeta de recomendación que llevo sea eficaz, cuando mi almita se recrea y mi estómago se refocila con tales posibilidades, llega un amigo y me dice así sin miramientos:

—Cholo, ¿sabes lo que ha pasado? ¿No sabes?

—No —digo temblando.

—Tijero, hijo. ¿Te acuerdas de Tijero? Un imbécil. Pues lo acaban de nombrar jefe de la mesa de partes.

Y cada noticia de éstas es un frasco de veneno para mi alma. Hay noches en que la vigilia me sostiene y me tortura. En las largas horas, entre las sábanas hostiles de mi pequeño lecho, sueño muchas veces con estar destinado. Sería un empleado modelo. Mi ideal por ahora consiste en la secretaría del Ministerio de Justicia. Yo me pondría todos los días mi chaquet ribeteado, mis guantes palúdicos, mi corbata con estremecimientos de plata, mis botines a dos colores, transigiría en el peinado de raya al medio, hasta me puliría las uñas. Iría a la oficina a la una de la tarde. Saludaría amablemente al portero, sería bondadoso y afable con todos los solicitantes, y cuando el ambiente anunciara la proximidad de su señoría, cuando todos los empleados se secreteasen y por el estremecimiento de la voz lánguida comprendiera que el ministro llegaba, saldría hasta la puerta y con una genuflexión palatina y grave, pero alborozada y discreta, saludaría al ministro. ¡Ah!, pero éstos son sueños. Me acuerdo que, cuando Billinghamst, tuve muy buenos amigos. Llegué a congeniar hasta con Casaretto, me saludaba con un señor Reyes que llegó a superintendente de aduanas, tomaba el *cocktail* con Valdelomar en el Palais Concert, comía con Manuelito Químper, me relacioné con Paz Soldán, pero a la hora de los moros me quedé sin destino. Yo habría sido feliz con una comisaría rural en un valle de la montaña, con una capitanía de puerto, con un demonio. Cuando iba a hablarles a mis amigos pudientes:

—Sabe usted —les decía—, que ha vacado la subprefectura de Ayabaca. Yo quisiera que usted le hablase al presidente; usted tiene una gran influencia. Yo lo sé —y remarcaba *yo lo sé*—; usted hace lo que quiere en palacio... el presidente lo

escucha a usted...

Y todos me respondían:

—Una subprefectura, ¿está usted loco, Garatúa?... ¿Usted en una subprefectura?... Sería perderse. Usted debe pedir un puesto en el extranjero... pida un puesto de cónsul, una secretaría... La gente no le saludaría si supiera que usted había aceptado una subprefectura... Qué ocurrencia... No se apure. Espere... Ya verá usted...

Y esperaba.

Un día no pude más y le dije a Manuel Químper a boca de jarro:

—Mire usted, Manuel. El subprefecto de Contumazá es un sinvergüenza, está conspirando, me consta, porque es primo hermano de mi cuñada... Lo sé todo... La única manera de salvar al gobierno es mandarme a mí a reemplazarlo...

Manuelito se rió y me dijo que dicho subprefecto le había dado su palabra de honor...

Todas las calumnias de un diario serían deficientes para describir mis andanzas por el estado mayor, por las comisarías, por los ministerios y por los infiernos. He hecho mil antesalas, he perdido días seguidos en esperar a que se levantaran los ministros, he usado unas tres mil tarjetas de recomendación. Si cada uno de los individuos con los que he tropezado para pedirles algo a mi favor se hubiera limitado a darme su voto, sería un diputado unánime por Lima.

He sido enemigo del último gobierno, pero enemigo solapado. Sin embargo, habría aceptado un puesto. Pero tampoco. Grandes y fundadas esperanzas concebí con la última campaña política. Un amigo mío, que es dueño de una sombrerería, me llevó una tarde a un club político.

Desesperado y deseando encontrar méritos, me atreví a pronunciar un discurso. Hablé de la nave del Estado, del bicolor, de la unión de la familia peruana, de Grau y Bolognesi¹⁰, hablé de las once mil vírgenes. Pero ha llegado la hora de la prueba y aún no consigo nada. Tengo aquí en el bolsillo, fresquitas, tres tarjetas de recomendación para tres señores ministros. Me han dicho que mi ideal, la secretaría del Ministerio de Justicia, es imposible. Decididamente no hay justicia para mí. Con el dinero que he gastado con invitar almuerzos, comidas, té, y *cocktails*, tendría hoy una renta respetable. Mi ideal se aleja cada día. El porvenir se me torna ófrico. ¿Qué hago yo con la vida? Ya no tengo ni expectativas. Ayer el presidente del club en el cual hiciera mi derroche oratorio me saludó fríamente. Pienso en un recurso definitivo. Ir a reunirme con el señor Rivero, jefe provisorio de Huaraz, para ofrecerle mis servicios. Tendré tal vez, con este arranque generoso y abnegado, una participación discreta en el tesoro de la caja de fierro, que dormía en un rincón de la oficina H. Junta Departamental de esa circunscripción hacendaria... Porque ya no me quedan sino dos caminos: o el comandante de Rivero o una dosis exagerada de bicloruro de mercurio...

.....

¹⁰ Miguel Grau Seminario (1834-1879), almirante de la Marina de Guerra del Perú y destacado patriota durante la Guerra del Pacífico. Considerado héroe máximo de Perú y Bolivia, se le conoce también como *El Caballero de los mares*.

Francisco Bolognesi Cervantes (1816-1880), militar peruano que participó en la Guerra del Pacífico. Con el grado del coronel, defendió la plaza de Arica enfrentando a fuerzas chilenas muy superiores en número y poderío; tras hacer la promesa de pelear «hasta quemar el último cartucho», sucumbió heroicamente durante la batalla final. (*N. del E. digital*)

¡Hombre! ¿Las seis? ¡Y yo que tenía que ver al señor Oyanguren para darle esta tarjeta de recomendación!».

Así termina esta hoja del diario del señor Garatúa.

III

ASÍ comienza el capítulo VIII de las *Memorias* del malogrado ingenio del señor Ezequiel Garatúa y Baquerizo, cuya muerte lamentara en estas mismas columnas hace un año y cuya obra inédita algún día conocerá el público:

«Pizarro, como es de notoriedad, era hijo de un soldado porquero. Se destetó en las mamas de una cerda, se crió entre cochinos y vivió entre soldados. Asesinó a Atahualpa, traicionó a Almagro, burló a una india, la princesa Inés Huaylas, y no la desposó a pesar de su imperial ascendencia. Pero esto pase: las necesidades de la conquista, los prejuicios de la época... Pero fundó Lima en este valle, después de oír a sus capitanes, y esto es ya más grave. En buena hora fundara Lima, hermosa capital de estos reinos de Castilla Nueva, centro del virreynato y preciada joya de la Colonia, pero hubiera de fundarla en más apropiado lugar. Me imagino al analfabeto extremeño el día que, con una bolsa de yeso en la mano, lamentable caricatura de Alejandro, seguido de sus lugartenientes, fuera marcando con raya blanca, solares, palacios, templos y tiendas de mercaderes. No supuso entonces, el bravo chapetón, que la mediocridad fuera el ama y señora, cuatro siglos después, en su obra de enero de 1535.

Porque, romanticismo a un lado, esta ciudad de bizcocheros y de gallinazos no tiene mucho de encantador. Aquí no hay sol, no hace frío, no hay rayos ni truenos, no cae nieve ni el calor

impide tomar té inglés en la canícula. El Palais Concert fabrica y expende helados y caspiroleta de enero a enero. Aquí no hay bosques enmarañados ni ríos desbordantes, ni lobos ni pumas, ni palomas ni gacelas, ni minas ni volcanes, ni cimas ni abismos, ni pobres ni ricos, ni criminales ni santos, ni salvajes ni civilizados, ni blancos ni negros. La ciudad ni es capital ni es puerto, porque no está a la orilla ni lejos del mar. Jamás hemos visto la virtud llevada aquí hasta la abnegación admirable ni el crimen descender hasta las tenebrosidades inspiradoras del lombrosianismo. ¿Qué literato, por ejemplo, ha tenido un gran Mecenas? ¿Qué millonario ha dejado sus caudales para fundar un instituto? ¿Qué negro bribón le ha sacado las tripas a su mujer para freírlas en aceite, como ocurrió en Londres hace dos años? Todo es aquí más o menos mediocre, hay una virtud niveladora, una tabla rasa, que impide surgir a los grandes hechos, a los hondos sentimientos o a las vehementes pasiones. Aquí lo más solemne tiene algo de ridículo y lo ridículo algo de conmovedor. Somos malévolos pero piadosos, deseamos el castigo, pero nos apena la desgracia del delincuente y damos un beso, donde debiéramos poner, dos horas antes, una bofetada. Nada es entre nosotros rematadamente bueno ni desoladoramente malo. Todo es regular, mediocre, anodino, pasajero, frágil, de segunda.

¿Qué blanco no tiene algo de moreno? ¿Qué moreno no tiene, entre nosotros, algo de blanco? ¿Qué pobre diablo no tiene jaquet, tarro, escaarpines, expectativas fundadas y guantes con venas negras? ¿Qué rico no va alguna vez a la secretaría presidencial o al escritorio de un ministro a pedir un favor? ¿El San Cristóbal no tiene algo de majestuoso? ¿El Rímac no se desborda de vez en cuando? Chocano ha dicho: «Lima es una ciudad que comienza en el Matadero y termina en el Manicomio». No tenemos nada definitivo, nada que merezca una opinión permanente. Todo cambia, se invierte, se

descolora. Los bestias tórnanse sorpresivamente inteligentes y de repente los inteligentes salen haciendo estupideces. No se puede opinar. Las tres veces que me he reído despiadadamente de tres sujetos que me parecieron bellacos en gran manera, fracasé. Andando el tiempo uno se sacó una suerte de cien mil soles, el otro ocupa un gran puesto gubernativo y el tercero está de pintor de Cámara en el Brasil...

Pero hablemos de algo más grave; de la primavera. Un grupo de universitarios idealistas, jóvenes de buena voluntad, se reúnen cada año, por septiembre, y se ponen de acuerdo en que esta confusión climatérica ilógica se llama primavera y que la primavera llega el 23. A este acuerdo inofensivo concurrimos tácitamente, todos. Se escriben artículos sentimentales, se dan brillantes veladas, se pronuncian discursos y se leen versos de la estación. Pero la primavera no llega. El 23 amanece y muere como cualquier 21 o 30, sin embargo, ya que no el sol o el reventar de las yemas, aparece en la segunda página de los rotativos un artículo escrito por cualquier cronista taciturno y dulzón que no sabía con qué llenar una columna y justificar un recibo en la administración del periódico. Desde el 21 hasta el 30 se ve en los diarios florecer estas palabras: Ideal, Juventud, Entusiasmo, Arte, Renovación, Belleza, Amor, y, a veces, hasta Patria y Progreso.

¿Hay quien crea sinceramente que la primavera es entre nosotros alegre? Tardes lánguidas, sopor pesado, mollicie, pereza, adormecimiento, ¿eso es primavera? ¿Dónde la jovial gracia coloreada del divino Boticelli? ¿Dónde las flores de perfume capitoso y embriagador? ¿Dónde la vida jocunda? ¿Dónde los bosques sonoros y poblados? ¿Dónde el trinar de las canoras aves? Se explica la alegría de la primavera en Italia, en países donde el invierno es blanco sudario, desolada

sábana de nieve, donde los árboles se esqueletizan, el cielo amenaza con tempestades, la nieve cubre la tierra y el frío mata a los ancianos. Allí la primavera llega como un don del Creador, como un magnífico presente de Dios, aportando luz, calor, alegría, vida, amores.

Pero la primavera es —oh, dolor— en estas desoladas costas: zapatos amarillos, pantalones de franela, sombreros de paja, bejucos, procesión de los Milagros, vestidos morados, pebeteros, negros fanáticos, discursos, mal olor, un río exhausto y sucio, gallinazos, turroneiros, cholitos calatos que se espiojan en las riberas, suerteros, molicie, mal humor, versos cursis, melancolías, ociosidad, escepticismo, fresco de piña, *nonchalance*, exámenes, Leonard, viajes a La Punta, fresas, uvas, primero de noviembre, dos de noviembre, tres de noviembre, mes de noviembre, panteón, muertos, coronas, cruces y traje negro...

¡Pero es claro! Una ciudad delineada con yeso, ideada por unos aventureros, y fundada por un analfabeto en el reinado de doña Juana la Loca...».

Así termina el capítulo VIII de las *Memorias* de Ezequiel Garatúa y Baquerizo...

La ciudad sentimental

Un cuento, un perro y un asalto¹¹

Yo tengo miedo negro de las cosas;

las cosas en la noche tienen miedo.

¹¹ Publicado en *La Prensa* (Lima, 12-03-1917) y en *El Bien Agrícola* (Chiclayo, 1918), con el título de «El perro que robó una idea».

*Cuando voy por las calles, misteriosas
sombras no puedo atravesar, ¡no puedo!*

César A. Rodríguez

A Servando Gutiérrez: bienvenida.

SI yo os digo: anoche me han asaltado, me preguntaréis todos: ¿quién? A ninguno se le ocurrirá esta pregunta: ¿qué cosa? Porque no se concibe que a un hombre que va a media noche por la calle de Guadalupe, taciturno, con anteojos, rumiando una idea nueva y con un cigarrillo agonizante en los carnosos labios desencantados, le asalte una cosa, una idea, un recuerdo, un mal pensamiento. ¿Ha de asaltarte, necesariamente un bandido? No. Yo no temo a los bandidos salteadores de las calles de Lima porque no llevo nunca más dinero que ellos.

Temo a otros salteadores, a los que nos roban el precioso tesoro de las ideas. No conozco sino una diferenciación entre el Bien y el Mal; lo Perfecto y lo Imperfecto. Todo lo que hay en un cuerpo, en un organismo, en una idea o en un sentimiento, de bello, es el Bien; todo lo que hay de imperfecto es el Mal. Por eso los más artistas son los más buenos. Los malos odian la Belleza.

El mal es poliforme. ¡Con cuántos trajes, con cuántos rostros, con cuántas cosas se disfraza! Es menester conocer el mal, saber cuáles y cuántas son sus trapacerías y los medios de que dispone, para evitarlo y vencerlo. Siempre el mal se ensaña en lo que más amamos, en lo más íntimo, en lo más bueno. Nuestro ángel tutelar nos ofrece siempre nuevas ideas, como una abuelita cariñosa nos ofrecía de niños un juguete o una fruta madura. Y allí está el mal para quitárnosla.

Yo iba anoche por la calle de Guadalupe. Desde lejos vi la tétrica torrecilla que domina la cárcel; un farol cabeceaba como zamba vieja que rezara el rosario; un policía adormilado saludaba a invisibles personajes, recostado sobre un poste. De pronto vino a mi imaginación un cuento, la idea de un fantástico cuento cuyo protagonista era un encarcelado. Recreábame ya con la idea de llegar a mi casa y ponerlo en las carillas blancas, febrilmente, con esa vehemencia con la cual cogemos un amor nuevo y soñaba, encantado, con poner la última palabra del cuento; releerlo, con esa íntima complacencia con que, después del beso, contemplamos el rostro de la mujer que nos lo ha recibido. Mas he aquí que, pasando ya por la puerta de la cárcel, y cuando trataba yo de fijar la esencia del cuadro y aprisionar los valores sugerentes, fundamentales, de mi sensación, siento que unas como patitas finas van tras de mí. Vuelvo la cara y veo un perrillo. No un perrillo negro de ojos encendidos como es menester que sean los perrillos en los cuentos fantásticos, sino un vil perro manchado de color, ni sucio ni limpio, ni trágico ni vulgar, un perro así, ordinario, adocenado, burgués, un perro sin trascendencia metafísica y sin sugerencias espirituales. En suma, lo que puede ser un perro que pasa por la calle de Guadalupe a las dos de la mañana...

Por ser tan anodino este can me interesó. No estaba famélico porque no husmeaba ni adulaba; no estaba triste porque no se dolía; no buscaba lecho porque su cola era altiva como un airón. Era un perro subjetivo, un simple especulador de la noche, que iba apaciblemente a su casa. Un perro que, sin duda, pensaba y a quien yo con mis pasos había interrumpido en sus meditaciones, era un perro despreocupado como yo de la vida de relación.

Resolví seguirle. El perrillo pareció darse cuenta de mi propósito y apuró el paso. Volvía de vez en cuando su

cabecita pequeña como un puño y que, por la forma, me parecía un corazón humano, aunque por la color blanquizca y manchada dijérase un pepino. Y seguía caminando: tac tac tac tac tac tac... Llegamos sujeto y perro a la plazoleta donde rodeados de jardines hay dos observatorios trascendentales y que yo motejo: «la plazuela del misterio» porque en uno de ellos se observa con telescopio el estrellado cielo y en el otro, con microscopio, el mundo celular. El perrillo llegó hasta el jardín sin rejas y empezó a embromarme. Indudablemente, decía yo, sugestionado por la hora, este perrillo tiene una cita y se obstina en que yo no me entere. Quería desorientarme. Ora se alejaba como insinuándome igual procedimiento. Ora hacía el dormido como invitándome al sueño. Valíase de todos los métodos de que dispone un perro a las dos y media de la mañana para deshacerse de un transeúnte importuno, que no son los mismos medios de que se vale un transeúnte para deshacerse de un perro que, a la misma hora, le importuna. Los del perro son más asiáticos, más finos, más cortesanos y protocolares métodos.

En este punto mi narración flaquea y he de valerme de otros métodos expresivos porque la historia se complica. Recurriré a un método más breve:

2 y 30 de la mañana

El perro se oculta en un macizo decorativo del pequeño parque y ladra en la sombra. Por la esquina del Observatorio cae algo como una piedra. En el cielo la Cruz del Sur, radiante, se acerca a las copas de los árboles de la Alameda Grau.

2 y 35 de la mañana

El perro no sale. Hay un silencio tan grande que siento el ruido lejano de las estrellas que giran. Ensayo un método para

que el perro surja. Si yo logro dar con su nombre (como el perro sabe que lo ignoro) se desconcertará al sentirse llamar. Tal me ocurriría si en este momento el perro me dijera entre la sombra: ¡Abrahaaaaaam!

2 y 43 de la mañana

El método de llamar al perro por su nombre es de gran eficacia. Pero ¿cómo se llamará este perro? Un perro flaco... no; flaco tampoco, metido en carnes, de color manchado, ni harto ni hambriento... «¡Capitán!». ¿Se llamará «Capitán»? Nosotros teníamos en Pisco un perro que se llamaba «Capitán». No. En estos tiempos de pangermanismo nadie le da a su perro el grado de «capitán». ¿Se llamará «Mariscal»? Lo más natural es que un perro se llame «Pipón». Pero éste es perro, por su catadura, de casa de vecindad. Un perro de casa de vecindad no puede llamarse «Pipón». Si le dijera «Capulí»... ¿«Capulí»? ¿Y si se llamara «Napoleón»? También pudiera llamarse «Tonguito» o «Leonel». «Leonel» es un bonito nombre. Parece un seudónimo de joven decente que escribiera mal... Si fuera un perro de señorita inglesa podría ensayar la palabra «Thim» o «Baby», pero el subfijo «my» es indispensable y este perro no puede tener subfijo...

¡El perro no sale! ¿Se ha marchado? ¡Boby! ¡Thim!
¡Napoleón! ¡Capitán! ¡Tonguito! ¡Mariscal!

3 y 7 de la mañana

¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!

3 y 12 de la mañana

La Cruz del Sur, inclinada sobre los árboles de la alameda Grau, semeja una cruz en la portada de un cementerio abandonado.

3 y 15 de la mañana

—¿Qué hace usted aquí?

—¡Lo que me da la gana!

—Es que es prohibido...

—¿Es prohibido estar en una plazuela?

—Sí. Porque viene la patrulla...

—¿Qué tengo que ver yo con la patrulla! ¡Boby! ¡Napoleón!
¡Capitán!

—¿Quiénes son éstos?

—Un perro. Mi perro...

—Ésos son varios perros.

—No, señor. Es un solo perro...

—¿Un solo perro y llamas a tres?...

—¿Qué es eso de llamas? ¿Usted sabe con quién habla?

—Sí. Con un ciudadano vago.

—¡Cachaco!

—Bueno. ¡Vamos a la comisaría!

—¡Oh! ¡Vaya usted al demonio!

—¡Blanquito insolente!

—¿Blanquito yo? ¡Jajajá!...

—¡Da gracias que ya el mayor se fue a acostar!

—¡Me río en el mayor!...

4 menos un cuarto de la mañana

¡Mula! ¡Mula! ¡Putupum! ¡Pum! ¡Putupum! ¡Qué fastidio! La carreta de los muertos...

5 y 5 de la mañana

¿Dónde demonios he metido la llave?...

Y así fue como perdí el argumento de uno de mis cuentos más bellos. Anoche el Mal se había disfrazado de perro y el perro me robó mis ideas. Sin embargo cuando yo os dije anoche me han asaltado, todos me interrogásteis «¿quién?». A nadie se le ocurrió preguntarme «¿qué cosa?».

Breve historia veraz de un pericote

QUE concreta en la siguiente carta al protagonista.

Muy estimado amigo:

Anoche, tres de abril de mil novecientos dieciocho, a las nueve y diez —supongo que esta fecha sea inolvidable para usted (el hecho de haberle a Ud. salvado la vida no me autoriza a hablarle de tú)— anoche, digo, por uno de esos motivos que no tiene explicación, vi a Ud. que, en el fondo de la tina vacía, debatíase desesperadamente, sin poder salir. Estaba oscuro. Ud. había caído, por una inexperiencia juvenil, en aquel espacio y allí habría Ud. perecido. Yo no tenía nada que hacer en el baño. Fumaba, en mi escritorio, pensando en cosas tan inconsistentes como el humo de mi cigarrillo. De pronto me levanto violentamente, voy al baño, enciendo un fósforo y veo a Ud. recorriendo, nervioso y despavorido, el fondo húmedo de la tina. El caño mal cerrado dejaba caer, con desgana, una columna de agua. Parecía la

arteria de un colosal Petronio desangrándose en el baño. Tuve el impulso de abrirlo, llenar de agua la tina y ahogarlo a usted.

Ud. me miró, debe usted recordarlo, porque en su mirada inteligente parecía concretarse su alma llena de angustia brillante, llena de urgente invocación. Sólo entonces pude apreciar su estatura. Era Ud. joven como yo. Comprendí su dolor. En su mirada comprendí que me hablaba usted de su madre, de su rinconcillo obscuro y húmedo en el fondo del parquet, de su vida en flor. Si usted joven, después de verme, hubiera intentado la fuga imposible, yo le habría matado, tal vez. Pero usted al verme, se detuvo, sin tener la presunción de buscar una huida necia y puso usted en mí toda su esperanza. «Tú me puedes salvar o matar. Tengo madre. Te ruego que me salves». Así decían sus ojos, querido amigo mío.

Yo lo comprendí. ¡Qué bueno es que le comprendan a uno en la mirada! Yo no soy tan feliz como Ud., pericotito de mi corazón.

Le acechaba un peligro. Yo podía evitárselo a Ud., era usted joven. ¿Por qué no hacer este bien, el más honrado de todos puesto que nada podía esperar de Ud.? Hice coger a Ud. con la criada que se empeñaba en matarlo y yo mismo vi que le soltaran en el patio. Ud. huyó entre la sombra. Estaba Ud. salvado. Me ha procurado Ud. una satisfacción y por ello le quedo muy agradecido.

¡Si Dios fuera para mí lo que yo he sido para usted! Porque después de todo, qué soy yo, querido ratoncito de mi alma, sino un pericote inexperto en una tina vacía donde cae el agua potable del tedio por el caño semiabierto de la angustia.

De usted atento y seguro servidor

Abraham Valdelomar

Almas prestadas

Heliodoro, el reloj, mi nuevo amigo

EL señor Emilio Hilbck;

A la señora Josefa Navarrete de Hilbck;

Amigos muy distinguidos y cordiales:

El reloj en el cual quisisteis fijar la hora, para mí inolvidable y encantadora, en que nuestras almas se comprendieron, está conmigo. Ya me ha visto llorar: ya es mi amigo íntimo. Ha marcado ya las horas de mis breves, hondas, mudas y frías tragedias cotidianas: ya lo sabe todo. Es la *Hostia de Eternidad* —¿no es acaso como una hostia que marcara el viaje de la Vida por el Espacio y por el Tiempo?—. Esta hostia de Eternidad, esta especie de oblea de Infinito, esta moneda filosófica que ponéis en mis manos para que me acompañe en la peregrinación de la tierra de igual manera que los egipcios ponían una moneda en las manos de sus seres queridos, al despedirse de la vida para que los acompañara en el viaje misterioso; este corazón, chato, cincelado y de oro que tiene sobre nuestros corazones la gran ventaja de que para hacerlo latir basta con darle cuerda; este reloj, esta pulsera y cincelada joya que me habéis obsequiado, este ser delicado, elegante, armonioso cuyo ritmo es perfecto y cuyos dos brazos que giran, se abren y se cierran, se distancian y se juntan, parecen, al ponerse horizontalmente, que nos llaman con los brazos abiertos; cuando éstos se juntan en las XII, ¿no parece, distinguida y esbelta señora y altísimo amigo, que se juntaran en una oración, como si rezaran por la vida? ¿Y cuando caen, formando ángulo hacia abajo, que lloraran, con los brazos caídos, alguna terrible desilusión? El reloj es como un hombre, amigos míos y señores; algo más, es como un

hombre inteligente, discreto, muy elegante, muy laborioso, que trabaja en la tarea más elevada y más llena de filosofía:

... tac-tac... tac-tac... tac-tac...

¿Sería aventurado decir que el reloj es la voz de Dios? Y luego qué ritmo tan igual, tan ecuánime y qué lenguaje tan suave y tan de persona bien educada. Creo haberos dicho, inteligentísima señora y gentil amigo mío, que de todos los dioses del Olimpo con el único que no mantengo relación cordial es con Morfeo y de aquí que, como no todas las noches puede uno pasarlas en tan encantadora forma y en tan incomparable y grata compañía como la que yo tuve la fortuna de pasar en nuestra casa el 22, busqué quien me acompañara en mis horas de riña con el dios heleno. Los amigos no sirven para el caso, pues la mayoría de los hombres son necios y bellacos y si hay algo que me reconcilia con Morfeo son ciertos libros de versos de algunos poetas nacionales, ante cuya lectura Morfeo suele rendirse incondicionalmente. Mas, cuando esto no ocurre, cuando no tengo versos nacionales y que me quedo sin dormir, el reloj es mi mejor amigo. Es mi amigo tierno que, desde el velador, echadito de espaldas, barrigoncito como un banquero yanqui, me arrulla,

... tac-tac... tac-tac... tac-tac...

parece decirme:

¡Arrorrórrorito arrorrórrorito! ¡Duérmete, niño, por amor de Dios!...

Es pues un ser, un pequeño ser de cuerpo y alma el que me habéis obsequiado. Yo lo he bautizado con el nombre griego de Heliodoro, hija del Sol. Heliodoro y mi antigua compañera *Omega* son ahora mis mejores amigos. Y cuando llegue el día en que mi propia cabeza vaya a ser la Omega de algún otro

artista, Heliodoro, con esa elegante indiferencia, con esa serena majestad con que hoy me arrulla, él, Hostia de Eternidad, Oblea de Infinito, Moneda de Filosofía, Heliodoro, este corazón cincelado y de cuerda, con sus dos brazos me abrirá la Puerta del misterio, y los fijará en una de esas sesenta rayitas negras. Me entristece, solamente, la idea de no saber en cuál de ellas, siendo apenas sesenta, se fijarán un día los brazos de Heliodoro empujados por la ambigua y dudosa señora importuna que se llama la Muerte.

Beso a Uds. las manos.

Abraham Valdelomar

Mi amigo tenía frío y yo tenía un abrigo cáscara de nuez

Para Antonio Pinilla Rambaud

YO quiero más a los animales que a los hombres. Este amor a las bestias no es una generosidad heroica y franciscana; no. Es una simple ecuación afectiva; producto de una lógica experimental y justificada: todos mis dolores, mis íntimos dramas, la perpetua tortura de mi vida se los debo a los hombres. En cambio, los animales nunca me han hecho daño. A los diez y siete años, cuando yo era más pobre de lo que soy, tenía un amigo íntimo. Uno de esos amigos de juventud, en esa época de infancia espiritual en que uno cree en la amistad, en el afecto inmortal y en la invariable gratitud, majaderías sentimentales y poéticas de joven ingenuo que la Vida se encarga de desbaratar de un solo tajo. Aquel amigo era más infeliz y paupérrimo que yo. Él era friolento. Yo

tenía un abrigo. (Un lindo abrigo, cáscara de nuez con sobrecuello de terciopelo y unos botones de coco que me daba un aire de universitario provinciano, hijo de familia «pobre pero honrada»). Mi amigo, que yo creí que llegaría a ser Presidente de la República y que hoy es mayor de guardias en la provincia andina de Parinacochas (Parinacochas, capital Coracora); mi amigo tenía frío y yo tenía un abrigo cáscara de nuez... ¡Con qué íntima complacencia volví aquella noche a mi cuartito después de haberle dado mi abrigo al que más tarde sería Presidente! Por aquellos dulces días yo tenía una enamorada. Era la tal, una criatura anémica, de ojos encapotillados, pupilas color de pasa Italia, algo pecosa, más bien zamba que morena, hija de la señora del principal y mi locataria; ella solía esperarme en la puerta, con una blusa de percalina azul y un gran listón de *moirée* sobre los cabellos esponjosos. De aquel amor conservo una sensación de agua florida, su perfume favorito. Una tarde, día de su santo (llamábase Blanca María y se celebraba el 12 de octubre, fecha del descubrimiento de América), le hice un obsequio: compré en la pulpería de la esquina una botella de agua florida ¡oh, diez y siete años adorables!, oh amor tempranero, oh zambita ingenua, anémica y pecosa que eras para mí, bella y perfecta como la Victoria de Samotracia, oh Blanca María amor primerizo, oh romántica huachafa que libaste los más ardientes, sinceros y apasionados besos primiciales en mis «carnosos labios encendidos» ¿dónde estás? ¿Qué hizo de ti la Vida? ¿Has muerto? ¿Vives? Si existes aún, ¿recuerdas nuestros juramentos, mis juramentos de eterno amor? ¡Yo no te iba a olvidar nunca, yo lucharía por ti, yo sería célebre, y me iba a casar contigo!... Y pensar que si en una de estas tardes, cuando tome el té en el Palais Concert, enjoyado y magnífico, rodeado de mis admiradores y prosélitos, asediado por las codiciosas pupilas femeninas y las envidiosas miradas de los hombres, pensar en que si tú te acercaras a mí, con tu blusa

azul, y tu lazo de *moirée* en la esponjada cabellera, y me llamas por mi nombre, yo, hombre al fin, tal vez te respondería:

—¿Quién es esta chola que me llama? ¡Qué lisura! ¡Qué se lleven de aquí a esa mondapanes que me mancha el paisaje!...

Perdona, lector, y déjame seguir la veraz tragedia. Digo, o decía, que el día del santo de Blanca María compré una botella de «Agua de Florida de Lanman y Kemp», la envolví en un billete perfumado (no hagamos literatura: la envolví en una carta) y en ella puse estos versos que yo encontraba dignos de la firma de Chocano o de Teobaldo Elías Corpancho, o de López Albújar, o de Hernán Velarde, los Victor Hugos de aquel tiempo, versos que empezaban así:

Para llenar de felicidad mi alma quimérica,

ebria de amor y de melancolía,

el Hacedor te puso en el mundo, Blanca María,

tal día como hoy en que el gran Colón descubrió la América.

Seguían tres cuartetos más del mismo estilo, laya y linaje, que no copio por explicable modestia y natural pudor. Para ofrecerla mi regalo, tuve el sibaritismo de querer agregar al regalo, la sorpresa y yo, que solía verla a las once de la noche, amparado por la sombra, aceché y en momento propicio me metí al patio. ¡Nunca tuviera tal refinamiento generoso! Allí estaba Blanca María: sí. Era ella pero no recuerdo qué pasó por mí. Al fin y al cabo era la primera traición que recibía en la vida; era la primera puñalada que recibía mi corazón, intacto todavía. Blanca María sollozante, con unos ojos delatadores; esos sollozos característicos de las mujeres de diez y siete años que tienen primos y que cosen para la calle, reposaba su cabecita esponjosa y zamba en el

pecho de un hombre que estaba de espaldas hacia mí. Cada sollozo, ¡lo recuerdo vivamente!, cada sollozo estremecía su cuerpo «desde la nuca hasta los pies» y mientras la mano derecha acariciaba el pallar de la oreja del desconocido, la izquierda, abandonada pero firme, se perdía bajo el abrigo del menguado quien, dicho sea en justicia, tenía unas espaldas muy comparables a las de Hércules. Agregad, piadosos y compasivos lectores, a este cuadro vivo el siguiente diálogo inconexo que escuché y dadme la razón:

Blanca María.— ¡Fum!... ¡Fum!... ¡Fum!¹²... ¡Ay, Caquito¹³!... ¡Fum! ¡Si me irás a hacer desgraciada!... ¡No vayas a querer abandonarme!...

Caquito.— ¡Eso, jamás! Pero no debes hablar más con ese candelajón... ¡no llores, Manita!... ¡Estoy resuelto a todo! ¡Cuidado que te quemas con el cigarro, hija!...

Blanca María.— No importa. ¡Ay, Dios me perdone, pero creo que hasta el infierno iría por ti! ¡Fum! ¡Fum!... Tú lo sabes demás que no lo quiero. Pero si alguna simpatía le hubiera tenido, créemelo, Caquito... ¡Fum!... ¡Fum!... Créemelo; se habría borrado con lo que me has contado del abrigo... ¡Jesús! ¿Cómo pueden haber hombres así? ¡Entrar a la casa de su compañero, so capa de amistad y robarle el abrigo!... ¡una prenda de vestir!... ¿Y cómo lo recuperaste? ¿Lo mandaste preso? ¡Fum!... ¡Fum!... ¡Ay, Caquito, ha podido hasta matarte!... ¡Fum!... ¡Fum!... No se puede, hijo... vas a romper la cinta...

Caquito.— ... *¹⁴ X... *... X¹⁵ ... Te adoro, amor mío... * ... * ...

¹² ¡Fum!: expresión gráfica del sollozo. (*N. del A.*)

¹³ «Caquito»: diminutivo amoroso de Camilo, usado por la falaz y traidora pecosa. (*N. del A.*)

¹⁴ * (asterisco): expresión gráfica del beso. (*N. del A.*)

¹⁵ X: expresión gráfica de una respiración acelerada, angustiada y

* ¡otro, sí! ¡sí, otro!... * ¿no lo verás más? jura* ... X júrame... que no... *

Yo no pude más. Arrojé con impetuosa violencia el paquete de «Agua Florida de Lanman y Kemp» contra los malhechores de mi felicidad. El frasco estalló sobre el empedrado del patio. Sentí chirriar la puerta de la sala, como si alguien fuese a abrirla. Pensé en la madre de Blanca María y sólo pude articular este reproche y esta condenación sincera:

—Señorita: lo del abrigo es una infamia. Es mío. Se lo he prestado. ¡Ése es un miserable!

Ella quiso balbucir pero yo la detuve:

—¡... y usted, una miserable!

Salí como loco. Me parecía que el mundo había cambiado, que las calles eran distintas, que estaba en otra ciudad, que yo era otro. Y era otro, efectivamente, porque todos los hombres cambian después de ser traicionados por primera vez. La salida de cierta muela precisa el cambio de estado entre la juventud y la varonía. Es un gran sistema, pero puede fallar. La gran muela, la muela que nunca se equivoca, la que marca inexorable y exactamente la hora en que empezamos a ser hombres, esa muela es la primera traición que nos hace una mujer y el primer abrigo que nos roba un amigo ya sea el abrigo del cuerpo, color cáscara de nuez o el abrigo del alma, color azul de ilusión...

Al llegar a mi cuarto parecíame sentir un olor penetrante y odioso a «Agua de Florida de Lanman y Kemp»...

CUENTOS FANTÁSTICOS

El hipocampo de oro

I

COMO la cabellera de una bruja tenía su copa la palmera que, con las hojas despeinadas por el viento, semejaba un *bersaglieri* vigilando la casa de la viuda. La viuda se llamaba la señora Glicina. La brisa del mar había deshilachado las hermosas hojas de la palmera; el polvo salitroso, trayendo el polvo de las lejanas islas, había tostado de un tono sepia y, soplando constantemente, había inclinado un tanto la esbeltez de su tronco. A la distancia nuestra palmera dijérase el resto de un arco antiguo suspendiendo aún el capitel caprichoso.

La casa de la señora Glicina era pequeña y limpia. En la aldea de pescadores ella era la única mujer blanca entre los pobladores indígenas. Alta, maciza, flexible, ágil, en plena juventud, la señora Glicina tenía una tortuga. Una tortuga obesa, desencantada, que a ratos, al mediodía, despertábase al grito gutural de la gaviota casera; sacaba de la concha facetada y terrosa la cabeza chata como el índice de un dardo; dejaba caer dos lágrimas por costumbre, más que por dolor; escrutaba el mar; hacía el de siempre sincero voto de fugarse al crepúsculo y con un pesimismo estéril de filosofía alemana, hacíase esta reflexión:

—El mundo es malo para con las tortugas.

Tras una pausa agregaba:

—La dulce libertad es una amarga mentira...

Y concluía siempre con el mismo estribillo, hondo fruto de su experiencia.

Metía la cabeza bajo el romo y facetado caparazón de carey y se quedaba dormida.

II

PULCRO, de una pobreza solemne y brillante, era el pequeño rancho de la señora Glicina, cuyas pupilas eran negras y pulidas como dos espigas, y tan grandes que apenas podía verse un pequeño triángulo convexo entre éstas y los párpados. Sus ojos eran, en suma, como los de los venados. Blanca era su piel como la leche oleosa de los cocos verdes; mas con ser armoniosa como una ola antes de reventar, se notaba en la señora Glicina una belleza en camino, una perfección en proceso, algo que parecía que iba a congelarse en una belleza concreta. Se diría el boceto en barro para una perfecta estatua de mármol.

III

MAS la señora Glicina no era feliz: viuda y estéril. Decir viuda no es más que decir que su amor había muerto, porque en aquella aldea de la costa marina el matrimonio era cosa de

poca importancia. Un día había aparecido en el lejano límite del mar un barco extraño. Era como un antiguo galeón de aquellos en que Colombo emprendiera la conquista del Nuevo Mundo. Cuadradas y curvas velas, pequeños mástiles, proa chata y áurea sobre la cual se destacaba un monstruo marino. La nave llegó a la orilla en el crepúsculo pero no tenía sino un tripulante, un gallardo caballero, de brillante armadura, fiel retrato del Príncipe Lohengrin, el rutilante hijo de Parsifal. Aquella noche el caballero pernoctó en la casa de la señora Glicina. Durmió con ella sin que ella le preguntara nada, porque ambos tenían la conciencia de que eran el uno para el otro, se habían presentido, se necesitaban, se confundieron en un beso, y, al alba, la dorada nave se perdió en la neblina con su gallardo tripulante. Aquel amor breve fue como la realización de un mandato del Destino. Y la señora Glicina fue desde ese momento la viuda de la aldea.

IV

PASARON tres años, tres meses, tres semanas, tres noches. Y al cumplirse esta fecha, la señora Glicina se encaminó por la orilla, hacia el sur. Poco a poco fue alejándose de su vista el caserío. Las chozas de caña y estera fueron empequeñeciéndose; las palmeras, a la distancia, parecían menos esbeltas y se difuminaban en el aire caliente que salía del arenal brillante como en acción de gracias al sol. Las barcas, con sus velas triangulares, se recortaban sobre la línea del mar y parecían pequeñas sobre la rizada extensión. La señora Glicina iba dejando sobre la orilla húmeda las delicadas huellas de sus pies breves.

—¿A dónde vas, señora? —le dijo un viejo pescador de

perlas—. No avances más porque en este tiempo suele salir del mar el Hipocampo de oro en busca de su copa de sangre.

—¿Y cómo sabré yo si ha salido el Hipocampo de oro? —interrogó la señora Glicina.

—Por las huellas fosforescentes que deja en la arena húmeda, cuando llega la noche...

Avanzaba la viuda y encontró un pescador de corales:

—¿A dónde vas, señora? —le dijo—. ¿No tienes miedo al Hipocampo de oro? A estas horas suele salir en busca de sus ojos —agregó el mancebo.

—¿Y cómo sabré yo si ha salido el Hipocampo de oro?

—En el mar se oye su silbido estridente cuando cae la noche y crece el silencio.

Caminaba la viuda y encontró a un niño pescador de carpas:

—¿A dónde vas, señora? —le interrogó—. No tardará en salir el Hipocampo de oro por el azahar del Durazno de las dos almendras...

—¿Y cómo sabré yo dónde sale el Hipocampo de oro?

—En el silencio de la noche cruzará un pez con alas luminosas antes que él aparezca sobre el mar...

Caminaba la viuda. Ya se ponía el sol. En la tarde púrpura, su silueta se tornaba azulina. Caía la noche cuando la viuda se sentó a esperar en una pequeña ensenada. Entonces comenzó a encenderse una huella en la húmeda orilla. Un pez luminoso brilló sobre las olas, un silbido estridente agujereó el silencio. La luna, cortada en dos por la línea del horizonte, se veía clara y distinta. Un animal rutilante surgió de entre las aguas agitadas y, en las tinieblas, su cuerpo parecía nimbado como

una nebulosa en una noche azul. Tenía una claridad lechosa y vibrante. Chasqueó las olas espumosas y empezó a llorar desconsoladamente.

—Oh, desdichado de mí —decía—, soy un rey y soy el más infeliz de mi reino. ¡Cuánto más dichosa es la carpa más ruin de mis estados!

—¿Por qué eres tan desdichado, señor? —interrogó la viuda—. Un rey bien puede darse la felicidad que quiera. Todos sus deseos serán cumplidos. Pide a tus súbditos la felicidad y ellos te la darán...

—Ah, gentil y bella señora —repuso el Hipocampo de oro—. Mis súbditos pueden darme todo lo que tienen, hasta su vida que es suya, pero no la felicidad. ¿Qué me va en estos criaderos de perlas negras que me sirven de alfombras? ¿De qué me sirven los corales de que está fabricado mi palacio en el fondo de las aguas sin luz? ¿Para qué quiero los innúmeros ejércitos de lacmas que iluminan el oscuro fondo marino cuando salgo a visitar mi reino? ¿De qué los bosques de yuyos cuyas hojas son como el cristal de mil colores? Yo puedo hacer la felicidad de todos los que habitan en el mar, pero ellos no pueden hacer la mía, porque siendo yo el rey tengo distintas necesidades y deseos distintos de mis siervos; tengo distinta sangre.

—¿Y qué necesidades son ésas, señor Hipocampo de oro? —interesose la señora Glicina.

—Es el caso, señora mía —agregó éste—, que tengo una conformación orgánica algo extraña. Sólo hay un Hipocampo, es decir, sólo hay una familia de Hipocampos. Se encuentran en el fondo del mar toda clase de seres; verdaderos ejércitos de ostras, campas, anguilas, tortugas... Hipocampos no tenemos sino nosotros.

—¿Y vuestros siervos saben que vos padecéis tales necesidades?

—Ésa es mi fortuna; que no lo sepan. Si mis siervos supieran que su rey podía tener deseos insatisfechos, cosas inaccesibles, perderían todo respeto hacia la majestad real y me creerían igual a ellos. Mi reino caería hecho pedazos. Y a pesar de todos los dolores, señora mía, ser rey es siempre un grato consuelo, una agradable preeminencia...

Y agregó con profunda tristeza:

—No hay más grande dolor que ser rey, por la sangre y por el espíritu, y vivir rodeado de plebeyas gentes, sin una corte siquiera, capaz de comprender lo que es el alma de un rey.

—¿Y se puede saber, señor Hipocampo de oro, en qué consisten esas necesidades y cuál es la causa de tan doloridas quejas?

Acercose a la orilla el Hipocampo de oro; alisose las aletas de plata incrustadas de perlas grandes como huevos de paloma y a flor de agua, mientras su cola se agitaba deformándose en la linfa, dijo:

—Me ocurre, señora mía, una cosa muy singular. Mis ojos, mis bellos ojos —y se los acarició con la cresta de una ola—, mis bellos ojos no son míos...

—¿No son vuestros, señor Hipocampo de oro? —exclamó asustada la viuda.

—Mis bellos ojos no son míos —agregó bajando la cabeza mientras un sollozo estremecía su dorado cuerpo—. Estos ojos que veis no me durarán sino hasta mañana, a la hora en que el horizonte corte en la mitad el disco del sol. Cada luna, yo debo proveerme de nuevos ojos y si no consigo estos ojos nuevos volveré a mi reino sin ellos. No sólo es esto. Cada

luna yo debo proveerme de mi nueva copa de sangre, que es la que da a mi cuerpo esta constelada brillantez; y si no la consigo volveré sin luz. Cada luna debo proveerme del azahar del durazno de las dos almendras que es lo que me da el poder de la sabiduría para mantener sobre mí la admiración de mi pueblo y si no le consigo volveré sin elocuencia y sería el último de los peces yo que soy primero de los reyes. Mis súbditos no necesitan la sabiduría e ignoran dónde se nutre, de dónde viene la luz; no comprenden la belleza e ignoran dónde reside el secreto de los ojos...

La señora Glicina guardó silencio un breve instante y el Hipocampo continuó:

—Mi vida, señora, es una sucesión de dolor y de felicidad, es una constante lucha. Mi placer, mi inefable placer consiste en buscar nuevos ojos; buscarlos, mirarlos, amarlos y luego... robarlos, tenerlos para mí, poseerlos. ¡Gozarlos durante una luna, una luna íntegra! Mas luego viene la tortura; en los últimos días mi felicidad se opaca, tengo el temor de perderlos, sé que van a concluirse, que sólo han de durarme un tiempo determinado, y que tendré que sufrir, que buscar otros, que comenzar de nuevo. ¡Y si sólo fuesen los ojos! ¡Pero y la copa de sangre! ¡Y el azahar del durazno! ¡Ya veis qué tortura! Un dolor que se renueva cada veintiocho días. Una felicidad tan breve. Pero creedme: bien vale el placer tal sacrificio. Bien cierto es que no hay angustia más grande que la mía mientras estoy buscando los nuevos ojos, pero cuando los encuentro, cuando gozo con aquel estado de duda, cuando veo los que son para mí (porque yo comprendo cuáles ojos me están predestinados desde que los veo), cuando recibo su primera mirada, cuando a través de la distancia los nuevos ojos clavan en los míos sus rayos inteligentes, elocuentes, fascinantes...

—¿Habéis cambiado ya muchos ojos?

—Tantos como lunas llevo vividas. Sabed que los Hipocampos somos más longevos que las tortugas. Yo he tenido ojos azules, azules como el cielo, como el agua clara, como esas noches que dejan ver la vía láctea, azules como el borde de las conchas que crecen en la desembocadura de los grandes ríos. Con ellos veía yo todo azul, azul, azul... ¿Os ocurre lo mismo? —preguntó con una cortesía verdaderamente real.

—Continuad, continuad...

—He tenido ojos verdes como las algas que crecen al pie de los muros de mi palacio y que son las que dan al mar ese color verde que admiráis tanto, señora. Los he tenido negros, negros como el fondo del mar, como un pecado, como la noche, como la germinación de un crimen, como una deslealtad, como el alma de la sombra, negros como esta perla en la cual termina mi cuerpo torneado —dijo con vanidoso acento—. Y amarillos, y pardos y... ¡todos eran tan bellos!

Dos ojos iban sobre el motivo de estos versos:

... De un melocotonero

tal el primer y sazonado fruto,

velloso y perfumado en cuya pulpa

la fibra es miel y carne

baja la Primavera rosa y áurea!

—¡Se acostumbra uno tanto! ¡Después de haber encontrado las pupilas nuevas, ya es imposible la paz! Es tan dulce alcanzarlas, que nada importa la angustia que cuesta conseguirlas. Pudiera sufrir diez veces más en este empeño y siempre la felicidad excedería al sufrimiento. El mismo

sufrimiento cuando es por un par de pupilas nuevas llega a parecerme una felicidad. Es como... no sabría decirlo, señora... pero es el amor, es más que el amor, más, mucho más. ¡Tenéis vosotros, los seres de la tierra, un concepto tan limitado de las cosas!...

Luego, cambiando de tono, recostaba la cabeza sobre un banco de arena, abandonando su cuerpo al vaivén de las olas entre las cuales su cola se movía mansa y tranquila como un péndulo, agregó, mirando fijamente a la viuda:

—A propósito, qué ojos tan bellos tenéis, señora mía.

—Os parecen bellos —repuso la señora Glicina— porque vos los necesitáis, pero a mí sólo me sirven para llorar. A veces pienso —agregó— que si nouviésemos ojos, no lloraríamos; no tendrían por dónde salir las lágrimas...

—Oh, entonces saldrían del lado izquierdo del pecho o de aquí, de la frente —dijo señalando la suya donde brillaba una perla rosada.

—Y ¿qué haréis si mañana, a la hora en que el horizonte corte por la mitad el disco rojo del sol, no habéis encontrado nuevos ojos, nueva copa de sangre y nuevo azahar de durazno?

—Ya lo veis, moriré. Moriré antes de volver a mi palacio donde no me reconocerían y donde me tomarían por un mondacarpas...

Y sollozó larga, dolorosa y conmovedoramente.

—¿Qué darías, oh rey de oro, por conseguir estas tres cosas?

—Daría todo lo que me fuera solicitado. Hasta mi reino. ¡Y qué cosas podría dar! Podría dar el secreto de la felicidad a todos los que no fueran de mi reino. Todo lo que los hombres

anhelan está en el fondo del mar. Del mar nació el primer germen de la vida. Aquí, un Hipocampo de oro antecesor mío, fue rey de los hombres cuando los hombres sólo eran protozoarios, infusorios, gérmenes, células vitales. Aquí, en el mar, están sepultadas las más altas y perfectas civilizaciones, aquí vendrán a sepultarse las que existen y las que existirán. El mar fue el origen y será la tumba de todo. Vuestra felicidad, que consiste en desear aquello que no podéis obtener, existe aquí, entre las aguas sombrías. Yo os podría dar todo lo que me pidierais. Tengo yo en la tierra un amigo, a quien mi más antiguo abuelo hizo un gran servicio. Él, si pudiera caminar, vendría a mí y me daría lo que tengo menester cada luna. Pero él es inmóvil y está pegado a la tierra. Él debe la vida y posee una virtud, merced a uno de mi familia. ¿Vos necesitáis algo?

—Sí —dijo la señora Glicina—. Yo amé a un príncipe rutilante que vino del mar. Le amé una noche. Y me dijo: Cuando pasen tres años, tres meses, tres semanas y tres noches, ve hacia el sur, por la orilla y nacerá el fruto de nuestro amor como tú lo deseas... Y he venido y aquí me veis. Y os daría mis ojos, os llenaría la copa de sangre y buscaría el durazno de las dos almendras, si vos me dierais el secreto para que nazca el fruto de mi amor tal como yo lo deseo...

Brillaron en la noche los ojos ya mortecinos del Hipocampo de oro, alegrose su faz y tembló de emoción.

—Pues bien —dijo el Hipocampo de oro—. Vuestro hijo nacerá. Oídmeme y obedecedme. Iréis caminando hacia el oriente. Encontraréis un bosque, penetraréis a él, cruzaréis un río caudaloso y terrible y cuando éste os envuelva en sus vórtices diréis: «La flor de durazno de las dos almendras, la copa de sangre y las pupilas mías son para el Hipocampo de oro» y llegaréis a la orilla opuesta. Lo demás vendrá solo. Cuando tengáis la flor de los tres pétalos, vendréis con ella,

me entregaréis vuestras pupilas, me daréis la copa de sangre y la flor del durazno, y moriréis en seguida, pero vuestro hijo habrá nacido ya. ¿Estáis resuelta?

—Estoy resuelta —dijo la señora Glicina. Y marchó hacia el punto señalado.

V

TAL como se lo había dicho el rey, la señora Glicina llegó a la orilla del río caudaloso. Pero había llegado con las carnes desgarradas, con las uñas fuera de los dedos, y apenas podía tenerse en pie. Sentose bajo la copa de un árbol y cayeron sobre ella, como alas de mariposas blancas los pétalos de un durazno en flor.

—¿Dónde estará el Durazno de las dos almendras? —exclamó.

—¿Quién me quiere? —susurró entre la brisa una dulce voz.

—El rey del mar, el Hipocampo de oro, me manda a ti. Vengo por el azahar de los tres pétalos que crece en el Durazno de las dos almendras.

—Es lo más amado que tengo —dijo el Durazno—, pero es para el rey que fue bueno conmigo. ¡Córtalo!

Y la señora Glicina cortó el azahar, y el Durazno se quedó llorando.

VI

MUY poco faltaba para que la línea del horizonte cortara por la mitad el disco del sol cuando llegó la señora Glicina. El Hipocampo de oro la esperaba lleno de angustia.

—¡Llena mi copa de sangre! —dijo.

Y la dama, sin lanzar un grito de dolor, se abrió el pecho, cortó una arteria y la sangre brotó en un chorro caliente haciendo espuma hasta llenar la copa del rey que la bebió de un sorbo.

—¡Dame el azahar del Durazno de las dos almendras! —dijo.

Y la dama, sin lanzar un grito de dolor, le dio los tres pétalos que el rey guardó en el corazón de una perla.

—¡Dame tus ojos que son míos! —dijo.

Y la dama, sin lanzar una queja, se arrancó para siempre la luz y entregó sus ojos al Hipocampo de oro, que se los puso en las cuencas ya vacías.

—¡Ahora dame mi hijo! —exclamó.

—Llévate el tallo del cual has arrancado los tres pétalos y mañana tu hijo nacerá. ¿Qué quieres que le dé? Puedo darle todas las virtudes que los hombres tienen, puedo ponerle de una de ellas doble porción, pero sólo de una... ¿Cuál porción quieres que le duplique?

—¡La del amor! —dijo la dama.

—Sea. ¡Adiós! Tú lo quieres así. Mañana, después del crepúsculo morirás, pero tu hijo vivirá para siempre.

—Gracias, gracias, ¡oh, rey del mar! ¿Qué vale lo que te he dado cuando tú me has dado un hijo?...

Las últimas palabras no las oyó el Hipocampo de oro porque ya su cuerpo, rollizo y torneado, se había hundido en el mar dejando una estela rutilante entre las ondas frágiles.

Finis desolatrix veritae

CUANDO me incorporé tuve la sensación de haber sido animado por una corriente eléctrica. Mi esqueleto estaba intacto y podía mover los miembros sin dificultad, en el trágico paisaje. Sobre la estéril extensión nada acusaba a la vida. Todo lo que alguna vez fuera animado, todo lo que surgiera sobre la tierra por el raro soplo del germen, los edificios, los árboles, los hombres, las aguas, el ruido del mar, todo había concluido. Me encontraba sobre una yerma extensión despoblada. En el horizonte ilimitado y oscuro, nada se destacaba sobre el suelo. El Sol, como un foco enorme y amarillo, estaba inmóvil en el vasto confín, y ya sus rayos fríos no animaban la tierra. Enormes masas negras de nubes inmóviles encapotaban el cielo. A mi alrededor había un gran hacinamiento de huesos y era dificultoso ver el suelo. De pronto sentí una vibración uniforme que agitaba todos los despojos. Como movidos por una corriente eléctrica intermitente, los huesos pugnaban por levantarse y volvían a caer sin movimiento, como desmayados. El tinte pálido del Sol, ya muerto, animaba cloróticamente aquella doliente visión.

Entonces vínome a la memoria, después de grandes esfuerzos, el pasado. Me parecía haber despertado de un sueño rápido. Hice recuerdos y coordiné lo siguiente: Yo estaba la última vez en mi lecho. Una luz pálida iluminaba mi

alcoba y un amigo, mi médico, teníame el pulso, grave, sin pronunciar una palabra. De pronto entraron en mi habitación mi madre y mis hermanas. Sentí un cuchichear de voces, vi caras entristecidas, y a una palabra del médico, rompieron a sollozar. El médico hizo una seña. Ya no podía moverme; había perdido el dominio sobre mí mismo y los párpados caían sobre mis ojos, pesadamente. Pero mi conciencia estaba perfectamente clara. Oía aún los sollozos; sentí que alguien, mi madre, me abrazaba llorando; sentí que un Cristo de metal descansaba en mi pecho; una mano puso frente a mis labios un espejo, y después todo se desvaneció.

Yo debí ser sepultado, naturalmente en el cementerio de mi pueblo. El cementerio no distaba un kilómetro de la ciudad; nosotros poseíamos un mausoleo. ¿Por qué, pues, me encontraba yo en este desolado paraje, cuando el espíritu volvía a animar mi esqueleto en esta hora definitiva? ¿Quién podía haber trasladado mis restos a este extraño lugar? Por otra parte, ¿dónde estaban mis seres amados? ¿Por qué me encontraba yo solo en medio de tantos despojos? Una duda mortal y fría me lastimaba. Extendí la vista para buscar en la extensión gris algo tangible a qué poderme referir y vi lejos, muy lejos, sobre la enorme extensión de huesos, un esqueleto que como yo, se elevaba en aquel campo de desolación. Sobre la gran cantidad de huesos se incorporaban ya algunos esqueletos que trataban de ponerse en pie; pero volvían a caer sin ánimo sobre la tierra. Me encaminé con dificultad entre las óseas capas hacia el esqueleto. A mi paso cruzaban de repente, con velocidad, tibias, omóplatos y cráneos que iban a reunirse con sus cuerpos. Llegué donde el esqueleto, solemne y grave, se erguía. Miraba con tristeza desgarradora aquella extensión y no se dio cuenta cuando yo, acercándome, me puse a su lado.

—¿Quién sois, espíritu, y dónde estamos? —le dije.

No respondió.

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué extraña pesadilla es ésta? ¿Por qué me encuentro aquí? ¿Vos no podríais responderme? ¿Quién ha animado mis huesos? ¿Quién me ha dado de nuevo estos sentidos que me permiten razonar? ¿Por qué mi cuerpo ha venido a aparecer aquí? ¿Qué tiempo hace, decidme, que desaparecí de la vida? ¿Dónde están mis seres amados? ¿Es esto la Tierra? ¿Es aquél el Sol? Habladme, por vuestros más caros recuerdos, dadme una luz que amortigüe esta duda cruel... ¿Estamos acaso en el infierno?...

El esqueleto no me respondía.

—¿Decidme, por Dios, una palabra! ¿Qué tiempo hace que yo deje de ser?... Yo era de un país joven, de un continente nuevo; cuando yo vivía, la vida era buena, los árboles alegraban el mundo, los ríos corrían desbordados, un soplo de actividad hacía evolucionar lo creado. ¿Dónde estamos?...

—En la Tierra.

—Pero ¿y el tiempo?

—Ya no hay tiempo.

—¿Y el espacio?

—Ya no hay espacio.

—¿Y el Sol?

—Vele allí, que agoniza; ya está inmóvil.

—¿Qué ha pasado por el mundo?

—Los siglos.

—¿Estamos, pues, en el fin? ¿Hemos sido llamados por

Dios?...

—¡Quién sabe!

—¿Vendrá ahora una manifestación divina, seremos destinados tal vez a otro planeta, a otra vida?...

—¡Quién sabe!

—¿Han pasado muchos siglos? ¿La humanidad ha vivido mucho tiempo? ¿Dónde está el progreso de los hombres? ¿Nada ha quedado, acaso, de todos los esfuerzos, de todas las preocupaciones; ha podido el tiempo destruir tantas cosas magníficas?

—¡Quién sabe!

—¡Habladme, por Dios! Dadme una luz, sacadme esta tortura o dejadme en la nada, pero no prolonguéis este estado de laceración. ¿Esta noche terminará? ¿Habrá una nueva aurora?

—¡Quién sabe!

En la extensión desolada y sombría, algunos esqueletos comenzaron a moverse y a animarse. Caminaban lejos de nosotros, en diversas direcciones.

—¿Vos sois acaso cristiano? ¿Conocisteis y amasteis a Cristo?

—Tú hablas de Cristo. ¿En tu tiempo aún se le conocía? ¿Eres tan viejo? Otras religiones se sucedieron en el mundo. Muchas vueltas dio la Humanidad. Hubo otros profetas, otros ideales, otras religiones, y tantas, que la Humanidad dudó un día que Cristo hubiera existido y que su religión hubiera tenido prosélitos.

—Eso es imposible. Cristo vive en el cielo. Cristo me salvará. Cristo está a la diestra de Dios, él era el Hijo de Dios, él

velaba por la especie y por el Espíritu humano.

—¡Quién sabe!

—Cristo, a la hora final del Universo, vendrá a buscar a sus hijos, intercederá por ellos ante Dios, les dará una mansión de bienaventuranzas...

—¡Quién sabe!

—Allí nos reuniremos todos los que en vida nos amamos. Allí encontraremos a nuestros seres queridos. Allí el espíritu de los buenos tendrá una dulce consolación.

—¡Quién sabe!

—Mi alma y mi cuerpo serán vueltos a la vida. Y mis amados serán vueltos a la vida y todo lo que fue volverá a ser.

—Tú no eres tú. Tú no fuiste tú. Tú no serás tú. Tu cuerpo venía de la tierra. Lo que fue un día en la vida tu sangre, había sido antes la vida latente de una serie de sustancias. Tu sangre vino del mineral que absorbe la planta y que dio el dulce fruto de nutrición a tu padre; en tu sangre había gases de la atmósfera que alimentaron los pulmones del que te engendró. En tu cerebro había neuronas que se componían de sustancias químicas y que se animaban al calor del sol, al efluvio de los cuerpos compuestos, al estímulo de excitantes diversos. Todo tú, eras sacado de la Naturaleza. Cuando volviste a la tierra, tus gases descompuestos ardieron en el fuego y dieron savia a los árboles del cementerio; de tu cerebro salieron gusanos, que dieron vida a las crisálidas, y un día las crisálidas levantaron sus finas alas en la limitada extensión del ataúd, en las sombras, y murieron, y también fueron nuevos gases que filtraron el zinc de tu caja. En tu cuerpo había aceites que penetraron en la madera y la pudrieron; en tus huesos había sales y sustancias que se

descompusieron y se disgregaron y abonaron las raíces que los árboles buscaban. Un día nada quedó de tu cuerpo. Todo lo que formaba la armonía de tu ser, está hoy repartido. Una parte fue a convertirse en la madera de un mueble; otra parte, vegetal, fue a filtrarse en las neuronas de un hombre; los minerales sirvieron de componentes a una fortificación de guerra; algo de ti fue al espacio con otros elementos. Tú estás disgregado en la Naturaleza. Pero ya el sol no anima y la sustancia no vibra, y todo, todo, ha concluido definitivamente... Ahora somos una vana imagen intangible; somos un recuerdo; pero toca tus miembros, busca tus huesos; no encontrarás nada, nada.

Y toqué mis miembros y nada era perceptible. Yo era una especie de efluvio, una idea, algo intangible, vago.

—Pero la humanidad no puede perecer así. Tenemos un fin. Yo soy creyente. Yo creo en Dios.

—Dios era lo que animaba el mundo y ya ves que no existe el mundo. ¿Dónde está, pues, Dios?

—Dios existe y es eterno. Él vendrá por sus hijos. Jesucristo me acompaña. Yo creo que él vendrá; él es la esperanza, el áncora de salvación del mundo. Él se sacrificó por los hombres...

—¡Quién sabe!

—Él no puede abandonar a los suyos. Vamos a invocarle. Vamos en pos de él. Recemos. Recemos, por Dios, recemos; la oración nos acercará al Creador, Jesucristo oirá nuestras plegarias.

El esqueleto quedó un gran momento silencioso, con la calavera inclinada sobre el esternón, en desoladora actitud.

Yo comencé a rezar, espantado, contrito, poseído por un

pavor trágico:

—Señor mío Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, Creador del cielo y de tierra...

—No reces, es inútil.

—¡Madre mía, madre mía! ¿Dónde estás? ¿Por qué no oyes mis clamores? ¿Por qué abandonas a tu hijo? ¿Dónde están tu espíritu, tu amor inmenso, tu abnegación y tu martirio? ¡Madre mía, madre mía! —gritaba yo desconsolado y mi voz se perdía sin eco en la extensión siniestra.

—¡No llares, es inútil!

—Pero ¿por qué esta tortura? ¿Por qué esta crueldad? ¿Por qué se me ha vuelto a la vida, por qué esta maldita razón?...

—No protestes. ¡Es inútil!

Entonces yo me arrodillé a los pies de aquel raro esqueleto, y le dije sollozando, con toda la sinceridad de mi alma:

—Escuchadme: vamos en pos de Cristo. Invoquemos a Cristo; él es el único que puede salvarnos, él no nos abandonará; recemos, señor, recemos; sed piadoso, sed creyente; tal vez por vuestra falta de fe, él no nos escucha. Aunemos nuestra plegaria; creed en Cristo...

Y él, con una tristeza infinita, con una desoladora melancolía, con un desencanto indescriptible, inclinó la apesadumbrada cabeza y me dijo estas palabras:

—Hermano mío, Cristo soy yo.

Los huesos se animaban, se animaban, y el sol iba obscureciéndose, fijo en el mismo punto del horizonte.

Notas a pie de página

1. ¡Qué afortunado!
2. Apareció en el diario *La Crónica* (Lima, 1.º de enero de 1919, pp. 11-12), siendo una nueva versión del cuento «*Chaymanta Huayñuy* (Más allá de la muerte)» anteriormente publicado en el diario *La Prensa* (Lima, 11 de enero de 1916, pp. 20-21). Esta versión primigenia (que contenía una primera parte que fue borrada en la nueva versión) fue incluida en el libro de cuentos incaicos *Los hijos del Sol* (edición póstuma, 1921). Hemos preferido incluir la versión de *La Crónica*, por ser la última revisada por el autor.
3. Originalmente, este cuento apareció en el diario *La Prensa* (Lima, julio de 1915), con el título «El hombre maldito». Luego fue incluido en el libro *El Caballero Carmelo* (1918) con el presente título.
4. El dolor errante.
5. Lugar de las serpientes.
6. Antes de ser incluido en el libro de cuentos *El Caballero Carmelo* (1918), este «cuento yanqui» había sido publicado en la revista *Variedades* (Lima, n.º 100, 29-01-1910, pp. 145-146, y n.º 101, 05-02-1910, pp. 183-184) con el título «El suicidio de Richard Tennyson» e ilustraciones del propio Valdelomar.
7. Esta serie de «cuentos chinos» apareció en *La Prensa*, durante octubre y noviembre de 1915. Para entender la coyuntura, basta reemplazar: Siké = Lima; Chin-Kau = Guillermo Billinghurst (presidente peruano de 1912 a 1914); Rat-Hon = Coronel Óscar R. Benavides (presidente provisorio en dos ocasiones, de 1914 a 1915 y de 1933 a 1939); Ton-Say = General Luis Varela; Chun-Gau-Loó = El Congreso; Lun-Chin-Fú-Tón = Los soplones; Los manchúes = Los conquistadores españoles; Si-Mo-Hon = Simón Bolívar.

8. Julio Málaga Grenet (Arequipa, 1886-1963), destacado caricaturista peruano. Compartió labores con Valdelomar en los semanarios *Monos y Monadas* y *Variedades*. (N. del E. digital)

9. Clemente Palma (Lima, 1872-1946), escritor y periodista peruano, hijo del tradicionalista Ricardo Palma. Fue director de las revistas *Prisma* (1906-1908) y *Variedades* (1908-1931), y del diario *La Crónica* (1912-1929). Sus obras más conocidas son *Cuentos malévolos* (1904), *Mors ex vita* (novela, 1918), *Historietas malignas* (1925) y *XYZ* (novela, 1935). (N. del E. digital)

10. Miguel Grau Seminario (1834-1879), almirante de la Marina de Guerra del Perú y destacado patriota durante la Guerra del Pacífico. Considerado héroe máximo de Perú y Bolivia, se le conoce también como *El Caballero de los mares*.

Francisco Bolognesi Cervantes (1816-1880), militar peruano que participó en la Guerra del Pacífico. Con el grado del coronel, defendió la plaza de Arica enfrentando a fuerzas chilenas muy superiores en número y poderío; tras hacer la promesa de pelear «hasta quemar el último cartucho», sucumbió heroicamente durante la batalla final. (N. del E. digital)

11. Publicado en *La Prensa* (Lima, 12-03-1917) y en *El Bien Agrícola* (Chiclayo, 1918), con el título de «El perro que robó una idea».

12. ¡Fum!: expresión gráfica del sollozo. (N. del A.)

13. «Caquito»: diminutivo amoroso de Camilo, usado por la falaz y traidora pecosa. (N. del A.)

14. * (asterisco): expresión gráfica del beso. (N. del A.)

15. X: expresión gráfica de una respiración acelerada, angustiada y urgente. (N. del A.)

CUENTOS CRIOLLOS

El Caballero Carmelo

Los ojos de Judas

El vuelo de los cóndores

El buque negro Yerba santa

La paraca Hebaristo, el sauce que murió de amor

CUENTOS INCAICOS

Los hermanos Ayar

El alma de la quena

El alfarero

El camino hacia el Sol

El pastor y el rebaño de nieve

Los ojos de los reyes

Los ojos de los reyes 2

Chaymanta Huayñuy Chaymanta Huayñuy 3

El cantor errante

CUENTOS EXÓTICOS

El palacio de hielo

La virgen de cera

CUENTOS CINEMATOGRAFICOS

El beso de Evans

CUENTOS YANQUIS

El círculo de la muerte

El círculo de la muerte 6

Tres senas, dos ases

CUENTOS CHINOS (sátira política)

Las vísceras del superior

El Hediondo Pozo Siniestro

El peligro sentimental

Los Chin-fú-tónWhong-Fau-Sang

CUENTOS HUMORÍSTICOS

La tragedia en una redoma

La historia de una vida documentada y trunca

La ciudad sentimental

Breve historia veraz de un pericote

Almas prestadas

Mi amigo tenía frío y yo tenía un abrigo cáscara de nuez

CUENTOS FANTÁSTICOS

El hipocampo de oro

Finis desolatrix veritae